



ADEMIR F. SILVA

LA
SOMBRA
DEL
MAGO

No puede haber virtud sin libertad..

Ademir F. Silva

LA
SOMBRA
DEL
MAGO

2019—2024

LA SOMBRA DEL MAGO (1ª edición, 2024)

ADEMIR F. SILVA

Portada de [Bookcoversart.com](https://bookcoversart.com)

Copyright 2019—2024 © por el autor

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, digitalizada o distribuida en ningún formato impreso o electrónico sin autorización.

A los brillantes músicos Cozy Powell, Jimmy Bain, Ritchie Blackmore, Ronnie James Dio y Tony Carey, cuyo trabajo fue mi principal inspiración.

Resumen

Introducción

Paseo nocturno

En la Ciudad de los Libres

Encadenado

Cantera de Marga

El choque de la luna creciente

Un monstruo de tres caras

El desertor

Los buitres y el búho

El sacrificio de las serpientes

La Cima del Mundo

Una luz en la oscuridad

Epílogo

Introducción

¿Adónde vamos ahora?

Vivimos en un mundo de confusión, en el que pocas de las certezas que guiaron a nuestros antepasados siguen existiendo. En la época contemporánea, la premisa de la "supervivencia" del más fuerte sigue siendo cierta. Sin embargo, ahora el cambio es constante, casi diario y mucho más exigente. Los avances sociales, económicos y tecnológicos de nuestro tiempo nos han brindado, sin duda, el mejor momento para estar vivos. Un mundo lleno de posibilidades, comodidades y alegrías. Sin embargo, el precio que hay que pagar para disfrutar de estas ventajas es la necesidad de mejorar constantemente, el fin de las garantías y la ruina de la seguridad.

En este contexto, veo a muchos sucumbir a las promesas de ideologías derrotadas hace tiempo, pero que insisten en reaparecer con nuevos disfraces. Personas asustadas por la pérdida de los cimientos contruidos por sus padres se dejan seducir por doctrinas falaces que desprecian la lógica, aborrecen la individualidad, rechazan la belleza y debilitan a todos. El anhelo de que se cumplan las promesas incumplidas lleva a los puros de corazón a adorar a dioses falsos, aunque sea inconscientemente. Deidades corruptas sin nada que ofrecer más que engaño e ideas tan vacías como sus palabras. Entidades que han demostrado ser malvadas en el pasado, pero que ocultan bien su maldad a la sombra de enemigos inmateriales creados a su propia imagen.

¿Y ahora qué? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cómo será el futuro creado por personas que niegan verdades claras y se aferran a dulces mentiras?

Estas preguntas me han rondado la cabeza durante la última década y el atisbo de nuestro futuro me ha llevado a reaccionar. Me he dedicado a librar batallas intelectuales en las más diversas trincheras ideológicas, refutando las ideas equivocadas que surgen a mi alrededor. Ardientemente, mi enemigo ha contaminado los corazones de la gente de bien con pasiones ardientes, haciéndolos inmunes a los argumentos racionales. Así que este libro es mi mayor acto de rebelión contra los falsos dioses, porque a través de estas palabras pretendo enfrentarme a ellos en el terreno en el que llevan mucho tiempo dominando.

En las páginas que siguen, animaré a reflexionar sobre la importancia real de la libertad y las desastrosas consecuencias de perderla. Para ello, recurriré a la ficción, creando un nuevo mundo lleno de referencias y alegorías —algunas no muy sutiles— al siglo XXI y al futuro que

construimos con nuestras elecciones. Soy consciente de que, a primera vista, una propuesta así parece algo obvia e incluso carente de interés. Sin embargo, estoy seguro de que muchos lectores quedarán sorprendidos por el rumbo que toma la historia, al tener que enfrentarse a cuestiones inéditas en sus mentes.

Permíteme guiarte en un nuevo viaje al mundo de la magia. Esta vez, te invito a experimentar una fantasía un tanto oscura y aterradora. Creo que la lectura que sigue te llevará a cuestionarte el mundo en que vivimos y el sentido que das a tu libertad. Si consigo alcanzar este ambicioso objetivo, asegurándome de que disfrutas en el proceso, entonces me sentiré plenamente satisfecho. Al fin y al cabo, todo el tiempo, el cariño y la dedicación puestos en este trabajo habrán merecido la pena.

Capítulo I

Paseo nocturno

Los gritos de los niños reverberaban por los campos y los bosques al pie de las montañas. En una sencilla casa de madera, piedras y paja, Alissa y Kassim intentaban sin éxito aliviar el sufrimiento de su pequeña hija, Stella. En una tarde nublada, la joven e inexperta madre bañó a su bebé en una palangana de cobre llena del agua fría que su marido había recogido de un arroyo cercano. De todos los remedios enseñados por la tradición, el baño frío fue el único método que resultó eficaz contra la persistente fiebre de la pequeña.

Los dioses habían regalado a la pareja el nacimiento de su hija a finales del invierno, y ya era principios de primavera. Los días eran cada vez más cálidos, aunque el sol insistía en esconderse entre las nubes. Las aguas del arroyo bajaban de las montañas. Eran el resultado del primer deshielo de las cumbres y, de tan heladas, seguían congeladas a primera hora de la mañana.

Con el corazón destrozado, Kassim se preguntaba si aquello era suerte o una terrible desgracia. Al fin y al cabo, aunque le invadía una gran tristeza cada vez que bañaban a la niña y sus gritos de dolor resonaban en la verde extensión, sabía que, de no ser por las aguas naturalmente heladas, habría perdido a su hija a causa de la fiebre hacía mucho tiempo. El ritual se repitió por tercera vez desde el amanecer. Tras el baño, la fiebre desaparecía, Stella se calmaba y se iba a dormir, para alivio momentáneo de sus padres. Sin embargo, bastaban unas horas para que la carne de la niña volviera a arder.

El sufrimiento de Stella y el dolor en los ojos de su amada Alissa torturaban al joven padre. La culpa se apoderó poco a poco de la mente del hombre, que insistía en buscar una vida mejor en la tierra que había heredado, cambiando la ciudad y sus recursos por la pacífica prosperidad del campo. Allí no había médicos. Todo lo que tenía a su disposición para tratar a la niña eran los consejos de sus lejanos vecinos sobre plantas e infusiones, cosas que resultaron ineficaces contra la misteriosa enfermedad.

— No hay vuelta atrás, no se puede retroceder en el tiempo", susurró el angustiado joven que contemplaba la puesta de sol desde el porche de su casa.

De repente, la niña empezó a llorar de nuevo y sus gritos inundaron de tristeza el corazón de su padre. Kassim no pudo contenerse más y dejó caer la máscara de valentía que le protegía. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos muy azules. Sus manos tiraban de su cabello dorado con

la fuerza de quien intenta aferrarse a lo que le queda de cordura.

El llanto de la niña se calmó cuando su cuerpo encontró consuelo en las rústicas toallas de algodón. Aun así, Kassim no podía encontrar la paz entre los muchos pensamientos que surgían en su confusa cabeza. Había que hacer algo. Stella no duraría ni un día más. El tiempo era su adversario.

El sol se había ido y las sombras se adueñaron del paisaje en un santiamén, como era habitual en las noches sin luna de aquellos campos. Alissa, que entre lágrimas y oscuros pensamientos velaba el sueño de su bebé, se levantó para encender el fuego. Unas llamas que evitarían la oscuridad total y protegerían la casa del frío que pronto llegaría. La tímida luz procedente del fuego reveló a un hombre perdido en el miedo y el remordimiento, llorando fuera de la casa. Encendió una vela bajo un plato de piedra, esperó unos instantes hasta que la llama fue lo suficientemente fuerte como para soportar la brisa nocturna y fue al encuentro de su marido, tomando asiento junto al hombre que miraba fijamente en la oscuridad.

— Todo esto es culpa mía, Alissa. — dijo, sin atreverse a mirar el rostro de su amada.

— Sabes que eso no es cierto. ¿Por qué sigues repitiendo esas tonterías? — preguntó ella con tristeza en la voz. Una dulce voz femenina que tranquilizó el corazón del hombre, ahuyentando momentáneamente sus temores.

Tímidamente miró el bello y cansado rostro de la mujer que tanto amaba. La luz de las velas penetraba en la miel de sus ojos y se reflejaba en su cabello castaño recogido con un pañuelo. Nada era más importante para él que la felicidad de su mujer y su hija. Ellas eran su razón y su sentido. Por ellas se levantaba cada mañana y afrontaba la vida y sus retos. Pero en aquel momento, lo único que podía hacer era esperar el perdón.

Alissa bajó la vela y miró los ojos melancólicos de Kassim. Luego lo abrazó con fuerza y se echó a llorar. Permanecieron en silencio bajo la tenue luz hasta que Alissa dejó aflorar sus sentimientos. Las palabras que resonaban en su corazón ya no podían reprimirse.

— Nuestra hija va a morir, Kassim. — Dijo la joven entre lágrimas y sollozos. — Algo en esos árboles nos ha maldecido, lo sé... Stella morirá.

Aquellas palabras fueron como veneno para el joven padre. En su mente se dibujaba un oscuro futuro de dolor y soledad. Decidió renunciar a todo para evitar que tan triste realidad se materializara. Buscó coraje en lo más profundo de su alma, cogió firmemente las manos de su amada y, mirándola a los ojos, le hizo su promesa más sincera.

— No, ¡no lo permitiré! — declaró convencido, se levantó y entró en la casa. De un baúl

sacó una pequeña bolsa de tela, adecuada para viajar.

— ¿Kassim? ¿Qué piensas hacer? — preguntó Alissa.

— Stella no morirá, no la dejaré.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó con firmeza.

— Voy a la ciudad a hablar con un médico. Un herbolario. Él nos dirá qué hacer.

— ¿Te has vuelto loco? No podemos permitirnos un herbolario. Ni aunque ofrecieras nuestra tierra a cambio convencerías a un médico de venir hasta aquí.

— Quizás no necesite venir aquí. Con suerte, sólo tendrá que entender lo que tiene Stella y hacerle alguna medicina. Eso será suficiente.

Llenó su bolsa de provisiones para la caminata nocturna. Un poco de pan y una botella de agua fueron los primeros artículos. De una vasija de cerámica escondida bajo la cama, sacó unas monedas, que representaban todos los ahorros de la pareja. Vio una botella en un estante cerca de la chimenea. Cuando sacó el corcho, sintió el delicioso aroma de la miel recolectada el verano anterior, y su rostro se iluminó. La miel silvestre de tan alta calidad era un artículo difícil de conseguir y, por lo tanto, muy apreciado. Tal vez le pagaran una o dos monedas más por la botella.

— Kassim, al menos espera al amanecer. El camino a la ciudad es largo y peligroso. Al amanecer llevaremos a nuestra hija con nosotros", suplicó Alissa.

— No, mi amor, sólo yo debo continuar este viaje. — Stella necesitará cuidados cuando vuelva la fiebre. Cuidados que no se pueden dar en una pista forestal.

— Las nubes tapan la luz de la luna. ¿Pretendes caminar por el bosque en total oscuridad? No puedo perderte.

— No te preocupes, conozco muy bien el camino. ¿No recuerdas cuántas veces fui andando al pueblo a vender los excedentes de este rancho para mi padre? — sonrió. — Unas cuantas velas bastarán para llegar. Además, ya tengo un buen plan. Si me voy ahora, llegaré al amanecer. Buscaré un herbolario y seré el primero en verlo. Luego volveré enseguida y, con un poco de suerte, estaré aquí poco después del mediodía.

Se calzó las botas y se puso una capa vieja y desgastada. Cogió un farol oxidado, encendió una vela en su interior y guardó otras en su bolsa. Sabía que el viento de la noche probablemente vencería la protección del farol y apagaría la llama, dejándole a oscuras y sin poder volver a

encender el farol. Kassim corrió semejante riesgo por su hija, que tenía prisa por recibir mejores cuidados. Se acercó al catre y observó a Stella dormir durante un breve instante. El amor que sentía por la pequeña era tal que de buena gana daría su vida por ella. Así que la idea de quedarse solo y perdido en la oscuridad del aterrador bosque no podía intimidarle. Se despidió de la niña con un beso, sintiendo en sus labios que ya no había tiempo para vacilaciones cuando la piel de Stella volvió a calentarse. Recogió su mochila y se la colgó del hombro de forma improvisada. Con la antorcha encendida en las manos, se acercó a Alissa.

— La fiebre está volviendo. Cuida de nuestro pequeño. — Besó suavemente los labios de su mujer. — Confía en mí, mi amor. Volveré pronto.

Con pesar se dio la vuelta, encaminándose hacia la pista. Los primeros pasos antes de entrar en el bosque fueron los más duros. La oscuridad ya estaba en todo su esplendor, a pesar de que hacía poco tiempo que el sol se había despedido, y la débil luz procedente de la vela no podía revelar más que un par de pasos por delante. Toda la confusión y los oscuros sentimientos que Kassim llevaba consigo pesaban mucho más sobre sus hombros que su equipo. No temía los peligros que pudieran aguardarle a su paso por el bosque, ni la hostilidad de la gran ciudad, ni siquiera la humillación que pudiera sufrir al suplicar ayuda al médico. Temía fallar a su familia. Temía que ya fuera demasiado tarde para impedir que la enfermedad le arrebatara a su hija. Temía por la cordura de su amada esposa, si ocurría lo peor.

— Un día más. Dale a Stella sólo un día más. Es todo lo que pido a tu voz, señora del tiempo", rezó a Yára, la antigua diosa, señora de las leyes del universo, en una plegaria improvisada y sincera.

Decidió concentrarse en su plan y ahuyentar así los malos presentimientos. Estaría a las puertas de la ciudad al amanecer. Intentaría encontrar a sus conocidos para que le remitieran a un herbolario de confianza. Negociaría con él todo lo que necesitara. Le contaría todo lo que sabía sobre la enfermedad de su hija, con todo lujo de detalles. Luego volvería a casa, trayendo consigo un remedio eficaz, elaborado con ingredientes nobles reunidos por los vastos conocimientos de un profesional de la curación. Contrariamente a lo que le había dicho a su esposa, Kassim planeó su regreso al rancho para las primeras horas de la noche siguiente, ya que el camino de vuelta incluía subir por senderos empinados, lo que dificultaba mucho el viaje. Era consciente de que el cansancio y el sueño retrasarían su regreso, ya que en sus planes no había lugar para dormir ni para comer.

Se adentró en el sendero que atravesaba el bosque. Al principio, había atravesado un bosque de árboles muy espaciados que aumentaban en altura y densidad a medida que el terreno

perdía altitud. La luz de la vela le había bastado para llegar hasta allí, pero en el bosque cerrado la pequeña llama era insuficiente incluso para ver sus propios pies. Los peligros del oscuro sendero le obligaron a ralentizar la vigorosa marcha que venía manteniendo. Sin embargo, los dioses se conmovieron ante su empeño y el cielo se abrió. La soberana luna llena de la noche brilló, llenando con su luz los ojos del solitario viajero. Ahora Kassim podía caminar de nuevo con todo su corazón hacia la gran ciudad que una vez había abandonado.

Kassim nació en la *Ciudad de los Libres*. La misma ciudad que, durante muchas décadas, recompensó a su padre, Kaled, con respeto y riqueza. Era un *observador de las estrellas*, como muchos de sus antepasados. Hubo un tiempo en que la gente creía que era posible predecir los acontecimientos terrenales leyendo la danza de las estrellas en el cielo. Así, preveían lluvias y sequías, catástrofes y bonanzas, periodos de guerra y tiempos de paz. Un observador de renombre como su padre tenía un alto grado de precisión, y los señores mercaderes de la gran ciudad le pedían informes detallados de las estrellas en cada estación. Para ellos, era estratégicamente importante saber de antemano, aunque sólo fuera a grandes rasgos, qué esperar en otoño cuando aún era verano.

Kaled vivió la mayor parte de su vida en una cómoda abundancia, y la constante tregua le volvió prepotente y descuidado. Creía que su éxito sería tan eterno como el firmamento que le bendecía con sus signos, así que no ahorró ni invirtió nada. Con el paso de los años, las estrellas empezaron a comportarse de forma diferente y todos los contempladores de aquel mundo fueron castigados por su orgullo. Un año no supieron predecir las lluvias e inundaciones que destruyeron las cosechas. Al año siguiente, vendavales y tormentas causaron enormes daños, hechos ignorados por los observadores y sus informes. Las guerras estallaron violentamente sin previo aviso, obstaculizando los negocios y perjudicando a los comerciantes desprevenidos. La buena reputación de los observadores de las estrellas se vio erosionada por sus recurrentes errores. Pronto, poca gente confiaba en sus predicciones y el comercio de los observadores quedó completamente desacreditado. Como una estrella fugaz, las vidas de Kassim y su familia pasaron del firmamento al suelo en un abrir y cerrar de ojos. Kaled no pudo conseguir más trabajo y el pasado de lujo acabó por pasarle factura. Lo único que les quedaba era una propiedad en las montañas adonde se habían trasladado. Allí, el hombre que una vez tuvo lo mejor que el éxito podía ofrecer ahora araba la tierra y mataba cerdos para alimentar a su familia.

Kassim era el menor de dos hermanos. Su madre había muerto poco antes de que la familia se trasladara a los alrededores de la Ciudad de los Libres. Cuando los hermanos se hicieron adultos, les sedujo el deseo de volver a su prosperidad perdida hacía tiempo. Zephir, el mayor, se trasladó a la ciudad en cuanto pudo, mientras que Kassim permaneció al lado de su padre, ya

frágil. La idea de aventurarse en la ciudad le atraía, pero el amor y el respeto por su padre le ataban como cadenas. Al menos, la vida en el rancho nunca fue un sacrificio para Kassim, que se conformaba con cumplir las pesadas tareas agrícolas. De su anciano padre había aprendido los secretos ocultos en los movimientos de las estrellas y las constelaciones. Para Kassim, todo aquello no era más que una broma, un pasatiempo divertido, ya que había crecido en un mundo que no creía en los conocimientos antiguos. Sin embargo, cada vez que se topaba con el brillo de las estrellas, recordaba con cariño las enseñanzas que había recibido. Aquella noche no era diferente. En el cielo oscuro que asomaba entre las nubes, la gran estrella roja reinaba en el sur.

— El viejo Kaled diría que está a punto de estallar una guerra sangrienta. — Pensó en voz alta, rompiendo el silencio de la noche.

Desde tiempos inmemoriales, los antiguos asociaban la estrella roja del sur a los grandes conflictos. Creían que las noches en las que podía verse esta estrella precedían al inicio de los desacuerdos entre naciones y, muchas veces en el pasado, esta creencia resultó ser cierta. Fue allí cuando los enfurecidos ciudadanos de Larx se rebelaron contra el emperador Geromio I y sus impuestos, que se llevaban siete de cada diez partes de todo lo que producían. En aquella ocasión, el rojo de la estrella se reflejó en la sangre que cubrió las calles cuando se consolidó la victoria del emperador. Los observadores utilizaban el brillo de esta estrella para predecir los diversos intentos de invasión de la Ciudad de los Libres que habían tenido lugar en el pasado, dando a los señores mercaderes la oportunidad de prepararse con antelación y repeler así a los usurpadores. Kassim pensó que este cielo preocuparía mucho a su padre. Incluso en sus últimos días, ya cansado y enfermo, el anciano cerraría sus puertas y prepararía provisiones. Tal vez incluso intentaría avisar a los amos de la ciudad, pero tal empeño sería totalmente vano, pues ya no le escucharían.

Kassim estuvo al lado de su padre en los momentos más tristes de su enfermedad, consolándole en su agonía final. Sin embargo, cuando su anciano padre falleció, la soledad del rancho era demasiado para soportarla. Fue entonces cuando regresó a la ciudad en busca de las aventuras con las que había soñado. Sin embargo, allí sólo encontró grandes dificultades. Sus habilidades eran muy valiosas para sus vecinos del campo, pero parecían no importar nada a la gente de allí. Buscó a su hermano durante mucho tiempo, con la esperanza de que pudiera ayudarlo a establecerse, pero no pudo encontrarlo porque ya no vivía allí. Así que alquiló una pequeña habitación lejos del centro y empezó a trabajar como carnicero en un mercado cercano. Se pasaba el día descuartizando cadáveres de animales, separando los tendones y los huesos de las partes más nobles y atractivas para sus numerosos clientes. De vez en cuando, pasaba a la matanza. Su maestría para matar cerdos de un solo golpe de hacha en la cabeza fue reconocida

por su jefe, que le pagaba dinero extra por ahorrarse los oídos ante los gruñidos de sufrimiento de los animales. Kassim utilizaba la misma técnica que había aprendido de sus vecinos del campo. Mantenía a los animales condenados a morir separados de los demás, llevándolos de uno en uno a un lugar apartado donde los atrapaba para que no intentaran escapar. Entonces asestaba un golpe preciso y muy fuerte con la afilada herramienta justo en la parte superior de la cabeza del animal, que caía al suelo mortalmente herido e inconsciente. Con un cuchillo, asestaba el golpe que ponía fin al sufrimiento del animal, atravesándole el corazón y haciendo correr la sangre. Por último, llevaba el cadáver a otro lugar y lavaba la sangre del suelo y las paredes para que el siguiente animal no la oliera y previera su propia muerte. El proceso se repetía durante todo el día y llevaba mucho más tiempo que matar decenas de animales sin preparación alguna. Sin embargo, además de evitar los gritos de los vecinos, producía una carne que los clientes reconocían como de mayor calidad y, por tanto, se vendía a precios más altos. A pesar de su aparente éxito, Kassim se sentía frustrado por su destino en la ciudad. Al fin y al cabo, sacrificar animales ya formaba parte de su oficio en el campo. Entonces, ¿dónde estaba la aventura que buscaba?

La Ciudad de los Libres se llamaba así porque no pertenecía a ningún reino ni gobierno, ni a ningún país. Fue fundada hace cientos de años por renegados y desertores que, rebelándose contra los designios de sus soberanos, se asentaron en un valle de difícil acceso, lejos de todo. Hasta entonces, era un lugar inhóspito, no reclamado por ningún reino. Siglos más tarde, la ciudad se había convertido en un poderoso punto comercial entre las montañas, donde el mercado, libre de regulaciones y expolios monárquicos, enriqueció enormemente a sus habitantes. El comercio entre distintos países se realizaba allí sin trabas. Cuando se declaraban guerras, los mercaderes de naciones enemigas utilizaban la ciudad para hacer negocios entre sí. Cuando la volátil moralidad de los monarcas prohibía a sus súbditos ciertos placeres, éstos encontraban lugares propicios para satisfacer sus deseos dentro de las puertas. Cuando gobernantes desvergonzados recurrían a gravar el esfuerzo de sus ciudadanos para mantener sus privilegios, encontraban en la ciudad el lugar para hacer realidad sus sueños.

Así fue durante cientos de años, hasta que algunos soberanos de antiguos reinos vecinos, celosos y ofendidos por la prosperidad que estaba resultando duradera a pesar de su injerencia, decidieron invadir y tomar la ciudad para sí. Más que el botín de guerra, pretendían frenar la amenaza que había supuesto el ejemplo de una anarquía exitosa, que había contaminado las mentes de muchos y fortalecido el discurso de subversivos e insurgentes. Sin embargo, los habitantes de la ciudad no estaban dispuestos a someterse. Armas en mano, reunieron tropas y marcharon junto a experimentados mercenarios leales al oro de los ricos mercaderes. La nación vecina de Alvimor se benefició enormemente del éxito de la bulliciosa ciudad. Para mantener sus

puertos llenos de barcos, sus calles abarrotadas de visitantes y sus arcas repletas de oro y plata, envió generales a entrenar y coordinar las tropas que defenderían la ciudad. Tras arduas batallas y un asedio que duró meses, la ciudad al pie de las montañas permaneció libre, resistiendo a la mayor amenaza de su historia.

"La libertad es como el opio. Quien la prueba nunca estará sin ella", era el lema de guerra, que aún repiten los residentes más ancianos y orgullosos.

En aquellos días, lejos de los grandes intentos de invasión de antaño, la Ciudad de los Libres era el sueño de muchas personas en distintas partes del mundo. A diferencia de los reinos e imperios, donde el éxito de una persona se definía por la pureza de su sangre, el oficio de sus padres o un matrimonio bien avenido, en la Ciudad de los Libres un hombre podía nacer mendigo pero morir rey. Había innumerables ejemplos de gente sencilla que prosperó entre los muros de piedra. Historias que resonaban en los corazones de los jóvenes condenados por los monarcas a repetir la vida de vasallaje de sus padres.

Muchos huían de sus amos para probar suerte en un largo viaje hacia la ciudad de las puertas siempre abiertas. Sin embargo, la esperanza tenía un alto precio y la libertad nunca ofrecía garantías. El comienzo de un forastero en la ciudad siempre fue muy doloroso. "Donde muchos plantan, pocos cosechan", era el dicho que resultaba cierto incluso en la tierra más fértil. Los recién llegados eran siempre muy numerosos allí, y no había oportunidades para todos. Los más capaces conseguían trabajos que les pagaban lo justo para comer, vestirse y mantener un techo. Inevitablemente, la mayoría de los recién llegados se convirtieron, en algún momento, en otros mendigos que se agolpaban en las calles cercanas a los almacenes, aceptando cualquier trabajo a cambio de comida. Muchos de los desesperados empezaron a delinquir, lo que provocó un visible aumento de la violencia callejera y una sensación de inseguridad que afectó a todos.

En aquel momento, muchos lugareños abogaron por cerrar las puertas y empezar a controlar a los visitantes. Sin embargo, estas ideas fueron ampliamente rechazadas. Los habitantes creían que tales actitudes iban en contra de los ideales de libertad por los que tanto habían luchado. Así que los comerciantes contrataron a hombres para que vigilaran la ciudad día y noche. Los pobres desafortunados seguían mendigando en las calles, pero la certeza del castigo alejaba de sus mentes las ideas perversas. ¹Incluso ahora que se sentían más seguros, los recelosos habitantes seguían manteniendo sus espadas y ballestas preparadas y siempre a mano para defender sus vidas y propiedades de cualquier amenaza.

A diferencia de tantos otros jóvenes que llegaban cada día a la ciudad, Kassim tuvo un comienzo más fácil. El carnicero era uno de los pocos amigos de su padre, que le ayudó en la

quiebra y siempre se acordó de él. De buena gana le dio a Kassim un puesto en su negocio, pagándole un modesto salario. Kassim trabajaba todo el día y al anochecer tenía que tomar una difícil decisión: descansar tediosamente en su habitación o gastar una parte considerable de sus ganancias en los bares de la ciudad. La mayoría de las veces, el cansancio simplificaba el asunto y se limitaba a comer algo y dormir hasta el amanecer. Sin embargo, algunas noches se sentía renovado y con energía de sobra para buscar diversión. En una de esas noches, se disponía a salir cuando estalló una tormenta. Una fuerte lluvia de verano que le impidió caminar hasta la puerta este, donde pretendía reunirse con unos amigos para tomar una copa y charlar. Fue entonces cuando tuvo la idea de visitar un nuevo pub cerca de la pensión donde vivía. Era un local pequeño y de aspecto destartado, lo que hizo que Kassim se resistiera a entrar, a pesar de que a menudo había oído comentarios elogiosos sobre la cerveza que allí servían. Formuló en su mente un plan que consistía en entrar en el bar sin mojarse demasiado, pasar por debajo de tejados y marquesinas, probar la famosa cerveza y quedarse allí hasta que amainara la lluvia. Entonces se dirigiría al encuentro de sus compañeros.

Puso en marcha su plan, saltando sobre los resbaladizos adoquines hasta llegar a la estrecha puerta de madera. Cuando la abrió, se encontró en una habitación estrecha y oscura. Sólo había una puerta y ninguna ventana. Las lámparas quemaban aceite y dejaban hollín colgando en el aire. La puerta enrejada y unas cuantas bisagras cerca del techo eran lo único que impedía que todos murieran asfixiados. En una mesa había cuatro hombres bebiendo y riendo. A juzgar por las armas que llevaban y lo mucho que bebían, Kassim supuso que eran mercenarios de paso por la ciudad. Los mercenarios suelen beber cantidades sobrehumanas en sus momentos de relax. "Beben como si no hubiera un mañana", dirían algunos sabiamente, porque para un mercenario la muerte era una compañera constante e incómoda. Kassim se acercó al mostrador cuando una joven de ojos color miel y pelo castaño se levantó y le dedicó una cálida sonrisa.

— ¡Buenas noches, señor! ¿Ha venido a probar nuestra cerveza negra especial?

— Sí, claro —respondió Kassim—. — La fama de esta bebida se está extendiendo, como ya sabrás.

— Tus papilas gustativas te dirán que los rumores son ciertos", le aseguró la joven mientras llenaba una taza con el oscuro líquido.

Dejó caer parte de la espuma sobre la encimera mientras se llevaba la taza a la boca y sorbía el líquido lentamente. Su mirada se paseó por el cuerpo curvilíneo de la joven que le servía, pero pronto cerró los ojos al descubrirle. La cerveza tenía un dulzor y un amargor equilibrados. Sus aromas afrutados le trajeron sensaciones agradables que había olvidado hacía

tiempo.

— Es la mejor cerveza que he probado en esta ciudad", declaró con una sonrisa. — El cervecero debería estar orgulloso.

— ¡Sí, está muy orgulloso! Es mi padre. — explicó la chica. — Aprendió la receta cuando éramos criados de un duque en Mavilazar. El duque falleció hace dos años. Fue entonces cuando decidimos venir aquí e intentar una nueva vida. Alquilamos esta pequeña tienda, mi padre prepara la bebida en la trastienda y yo atiendo a los clientes siempre que necesita ayuda. Por cierto, me llamo Alissa.

— Soy Kassim", se presentó, extendiendo la mano en señal de saludo, "Has recorrido un largo camino.

— Un viaje muy difícil en barcos viejos y caminos peligrosos, pero estoy seguro de que merecerá la pena. Con la muerte del duque, perdimos a nuestro protector. Mi familia estaría condenada a servir a algún otro señor en los campos, en condiciones que seguramente serían peores. Aquí podemos recuperar nuestra fe en el futuro. Después de todo, ¡somos libres!

— Mujer, tráenos más bebida", ordenó bruscamente uno de los supuestos mercenarios de la mesa central.

— Disculpe, Sr. Kassim, debo atender a los otros clientes.

Alissa llenó una jarra de cerveza, se ciñó el pobre vestido al cuerpo y se acercó a la mesa donde los hombres rústicos se emborrachaban. El hombre esbelto de pelo corto y negro que se sentaba a la cabecera de la mesa se sirvió primero. Luego le tocó el turno al caballero de su izquierda. Se oyó un golpe cuando el hombre corpulento de barba tupida agradeció a Alissa la cerveza que había recibido y le dio una fuerte bofetada en las nalgas, tirando la jarra al suelo. La enorme mano permaneció sobre el cuerpo de la joven, manoseándola mientras ella intentaba en vano liberarse.

— Te dije que había buena carne bajo esta falda, ¿no? — se burló el gigante ante las risas de sus compañeros.

— ¡Alto! ¡Dejad a la chica en paz! — ordenó Kassim mientras se acercaba a la mesa enfadado.

Tal acción surgió de sus instintos, quizá lo más estúpido que podía hacer en aquel momento. No era un guerrero, ni había soñado nunca con serlo. Sólo era un joven jornalero de complexión delgada que acababa de molestar a un hombre borracho y furioso que se ganaba la

vida matando soldados. Todo el mundo se quedó paralizado ante la insolencia del chico, dando a Alissa la oportunidad que tanto había deseado de liberarse y esconderse tras el mostrador.

El grandullón se levantó, mostrando su imponente físico, haciendo que Kassim lamentara aún más su irreflexiva acción.

— Tengo curiosidad. ¿Quién eres tú para darme órdenes, hombrecito?

— Llamaré a los guardias. — Amenazó el asustado joven. Su voz llena de miedo sonó como una broma a los hombres que estallaban en carcajadas.

Kassim podría haber huido del bar, correr a la calle de al lado y pedir ayuda a los guardias que siempre empezaban sus rondas por aquellos lares. La simpatía que sentía por la joven que acababa de conocer confundió sus pensamientos, desencadenando un instinto protector que no sabía que poseía.

— ¿Guardias? No tengo miedo de tus guardias. Habría matado a tus guardias por pura diversión si los hubiera llamado, igual que haré contigo. — Dijo el mercenario.

Kassim sintió que la cabeza empezaba a temblarle y en el mismo instante estaba en el suelo, aturdido por un golpe que no había sido capaz de predecir. Sus pensamientos se volvieron confusos y su respiración más difícil mientras el dulce sabor de la sangre llenaba su boca. No contento con herir al joven que se atrevía a plantarle cara, el gigante enfurecido levantó a Kassim por la camisa utilizando sólo una de sus manos, con la misma facilidad con la que se levantan hojas secas del suelo otoñal. Cerró el otro puño lentamente, doblando un dedo cada vez, preparándose para otro golpe mucho más fuerte que el anterior. Sólo uno de sus ojos permitió a Kassim ver la mano sucia y callosa que se preparaba para golpearle. Sólo le quedaba luchar inútilmente, como un lagarto aún vivo en las garras de un águila.

— ¡Detengan a Stephen! — ordenó el hombre delgado que seguía sentado a la cabecera de la mesa. — ¡Alto! ¡Es una orden!

— Este gusano me ha ofendido. No puede negarme ese placer, Comandante.

— ¡Piensa hombre! ¿Tienes ya el cerebro podrido? — dijo el comandante mientras desenvainaba su espada en clara amenaza. — Esto no es un pueblo en una carretera cualquiera, es la ciudad del pueblo que más aprecia sus leyes. Estás a punto de aplastar a un hombre que se levantó para salvar a una joven de unos mercenarios forasteros, ¿te das cuenta de lo que eso significa? Si haces eso, todos estaremos perdidos.

— La tormenta ha vaciado las calles, nadie vendrá pronto. — Respondió el mercenario. —

Mataré a este insecto, todos nos divertiremos con la chica. Para cuando se enteren de lo que ha pasado, ya nos habremos ido.

— ¡Y nunca podremos volver, imbécil! — Los carteles con nuestras caras estarán por todas las paredes, los guardias nos perseguirán como a perros. No podemos correr este riesgo, tenemos muchos negocios aquí. Si matas a este hombre, yo mismo llevaré su cabeza a los guardias. No seré expulsado por tu estupidez. ¡Déjenlo ir, ahora!

El mercenario devolvió a su víctima al suelo y se dio la vuelta, mirando a su comandante con una mezcla de insatisfacción y furia en el rostro.

— Como desee, Comandante. — Dijo, justo antes de salir de la taberna.

— Ya hemos tenido bastante, es hora de irnos. — Ordenó el comandante a los otros dos hombres, indicando la puerta con gestos de cabeza.

Los hombres vaciaron sus jarras de un trago, se pusieron los abrigo y salieron corriendo a la calle, aunque su comandante aún permanecía en la taberna. Se abrochó la vaina de la espada a la cintura y se echó la capa verde sobre el respaldo de la silla. Sin prisas, se acercó a la barra y vio a la muchacha, aún aterrorizada, abrazada a sus rodillas en un rincón de la pared. Tres monedas brillantes salieron de los bolsillos del comandante y las dejó sobre el mostrador.

— Por favor, perdónenos. — Se disculpó, temeroso de que el descontrol de sus hombres llegara a oídos de alguno de los jueces de la ciudad y perjudicara su negocio. Las monedas eran las mejores monedas de plata que circulaban en Alvimor, equivalentes a una semana de facturación del establecimiento.

Se dirigió hacia la salida, pero cuando tocó la madera de la puerta, se detuvo. Miró al chico herido que estaba apoyado en el suelo con la espalda contra la pared y vio su cara deformada por el impacto. Tenía un ojo hinchado, la nariz rota y unas gotas de sangre goteaban de su boca.

— Eres un hombre valiente. — Dijo el comandante. Lanzó dos monedas como las que quedaban en el mostrador en dirección a Kassim y salió del bar.

Alissa salió de su escondite para ayudar al chico en cuanto se cerró la puerta. Con la ayuda de su padre, llevó al joven herido a su habitación de la pensión. Esa noche le curó las heridas con compresas y algunas hierbas, y permaneció a su lado hasta el amanecer.

El resplandor de los primeros rayos de sol sacó a Kassim de sus recuerdos. Le dolían las piernas y le ardían los pies dentro de las botas. Se sentía cansado como pocas veces antes. Después de todo, había caminado ininterrumpidamente desde el atardecer hasta el amanecer por

senderos estrechos. Sabía que su viaje en busca de ayuda no había hecho más que empezar. Se sentó en una roca del suelo y bebió el resto del agua que había traído consigo. En el horizonte, la reconfortante visión de la ciudad con sus torres y murallas le demostró que sus cálculos habían sido correctos hasta el momento. Sintióse renovado por la proximidad de su objetivo, Kassim se levantó y continuó su camino. Los recuerdos de su amada le acompañaron hasta las puertas de la ciudad.

Capítulo II

En la Ciudad de los Libres

Kassim cruzó las puertas temprano esa mañana. Las calles ya estaban llenas de gente. La gente se apresuraba a transportar mercancías, luchando por el espacio en los amplios bulevares. Guardias con brillantes armaduras se turnaban entre los comerciantes que montaban sus puestos. A pesar de haber pasado buena parte de su vida en medio de toda esta confusión, Kassim se sentía algo perturbado por la miscelánea de imágenes, olores exóticos y sonidos que asaltaban sus sentidos. Toda aquella agitación, que antaño había sido habitual para él, resultaba ahora muy irritante.

Inmediatamente empezó a buscar ayuda. Había muchos herbolarios en la ciudad. La mayoría de ellos ofrecían a la gente conocimientos tradicionales, perfeccionados por sus familias a lo largo de muchísimas generaciones. Unos pocos provenían de escuelas formales, otros aprendían en la práctica asistiendo a un herborista experimentado, atreviéndose también a medicar cuando eran mayores. Quizá ésta fuera la profesión más valorada en aquellas tierras, ya que todo el mundo les confiaba su dolor. La naturaleza podía curarlo todo, sólo había que conocer el origen preciso de la dolencia y tener los conocimientos para dosificar la infusión, cataplasma, extracto o elixir a aplicar. Por esta razón, no todo el mundo era considerado un buen médico, ya que había herbolarios que agravaban el sufrimiento de sus clientes cometiendo errores en el tratamiento. A veces, plantas idénticas contenían sustancias diferentes, una proporcionaba alivio mientras que la otra contenía un potente veneno en sus hojas. Un simple error al cocinar un elixir podía convertirlo en una sopa sin valor medicinal y provocar un lento empeoramiento del estado del paciente. Como cualquier otro trabajador de la gran ciudad, los herbolarios eran juzgados y valorados por los resultados que ofrecían a sus clientes. Por esta razón, la sabiduría popular decía que un buen herborista necesitaba mucho tiempo para convertirse en médico, ya fuera a través de una larga carrera llena de dificultades o en una familia que viviera tradicionalmente de las hierbas.

Kassim fue de tienda en tienda, de puesto en puesto, pidiendo referencias a sus conocidos. Consiguió buenas referencias y escuchó muchas historias, pero por desgracia todas eran sobre experiencias muy alejadas de su realidad. Historias que describían los logros de profesionales de renombre y precios sustancialmente altos. Además, la ciudad era enorme. Un amasijo de calles, plazas y callejones, demasiado largo para un hombre que llevaba tiempo entre sus adversarios. Fue de un desconocido de donde vino la indicación más viable. Un humilde frutero que dijo haber obtenido la ayuda que necesitaba de un viejo herbolario. Un buen hombre, que le había

cobrado un precio justo por remedios muy eficaces.

Con un trozo de papel con indicaciones, Kassim fue en busca del generoso hombre que se encontraba a pocas manzanas de allí. El vendedor del mercado había descrito a Manuel, el médico, como un anciano de gran riqueza que mostraba un auténtico deseo de ayudar a los menos afortunados. Esta información alegró mucho a Kassim. Era habitual que las personas con más éxito de la ciudad se comportaran de forma similar cuando se jubilaban. Con los hijos crecidos y las comodidades que se habían ganado, cesaban las exigencias personales. Así, los ancianos ricos se dedicaban a ayudar a los más pobres y necesitados, como en una tradición irreflexiva o una ley no escrita. Tal vez la proximidad del fin hacía crecer la generosidad en sus corazones, o la sabiduría de los años les mostraba la total inutilidad de sus fortunas tras su partida definitiva. Tal vez trataban de asegurarse la misericordia de Ravan, el feroz dios encargado de juzgar a las almas y definir sus destinos. Sin embargo, muchos de ellos simplemente huían del insoportable aburrimiento que sentían. Kassim desconocía las verdaderas razones, pero había sido testigo de su buena voluntad muchas veces antes. ¿Le acompañaría por fin la buena fortuna?

Llegó a la plaza a última hora de la mañana, jadeante y sudoroso por su apresurado paso por las calles. Era el comienzo del día más caluroso de la primavera hasta el momento, y el calor y la incomodidad le atormentaban. Kassim creía conocer bien la gran ciudad, pero aquella plaza parecía ser un lugar nuevo para él. Estaba situada en la intersección de dos avenidas y tenía en su centro un hermoso jardín con césped verde y árboles en flor de colores amarillo y rosa.

— Un jardín tan bien cuidado debe pesar en los bolsillos de alguien, pensó, con razón.

La prosperidad corría por las carteras de los comerciantes vecinos, que decidieron hacer el lugar más agradable para sus clientes. Hacía poco que habían creado una asociación que, entre otras cosas, pagaba a jardineros para que cuidaran las plazas y los parterres durante todo el año. Arrancaban las malas hierbas, mantenían el césped recortado y los árboles podados y regados, incluso durante las sequías más largas. Así, el lugar, antaño sucio y gris, atraía ahora a las familias para pasar agradables momentos de ocio, donde los niños jugaban en la suave hierba y las parejas se enamoraban entre los coloridos arbustos de azaleas.

Las terribles preocupaciones le abandonaron por un momento, permitiéndole vislumbrar y comprender las muchas cosas que estaban cambiando en la ciudad. El número de mendigos había disminuido visiblemente. Había más guardias vigilando las calles con mejores armaduras y armas mejor fabricadas. Todas las casas y edificios habían remodelado sus fachadas y las tiendas estaban llenas de clientes dispuestos a gastar sus diversas divisas. La ciudad se había recuperado

totalmente del último asedio que había sufrido, cuando Erick V, el actual emperador de las tierras de Larx, intentó cumplir el viejo sueño de su dinastía y conquistar la ciudad para sí. El asedio sólo duró cuarenta y cinco días, ya que las fuerzas de Larx, compuestas por vasallos tristes, cansados y mal alimentados, fueron repelidas con facilidad. La guerra fue rápida, pero consumió muchos recursos de la ciudad y detuvo muchos negocios. Kassim, recién casado por entonces, vio en las dificultades de la posguerra una oportunidad para convencer a su esposa de intentar una vida más próspera y pacífica en el rancho familiar. Una decisión de la que se arrepintió. Más aún ahora.

Divisó la tienda con un gran cristal y un rosal lleno de flores rojas delante, tal y como le había descrito el tendero. Cuando entró, encontró una estrecha habitación dividida por la mitad por un gran mostrador de madera y delimitada por una puerta al fondo. La ventana de cristal ofrecía una vista completa de la plaza y permitía la entrada de abundante luz diurna. En la pared opuesta a la ventana, detrás del gran mostrador, había muchas estanterías de madera que colgaban del suelo al techo. En ellas estaban organizados diversos tarros y frascos que contenían infusiones, conservas, tallos, hojas e incluso ingredientes insólitos que hicieron que Kassim sintiera que se le revolvía el estómago vacío. Vio arañas, tan grandes como su puño y tan peludas como un perro negro, metidas en un tarro de cristal. Vio serpientes enroscadas en botellas, sumergidas en un líquido translúcido. Vio un tarro lleno de avispas secas, amarillas y negras, tan grandes como un limón maduro. Detrás del mostrador había un hombre pequeño subido a una escalera, que se estiraba para limpiar el polvo de los botes más altos. Llevaba una camisa blanca de manga larga y pantalones y chaleco marrones. Su rostro tenía muchas arrugas que demostraban su gran experiencia y su piel era tan blanca como su camisa. En la cabeza se le erizaban unos cuantos cabellos igualmente blancos y por la nariz le resbalaban unas gafas redondas de cristales pesados.

— Hola, amigo. — saludó al nuevo cliente que acababa de entrar en su tienda. El anciano bajó lentamente las escaleras con una gran sonrisa en la cara. — Pareces sano como un toro. Un toro muy joven, por así decirlo. ¿Qué trae por aquí a alguien así?

— ¡Buenos días, señor! Usted debe ser Manuel, el herbolario.

— Sí, soy yo. Tengo que decir que cuando un hombre sano y fuerte como usted entra en mi tienda, normalmente sólo quiere un elixir que le ayude a complacer a las mujeres en los momentos íntimos. Ahora veo por su semblante que se trata de algo más serio. Dígame, ¿cómo puedo ayudarle?

— Me llamo Kassim, soy el hijo de Kaled.

— ¿El observador? Sí, recuerdo a tu padre, era un buen hombre. Me entristeció mucho enterarme de su muerte.

— Hoy vivo en un rancho cerca de las montañas. Tengo una esposa y una hija. Un bebé de apenas dos meses. Desde hace poco más de una semana, mi niña sufre episodios febriles. Al principio eran diarios, pero ahora son muy pocos los momentos en que no está acalorada como una cuba.

— Sí, joven. Dígame, ¿cuáles son los otros síntomas? — preguntó el interesado anciano, inclinándose sobre el mostrador.

— A veces parece tener dificultades para respirar. También encontramos manchas rojizas en su piel, marcas que desaparecen rápidamente.

— ¿Y cómo has tratado la fiebre?

— Mi mujer y yo hemos probado a darle infusiones de jengibre y macela, como hacían nuestros padres con nosotros cuando éramos niños. Nada de esto ha tenido el menor efecto. Lo único que podemos hacer para controlar la fiebre es darle baños fríos siempre que sea necesario.

— Sí, jovencito. Pero esa no es la mejor opción. Verás...

— No tengo mucho, mi señor, pero estoy dispuesto a darle lo que necesite por su ayuda. — Kassim interrumpió la explicación con emoción.

— Como he intentado explicarle, lo ideal sería que yo pudiera examinar a su hijo.

— No pude traerla porque temía que no resistiera el viaje. — explicó Kassim.

— Sí, has hecho lo correcto. Los senderos y los bosques no son lugares para bebés enfermos. Intentaré ayudarte con la información que me has dado. — dijo Manuel, algo abatido.

Kassim percibió la falta de esperanza en la respuesta del curandero. Desesperado, le hizo una nueva propuesta.

— Venid conmigo a mi casa, mi señor. Sé que la distancia es larga, pero estoy dispuesto a recompensarte por ello. ¡Mira! — Sacó de su mochila un frasco lleno de miel. — Esta es la mejor miel silvestre que existe. Pocos pueden probar su dulzura, porque las abejas que la producen son capaces de matar hombres para defenderla. ¡Pruébenla! Es una verdadera joya. Si vienes a mi casa y examinas a mi hija, prometo reunir diez frascos como éste y dártelos antes de que acabe la primavera. ¡Vamos, pruébala!

— Cálmate, hombre —ordenó el anciano—. — Yo te ayudaré.

— ¿Vendrás conmigo a las montañas? ¡Que las gracias de Vanesse abunden en tu vida! — celebró Kassim. La tradición atribuía todo lo bello, la salud y la fertilidad a la joven diosa Vanessé. Estas cosas eran ciertamente queridas para el corazón de un anciano, pero no bastaban para convencer al astuto herborista.

— ¡No, no voy a seguirte a ninguna parte! Esa es la idea más descabellada. ¿Dónde has visto a una persona de mi edad aventurarse por caminos y cuevas interminables? Me doy cuenta de que estoy al final de mi viaje, pero eso no es motivo para encontrarme con la muerte. Además, no será necesario, porque sé lo que tiene tu hija. ¡Dámelo!

El curandero cogió el frasco de las manos del avergonzado joven. Vertió una generosa dosis de miel en un cuenco y luego subió a buscar otros ingredientes en las estanterías. Bajó balanceando frascos y botellas. Cogió hojas muy olorosas de un frasco y flores secas del otro, vertió el líquido de los frascos en el cuenco y lo trituró todo con la ayuda de una maceradora. Coló el líquido en un paño blanco y lo vertió todo en una botella.

— Toma. — El viejo tapó la botella con un corcho y se la dio a Kassim. Dale una cucharada cada vez que le vuelva la fiebre.

— ¿Cuánto le debo, milord? — preguntó incrédulo el joven.

— A ver... déjame coger lo que queda en esta botella. La miel silvestre tiene innumerables aplicaciones para mí y ésta es una de las mejores que he visto.

— ¡Que los dioses le concedan su deseo! — agradeció el herbolario, estrechando energicamente sus manos. Kassim quiso celebrar aquel momento con un abrazo fraternal, pero la seriedad del semblante del anciano se lo impidió.

— ¡Muy bien, muy bien! Ahora vete, muchacho. Su hija debe recibir su medicina tan pronto como sea posible.

Al salir de la tienda, Kassim se sintió feliz y agradecido, pero todavía un poco confuso. ¿Debía confiar en el anciano y seguir su camino? ¿A qué se debía la incredulidad del médico cuando le explicó los síntomas que aquejaban a la niña? Si la medicina no era eficaz, ¿qué más podía hacer por su querida Stella?

Un intenso debate rugía en la cabeza del hombre mientras caminaba lentamente por las calles. Tal vez debería volver a casa inmediatamente y tratar a Stella con lo que tenía en sus manos. Sin embargo, ¿podría el médico haberle engañado, siendo la medicina de su bolsa nada más que un señuelo ineficaz, capaz únicamente de calmar al desesperado joven padre haciéndole salir de la tienda? Pensó que exageraba, al fin y al cabo, un médico vive en gran medida de su

reputación, no haría nada que la empañara. Por otra parte, no vivía en la ciudad y tenía pocos contactos allí. ¿Cómo podía afectar el tratamiento fallido de un bebé en un rancho lejano a la reputación de un herbolario de renombre? ¿Podría una reputación forjada durante muchos años de buenos servicios verse empañada por un solo fracaso?

Sin embargo, empezaba a producirse un extraño movimiento de gente y Kassim, cegado por sus preocupaciones, no se dio cuenta de inmediato. Un terrible error derivado de un simple detalle. Una breve distracción que cambió su vida para siempre.

La gente empezó a huir de las puertas de la ciudad. Cuanto más se acercaba a la salida, más notaba el miedo en los rostros de los transeúntes. No pasó mucho tiempo antes de que empezara a oír las conversaciones más excitadas. Una mujer pasó corriendo a su lado y le heló la sangre con unas pocas palabras: "La ciudad está siendo invadida. Corred".

— ¿Qué ha dicho? — preguntó a la asustada dama que había desaparecido entre la multitud.

Aceleró sus pasos y luchó contra la fuerte corriente de gente que se acercaba. Entonces sus propios ojos pudieron presenciar cómo los guardias, muy asustados, cerraban las puertas. Se acercaba una amenaza real.

— ¡No! Eso no puede ocurrir. — Pensó Kassim, que ni en sus peores pesadillas se había encontrado en una situación tan desfavorable.

Todas sus dudas desaparecieron, como sombras tocadas por la luz de una única certeza. Su familia le necesitaba. Stella necesitaba sus cuidados y Alissa necesitaba su amor. Un asedio le mantendría atrapado en la ciudad durante semanas o incluso meses. Tal cosa no podía suceder.

— ¿Por qué no han sonado las trompetas? — Te das cuenta — tal vez el ataque se concentra sólo en este lado. Las otras puertas podrían seguir abiertas...

Había una salida a unos dos kilómetros. Era una puerta estrecha, utilizada únicamente para que los carros que transportaban basura y otros desechos abandonaran la ciudad, sin molestar a los asistentes al mercado ni a los visitantes. Unas gruesas puertas de acero se abrían brevemente y estaban vigiladas en todo momento por guardias. Si la puerta estaba abierta, podía salir de la ciudad y deslizarse hacia el bosque, fuera de la vista de los malhechores.

Corrió como un lobo hambriento corre tras su presa, abriéndose paso entre la multitud de callejuelas y callejones menos transitados. Le extrañaba que los guardias no hubieran hecho sonar las alarmas, pero sabía que en unos instantes, el estruendo le alejaría indefinidamente de su familia. Kassim nunca pudo imaginar la verdadera razón del retraso. La ciudad no estaba

amenazada por los envites de Erick V y sus ejércitos, ni por ninguna tropa de usurpadores. La amenaza planteada era completamente nueva, más allá de la comprensión de los confusos guardias que se preguntaban qué debían hacer.

Se alejó de la confusión, llegando al pie de la pendiente que se extendía unos cincuenta metros, dando acceso al vertedero. Para su consternación, se oyó el sonido de trompetas lejanas, que atrajeron la atención de la gente y de los guardias. Kassim abordó la pendiente con un vigor que no tenía, en una carrera alocada que agotó sus últimas fuerzas, porque sabía que era su única posibilidad de salir de la ciudad.

— ¡Alto ahí! — advirtió un guardia a diez pasos de la puerta— ¿Adónde crees que vas?

— Señor, debo dejar la ciudad, un niño enfermo depende de mí en las montañas.

— ¿No ha oído las trompetas, mi señor? ¿Las alarmas sólo suenan en caso de peligro real? Nadie entra ni sale de la ciudad hasta nuevo aviso.

Kassim no podía creer lo que veían sus ojos. La pesada puerta se cerraba ante él, tan cerca y tan lejos de ser libre. Las lágrimas corrían por su rostro, gruñidos indescifrables salían de su boca. Sintió un extraño dolor en el abdomen que le obligó a inclinarse ante el guardia. El dolor era el resultado de la decepción combinada con la impotencia ante un destino cruel e inevitable. Kassim tiró de los hilos dorados de su cabeza, como si quisiera extraerles alguna idea por la fuerza bruta. No le quedaba más remedio que apelar a la compasión del guardia que vigilaba.

— ¡Por favor, mi señor, se lo ruego! ¡Déjeme salir, la vida de mi hija depende de ello!

— ¿Estás sordo, chico? — Gritó el guardia, — Nadie puede salir después de la alarma...

Un estruendo silenció a todos y siguió un momento de intenso silencio. Las antiguas puertas de acero y madera maciza se redujeron a astillas y metal retorcido en un solo instante. Las mismas puertas que habían resistido los arietes de grandes ejércitos, soportado asedios interminables y presenciado la derrota de orgullosos monarcas, habían fracasado al instante ante el nuevo enemigo.

En medio de la nube de polvo, aparecieron tres figuras, casi tan altas como los arcos de piedra que antaño sostenían las puertas. Vestían capas grises muy oscuras que les cubrían completamente el cuerpo. Pequeños cuernos ennegrecidos atravesaban las capuchas a ambos lados de sus cabezas. Tenían dedos largos y uñas puntiagudas, como las garras de un buitre en manos cadavéricas. Sus brazos estaban envueltos en cadenas de gruesos eslabones que se arrastraban hasta el suelo. No tenían rostro. Dentro de sus capuchas sólo se veía oscuridad, como si allí viviera la nada misma.

La visión de los oscuros invasores condenó a Kassim a una parálisis momentánea, helándole la sangre y congelándole los músculos. Su miedo a los seres desconocidos era compartido por el guardia que le había impedido salir de la ciudad. Sin embargo, este hombre nunca se paralizaría ante una amenaza. Como todos los demás guardias que defendían la ciudad, se había sometido a horas de duro entrenamiento para que sus reacciones fueran inmediatas e instintivas. "Ante el peligro, actúa con rapidez, porque la acción siempre vence a la inacción", repetían los sargentos a sus mandos. Además, se trataba de un soldado experimentado que creía que el miedo era el peor enemigo de un guerrero. Estos lemas habían convencido al rústico hombre para desertar de sus tropas y buscar refugio en la gran ciudad, porque estaba cansado de luchar para tiranos y ser testigo de injusticias. Las muchas batallas en las que había participado le habían enseñado que a los hombres fuertes pero indecisos suelen quitarles la vida los débiles más listos. Así que, aunque no entendía qué se escondía bajo los mantos grises, respiró hondo y, como un perro salvaje que ve invadido su territorio, avanzó hacia sus oponentes.

— ¡Al ataque! — ordenó a sus hombres, blandiendo su espada y corriendo hacia las misteriosas figuras que invadían la ciudad.

Uno de los seres se dio cuenta de que el hombre se acercaba blandiendo una hoja afilada y lo consideró una amenaza relevante. Movié el brazo hacia atrás, arrastrando por el suelo la cadena que llevaba atada. Una cadena de eslabones de metal ennegrecido que rápidamente se tornó de un rojo intenso, recorriendo el aire en busca del cuerpo del intrépido guardia. Su armadura no pudo protegerle del intenso calor y se rompió al primer y único golpe que recibió. El olor de la carne quemada del pobre guardia se extendió por todo el aire. Los gritos del guerrero, que yacía agonizante en el suelo con una enorme fisura en el pecho, reverberaban por las calles.

En un breve instante, las criaturas vencieron la resistencia impuesta por los guardias y comenzaron a avanzar hacia las murallas. Temiendo ahora por su propia vida, Kassim se levantó torpemente y empezó a correr contra el avance de los invasores. A los pocos pasos, sintió un gran calor. Miró hacia abajo y vio las cadenas que le rodeaban la cintura. Un fuerte tirón le hizo volar hacia atrás a toda velocidad. Su bolsa cayó al suelo y el sonido de cristales rompiéndose fueron sus últimos recuerdos.

Capítulo III

Encadenado

Tumbado sobre las piedras que pavimentaban las calles, Kassim despertó de un sueño corto y agitado. Con los ojos aún cerrados, deseó que todo lo ocurrido hasta entonces no fuera más que la más loca de las pesadillas. Deseó poder abrir los ojos y ver a Alissa y su dulce sonrisa iluminada por los primeros rayos de luz de la mañana. Sin embargo, el gran dolor que sentía en la cabeza le devolvió a la extraña realidad. Vio que ya no estaba cerca del vertedero, sino en la parte más alta del centro de la ciudad.

Kassim intentó levantarse, pero fue tirado al suelo por fuerzas que provenían de sus brazos y vio unas esposas en sus muñecas. Habían aparecido unos anchos brazaletes metálicos sin costuras, cierres ni bisagras, como si las piezas se hubieran forjado en su cuerpo mientras estaba inconsciente. Las esposas estaban unidas a cadenas que lo ataban a otros dos hombres. Un hombre delgado, de barba rala y pelo canoso estaba a su izquierda. Vestía ropas sencillas y su semblante era desolado. A su derecha había un hombre de barba poblada y pelo bien recortado. Su vientre prominente asomaba bajo un chaleco fino que cubría una delicada camisa de algodón suave.

— ¡Quieto, chico! — Dijo el hombre de la derecha — Quédate abajo.

— ¿Qué ocurre? — preguntó el joven confundido.

— Mira a tu alrededor. Han tomado la ciudad.

Kassim vio los cuerpos de los guardias masacrados en el suelo. La mejor armadura disponible en aquel momento era incapaz de protegerlos. Sus cuerpos estaban destrozados, pero no había sangre en las calles. El instrumento que les había cortado brazos y piernas también había quemado su carne, cauterizando sus venas. En el aire flotaba un fuerte olor a violencia. Kassim vio que muchos otros hombres estaban atados a la misma cadena y que muchos más habían sido traídos por los extraños seres que habían destruido las puertas. Los misteriosos invasores seguían vagando por las calles. No sólo los tres que había visto antes, sino docenas. Sólo se diferenciaban entre sí por la forma de los pequeños cuernos que atravesaban la capucha de su capa. Había humo y pequeños incendios por todo el paisaje de edificios y callejones. Gritos lejanos y desesperados resonaban en las paredes.

Tras siglos y muchos intentos, una fuerza había tomado por fin la Ciudad de los Libres. No necesitó catapultas, caballería ni ningún otro aparato bélico. Los seres embozados habían logrado

en cuestión de horas la hazaña que los monarcas y sus vastos ejércitos no habían conseguido durante generaciones.

— ¿Somos prisioneros? — preguntó Kassim mientras miraba las cadenas que lo ataban, pero los hombres no supieron responder.

Dominado por la desesperación, intentó liberarse de las esposas golpeando las cadenas contra el suelo y empujándolas con los pies. El joven fue rápidamente inmovilizado por los hombres atados a él.

— No seas estúpido. — dijo el barbudo. — Nos matarás a todos.

— Mi señor, he venido hasta aquí desde las montañas, caminando toda la noche en busca de medicinas para mi hija pequeña que sufre de fiebre. Su vida depende de mi regreso.

— Entonces no hay forma de salvarla, me temo. — Dijo fríamente el hombre delgado. — Estas cosas capturan a hombres como nosotros, sanos y aún jóvenes. No han perdonado a nadie que se interponga en su camino. Nos han atado juntos por las muñecas para que caminemos en fila. Lo he visto antes, hace mucho tiempo. No somos prisioneros, caballeros. Somos esclavos.

— ¡No! ¡No puede ser! — gritó Kassim, intentando de nuevo liberarse.

— ¡Basta, gilipollas! — ordenó el elegante caballero de la derecha. — Mira a los guardias muertos y piensa un momento. También eran hombres jóvenes y sanos, claramente ninguna amenaza para estas cosas. Entonces, ¿por qué no están aquí, encadenados con nosotros?

— No hay lugar para guerreros. — Dijo el hombre de la izquierda.

— Esclavos, prisioneros, lo que seamos para ellos, lo cierto es que no quieren héroes. — Explicó el perspicaz hombre de la derecha.

— Mi hija me necesita. — murmuró Kassim.

— Comprendo tu desesperación, pero piénsalo. — Dijo el hombre elegante. — Tu hija puede sobrevivir o no, su destino es incierto. Ahora bien, si muestras alguna resistencia, estas cosas seguramente te matarán. Si tu hija se salva, ¿de qué le servirá un padre muerto?

Devastado, Kassim se sentó en el suelo y empezó a llorar. La lógica de aquellos extraños era irrefutable. La única alternativa, la rendición completa, era el suicidio y todos los hombres fuertes y bien armados despedazados por los invasores lo demostraban. No le quedaba más remedio que lamentar su destino.

— Si hubiera venido a pedir ayuda el día anterior, nada de esto habría ocurrido, pensó. —

Perdóname, Alissa, te he fallado.

Había pasado más de una hora cuando los invasores regresaron en gran número. Se colocaron alrededor de los hombres encadenados que suplicaban a sus dioses por sus vidas. Kassim vio cómo uno de ellos recogía el extremo de la cadena que antes había dejado caer al suelo, veintitrés hombres delante de él. El invasor echó a andar, arrastrando consigo a la fila de prisioneros. Algunos hombres intentaron reaccionar tirando de sus cadenas en dirección contraria, pero fueron arrastrados por la fuerza sobrehumana de la criatura. Sin embargo, se consideraron hombres valientes, decididos a no rendirse fácilmente. Siguieron luchando contra la criatura que los conducía, forcejeando y resistiendo el movimiento. Se oyó un crujido cuando la cadena en llamas cortó el aire, golpeando como un látigo la espalda del más rebelde de los prisioneros. La camisa que llevaba se rasgó por el golpe y su piel se quemó con todo el contacto. Inmediatamente apareció una gran roncha en la espalda del pobre hombre, de la que empezó a desprenderse una fina capa de piel quemada. El insoportable dolor le hizo caer al suelo durante unos instantes, debatiéndose como un gusano en manos de un pescador y gritando como un novillo llevado al matadero. El ser oscuro esperó a que se recuperara. Lentamente, señaló con el dedo índice de su mano cadavérica la dirección que debía tomar. Cualquier chispa de valor se apagó en los hombres que observaban. Ahora todos caminaban bajo la guía del líder sombrío sin ofrecer resistencia. Como perros adocotrados a obedecer a su amo por miedo al castigo.

Kassim miró hacia atrás y vio la cola de prisioneros que se extendía por las calles, haciendo incalculable el número de cautivos.

— ¿Están aquí todos los hombres supervivientes? — Susurró.

— Creo que sí. — Respondió el hombre frágil que caminaba detrás.

La crueldad de los adversarios no tenía precedentes en la historia de aquel mundo. Los prisioneros lo comprobaron por sí mismos al atravesar la destrucción. Los cadáveres de mujeres, niños y ancianos se mezclaban con los de los guardias masacrados. Los invasores eran incapaces de tener piedad, eliminando de su camino a cualquiera que no sirviera a sus propósitos. Los gritos y susurros procedentes de las ruinas evidenciaban la existencia de supervivientes. Las personas que habían logrado escapar de la tragedia escondiéndose se vieron obligadas a contemplar impotentes cómo sus familiares y amigos eran llevados hacia lo desconocido.

La caravana cruzó las puertas en la soleada tarde, en dirección sur. Los invasores no obedecieron el trazado de los caminos, abriéndose camino a su antojo a través de campos,

bosques y colinas, como si se les hubiera ordenado seguir una línea recta hasta su objetivo. Caminaron hasta el anochecer, llevando a los prisioneros a la orilla de un arroyo. El monstruo encapuchado que encabezaba la fila dejó caer sus cadenas al suelo y sus sombríos compañeros permanecieron a su alrededor, sin hacer ruido ni moverse. Petrificados como estatuas oscuras, permanecían de pie ante los prisioneros. Los hombres no sabían qué hacer ni qué esperar.

— ¿Qué están haciendo? ¿Qué quieren de nosotros? — preguntaban los encadenados.

Con el paso de las horas y la creciente oscuridad de la noche, la sed fue más fuerte que el miedo. Los hombres se armaron de valor para sentarse en el suelo y beber del agua del arroyo cercano. Nada de esto parecía importar a los monstruos, que permanecían inmóviles. Uno de los prisioneros intentó acercarse sigilosamente a los invasores.

— ¿Estaban dormidos? — me preguntaba.

Sin embargo, al acercarse a la extraña criatura, ésta movió su cuerpo hacia él y extendió sus cadenas en clara amenaza. El hombre se alejó a gatas de la criatura. Su curiosidad quedó satisfecha con una certeza morbosa. Aquellos seres misteriosos no dormían.

Kassim, que observaba todo atentamente, no pudo soportar más la fatiga y se fue a la cama. Su corto sueño se vio perturbado por la constante sensación de amenaza, la luz de la luna llena y los mosquitos. Se despertó con el tirón de las cadenas cuando los primeros rayos de sol iluminaron la tierra. En unos instantes, la caravana avanzaba a toda velocidad hacia el sur, y así siguió todo el día. Kassim, que había caminado kilómetros en busca de ayuda, sentía que le ardían las piernas y pensaba que no podría seguir el ritmo de la caravana durante mucho tiempo. A veces, el chasquido de las cadenas que ataban a sus compañeros más lentos le devolvía las fuerzas.

Los crueles seres obligaban a sus prisioneros a subir colinas, cruzar ríos y caminar por terrenos rocosos y bosques. No permitían ninguna parada, obligando a los hombres de la cola a satisfacer sus necesidades allí mismo, en el camino. Kassim dio gracias a los dioses por llevar todavía puestas las botas, porque a veces la orina y las heces de los prisioneros que iban delante se derramaban por el suelo. Al final de aquella tarde, el olor de la caravana rozaba lo insoportable, pues los hombres ya no podían contener la vejiga. Tampoco recibían una gota de agua ni una migaja de comida.

El sol volvió a ponerse y la luna brilló en el cielo despejado. Se detuvieron en un estrecho valle entre las colinas. Una vez más, los seres se colocaron a su alrededor y permanecieron inmóviles como muertos. Los hombres se tumbaron sobre la suave hierba. Esta vez no había

agua y la sed castigó aún más a los pobres prisioneros.

Cansado como nunca, Kassim se acostó y durmió profundamente. Ni siquiera el frío de la noche, los insectos, la dureza del suelo o los lamentos de los prisioneros pudieron librarle de sus numerosas pesadillas.

En sueños veía a Alissa cavando un hoyo en la soledad de los campos. El cielo era negro y el paisaje amarillo y seco. Alissa dejó caer la pala en la tierra y recogió el cuerpo de un niño, envuelto en un sudario. Antes de depositar el cuerpo del niño en la tumba recién abierta, miró a Kassim y le preguntó:

— ¿Dónde estás, Kassim? ¿Por qué me has abandonado? — Lo repitió una y otra vez hasta que sus ojos se volvieron blancos y sin vida.

Se despertó sobresaltado. Podía oír los latidos acelerados de su corazón en el silencio de la noche. Poco a poco se calmó y empezó a observar el cielo nocturno, donde la gran estrella roja seguía brillando.

— Por fin has dicho la verdad. — Dijo al firmamento.

Durante años y años había seguido la angustia de su amado padre, que buscaba inútilmente respuestas en el cielo. Hasta aquella noche, Kassim había albergado cierta amargura hacia todo lo relacionado con el oficio de mirar las estrellas. Le parecía una tradición anticuada que sin duda debía olvidarse. Si no hubiera sido por la insistencia de Kaled, que en sus últimos años se alegró mucho de ver a su hijo aprender su oficio, nunca se habría dedicado a algo tan inútil.

Sin embargo, tuvo que admitir que aquella noche alegraría, en cierto modo, a su padre. La aparición de la gran estrella roja no era un fenómeno estacional, ni seguía ningún patrón conocido. Simplemente aparecía y desaparecía a veces por el sur. Kassim recordaba dos ocasiones en las que había aparecido antes. En ambas ocasiones su padre esperó noticias de batallas y conflictos, pero la estrella se apagó y no ocurrió nada. Sin embargo, esta vez era diferente. La Ciudad de los Libres había sido finalmente derrotada, sucumbiendo ante una fuerza invasora bajo el resplandor rojo de la estrella. Un momento histórico que confirmaba uno de los muchos paradigmas de los contempladores. Kassim pensó que todo era una coincidencia. Creía que era pura pretensión concluir que la contemplación de las estrellas volvería a ser relevante después de este acontecimiento.

Oyó un débil ruido procedente de un punto distante. Los hombres dormían pesadamente a su alrededor y las criaturas envueltas en sus mantos permanecían inmóviles. Todo indicaba que sólo él se había percatado de que otro hombre se movía a la tenue luz de la luna. Un joven

prisionero, que de algún modo había conseguido liberarse de sus grilletes, estaba realizando un audaz intento de fuga. Sigiloso como un gato acechando a su presa, se deslizó detrás de una de las criaturas y se dirigió hacia la colina. Kassim observaba todo inmóvil y rezaba a los dioses para que aquel extraño tuviera éxito.

— Tal vez pueda traer ayuda. — pensó Kassim en total silencio.

El fugitivo era uno de los hijos de una de las familias más ricas de la gran ciudad. El chico, acostumbrado a una vida acomodada llena de diversión y placer, estaba aterrorizado de imaginar lo que le esperaba. Por eso no sospechó ni un segundo cuando aquella noche le quitaron las cadenas de las pulseras. Supuso que se trataba de uno más de los muchos acontecimientos de buena suerte que impregnaban su existencia, nada más. Así que dio pasos cuidadosos hacia las colinas, alejándose de los demás. Cuando la libertad parecía segura, uno de los misteriosos seres apareció frente a él, iluminado por la luna. El joven se sobresaltó, cayó al suelo y rodó por el campo hasta las partes bajas, donde descansaban los prisioneros.

Otros invasores, que hasta entonces habían estado custodiando a los prisioneros, se acercaron a él y lo rodearon. Los terribles seres le azotaron con sus relucientes cadenas y con extrema brutalidad. El joven gritó y suplicó por su vida en vano. Su voz sólo se acalló cuando el humo que salía de su cuerpo quemado se adentró en la fría brisa nocturna. Aun así, los golpes siguieron castigando la carne destrozada y sin vida. Partes del cuerpo se incendiaron, iluminando con sus llamas el terrible espectáculo que los aterrorizados prisioneros contemplaban impotentes. Después, los monstruosos seres abandonaron los restos de su víctima y regresaron a sus puestos, donde permanecieron inmóviles. Del niño rico sólo quedó un montón de carne quemada. Sin embargo, sus crueles verdugos permitieron que su rostro permaneciera intacto, conservando en su mirada el dolor y la desesperación de su muerte.

— Ellos lo planearon", susurró el tembloroso hombre encadenado de la derecha.

— Te equivocas, lo vi cuando intentaba escapar. — respondió Kassim.

— Mira esas esposas, muchacho. No hay forma de que puedas soltarte por tu cuenta. Planearon todo esto para darnos un ejemplo. Nuestro viaje debe ser muy largo, quieren que nuestros corazones se llenen de miedo.

— Pero, ¿por qué? ¿Qué quieren de nosotros?

— Sé tanto como tú. Por ahora, agacharé la cabeza y me callaré. Te recomiendo que hagas lo mismo. — Dijo al darse cuenta de que una de las criaturas se volvía hacia él.

Se oyeron lamentos y lamentaciones hasta que se extinguieron las llamas. Entonces el

silencio volvió a apoderarse del lugar, pero ninguno de los hombres pudo conciliar el sueño, atormentados por la ejecución que acababan de presenciar. Pronto los primeros rayos de sol se abrieron paso a través de la oscuridad de la noche y la fila de hombres comenzó a moverse de nuevo.

Kassim se sentía extremadamente débil, como todos los que estaban allí. Llevaba más de un día sin beber agua y su última comida había sido en casa con su mujer. A media mañana le ardían las piernas. Sabía que no habría descanso después del anochecer. A primera hora de la tarde, el sol quedó oculto por unas nubes oscuras que anunciaban la llegada de una tormenta. Fue entonces cuando notó un movimiento diferente más adelante. Otra línea de prisioneros seguía su estela. Hombres debilitados procedentes del este caminaban ahora codo con codo con los capturados en la Ciudad de los Libres.

— ¿De dónde venís? — les preguntó Kassim.

— De los campos imperiales. De las tierras de Larx", respondió uno de ellos. ¿De dónde venís?

— De la Ciudad de los Libres", respondió Kassim.

— ¿Ha caído la gran ciudad? ¡Estamos perdidos! — Se lamentó el prisionero incrédulo que, conmovido, rezó una oración. — ¡Oh Gran Ravan, ayúdanos! Derrama tu ira sobre nuestros enemigos, haznos justicia.

Estallaron truenos y relámpagos. Pronto descendió sobre ellos una feroz tormenta que trajo alivio a los sedientos hombres, que abrieron sus bocas al cielo. Algunos pensaron que la tormenta era el principio de una respuesta de los dioses guardianes, que por fin se apiadaban de tanto dolor e injusticia. Por desgracia, sólo fue una lluvia breve y muy fuerte, típica de la primavera en aquella región. Fue suficiente para calmar la sed y lavar los cuerpos, sin ningún origen sobrenatural. Poco después salió el sol, que trajo calor y secó un poco las ropas empapadas.

El convoy volvió a detenerse justo después de la puesta de sol. En el suelo polvoriento, los prisioneros se acurrucaron. Kassim se quitó las botas. Los pies le ardían como si hubiera estado caminando sobre brasas. Pies empapados que se habían lastimado por la fricción constante contra el cuero. Para sorpresa de todos, algunas de las criaturas caminaban entre los hombres encadenados con cubos y grandes cucharones, ofreciéndoles agua de uno en uno. Cuando la figura sombría ofreció agua a Kassim, éste se estremeció. Pensó en negarse cuando vio el líquido empañado por las babas de los hombres sedientos que habían bebido antes que él.

— No rechaces esta agua, muchacho. No sabes cuándo volverás a beberla", le aconsejó el hombre que caminaba delante de él.

Cerró los ojos y bebió todo lo que le ofrecieron, dejando que su sed venciera a sus instintos. Luego le tocó el turno al hombre que le aconsejó repetir el gesto.

— Por cierto, me llamo Johann", se presentó.

El hombre que había estado advirtiéndolo a Kassim durante todo el viaje se parecía muy poco al hombre elegante que había salido de la gran ciudad. Tenía la barba y el pelo desordenados y la ropa rota y muy sucia.

— Me llamo Kassim", respondió.

Los extraños seres volvieron a caminar entre los prisioneros, esta vez ofreciendo una especie de pan blanco plano. Estaba hecho con varios vegetales que, al parecer, habían sido molidos apresuradamente. Se podían encontrar varios granos enteros y diversas impurezas mezclados en la masa. No tenía sabor alguno, pero para los hombres que llevaban mucho tiempo sin comer, parecía una comida.

— ¿Qué hacía en la ciudad, Sr. Kassim? — preguntó Johann.

— Buscaba medicinas para mi hija enferma.

— Sí, ya lo has dicho. Quiero saber con qué trabajaste.

— No vivo en la ciudad, señor", explicó, "al menos no ahora. Vivo en un rancho en las montañas.

— ¿Así que eres agricultor?

— Pues yo diría que sí. Mi mujer y yo cultivamos trigo y cebada, recogemos miel silvestre y criamos cerdos. Las montañas nos dan mucho más de lo que necesitamos, así que intercambiamos el excedente con nuestros vecinos del pueblo cercano o lo vendemos a los comerciantes del mercado de la ciudad.

— Imagino que recibirás un buen dinero.

— No siempre. La mayor parte de lo que producimos lo intercambiamos con nuestros vecinos. Cambiamos cerdo por pescado y miel por vino. Uno de nuestros vecinos construyó un molino hace muchos años. Llevamos nuestro grano allí para conseguir harina. Él se lleva dos décimas partes de la harina como pago. Aun así, es mucha harina sólo para nosotros. Mi mujer hace pan con la mitad. El resto lo cambiamos por fruta con otro vecino que tiene un huerto

variado.

— Imagino que el pan que hace tu mujer es más sabroso que esto", bromeó Johann.

— Por supuesto. — Sonrió Kassim — ¿A qué te dedicas?

— Soy comerciante. Vendo objetos de metal y tapices.

— ¿Es usted herrero o fabricante de alfombras?

— "No, muchacho", respondió Johann, divertido por la simplicidad de pensamiento del joven. — "Ni siquiera me he acercado a una fragua en mi vida y sé muy poco del proceso que lleva hacer una alfombra. Sólo compro candelabros, cubiertos y buenos tapices en los mercados cercanos a las puertas o en los sucios callejones que rodean los almacenes. Luego revendo los productos en mi tienda. Compró barato y vendo caro, eso es todo.

Aquellas palabras intrigaron al chico mientras comía la insípida pasta. Había aprendido a ganarse la vida con la elaboración que hacían sus manos. Así que la actividad descrita por Johann no tenía sentido para él. Sin encontrar en su mente una respuesta lo suficientemente convincente, preguntó:

— Lo siento, Sr. Johann, pero no lo entiendo. ¿Por qué alguien compraría algo más caro en su tienda cuando puede comprar directamente a los artesanos, como hace usted?

— Es una buena pregunta. De hecho, es excelente. — Sonrió. — No sólo vendo artefactos o alfombras, vendo mis conocimientos. Se puede comprar una alfombra a cualquier artesano de las fétidas y concurridas calles. Sin embargo, al comprar en mi tienda, puede estar seguro de obtener lo mejor, porque utilizo mi experiencia y conocimientos para separar la paja del trigo. Abastezco mi tienda sólo con lo mejor de entre las paredes. Además, la experiencia me dice que la gente no sólo compra productos, sino también sensaciones. Puedes comprar una pieza en la calle y pagar una moneda a un vendedor tosco y maloliente, o puedes venir a mi tienda y ser recibido por gente educada y bien vestida, charlar sobre temas muy variados, sentarte y saborear una taza de té sin prisas. Luego puedes comprar el mismo artículo por tres monedas.

— Eso no tiene ningún sentido para mí.

— Te entiendo, porque cuando empecé yo tampoco le veía sentido a nada de esto —dijo Johann, entusiasmado por la rara oportunidad de explicar su forma de pensar a alguien—. — Cada uno ve el mundo a su manera, y a menudo esa manera cambia según sus necesidades. Para los que tienen hambre, cualquier alimento es bueno. Pueden ser hojas de un árbol, carne cruda o incluso ese asqueroso pan que nos han dado. Sin embargo, si la comida le está garantizada,

buscar sabores agradables será su nueva prioridad. El hombre liberado de la necesidad busca el placer. Del mismo modo, los ricos que entran en mi tienda no buscan sólo alfombras o candelabros, porque no los necesitan.

— ¿Y qué buscan en su tienda?

— Buscan experiencias, quieren sentirse especiales.

— Lo siento, Johann, pero todavía no lo entiendo.

— No te disculpes, muchacho, éste es un concepto difícil. Sólo debes saber que nunca estamos completos. Hoy queremos agua y comida, porque tenemos hambre y sed. Cuando estemos saciados, querremos sabores y comodidades, y tal vez un día la carne de faisán y los vinos raros ya no nos basten... Los humanos somos así, seres hechos de deseos. Aunque todos nuestros antojos estuvieran satisfechos, seguiríamos queriendo algo. Los más ricos son como los demás. Por eso a menudo hacen estupideces, porque todo lo que han conseguido ya no les basta para satisfacerse. Conozco a una señora que dedica dos días a la semana a alimentar a los mendigos de la zona de almacenes con sopa que ella misma prepara. A menudo va ella misma a servir a los mendigos. Conozco a hombres ricos que arriesgan su vida cazando animales exóticos en reinos lejanos. Todo ello para llenar el interminable vacío que es ser humano.

— Añade un techo y una cama a tu lista de necesidades, amigo mío. Dormir fuera ha sido terrible", bromea Kassim.

Tras unas risas, acallaron sus voces. El pan blanco había que masticarlo despacio debido a su dureza y a los muchos granos desconocidos esparcidos por la masa. Kassim se dio cuenta de que los presos que estaban más lejos ya se preparaban para irse a la cama.

— ¿Qué crees que quieren de nosotros? — preguntó a Johann.

— No tengo ni idea, pero a juzgar por el agua y la comida que recibimos, creo que nos quieren vivos.

El extraño pan no tenía sabor, pero les daba mucha saciedad. Con el estómago lleno, era más fácil dormir durante la fría noche.

Al día siguiente, poco después del mediodía, se encontraron de frente con una colina alta y empinada. Los crueles invasores no podían doblar la esquina. Así que obligaron a los debilitados prisioneros a subir la pendiente sin permitirles aminorar la marcha. Los seres oscuros parecían inmunes al esfuerzo de caminar, porque en ningún momento mostraron cansancio, ni comieron

ni bebieron. Como espectros condenados, continuaron su camino, obligando a los hombres a obedecerles bajo la amenaza constante de sus cadenas. Sin embargo, sólo eran hombres. Vendedores, artesanos, pescadores... nunca habían cultivado el vigor físico, estaban mal alimentados y sedientos. Subir la pendiente a la velocidad que les exigían sus verdugos requería una fuerza que nunca habían tenido.

No pasó mucho tiempo antes de que el sonido de las corrientes azotando a los más débiles empezara a mezclarse con el aullido del viento. El lamento de la naturaleza se hacía más fuerte a cada paso. A mitad de la pendiente, Kassim ya no podía seguir. Los pulmones le ardían y las piernas ya no le obedecían. Ni siquiera los gritos de los hombres azotados a su alrededor le daban fuerzas.

— ¡Kassim, sé fuerte! No les des ese placer. — Johann gritó

Le temblaban las piernas, el sudor le escocía los ojos y la espalda se le doblaba. La debilidad del joven llamó la atención de uno de los monstruos que buscaba entre los prisioneros al responsable de su lentitud. Johann se percató del movimiento y, previendo el severo castigo que se avecinaba, trató de salvar al muchacho tirando de él por las cadenas que los ataban.

— Ayudadme, no puedo hacerlo solo. — ordenó a sus compañeros de arriba. Pero ellos tampoco tenían fuerzas para ayudar.

Kassim no era el único que se acercaba al agotamiento total. El hombre delgado y canoso que había estado detrás de él durante toda la caminata también estaba descubriendo los límites de su frágil cuerpo y amenazaba con desmayarse. Kassim respiró tan hondo como pudo, concentró la energía que le quedaba y toda su atención en empujar hacia atrás el terreno pedregoso e inclinado con pasos cada vez más ligeros. Sentía un dolor intenso en todo el cuerpo y el corazón le latía como si quisiera salirse del pecho. Dio todo lo que tenía, pero aún no era suficiente.

Dos tercios de la bajada habían quedado atrás cuando el tren volvió a perder velocidad. Entonces Kassim oyó el chasquido de la cadena al golpearle la espalda. Sintió como si el impacto le hubiera arrancado la piel. El escozor que siguió fue demasiado grande y pudo oler su propia piel quemándose. Cayó de rodillas al suelo, gritando con todo el aire que le quedaba, deteniendo el tren para siempre. Desprovista de toda compasión, la criatura levantó la mano por encima de su cabeza, mostrando todo el brillo rojo de la cadena atada a ella, amenazando al joven con un nuevo castigo. Kassim miró a su verdugo con todo el odio que había sentido nunca. Si no hubiera sido por las cadenas que lo ataban, la furia se habría apoderado de él y habría atacado como un perro rabioso a la criatura que lo había herido. Gritando, se levantó y reemprendió la marcha, como un animal movido sólo por sus instintos. Subió el resto de la colina

tan rápido como quisieron sus verdugos. El odio y la furia le daban fuerzas.

En lo alto de la colina, los prisioneros pudieron admirar su recompensa. Un hermoso horizonte donde el sol se ponía y una vasta extensión de llanuras se extendía hacia el sur.

— ¿Seguimos hacia el sur? Por favor, dime que vamos hacia allí. — suplicó Kassim.

— Más agua, por favor. — suplicó Kassim inútilmente.

Sólo se dio un cazo de agua sucia a cada prisionero, y después de tanto esfuerzo para superar la gran colina, tal cantidad de líquido no bastaba para saciar la sed de nadie.

— No pierdas el tiempo, muchacho. Darnos sed es exactamente lo que quieren. De esa manera, pronto eliminarán a los más débiles entre nosotros. — Johann conjeturó.

— El agua que he recibido no será suficiente para disolver este pan en mi boca", se lamentó Kassim.

— Entonces reza a tus dioses para que llueva.

De todas las noches del viaje, ésta sería la más difícil para conciliar el sueño. La proximidad de las grandes montañas hacía que el viento frío de las alturas circulara por las partes bajas. A los prisioneros no les quedaba más protección que sus ropas empapadas de sudor y orina. Se tumbaban al raso abrazándose las rodillas en posición fetal y se despertaban varias veces durante la noche. Un sueño que no les proporcionaba descanso y era incapaz de restaurar sus cuerpos.

Con la llegada de un nuevo día, una vez más se vieron obligados a caminar. Sin embargo, Kassim se dio cuenta de que el hombre delgado y canoso que tenían detrás no se levantaba, sino que permanecía inmóvil en el suelo con los ojos cerrados.

— ¡Arriba! Ya vienen...

— Kassim, este hombre no se levanta", dijo Johann.

El pobre prisionero estaba delicado de salud y no pudo soportar las pruebas a las que le habían sometido, muriendo durante la noche.

La caravana empezó a moverse, siguiendo los tirones del líder oscuro, pero no ganaba velocidad, ya que los hombres arrastraban un cuerpo por el suelo. No pasó mucho tiempo antes de que uno de los crueles seres fuera a ver qué ocurría, exhibiendo amenazadoramente su cadena

sobre la hierba. Se dio cuenta del cuerpo sin vida que colgaba. Con sólo dos golpes de su brillante cadena, amputó los brazos del cadáver por los codos. Las manos cortadas permanecieron unidas a las cadenas que ataban a los hombres, mientras el cuerpo permanecía en el suelo. Una vez más no hubo sangre, ya que el calor de la cadena quemó carne y huesos. Los prisioneros retrocedieron, pisoteando el cadáver y llevándose las manos que colgaban de los grilletes, como una horrenda demostración de fuerza de las criaturas que los guiaban.

Más tarde, ese mismo día, otras dos filas de hombres se unieron a la caravana que cruzaba las llanuras. Por la noche, todos recibieron agua y pan, insuficientes para saciar su sed y recuperar fuerzas. De nuevo, por la mañana, algunos de los hombres no se levantaron y recibieron el mismo trato que el encadenado cerca de Kassim. Esta rutina se repetía todos los días.

A medida que la caravana viajaba hacia el sur, el paisaje se volvía árido, los días más calurosos y las noches más frías. Con cada amanecer, menos hierba cubría el suelo, los árboles se hacían más pequeños y retorcidos y menos pájaros surcaban el aire. Al quincuagésimo cuarto día sólo había pequeños arbustos, cactus, arena y rocas alrededor. El tren había llegado a un desierto.

Al mediodía, el desierto castigó aún más a los hombres con el sol más intenso que muchos de ellos habían sentido en su vida. No había ni una nube en el cielo azul. El viento caliente que corría por el desierto arrastraba consigo diminutos granos de arena, capaces de cortar con facilidad la piel quemada por el sol. Los misteriosos seres, incapaces de empatizar con los hombres a los que dirigían, no aminoraban ni disminuían sus palizas. A los prisioneros sólo les quedaban dos opciones: caminar o morir.

— ¡Agua, por favor! Agua, por favor. — suplicó Kassim a uno de los encapuchados que supervisaban la cola.

Sus ropas se habían convertido en harapos rotos y sucios, incapaces de proteger su piel de los males del desierto. Sus labios estaban muy agrietados. Un fuerte hedor envolvía toda la caravana, procedente de la orina de los que no habían podido aguantar hasta la noche y de los numerosos brazos en descomposición que colgaban de las cadenas.

— No malgastes tus fuerzas mendigando. No conseguirás nada de ellos. — aconsejó Johann.

Durante todo el viaje, incluso cuando el esfuerzo era enorme y la sequedad insoportable, ningún hombre recibía más que un cucharón de agua por la noche, y a veces ni siquiera eso.

Suplicar a las criaturas sólo se traducía en más latigazos y quemaduras. Kassim lo sabía, y aun así se sentía tan seco como el suelo arenoso que pisaba, e incluso envidiaba a los hombres que caían muertos por el camino.

— Vendería mi alma por agua", gritó, esperando que algún espíritu errante del desierto aceptara su oferta.

— Nuestras almas ya no nos pertenecen. — dijo Johann con amargura.

Al caer la tarde, algo se movió en medio del horizonte rojizo. Al principio, los prisioneros pensaron que se trataba de un espejismo. Ilusiones surgidas de los sentidos poco fiables de hombres devastados por la cruel aridez. Sin embargo, a cada nuevo paso sobre la arena surgían más detalles. Pronto aparecieron hombres en el horizonte. Prisioneros que trabajaban bajo la supervisión de seres idénticos a los que los habían arrastrado hasta allí. Había cientos de esclavos turnándose en muchos trabajos. Se oían llantos y lamentos de los que llegaban encadenados. Hombres asqueados al ver por fin su triste destino.

El suelo blando y arenoso dio paso a tierra firme. Había una depresión en la llanura desértica. El umbral donde el viento aún erosionaba la roca, convirtiéndola en arena por su acción milenaria. Viento que esculpía caprichosamente el terreno creando una falla arqueada como la luna creciente, con más de una milla entre los extremos. En el centro de este arco surgía una sima de unos cien metros de altura con grandes piedras desgastadas en el fondo. Esta elevación disminuía lentamente hacia los extremos del arco, donde la roca sólida volvía a encontrarse con las dunas.

Los esclavos transportaban enormes bloques de piedra hasta la cima de esta formación, arrastrándolos con la ayuda de cuerdas y rodillos de madera. En el punto más alto, a sólo unas decenas de metros del abismo, se construyeron cimientos gigantescos. Cimientos nunca vistos ni siquiera en los grandes castillos de Mavilazar o en los monumentos a los antiguos emperadores de Larx. Eran tan anchos y tan profundos que a los recién llegados les resultaba imposible imaginar la construcción que se levantaría sobre ellos.

El tren se detuvo ante un andén hecho de tablones sostenidos por rocas. En él había un hombre muy delgado, completamente calvo y con una barba gris justo en la barbilla. Llevaba una túnica blanca brillante, buenos zapatos y anillos de oro en las manos. Dos de los misteriosos seres con capas grises le escoltaban.

— Bienvenidos, amigos míos. Mi nombre es Ysnnar. He venido a darles la bienvenida.

Los prisioneros prestaron atención al hombre que hablaba con una gran sonrisa y gestos expansivos. Alzó la voz en un intento de que le oyeran hasta los más distantes.

— Se os ha concedido un gran honor", continuó, "el mayor honor que podríais alcanzar en vuestras vidas. Sois los elegidos que haréis realidad el sueño de nuestro maestro, el gran mago Khalamôrdo, soberano del desierto. Yo soy el arquitecto responsable de esta gran obra, y a partir de ahora os instruiré. Juntos construiremos la gran torre que el mago necesita para tocar las estrellas y extender sus bendiciones a todo el mundo.

Las lamentaciones estallaron entre los prisioneros. En la fila más a la izquierda, uno de los prisioneros encadenados exultaba. Lleno de miedo y desesperación, luchaba y gritaba furiosamente.

— No seré tu esclavo, ¡libérame!

Ysnnar parecía un hombre razonable. Su discurso entusiasta llevó al hombre a fantasear. Tal vez si le mostraba al arquitecto todo su descontento y revuelta, podría razonar con él. Este pensamiento se extendió por las cansadas cabezas de los debilitados prisioneros, llevando a muchos a repetir sus gritos. Los crueles seres de capa oscura identificaron al prisionero que había causado todos los problemas. Le dieron un látigo mucho más fuerte y caliente que los utilizados durante el viaje. El hombre cayó al suelo envuelto en el humo de la carne viva de su espalda. Sus gritos de libertad se convirtieron en alaridos del más intenso dolor, que silenciaron a los demás rebeldes, que volvieron a sentir miedo.

— ¡Basta! — Ysnnar ordenó — ¡No lastimes más a este hombre!

El arquitecto bajó de la plataforma y caminó entre los prisioneros hasta el castigado, que temblaba y lloraba en el suelo. Ysnnar se agachó frente a él, le cogió las manos con suavidad y le dirigió una mirada consoladora.

— ¡Por favor, señor! Te ruego piedad. No me haga su esclavo.

— Pero no sois esclavos, ninguno de vosotros lo es. Sois hombres afortunados, pues el destino os ha traído aquí para participar en esta gran obra. Cuando terminemos, Khalamôrdo nos recompensará con muchas riquezas, y surgirá un mundo mejor y más justo para todas las personas. Lo que os ofrecemos es el mejor regalo que jamás hayáis recibido.

— Si es un regalo lo que nos ofrece, ¿por qué no podemos rechazarlo? ¿Qué virtudes mostraremos si el miedo es lo que nos mueve? — se pregunta el prisionero herido.

— Perdonaré tu falta de fe. Después de todo, aún no comprendes la grandeza de lo que

vamos a hacer aquí. Khamôrdo es sabio, amable y justo, ya lo verás. Cuando su torre esté lista, usará su poder para volar sobre los reinos, difundiendo su verdad a todos los pueblos. No habrá más dolor, ni hambre, ni miedo...

— ¡Señor! Si no somos esclavos, libérenos", gritó un prisionero lejano.

Ysnnar sonrió mientras tocaba amistosamente el hombro del hombre castigado y se levantaba. Podía decir lo que quisiera, durante días y días. Aun así, no sería capaz de contagiar a esos hombres la misma fe que tenía en su amo. Lo sintió por aquellos prisioneros, porque sin el mismo sentido de propósito que le guiaba a él, sus días allí serían mucho más duros.

— "Lleven a estos hombres a sus aposentos para que puedan recuperarse del viaje", ordenó Ysnnar a los encapuchados, "tal vez se den cuenta de lo afortunados que son".

Los misteriosos seres condujeron a los prisioneros a una gran cueva. Había varias cuevas en la ladera de la roca arqueada, pero sólo tres servían de refugio a los esclavos. Esta cueva en particular tenía una meseta en su entrada, de poco más de veinte metros de largo. Uno a uno, los hombres fueron liberados de sus cadenas, que se abrieron al contacto de los seres oscuros. Sin embargo, las esposas permanecieron como brazaletes que marcaban las muñecas de los esclavos. Justo delante, otro de los monstruos oscuros señaló con su dedo esquelético hacia el interior iluminado de la cueva, ordenando a los prisioneros que entraran.

Una vez dentro de la gran sala, Kassim vio hombres descansando sobre paños tirados en el suelo, iluminados por las llamas de los fuegos. Los cristales del techo de piedra reflejaban la luz de las llamas que mantenían caliente la sala. La sala era mucho más grande de lo que parecía, lo suficiente para que todos aquellos hombres encontraran lugares donde tumbarse. Entre las miradas recelosas de sus ahora compañeros de cueva, destacó un sonido lejano.

— ¡Agua! ¡Aquí hay un manantial de agua! — Dijo el joven sediento.

Apresuradamente, se arrastró hasta el punto más profundo de la cueva. No sólo sus oídos percibieron el agua, sino todo su cuerpo. Sus fosas nasales sentían la humedad, sus piernas detectaban la vibración del líquido que fluía entre las piedras, todo su ser se regocijaba ante la idea de poder beber agua en abundancia. La alegría dejó de llenar su pecho cuando sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, divisaron una pequeña cascada que surgía de una de las paredes. Agua clara que se acumulaba en un lago profundo en la penumbra. Se lanzó al agua y sintió una intensa satisfacción. El agua fría que entró en su boca y mojó su garganta devolvió el vigor a su cuerpo y la esperanza a su alma. Por fin, agua limpia.

Capítulo IV

Cantera de Marga

— ¡Kassim ¡Despierta! — dijo Johann mientras sacudía el cuerpo de su compañero que yacía en la orilla del pequeño lago del fondo de la cueva.

Lentamente, Kassim se despertó de su mejor sueño desde que dejó su hogar en las montañas. Aún le dolían las piernas, pero se sentía más fresco que nunca. El efecto de descansar al calor de las hogueras y el alivio proporcionado por la abundante agua fresca.

— ¿Qué ha pasado? — Preguntó mientras abría los ojos entre las sombras del fuego que aún ardía.

— ¿No te acuerdas? Bebiste más agua que un caballo. Los hombres incluso pensaron que el lago se secaría.

— Me quedé dormido. No recuerdo casi nada.

— ¿Te has dormido? — bromeó Johann. — Caíste al suelo y te quedaste allí como una piedra. Los demás vinieron a beber, los *Silenciosos* nos trajeron pan y tú no te moviste. Pensé que estabas muerto.

— ¿*Silencio*? — preguntó sorprendido el joven.

— Así llaman los esclavos a los seres que nos aprisionaron. Me contaron que nunca oyeron un solo sonido procedente de ellos. Ni una respiración, ni un suspiro, ni un gruñido estomacal, ni un chasquido de huesos.

— Veo que has hecho contactos aquí.

— Soy tendero, muchacho. Me gano la vida hablando. He aprendido mucho sobre este lugar gracias a nuestros nuevos compañeros. Parece que hay varias cuevas esparcidas por el desfiladero. Desfiladero de la Luna Creciente es como llaman a este lugar. Irónicamente, un río de agua cristalina fluye bajo tierra, mientras los hombres morían de sed en la superficie. Sus aguas forman lagos y cascadas en el interior de algunas de las cuevas, que se utilizan para albergar prisioneros. Trabajaremos durante el día y por la noche nos traerán aquí, donde recibiremos comida y descansaremos.

— ¿Comida? — preguntó Kassim, lleno de esperanza.

— El mismo pan maldito que nos dieron en el camino, nada más. Por cierto... he guardado

este trozo para ti. — Le dio a Kassim la mitad de su ración. — No te preocupes, ya no puedo comer esto.

— Gracias. Mi cuerpo se alegra de la comida, pero la verdad es que este pan me hace envidiar la comida que recibían mis cerdos.

Desde el fondo de la cueva se oían tímidas risas. Un momento de relajación en medio de la sombría situación a la que se enfrentaban.

— Aquí hay algunas reglas que debemos respetar. — Johann dijo. — Está prohibido orinar o defecar dentro de la cueva. Lo más cerca que estaremos de un retrete es a diez metros a la derecha de la entrada. Hay una profunda pendiente con arena en el fondo. Los hombres nos dijeron que arrojáramos allí nuestros desechos, ya que el desierto los consumirá. Hay un cubo por aquí. Puedes usarlo para llevar agua hasta allí y limpiarte si quieres. Sólo ten cuidado de no alejarte demasiado cuando vayas a hacer tus necesidades. Los Silenciosos rodean la cueva y te castigarán si creen que quieres escapar. Puedes usar el lago para bañarte, pero sólo después de que los hombres hayan bebido hasta saciarse. Es decir, por la noche, cuando todos duermen. Las aguas de este lago corren bajo las rocas del fondo, continuando el río de las profundidades. Si te lavas por la noche, el agua seguirá su camino y estarás fresco a primera hora de la mañana. Y ni se te ocurra zambullirte. La fuerza del agua que fluye hacia el fondo te arrastrará con ella.

— Lo comprendo. — Kassim dijo.

El joven prisionero estaba convencido de la importancia de las reglas. Sabía que aquel oscuro lugar sería su único sitio acogedor mientras durase su amarga desgracia. Mantenerlo en orden era esencial para todos los que allí vivían.

— Ahora, muchacho, haz lo que tengas que hacer, pero hazlo rápido. — Johann advirtió. — Pronto saldrá el sol y los Silenciosos vendrán a llevarnos.

— ¿Adónde vamos?

— Todavía no lo sé. — respondió Johann, sonriendo mientras se alejaba.

Kassim miró a su alrededor, intentando comprender mejor su entorno. Vio que, a excepción de los miembros de su caravana que acababan de llegar, los hombres llevaban poca o ninguna ropa. Sólo llevaban alrededor de la cintura trozos de tela de algodón crudo. Algunos utilizaban estas telas para hacer mantas y almohadas improvisadas. Tampoco llevaban zapatos. Se miró a sí mismo y se dio cuenta de que ése sería su futuro. Había llevado buena ropa cuando bajó de las montañas para buscar ayuda en la ciudad. Pantalones gruesos, una buena camisa y su vieja capa, así como sus botas de montaña. Ahora sus ropas estaban hechas jirones. Su camisa y

su capa estaban reducidas a harapos tras ser cortadas por el látigo, sus pantalones estaban deshilachados en la entrepierna y sus botas, antaño blandas, sólo tenían una fina capa de suela.

Vio que la mayoría de los hombres ya estaban despiertos, lo que demostraba que estaban acostumbrados a la rutina, ya que el sol seguía fuera y las hogueras seguían siendo las únicas luces. Incluso en la penumbra, era posible ver que la cueva estaba limpia y el agua translúcida. El lago tenía un tono rojizo, quizá porque reflejaba los colores de las rocas del fondo. El agua que lo abastecía fluía suavemente por las paredes del fondo de la cueva, llenando el silencio con su música. Las criaturas que normalmente habitarían un entorno así, como murciélagos, arañas e insectos, no se veían por ninguna parte. ¿Habrían sido expulsados por los esclavos o simplemente no habían resistido las penurias de la vida en el desierto? Para Kassim, era otra pregunta imposible de responder.

Los primeros rayos de sol iluminaron la entrada y con ellos llegaron los misteriosos seres con sus capas grises.

— Silencioso... — pensó Kassim en voz alta.

En la soledad de un rincón de la cueva, observó cómo los esclavos se dirigían pacíficamente hacia la entrada, organizándose en filas. La dureza del desierto, unida a la amenaza constante de castigos dolorosos, acabó con cualquier rastro de agresividad o rebeldía en estos hombres. Esclavos que se rendían a su destino como animales domesticados se rinden a la voluntad de su amo.

Kassim observó cómo Johann se unía a la cola. A lo largo del viaje y de todas las penurias que había soportado hasta entonces, Johann había sido un referente de resistencia y adaptación. Tanto es así que no había sido azotado ni una sola vez y, a pesar de haber perdido mucho peso, mantenía el aspecto más saludable entre los hombres que habían hecho el viaje. Así que si se presentó con la cabeza gacha y una postura sumisa ante los Silenciadores, pensó que sería una buena idea hacer lo mismo.

Caminó lentamente hacia una de las colas que se estaban formando. No pudo alcanzar a su amigo entre tantos presos, pero se colocó en la misma cola que Johann, justo detrás. Fue entonces cuando se fijó en un hombre de la siguiente cola que llamó la atención del joven por su peculiar aspecto. No inclinaba la cabeza ante los Silenciosos, como hacían todos los demás. En cambio, mantenía una postura orgullosa, con la espalda erguida y la cabeza alta. Era muy diferente de todos los demás hombres allí presentes. No se parecía a nadie que Kassim hubiera visto jamás. Su piel era tan oscura que se confundía con las sombras de la cueva. La gente de piel oscura era común entre los visitantes adinerados de la Ciudad de los Libres. Este caballero, sin

embargo, era tan negro como una noche sin luna, y Kassim no recordaba nada parecido. Era alto como pocos y su físico lo convertía en uno de los más fuertes. Tenía el pelo y la barba muy rizados y eran tan negros como su piel, lo que creaba un extraño contraste con los ojos claros, verdes y brillantes de su rostro. La singularidad de este prisionero despertó la curiosidad de Kassim con tanta fuerza que, sin darse cuenta, lo observó ininterrumpida e indiscretamente. El hombre se dio cuenta de que el joven captaba cada detalle de su mirada incrédula. Entonces miró fijamente a Kassim de forma hostil, mostrando su desagrado.

— Perdóname, no quería ofenderte. — Kassim se disculpó tímidamente.

El desconocido se dio la vuelta con una sutil y breve sonrisa, sin decir nada.

Los Silenciosos se acercaron a los prisioneros y con un simple toque de sus siniestras manos volvieron a unir los brazaletes a las cadenas. Los llevaron a la parte más baja del acantilado, donde comenzaba una llanura en la depresión. Allí rompieron filas y ataron a los esclavos a rústicos carros de madera. Carros toscos hechos de tablas, cuerdas y clavos, cada uno con cuatro ruedas irregulares. En la parte delantera había un largo madero atravesado por otros cinco, equidistantes. Así, cada carro era tirado por diez hombres cuyas manos estaban encadenadas a la madera que tenían delante. Dentro de los carros había unos cuantos trozos de leña y palos. Kassim estaba encadenado a uno de esos carros, junto con nueve desconocidos.

— ¡Adelante! — gritó uno de los esclavos del frente, mientras los Silenciosos señalaban hacia la inmensidad de la llanura.

Kassim puso todo su vigor en empujar el tronco que tenía delante. Poco a poco, la carreta ganó movimiento y la tarea se hizo más liviana. Al poco tiempo, los diez carros entraron en el desierto, tirados por hombres reducidos a animales.

Al igual que en el viaje al desierto, los prisioneros no se detuvieron a descansar ni un instante. Si uno de los carros aminoraba la marcha, el latigazo de las relucientes cadenas lo hacía acelerar de nuevo. No recibían comida ni agua, y el intenso calor del desierto castigaba a los esclavos sin piedad.

Kassim vislumbró montañas lejanas a través del aire distorsionado por el calor. Sus botas ya no le protegían del suelo caliente y arenoso. Agradeció que sus ropas se estuvieran deshaciendo, ya que no podía librarse del calor de otra manera.

— ¡A por ellos! — Gritaron los prisioneros que dirigían los coches.

Fueron los primeros en sentir la disminución de la velocidad de sus carros en relación con el convoy, y sus gritos eran el preludio de los castigos que vendrían si no aumentaban la

velocidad. Con el tiempo, Kassim se dio cuenta de que no eran órdenes, sino súplicas. En cuanto oyó los gritos pidiendo más potencia, empujó firmemente contra el suelo con los pies, poniendo de su parte para que sus compañeros no sufrieran el aguijón del castigo.

Finalmente, el sol se ocultó en el horizonte y los hombres se detuvieron a descansar. Kassim se sentó en la mezcla de arena y guijarros que formaba el suelo en cuanto se liberó del carro. Tenía los pies llenos de pequeñas heridas y grandes ampollas, pues sus botas ya no le protegían. Las suelas tenían agujeros causados por el uso y a través de estas aberturas penetraba la arena abrasadora, hiriendo lentamente su piel. Era hora de abandonarlas y empezar a caminar descalzo como los demás. La idea de pisar directamente los guijarros calentados por el sol no le atraía lo más mínimo, pero le parecía mejor que tener los pies lentamente despellejados.

Junto con la oscuridad de la noche llegó una brisa helada que se apoderó de todo a su alrededor. Tan fría que rápidamente hizo perder calor al abrasador suelo. En pocos minutos, el clima, antes capaz de hacer desaparecer al instante las gotas de sudor que caían al suelo, era tan gélido como la cima de una montaña. Así que los hombres encendieron hogueras con la madera de los carromatos. Una madera tan seca que se encendía fácilmente con las chispas que surgían al golpear los pedernales. Los esclavos se acurrucaban cerca de las hogueras, donde les daban pan y agua. Esta vez no estaban encadenados unos a otros, pues los Silenciosos sabían que no era posible escapar cuando se encontraban en el corazón del desierto. Sin embargo, las sombrías figuras permanecían a su alrededor, paralizadas como estatuas observándoles.

Kassim devoró su ración, mientras sus ojos buscaban a Johann, su único conocido entre los prisioneros hasta el momento. Se dio cuenta de que los esclavos disfrutaban de fervientes conversaciones y risas al pie de las hogueras. Hombres compartiendo historias sobre glorias pasadas, esposas e hijos dejados atrás. Vio que el extraño caballero de piel negra y ojos muy verdes estaba muy cerca. Comía sus raciones en silencio, lejos de los demás esclavos. El joven aún se sentía avergonzado y pensó que era la oportunidad ideal para disculparse por su grosería.

— Disculpe mi comportamiento, señor. — Dijo tendiendo la mano al esclavo solitario.

— No hay nada que perdonar", respondió, sin mirar a Kassim.

— Me llamo Kassim, vengo de las montañas cercanas a la Ciudad de los Libres. — insistió el joven, desafiando la indiferencia del desconocido al invitarle a estrecharle la mano.

Curiosamente, todos a su alrededor bajaron el tono, como si quisieran oír la respuesta que vendría a continuación. Al darse cuenta de que no sería posible deshacerse de aquel chico descarado de una forma menos dañina, el extraño hombre estrechó con firmeza la mano que le

ofrecían. Se levantó y miró a su interlocutor a los ojos mientras se presentaba.

— Soy Emir—Alef—Musur, rey y protector del pueblo de Marenia.

Las risas brotaron de todos los rincones, procedentes de los prisioneros que se burlaban de su compañero. Un esclavo que se presentaba ante todos como el rey de una tierra de la que nadie había oído hablar.

— ¡Mirad chicos, tenemos un monarca entre nosotros! ¡Estamos salvados! — gritaron voces anónimas entre las risas.

Una sonrisa apareció en los labios de Kassim. Después de todo, acababa de oír un tremendo disparate. ¿Cómo podía ser ese hombre un noble? ¿Cómo podía un rey ser capturado y vivir ahora entre esclavos? Nada de aquello tenía sentido para él, ninguna posibilidad parecía creíble. Por otra parte, ¿por qué mentiría aquel hombre? ¿Por qué someterse a la humillación de sus compañeros?

El joven sintió el firme apretón de las manos de Emir sobre las suyas, vio el par de ojos muy verdes que lo miraban fijamente. Su presencia transmitía una mezcla de misterio y amenaza.

— Tiene un nombre difícil de pronunciar, mi señor. ¿Puedo llamarle Emir?

— Que así sea. — Respondió el forastero mientras soltaba la mano de Kassim.

Se alejó de las risas y llegó a los límites del espacio delimitado por los Silenciosos, donde ningún hombre quería estar. Se tumbó en el suelo mirando al cielo y permaneció allí en silencio durante el resto de la noche.

— No busques más problemas, muchacho. Ya tenemos bastantes problemas. — Johann aconsejó cuando finalmente encontró a su amigo.

— Johann, ya oíste lo que dijo.

— Sí, lo he oído. "Rey de Marenia". Pobre tipo.

— Parecía seguro de lo que decía. ¿Qué ganaría mintiendo?

— No creo que mienta, pero tampoco que diga la verdad. Después de todo, cualquier reino que tuviera a su señor secuestrado enviaría a sus ejércitos a rescatarlo. Además, tal lugar, Marenia, ni siquiera existe. Tal vez realmente crea en las ilusiones de su mente.

— No entiendo lo que dices. — Dijo el joven confundido.

— Kassim, ese hombre está loco. Ha creado una fantasía de nobleza para escapar de toda

esta desgracia, al menos en sus sueños. Por eso sus palabras suenan verdaderas, porque no es un mentiroso. El desierto le ha estropeado el cerebro. Ya ves, joven, no es el único. ¿Ves a ese hombre? — Johann señaló a los esclavos que charlaban junto al fuego. — Nos siguió desde la ciudad. Me acuerdo de él. Era mendigo en los almacenes y de vez en cuando trabajaba cargando sacos de trigo. Acabo de presenciar cómo les contaba a los demás sus aventuras en reinos lejanos y cómo hermosas doncellas enamoradas esperaban su regreso. Ayer, en la cueva, escuché muchas historias como la suya. Al parecer, aquí todo el mundo tiene algo grande a lo que aferrarse y que le da fuerza. Este hombre sólo exageró un poco, eso es todo.

— Si tienes razón, es sólo cuestión de tiempo que nosotros también nos volvamos un poco locos. — comentó Kassim.

— Por supuesto. — Respondió Johann. — Pero no te vuelvas tan loco como tu amigo de allí. Ahora trata de descansar, lo peor de este viaje al desierto puede venir mañana. Trajimos estas carretas vacías, deberían volver llenas, ¿no crees? Guarda tus fuerzas para mañana, muchacho.

Las llamas de las hogueras mantuvieron a raya el intenso frío durante gran parte de la noche, pero mucho antes del amanecer, las últimas brasas sucumbieron al viento helado. Esto despertó a algunos de los esclavos mucho antes de lo esperado. El cielo fue lo primero que vio Kassim al abrir los ojos. Había pasado casi toda la noche y el espectacular movimiento de las estrellas estaba a punto de quedar oculto por el azul infinito. Recordó las muchas veces que había estado con su padre en la misma situación. El anciano solía pasar noches en vela, acompañado por su telescopio y la luz de una vela. En algunas de estas ocasiones, Kassim le hacía compañía. Las noches de contemplación se producían cuando Kaled observaba alguna anomalía en el cielo nocturno, como una estrella que brillaba más o una constelación fuera de lugar. Hasta el momento de su muerte, creyó que algo extraordinario sucedería en el cielo, reflejando acontecimientos igualmente fantásticos en la Tierra. Esto podría devolver a los observadores de estrellas su antigua gloria perdida. Por desgracia, su deseo nunca se materializó. Ninguna de las predicciones que hizo en muchas páginas de mapas estelares y conclusiones proféticas se hizo realidad. Kaled acabó amargado, constantemente atormentado por las glorias del pasado. Su único consuelo fue tener a su fiel hijo junto a él en sus últimos momentos.

Completamente despierto en la oscuridad total del desierto, Kassim contempla las estrellas en un entorno que su padre envidiaría. La oscuridad acentúa el brillo de las estrellas, haciendo que contrasten aún más entre sí. Cuanto más oscuro es el entorno, más capaz es el observador de

percibir las sutilezas del color, el brillo y el movimiento de las estrellas. Aquel parecía ser el momento ideal. Sin el fuego y sin la luna, que ya se había retirado para la salida del sol, la oscuridad era tan densa que Kassim se sentía flotar en medio de la nada, con las estrellas a su alrededor. No tenía telescopio ni papel en el que pudiera dibujar mapas para comparar el firmamento a lo largo de muchas noches, como hacía su padre. Aun así, fue capaz de notar anomalías en el oscuro manto que cubría el mundo. Cinco estrellas no obedecían a su movimiento natural, permaneciendo estáticas y sin cambios en el lugar donde aparecían en los primeros momentos del anochecer. La gran estrella roja estaba entre ellas. Su brillo había permanecido idéntico desde la noche en que fue advertida por el joven en el sendero que atravesaba el bosque en dirección a la gran ciudad.

— ¿Por qué sigues ahí? — Pensó.

Si Kaled siguiera vivo, entraría en pánico. Durante más de cien noches, el rojo de la gran estrella había adornado el cielo. Habría escrito a los sabios de todas partes, intentado advertir a los grandes señores del mundo sobre la catástrofe que se avecinaba. Algo sin precedentes en su potencial destructivo.

Kassim aprendió el arte de su padre por pura compasión, sin llegar a compartir sus creencias. Sin embargo, no podía ignorar el posible vínculo entre el comportamiento anormal de las estrellas y el mago loco que esclavizaba a los hombres de todos los reinos. Pero, ¿por qué? ¿Las perturbaciones en el cielo eran causadas por la magia en la tierra?

— ¿Dónde está tu estrella, mago? ¿Todavía está lejos? — pensó mientras salía el sol.

Los Silenciosos despertaron de su sueño petrificado y volvieron a encadenar a los esclavos a los carromatos.

— ¡Empujen! — gritaron los líderes, ordenando a los hombres que empujaran.

Desde el momento en que el convoy se puso en marcha, cuanto más se alejaban del acantilado de luna creciente, más arenoso y quebradizo se volvía el suelo. Sin embargo, a partir de ese punto, el suelo se fue haciendo más firme y blanco, lo que facilitó el movimiento de los carros. Kassim sentía ahora toda la crueldad del desierto en las plantas de los pies. El suelo estaba tan caliente como las cenizas de un fuego recién apagado, sembrado de piedras afiladas que le pinchaban.

— ¡Míralos! ¡Han llegado! — Se oyen voces a lo lejos.

Más allá del yermo horizonte, otros esclavos trabajaban en una colina rocosa. Celebraban la llegada de sus compañeros, pues significaba la vuelta al descanso y a la abundancia de agua en

las cuevas. El convoy se detuvo al pie de la colina, y allí los esclavos fueron liberados de los carromatos. Los Silenciosos les permitieron sentarse a la sombra de un montón de rocas. Muchos esclavos se balanceaban en las zanjaz abiertas, extrayendo piedras con mazos y picos.

— Estamos en una cantera. — dedujo el joven.

A los lados de la colina, las zanjaz se abrían en varios niveles, como peldaños de una escalera. Cada nivel era apenas más alto que un hombre. Algunos de los esclavos golpeaban con sus picos las zonas más altas para derribar al suelo los bloques de piedra más grandes, donde otros esclavos los rompían en trozos más pequeños con mazos, organizando montones de piedras.

Un Silencioso se acercó a los prisioneros que descansaban a la sombra y señaló los vagones vacíos. Los hombres se levantaron inmediatamente y se dirigieron hacia allí.

— ¿Qué quiere de nosotros? — preguntó Kassim a uno de los esclavos.

— Llenemos los carros de piedras para que los hombres que ahora trabajan en la cantera puedan llevarlas al acantilado. — replicó el esclavo más experimentado. — Es un relevo, ellos volverán por el desierto y nosotros trabajaremos en la cantera en su lugar, hasta que otros vuelvan para rendirse ante nosotros.

Kassim pensó coger una roca más pequeña en la colina, creyendo que así ahorraría algo de su fuerza, aunque todas eran más o menos del mismo tamaño. Intentó abrazar una roca, pero se vio superado por su gran peso a medio camino del carro y cayó. Su caída llamó la atención de un Silencioso, que se acercó a él.

— "Usa los hombros, novato", le dijo un esclavo que acudió en su ayuda.

Le ayudó a levantar la piedra y a colocarla sobre el hombro derecho del joven.

— Ahora vete, antes de que nos castiguen.

Kassim siguió la fila de esclavos que transportaban las piedras. Cuando se encontró cara a cara con el carro, se apresuró a arrojar la piedra que llevaba sobre los tablones de madera para librarse del peso que llevaba sobre los hombros.

— ¡Cuidado! — protestaron los esclavos — Si el carro se estropea, tendremos que llevar las piedras a cuevas por el desierto.

Avergonzado, Kassim volvió a por otra piedra, que cargó al hombro hasta el carro con menos dificultad, depositándola esta vez con cuidado.

El sol ya se desvanecía en el cielo de la tarde cuando se cargó la última piedra en el carro. Sin derecho a descanso, agua ni comida, los hombres que antes trabajaban en la cantera fueron atados a los carros y obligados a tirar del enorme peso de las piedras hasta el Desprendimiento de la Luna Creciente. Había una mezcla de alivio y satisfacción en los rostros de estos esclavos, que se regocijaban de enfrentarse al intenso esfuerzo, al calor del día y al terrible frío de la noche, pero al final del viaje, poder regresar a sus lugares en las cuevas.

Al anochecer, los Silenciosos dieron a los hombres pan y agua. A cada uno de los prisioneros le dieron un trozo de tela blanca para proteger su cuerpo. También les permitieron encender otra hoguera al pie de la cantera.

— ¡Despierten, ratas del desierto! Acercaos todos. — Gritos lejanos ordenó temprano en la mañana.

Cuando despertó de su sueño, Kassim vio a un hombre con barba y pelo canoso que llamaba a los esclavos. Era bajo y fornido, y sólo llevaba un trozo de tela alrededor de la cintura que se ataba entre las piernas.

— A los veteranos, les deseo buenos días. A los recién llegados, permítanme presentarme. Soy Férgus, el maestro de la mina. Seré vuestro guía a través de este trozo de infierno, en nombre de nuestro maestro Khalamôrd. ²Durante los próximos días, extraeremos tanta roca *Marga* de esta mina como podamos. Ysnnar necesita mucha si quiere terminar los cimientos y empezar a escalar las paredes en el plazo fijado por su amo. Lo único que podría empeorar mi día sería recibir una carga de ese flacucho. Así que no voy a tolerar ninguna holgazanería aquí. Acérquense y tomen sus herramientas. Necesito diez hombres que me acompañen a la zanja más alta y ayuden a sacar algunos de los grandes. Tú eliges a los "voluntarios", no me importa.

Temerosos ante la posibilidad de enfrentarse a una tarea aún más penosa, los hombres buscaron entre la multitud a los recién llegados que estaban cerca. Agarraron a Kassim con manos anónimas y lo empujaron hacia delante junto con algunos otros.

— ¡Miren eso! Tenemos hombres valientes con nosotros. — Fergus Debauched. — Tomen sus picos y síganme.

Kassim y los demás siguieron a Fergus por las zanjas que atravesaban la colina. Lejos de los demás esclavos, escalaron los muros hasta el punto más alto, donde rocas más grandes que los hombres se ocultaban en la tierra.

— Estas piedras contienen material equivalente a días de nuestro trabajo. Todo lo que

tenemos que hacer es liberarlas de la tierra y la arena y Ysnnar estará enormemente complacido. — explicó Fergus. Sus ademanes y expresiones eran sarcásticos, dando a entender su antipatía por el arquitecto.

— Vosotros dos, limpiad esto. — Fergus señaló a Kassim. — Los demás venid conmigo.

Kassim se sintió sorprendido y avergonzado cuando los demás esclavos se marcharon. Emir, el extraño hombre que decía ser rey de un país desconocido, había sido elegido para ser su compañero en la tarea. Indiferente, Emir atacó el suelo con su pico, levantando una gran nube de polvo seco del desierto. Kassim le siguió con golpes firmes, pero no eran capaces de desplazar grandes trozos de tierra como los golpes de su compañero. El terreno arenoso del desierto era completamente distinto de la tierra oscura que había cultivado antaño. Era compacto, pedregoso y seco, y a juzgar por el efecto que producían sus herramientas con cada nuevo golpe, el trabajo le llevaría todo el día.

Intentó resistirse, pero la curiosidad le embargaba a medida que pasaba el tiempo. El enigmático hombre, al que todos consideraban un loco, mostraba orgullo y elegancia en todos sus gestos. Kassim quería comprender el alcance de la locura escapista de un hombre expuesto a tales condiciones. Esperó a que el hombre silencioso que los observaba se alejara y preguntó.

— ¿Cómo acabaste aquí, Rey Emir?

— Si quieres reírte de mí, espera a la noche, cuando estemos con los demás. Ellos también deberían divertirse. — Respondió con calma.

— No quiero burlarme de ti. Mi curiosidad es sincera. — Kassim dijo.

Siguieron unos instantes de silencio. Emir recordó que el joven que estaba a su lado había sido el único que le había tratado con el más mínimo respeto. El único que, al sorprenderse por su singular aspecto, se había retractado. El único que no se había reído cuando reveló su identidad. Pensó que existía la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad y que tal vez merecía escuchar su historia.

— He venido a esta tierra a visitar al Emperador de Larx, Erick V. — Dijo Emir. — Oficialmente, he venido para tratar asuntos de negocios, pero mi verdadera intención era presentar a mi hijo mayor al emperador y proponerle matrimonio a una de sus hijas. Mi caravana fue interceptada por los Silenciosos. Mataron a mis soldados. Mi hijo intentó luchar contra ellos, pero fue partido por la mitad por las cadenas en cuanto los bastardos se dieron cuenta del sable que llevaba en la mano. Yo estaba desarmado y me salvé. Sólo yo, nadie más.

El Silencioso se acercó y guardaron silencio. Kassim estaba sorprendido por la respuesta

que había recibido y perplejo por las palabras que había escuchado del Emir. ¿Estaba realmente loco como decían? Si era así, la enfermedad de su cabeza le había dado la fantástica capacidad de crear narraciones creíbles.

— Tu reino, Marenia. ¿Por qué nadie ha oído hablar de él? — preguntó Kassim cuando el vigilante volvió a alejarse.

— ¿Sabías que existía este desierto? ¿Habías oído alguna vez el nombre del mago? Tu gente no sabe muchas cosas, muchacho. Ignorar algo no significa que no exista. Más allá de este desierto hay otros océanos, otras tierras e incontables reinos. Marenia, el reino de los búhos, el hogar de los sabios vigilantes, es sólo uno de esos muchos lugares que aún desconoces.

Kassim escuchaba a Emir mientras golpeaba el suelo y miraba atentamente a su alrededor. Si uno de los Silenciosos que los observaba se daba cuenta de que estaban hablando, sin duda los castigaría.

— La historia de mi país me ha enseñado que cuando dos grandes reinos desconocidos se encuentran, tienden a entrar en guerra. — Emir continuó. — Mi deber es proteger a mi pueblo, evitándole el sufrimiento inútil del conflicto. Hace unos años que empecé a enviar diplomáticos a los reinos más grandes de este continente. Llevan regalos a los monarcas, les enseñan nuestra cultura y muestran buena voluntad. Pero cuando me informaron del interés del emperador por casar a una de sus hijas, decidí venir yo mismo. Un matrimonio podría unir a los pueblos y alejar el espectro de una guerra definitiva.

Las tierras de Larx atravesaban grandes turbulencias financieras. Erick V amplió la tradición de sus predecesores, interviniendo en todos los aspectos de la vida de sus súbditos mucho más allá de lo que podían soportar. Se veía a sí mismo como el gran héroe, destinado por los dioses a hacer de Larx la nación más virtuosa de toda la historia, y estaba dispuesto a imponer violentamente su visión a sus súbditos. Cegado por la vanidad, Erick fue incapaz de darse cuenta de que sus acciones estaban destruyendo lentamente su país.

En el vasto territorio bajo su mando, nada podía comprarse ni venderse sin autorización expresa de la corona. El emperador controlaba los precios y los beneficios, impidiendo que nadie se enriqueciera. La única forma de prosperar en Larx era servir directamente al imperio. Los militares de alto rango y los nobles aristócratas podían multiplicar sus riquezas, mientras que el resto de la población soportaba grandes penurias. Cualquier intento de iniciativa empresarial se veía obstaculizado por los poderes del imperio. Todos los nuevos establecimientos, desde las simples tabernas de carretera hasta las tiendas de lujo, dependían de autorizaciones costosas y lentas y estaban obligados a obedecer un gran número de leyes. Los agricultores no podían

cambiar sus cultivos, intercambiar insumos o comerciar con sus productos sin la aprobación de la corona.

Sin embargo, la obsesión controladora del imperio no se limitaba a los negocios. Los matrimonios dependían de una autorización para celebrarse. Los niños sólo podían ser bautizados con nombres aprobados por el imperio. Las casas debían mantener un estándar arquitectónico compatible con los gustos del emperador. Los cortes de pelo, la ropa, el tamaño de los cuchillos, las raciones de las comidas... todo estaba regulado, dependía de una autorización previa y estaba rígidamente supervisado.

A pesar de todas las dificultades impuestas por sus emperadores, Larx prosperó enormemente en el pasado. Fue durante el reinado de Geromio I cuando la hambruna asoló la tierra por primera vez. El imperio estaba sometido a presiones internas y externas. Hubo sucesivos intentos de asesinato del emperador, tramados por rivales descontentos que querían un gobierno que interfiriera menos en sus vidas y en sus bolsillos. Acorralado por sus propias decisiones, Geromio recurrió a la guerra para salvarse. En esta época, Larx expandió sus territorios invadiendo los reinos vecinos para saquear sus riquezas.

Las aspiraciones expansionistas de Larx sólo llegaron a su fin durante el reinado de Geromio II, que anexionó varias ciudades independientes a sus dominios, pero fue derrotado por los hombres libres de las montañas, poniendo fin a su sed de conquista. Durante casi un siglo, los siguientes emperadores sustentaron su poder en el tesoro de sus antepasados. Riquezas arrebatadas a sus verdaderos dueños. Oro bañado en sangre de inocentes.

En aquel momento, el pasado de conquistas ya no podía sostener a Erick V, presionado por los acreedores de otros reinos. El poderío militar de Larx ya no asustaba a sus vecinos y sangrientos levantamientos se extendían por regiones tomadas por separatistas. Lo único que le quedaba al debilitado monarca era vender a sus hijas. Niñas de espléndida belleza, ofrecidas por su padre a cualquier monarca u hombre poderoso que aceptara aliarse con él. Una vez más, la historia del Emir se vio respaldada por la realidad, dejando a Kassim asustado y sorprendido.

— Siento lo de tu hijo. — se lamentó Kassim. — ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

— Tal vez un año.

— ¿Por qué tu pueblo no ha acudido a rescatarte? ¿No te son leales tus generales? — preguntó el joven, obligando a Emir a pararse a pensar un momento.

— Mi ejército es fiel, mi pueblo es fiel. — Dijo con pesar. — Tal vez crean que estoy muerto. Tal vez aún no conocen este lugar. Un día, seguramente, vendrán en mi ayuda.

Uno de los Silenciosos que montaban guardia se percató de la conversación y se acercó a ellos, obligándoles a dejar de hablar para siempre. A media tarde, Fergus volvió junto a ellos para comprobar el avance de las obras.

— ¡Bien hecho, hombres! Esta roca ya está libre. — Dijo el maestro minero cuando se dio cuenta de que la gran piedra había sido liberada de su prisión en el suelo. — Ahora vamos a bajarla.

Les dio dos largas estacas de madera, que utilizaron como palancas para mover la piedra. Fergus también ayudó a empujarla con una palanca situada en la parte superior. Con la fuerza de estos esclavos, la piedra rodó hasta el suelo, provocando un estruendo y levantando mucho polvo. Luego bajaron y se unieron a los prisioneros rompiendo la roca en trozos más pequeños.

Al anochecer, todos se reunieron alrededor de las hogueras. Johann presentó a Kassim a otros hombres de los que aprendió cosas interesantes. Le contaron que había otra mina muy lejos, de la que se extraía mineral de hierro. La mayor parte del mineral se utilizaba para construir la gran torre, mientras que una fracción menor se empleaba para fabricar herramientas y utensilios. Le dijeron que Khalamôrdo también tenía esclavos fuera del desierto, en granjas donde cultivaban grano y algodón con los que fabricaban sus raciones y la tela que vestían. La madera también procedía de allí. Según ellos, de vez en cuando se elegía a unos pocos hombres para ir a buscar provisiones a los campos del mago. Un largo viaje, más allá de los confines del desierto.

Kassim estaba cansado, le dolían los pies y las palmas de las manos empezaban a rozarle. Entonces se apartó de los hombres con los que hablaba y se tumbó solo en el suelo a mirar el cielo nocturno. Cinco estrellas seguían allí, congeladas, mientras todo el firmamento obedecía a su ciclo lento y perenne. En aquel momento de soledad, Kassim pudo identificar las cuatro estrellas rebeldes que hacían compañía a la gran estrella roja. Eran las ventanas de los dioses.

Los habitantes de aquel mundo adoraban a cuatro dioses, conocidos como dioses guardianes, porque, según la tradición, protegían a la humanidad de los males más terribles del universo. Los primeros observadores de estrellas creían que los cuatro puntos más brillantes de las cuatro esquinas del cielo eran ventanas a través de las cuales estas deidades vigilaban a sus protegidos en la Tierra.

Yára era el más antiguo de los dioses y la deidad más conocida y venerada. Se la suele representar con la imagen de una mujer muy anciana que se apoya en un bastón para mantenerse

erguida. Las antiguas escrituras dicen que Yára fue la pionera de aquel mundo y, para mantenerlo en orden, creó sus leyes. Era la maestra de las matemáticas, la lógica y las leyes naturales. Se dice que Yára es una deidad benévola y comprensiva con quienes se someten a sus reglas, pero vengativa y despiadada con quienes ignoran sus designios. Los primeros videntes le atribuyeron la estrella amarillenta de brillo intenso y constante que aparecía en el noroeste.

Ravan, el dios feroz, era representado por un elegante jinete, armado con espada y lanza, que llevaba sobre los hombros la cabeza de un tigre. Se le atribuía la justicia, la brutalidad de los guerreros y el apoyo a los oprimidos. Las personas sometidas al crimen, la injusticia y la crueldad rezaban pidiendo su intercesión. Aunque muchos estudiosos de las antiguas escrituras afirman que Ravan sólo bendecía a las víctimas con la fuerza necesaria para destruir a los propios villanos, nunca interfería directamente. Ravan prefería esperar a la inevitable venganza, ya que era el encargado de juzgar a los muertos y devorar las almas malignas. A Ravan se le atribuía la estrella blanca que brillaba constantemente en el suroeste.

Vanesse, la joven diosa, era representada por una muchacha desnuda que se protege los pechos y la ingle con las manos. Se le atribuía todo lo bello, la fertilidad y la bondad. Era responsable de los colores de la primavera, la gracia de los animales, las curvas de las mujeres y la virilidad de los niños. Vanessé también era muy apasionada. Sus bendiciones eran para los pocos que la complacían, y su afecto no podía ganarse con parámetros objetivos. Los primeros observadores le atribuyeron la estrella azul palpitante del sudeste.

Yesta, el dios—niño, era representado por un niño sonriente. A él se atribuía la singularidad de las cosas. Sus bendiciones significaban que no podía haber dos frutas idénticas, aunque procedieran del mismo árbol, que dos hermanos gemelos diferían en sus gustos y deseos a lo largo de los años, que cada persona del mundo era única de alguna manera. Se le atribuía la estrella blanca más brillante del cielo nororiental.

Kassim nunca tuvo aspiraciones religiosas. Todo su conocimiento de los dioses procedía de las enseñanzas de su padre. También tuvo que asistir a una breve conferencia para cumplir el sueño de Alissa de casarse en el templo de Vanesse. Sin embargo, se encontró cuestionando la oscuridad del cielo sobre el silencio de los dioses. Había miles de esclavos allí, y ya no podía decir cuántas plegarias había escuchado. Si los dioses eran reales, ¿por qué no eran capaces de someter al mago y liberar a sus hijos? Quizá el culto a los dioses guardianes tuviera mucho en común con la contemplación de las estrellas. Sólo bellas historias de un pasado casi olvidado.

— Antes he satisfecho tu curiosidad. Ahora me toca a mí entrevistarte. — dijo Emir al sentarse junto a Kassim, que hasta entonces no se había percatado de su aproximación.

— ¿Qué quiere saber, mi señor?

— Dime, Kassim, ¿cómo es vivir en la anarquía?

— No puedo decirlo, nunca he vivido en la anarquía.

— Dijiste que venías de la Ciudad de los Libres. — explicó Emir. — Desde que empecé a aprender sobre esta tierra y sus gentes, he sentido curiosidad por la ciudad que no se somete a la autoridad de reyes ni emperadores. Un lugar sin gobernantes, sin leyes. Quiero saber cómo se organiza la gente en semejante barbarie.

— Te aseguro que no es como te imaginas, mucho de lo que has oído sobre la Ciudad de los Libres no es cierto. — Respondió Kassim. — Allí no hay gobernantes, pero eso no significa que no haya reglas.

— No entiendo cómo es posible. — Dijo Emir con una gran sonrisa en los labios. — Sin el poder de un monarca temido y respetado, ¿quién protegerá al pueblo de sí mismo? ¿Quién determinará las reglas y velará por la moral? ¿Quién impedirá que los poderosos se aprovechen de los débiles? Mi experiencia me dice que sin la presencia de un gobernante, el hombre devorará al hombre, como las hienas hambrientas se devoran entre sí.

— Entonces, ¿dices que los hombres están naturalmente inclinados a la villanía? ¿Crees que es necesario que algunos asuman el poder sobre todos para evitar la destrucción y la injusticia? — Kassim preguntó

— Sí, creo que sí.

— Pero, ¿no son también hombres, igual de propensos al mal? ¿No sería como dar a los lobos el poder sobre un rebaño de ovejas?

— Te equivocas, mi joven amigo. Marenia es diferente. Mis ancestros recibieron de los dioses la misión de proteger al pueblo. Gobernar es nuestro derecho, nuestro deber. Estamos preparados desde la infancia para ocupar nuestro lugar como soberanos. Por lo tanto, no se nos puede comparar con los hombres corrientes. — dijo Emir, un poco irritado.

— Si lo que dices es cierto, entonces los reyes que te precedieron eran infalibles, incapaces de tomar decisiones equivocadas o injustas, ¿verdad? — preguntó el joven, haciendo que Emir repasara en su mente una larga colección de ideas erróneas sobre sus antepasados. — Además, si es deseo de los dioses dirigir a un pueblo, ¿por qué utilizar a un rey para hacerlo? Ya que son tan poderosos, ¿por qué no se sientan en el trono y dan las órdenes ellos mismos?

— Ahora entiendo, ¿no hay dioses en la Ciudad de los Libres? Sois herejes sin moral.

— Te equivocas, porque yo creo en dioses. No creo en los monarcas. Se creen dioses, pero sólo son falsos ídolos. En la Ciudad de los Libres, cada hombre y mujer es rey y reina de su propio destino.

— ¿Cómo te atreves a hablar así? ¿Quién te crees que eres para cuestionar mi autoridad? ¿Quién eres tú para cuestionar la nobleza de mi linaje? — gritó Emir con dureza.

— Sólo soy un esclavo, como tú. Puede que tú hayas sido el rey de una nación lejana y yo sólo un granjero, pero mientras vivamos bajo la sombra del mago seremos lo mismo. Esclavos y nada más.

La brusca reacción de Emir puso fin a las dudas que Kassim tenía sobre él. El hombre era realmente un loco. Después de todo, alguien que afirmaba haber sido preparado desde la infancia para liderar toda una nación no cedería tan fácilmente a reacciones apasionadas. Visiblemente irritado, Emir se alejó para buscar su propio lugar solitario donde descansar. Se tumbó en el suelo, apoyando la cabeza en una almohada improvisada con tela. El sueño tardó en llegar, y aún estaba despierto cuando las llamas de la hoguera se apagaron, dejando sólo brasas para calentar la noche. Al principio se enfadó con el plebeyo que se atrevía a cuestionar la bendición de los dioses sobre su corona. En Marenia, cualquiera que difundiera tales pensamientos sería decapitado frente al palacio real a mediodía, para que sirviera de ejemplo a los ciudadanos. Despojados de sus poderes, Emir tuvo que digerir lentamente lo que Kassim había dicho.

Poco a poco, el enfado se convirtió en irritación y la irritación dio paso a las preguntas. ¿Podría haber algo de sabiduría en aquellas ideas? ¿Podría definirse a un gobernante como una persona ordinaria dotada de vanidad y poder ilimitados? La semilla de la duda se plantó en la cabeza del confiado Emir, un terreno previamente preparado por el sufrimiento del cautiverio, y allí creció rápidamente, preocupando al hombre durante los días siguientes.

Capítulo V

El choque de la luna creciente

Ya se podía ver la parte más alta del acantilado, donde se estaban construyendo los cimientos de la gran torre. Esta imagen hizo muy felices a los esclavos. Empujar el carro lleno de piedras por el desierto era suficiente para llevarlos al borde del agotamiento total. Kassim sintió que le dolían los brazos como si algo hubiera intentado arrancárselos del cuerpo, le palpitaban las piernas y le apareció una nueva roncha en la espalda. Un recuerdo de los atroces castigos a los que era sometido. Muchas veces, las ruedas se atascaban en la arena blanda, lo que obligaba a los hombres a utilizar palancas de madera para levantarlas, mientras otros tiraban con más fuerza del carro. Algunos esclavos amenazaban con desmayarse en medio del desierto debido al excesivo esfuerzo. Finalmente, el viaje llegó a su fin. La idea de descansar al abrigo de la cueva, en medio del calor del fuego y con abundante agua limpia les dio fuerzas para aguantar los últimos pasos.

— ¡Bien hecho, hermanos míos! Nuestro maestro estará muy complacido. — Ysnnar lo celebró. El arquitecto había ido a recibir el convoy y su carga en persona. — Habéis traído suficiente Marga para que podamos moldear los cimientos. Ahora deben descargar y apilar las rocas y luego los dejaré descansar.

Saber que tendrían que esperar unas largas horas para descansar era una gran frustración para los recién llegados, aunque los veteranos no mostraban descontento ni sorpresa, pues ya estaban acostumbrados a la rutina. Kassim se preguntaba si algún día él también se acostumbraría a todo aquello y llegaría a ser tan duro e insensible como sus compañeros.

Por último, se descendieron las piedras de todos los vagones. Se formaron montones de marga junto a otros de mineral de hierro y madera muy seca. Kassim no sabía nada del arte de la albañilería. Cómo se podían transformar materiales tan diferentes en cimientos y muros era un completo misterio para él.

Aún era de día cuando los Silenciosos llevaron a los esclavos de vuelta a su cueva, donde les esperaba la recompensa por el sufrimiento del viaje. Más tiempo para descansar que de costumbre, un techo sobre sus cabezas y abundante agua fresca, que sorbían del lago como animales sedientos. Al anochecer, los Silenciosos les trajeron su ración diaria y los hombres encendieron enseguida un fuego. Después de comer, Kassim salió de la cueva, donde se sentó a contemplar las estrellas.

— Toma, pero que no te vea nadie. — dijo Johann mientras entregaba a Kassim un pequeño trozo de carne cruda.

— ¿Qué es eso? — preguntó el joven tras un rápido mordisco.

— Lagarto. Este lugar no es más que muerte y sequedad durante el día. A excepción de los buitres que vuelan por aquí de vez en cuando, nada vivo vaga por la arena mientras haya luz solar. Por la noche, la vida resurge. Divisé ratas y lagartijas correteando cerca de la entrada de la cueva y conseguí cazar una.

Kassim ya no recordaba la última vez que había comido carne. En aquel momento, el grasiento trozo de animal crudo era delicioso para su paladar.

— Gracias, amigo mío. No sé cómo podré recompensarte. — Kassim le dio las gracias.

— Vamos... cuando caces una rata gorda, acuérdate de mí. — Johann sonrió. — Pero no te demores, los animales no son tontos. Pronto se darán cuenta de que les espera la muerte cuando se acerquen a los prisioneros y empezarán a evitar este lugar. Como hicieron los murciélagos.

— Pensé que no había murciélagos en este desierto.

— Según tengo entendido, había días en que los murciélagos descansaban en esta cueva. Hasta que alguien tuvo la brillante idea de comérselos.

— Espero no volver nunca a esa cantera. — dijo Kassim. — Todo fue una pesadilla, sobre todo el regreso.

— Los hombres que, como yo, estábamos encadenados al coche éramos veteranos y, sin embargo, varias veces sentimos que había llegado nuestra hora. No duraré mucho aquí, Kassim.

— No digas eso, amigo mío. De todos los que vinieron con nosotros, tú eres el más resistente, el que mejor se ha adaptado. Saldremos juntos de este lugar, ya lo verás.

— Me gustaría pensar como tú, pero basta con comprender la trampa en la que nos hemos metido para ver que no tengo muchas posibilidades. ¿Has visto el tamaño de los cimientos en lo alto del acantilado? No soy constructor, pero a juzgar por el hecho de que forman un círculo de más de doscientos metros de diámetro, creo que la altura de esta torre será inaudita. Estos hombres llevan aquí un año y aún no han terminado los cimientos. Estaremos aquí otros diez años y no terminaremos semejante hazaña. Sé que no lo parezco, pero quizás te doblo la edad. El trabajo duro me envejecerá rápidamente. Conozco mis límites y sé que no doy abasto. — Johann miró seriamente a Kassim — ¿Estarías dispuesto a hacerme un favor, chico?

— Por supuesto. Le agradezco su ayuda, lo haré lo mejor que pueda.

— Si perezco en esta pesadilla, organízame un funeral decente, ¿quieres? Soy un hombre con muchos defectos, es cierto, pero no creo que merezca el deshonor de pudrirme en el olvido en algún rincón.

— Johann, pronto seremos libres. Ten fe. — Kassim respondió.

Las palabras de Johann provocaron una enorme preocupación en Kassim, que había evitado conscientemente pensar en tales expectativas. Diez años o más lejos de casa, sin noticias de su amada esposa y de su hija, era un castigo inimaginable.

— Kassim, te pido disculpas por mi reacción cuando aún estaba en la cantera. — Dijo Emir, mientras se acercaba — Ese comportamiento no me corresponde y no se repetirá, te lo aseguro.

— No hay nada que perdonar. — Kassim dijo. — Por favor, siéntate y haznos compañía. Este es mi amigo Johann.

— Soy Emir—Alef—Musur, rey y protector del pueblo de Marenia. — Se presentó.

— Lo sé, lo sé... — dijo Johann, sonriendo. — ¿De verdad tienes que presentarte así siempre?

— Sí, es una tradición de mi pueblo. Creemos que es deshonroso para un hombre ocultar sus méritos. Es deber de un rey proclamar su linaje.

— Ahora lo entiendo, y debo confesar que su tradición tiene mucho sentido para mí. — dijo Johann, irónicamente. — Déjeme intentarlo de nuevo. Soy Johann, rey de las alfombras y los artefactos de metal en la Ciudad de los Libres y sus alrededores.

— ¡Bravo! Exactamente como se presentaría un mareniano, ¡enhorabuena! — Emir sonrió. — Y tú, Kassim, ¿de qué estás orgulloso? ¿Cómo te presentarías en Marenia?

El joven permaneció en silencio, pensando en lo que diría. Su mente viajó a varios momentos felices de su vida, desde su infancia en la ciudad hasta ese momento. Estos recuerdos vigorizaron su espíritu y le hicieron responder con alegría.

— Soy Kassim, el marido de Alissa, padre de Stella e hijo de Kaled, el *Miraestrellas*.

— ¿Qué es un miraestrellas? — preguntó Emir.

— Los antiguos creían que las estrellas podían dar señales sobre futuros acontecimientos

en la Tierra. Por eso algunos se especializaron en este oráculo. — Johann respondió.

— ¿Lo creías? ¿Ya no crees? — preguntó Emir

— Todas las predicciones de los observadores empezaron a fallar al mismo tiempo. Algunos llegaron a decir que habían sido traicionados por las estrellas que tanto amaban. — Johann respondió. — Hoy eso es sólo folclore.

— No para Kassim. — Dijo Emir. — Veo que pasas las tardes mirando el cielo. Creo que aprendiste el oficio de tu padre.

— Sí, he aprendido. — respondió el joven. — Aunque no creía en las predicciones como mi padre, aprendí a reconocer patrones.

— Bueno... entonces dinos qué está escrito en los cielos. — preguntó Johann, sonriendo.

— Desde que me capturaron, he notado cosas extrañas. Algunas estrellas ya no obedecen sus patrones. Mira. — Señaló hacia arriba. — Esa es la gran estrella roja. Su aparición es señal de mal agüero. Su brillo está históricamente vinculado a las guerras, la muerte y la destrucción. Empezó a brillar la noche antes de que me capturaran, y sigue ahí hoy. Ya debería haber desaparecido.

— Una estrella de mal agüero, una señal de fatalidad. A juzgar por nuestra desafortunada situación, tiene mucho sentido. — Johann se burló.

— No es sólo eso. Las ventanas de los dioses ya no se mueven. ¡Mirad! — Volvió a señalar al cielo—. — Yára, Ravan, Yesta y Vanessé están inmóviles. Desde el atardecer hasta el amanecer, en los mismos lugares.

— Como si los dioses estuvieran encadenados como nosotros. — conjeturó Emir.

— No sabía que las estrellas se movían. — Johann dijo.

— El cielo parece estático a los ojos del profano, pero los observadores atentos advierten su danza lenta y constante. Las ventanas de los dioses deben moverse sutilmente, como si viajaran de un punto a otro del cielo, noche tras noche. Incluso al principio del viaje a la cantera, me di cuenta de que estas cuatro estrellas estaban en los lugares donde aparecieron al anochecer, incluso de madrugada. Eso no puede ser natural.

— ¿Y cuál podría ser la causa? — preguntó Johann.

— El mago. — Dijo Emir. — Cuando llegamos aquí nos dijeron que Khamôrdo necesita la torre para tocar las estrellas. Tal vez las esté atrayendo más cerca.

— ¿Por qué quiere algo así? — preguntó Kassim.

— Dicen que después de tocar las estrellas se volverá aún más poderoso, incluso capaz de volar. — Emir respondió.

— ¿Volar? Tantos murieron por verlo volar. — se lamentó Kassim.

— No puede ser sólo eso. — Johann lo dudaba. — Este mago loco tiene un ejército de demonios encapuchados leales a él. Con tal fuerza, podría subyugar cualquier reino. ¿Por qué volar sería tan importante para alguien tan poderoso?

— No sabemos por qué. — respondió Emir. — Ysnar nos dijo que cuando la torre esté construida y el hechicero haya completado su obra, los esclavos que queden serán recompensados con sus bendiciones. No puedo imaginar qué significaría eso, pero algunos hombres creen que Khalamôrdo es una especie de deidad. Creen que cuando toque las estrellas, se convertirá en un dios. Incluso le rinden culto, le dedican plegarias y canciones.

— ¿Qué hay de Ysnar, el arquitecto? ¿Qué sabe? — preguntó Johann.

— Fui uno de los primeros en llegar. Por aquel entonces, no había cimientos ni minas, sólo marcas en el suelo y algunos esclavos forjando herramientas. Ysnar y Férgus ya estaban aquí. Ysnar comparte la fe de algunos de nuestros compañeros en la divinidad del hechicero. Duerme en una confortable tienda en un oasis, tiene abundante agua y buena comida y, por lo que sabemos, Khalamôrdo le tiene respeto. Pobre hombre, cegado por la comodidad. Aún no se ha dado cuenta de que no es más que un pájaro en una jaula de oro, tan esclavo como el resto de nosotros.

— Hasta ahora Khalamôrdo es sólo un nombre para nosotros. ¿Has visto al mago, Emir? — preguntó Johann.

— Una vez vino en persona a inspeccionar el inicio de las obras. Llevaba un sombrero puntiagudo de anchas alas y una capa negra que le cubría todo el cuerpo. No podía verle la cara. — Dijo Emir.

Siguieron unos instantes de silencio mientras Emir pensaba en su siguiente pregunta. Su última conversación con Kassim había despertado aún más su curiosidad sobre la ciudad sin gobernantes y las costumbres de sus habitantes. Ante la posibilidad de aprender de dos prisioneros de allí, Emir no pudo contenerse.

— En nuestra última conversación me dejé llevar. Ahora reconozco que fue un error. Sin embargo, mi curiosidad por tu ciudad y sus costumbres no ha hecho más que crecer desde

entonces. Kassim, ¿seguirías dispuesto a explicarme las costumbres de la Ciudad de los Libres?

— ¡Sí! ¿Qué quieres saber?

— Quiero saber muchas cosas, amigo mío. Tantas que nos llevaría toda la noche hablar bajo las estrellas, o incluso más. — Emir respondió. — No quiero perturbar tu descanso con mi sed de conocimiento. Así que he organizado mis principales preguntas en mi cabeza y te las iré explicando de una en una, en los momentos oportunos.

— Sería estupendo. — Kassim dijo. — Johann y yo creemos que nuestro tiempo aquí no ha hecho más que empezar, tendremos muchas tardes para debatir. Creo que eso también nos entretendrá. Por favor, Emir, pregunta.

— Mi primera pregunta, caballeros, es un simple "¿por qué? ¿Por qué no someterse a uno de los reinos que reclaman la ciudad y disfrutar de los beneficios de la ciudadanía? Un gobernante de buena voluntad os traería seguridad, justicia y riqueza. ¿Por qué negarse a todo esto?

Kassim y Johann se miraron un momento. La idea que tenían que explicar era muy sencilla para ellos, pero terriblemente difícil de enseñar.

— Nunca seremos ciudadanos de ningún reino. — Johann gritó.

— Deja que te lo explique, Johann. — Kassim dijo. — Emir, ¿su reino cobra impuestos a sus ciudadanos?

— Sí, así es. Una quinta parte de todo lo producido pertenece a la corona por derecho.

— ¿Qué ocurriría si un ciudadano de Marenia se negara a pagar estos impuestos, bien sublevándose, bien omitiendo sus ingresos? ¿Cuál sería su destino?

— Bueno... entonces se enfrentará a la ira de la corona. Sus posesiones serán confiscadas, su nombre será sinónimo de vergüenza. Si se rebela, será ejecutado en la plaza pública como un traidor.

— Una quinta parte de todo lo producido, dijo. Así que un agricultor que se pase todo el verano arando y cosechando habrá trabajado para la corona unos veinte días, sin derecho a quejarse ni a negarse. ¿Está de acuerdo con eso, Emir?

— Sí, estoy de acuerdo. Es el precio de la ciudadanía.

— Así que este granjero fue su esclavo durante veinte días.

— Te equivocas, querido amigo. Los tributos permiten a Marenia mantener a sus ejércitos para proteger al pueblo de los invasores, pagar a los guardias que velan por el orden en los pueblos y hacer cumplir la justicia. Con estas sumas alimentamos a los más pobres, tratamos a los enfermos y hacemos grandes obras. Es justo y bueno para todos que haya impuestos, y el que no se somete está traicionando a sus hermanos.

— Pero si un hombre no está de acuerdo con este uso, creyéndose capaz de destinar su trabajo a cosas distintas, incluso más nobles, según su propia experiencia, ¿puede argumentar? ¿Puede, como último recurso, abandonar Marenia? ¿Puede llevarse sus pertenencias y a su familia y buscar una vida mejor en otras tierras donde pague menos impuestos? — se pregunta Kassim?

— Obviamente, no. Una vez nacido en el seno de nuestro honorable pueblo, le debes respeto y devoción. Si este hombre de tu ejemplo lo hace, será considerado un desertor y se le aplicará el castigo previsto para un traidor.

— Así pues, Emir, lo que diferencia a todos los hombres de esta cueva de tus súbditos de Marenia es que nosotros somos esclavos todo el tiempo, mientras que tus ciudadanos sólo lo son durante una quinta parte de su vida. En esta fracción de su existencia, sirven a la corona, sometiéndose a su voluntad sin poder cuestionarla ni huir, temiendo terribles castigos. Esto es la esclavitud. La ciudadanía es sólo un nombre elegante y una justificación apetecible. Nosotros, en la Ciudad de los Libres, somos habitantes. Nada nos obliga a someternos a la voluntad de otro, salvo nosotros mismos. Nunca seremos ciudadanos. — El joven concluyó.

Aquellas palabras fueron devastadoras para la mente de Emir. Las verdades fundamentales que apuntalaban su orgullo se hicieron añicos y toda la imagen que tenía de sí mismo se debilitó. Emir mantuvo la mirada fija en el suelo mientras sus pensamientos chocaban una vez más dentro de su atormentada cabeza. Al darse cuenta de que algo le pasaba a Emir, Kassim pensó que lo mejor era retractarse de sus palabras.

— Tal vez le haya ofendido de nuevo. Si es así, sepa que lo siento. Prefiero correr el riesgo de ofenderle con mi sinceridad que con falsedad, porque le tengo respeto.

— No me ofendo, no te preocupes. — Emir dijo. — En realidad, me alegro de que sea así. Una señora muy sabia me dijo una vez que nuestros mejores amigos son los que dicen lo que no queremos oír. Pero es tarde, caballeros. Me temo que será mejor que descansemos y recuperemos el cuerpo para el trabajo de mañana. Buenas noches. — Dijo mientras se levantaba y entraba en la cueva.

— Tengo que decir que es bastante razonable para estar loco. — bromeó Johann, mientras Emir se alejaba.

Emir se dirigió al lago, donde se bañó. Luego se tumbó al final de la cueva y buscó el sueño, que una vez más se empeñó en no llegar. Un pensamiento entre varios que habían surgido de la breve conversación con Kassim y Johann le obsesionaba especialmente. "¿Eran los reyes, emperadores y gobernantes de aquel mundo diferentes del mago del desierto?".

La mañana llegó rápidamente, trayendo consigo a los Silenciosos ansiosos por llevar a los esclavos a sus quehaceres. Para Emir, la noche fue corta, su sueño intranquilo y poco reparador. Al parecer, cuanto más aprendía sobre la gente que vivía lejos de la autoridad de los gobernantes, peor era su descanso, ya que la nueva información reverberaba en su cabeza durante horas y horas, impidiéndole alcanzar un sueño profundo.

— Mejor hacer estos debates cada vez más raros, por mi propio bien. — Pensó.

— Dime, Kassim, ¿qué moneda circula entre los habitantes de tu ciudad? — preguntó de pronto Emir. — ¿Cómo se organiza el dinero sin un monarca que acuñe monedas?

Kassim se sobresaltó cuando su extraño compañero se sentó bruscamente a su lado, impidiéndole dormirse bajo las estrellas. El joven había pasado el día rompiendo rocas y estaba terriblemente cansado. Por alguna razón que aún desconocía, Ysnar necesitaba que las rocas se redujeran a diminutas piedras de media pulgada de diámetro o menos. Este proceso de transformación lo llevaban a cabo esclavos y mazos, en días y días de golpes incesantes. Kassim sentía que se le hinchaban los brazos, que la espalda estaba a punto de rompersele, que le ardían los hombros. No podía levantar las manos por encima de la cabeza, apenas podía mover el cuello hacia los lados. En ese momento, la idea de dormir allí mismo, en el frío del desierto, le pareció más atractiva que caminar unos pasos hacia el calor de las hogueras.

— Hay bancos en la ciudad. Acuñan sus propias monedas de cobre, plata y oro. — replica el niño dormilón. — Normalmente, los visitantes cambian su dinero por monedas de uno de estos bancos y así pueden comerciar. Sin embargo, esto es innecesario, ya que la mayoría de los establecimientos aceptan monedas de otros reinos.

— ¿Cómo puede funcionar algo así? En Marenia decimos que las monedas valen tanto como el busto del rey estampado en ellas. — Dudó Emir.

— En la Ciudad de los Libres, el valor de las monedas depende de la pureza de los metales que las componen. En cambio, el dicho de tu país es correcto, al menos en lo que respecta a las

monedas de Larx.

— Creo que puedo entender por qué. — Emir sonrió. — Debes de odiar tanto a los emperadores que intentaron invadir tu ciudad que repudias las monedas que acuñaron, ¿verdad?

— Te equivocas, amigo mío. Para los comerciantes y banqueros, el dinero siempre es dinero. Dudo mucho que tengan preocupaciones históricas sobre el origen del oro que reciben. Lo que dicen es que las monedas de los emperadores posteriores a Geromio II tienen menos de la mitad de plata en su aleación. Las monedas con la cara de Erick V no se aceptan, ni siquiera en los grandes bancos, porque todo el mundo sabe que el emperador actual ya no tiene plata que añadir al metal.

— Este es el principal motivo de mi sospecha. — Emir continuó. — Sin un monarca que ostente todo el poder, ¿quién puede garantizar que las monedas acuñadas por los bancos sean tan puras como dicen ser? ¿Quién puede detener a los falsificadores?

— No soy experto en monedas y metales raros, pero... En la ciudad viven decenas de orfebres, herreros y joyeros cualificados para certificar la pureza de los metales presentes en las monedas. Dicen que así descubrieron que Erick V estaba defraudando a su país. Creo que si un banco intentara seguir el camino del Emperador de Larx, correría la misma suerte. Su reputación se deterioraría rápidamente, sus clientes buscarían otros bancos y sus monedas serían rechazadas. En cuanto a la falsificación, los bancos tienen escudos, marcas e innumerables dispositivos para hacer que sus monedas sean únicas. Nunca he oído que se hayan descubierto monedas falsas en la ciudad. Después de todo, ¿por qué falsificar una moneda cuando puedes acuñar la tuya propia?

Kassim yacía en el suelo cubierto de polvo. Desde donde hablaba con Emir, era posible ver buena parte de la roca que formaba el acantilado, desde la cima donde emergían los cimientos de la torre hasta el extremo opuesto. La luna, que se acercaba a su punto más alto de la noche, recordaba al joven el avance de las horas, haciéndole envidiar a Johann, que llevaba mucho tiempo durmiendo.

Emir permaneció en silencio, contemplando la noche con ojos preocupados. Intentaba asimilar la información que recibía en su atribulada mente. Conocimientos que diferían radicalmente de todo lo que había aprendido de los maestros más sabios de su país en su infancia. Ideas que incluso le sonaban un poco ofensivas. Emir sabía que el solícito muchacho, a punto de dormirse a su lado, le trataba con respeto y sinceridad. Sus maneras directas y sus respuestas tajantes no provenían de la arrogancia, sino de la naturalidad de alguien que creció en un sistema así y no tenía reparos en describirlo. Así que eligió conscientemente escuchar todo lo que decía con el corazón y la mente abiertos.

— En Marenia, la palabra del rey es ley y su espada es el símbolo más temido de la justicia. — exclamó Emir, impidiendo que el joven volviera a dormirse. — Dime, si alguien es agraviado en tu ciudad, ¿a quién debe acudir? Sin un rey y su espada, ¿quién hará justicia?

— Hay varios jueces. — replicó el joven somnoliento. — Hombres reconocidos por su sabiduría. Sus decisiones ponen fin a los conflictos.

— ¿Y quién nombra a estos jueces? ¿Quién da autoridad a sus decisiones? — preguntó Emir, muy confuso.

— Cualquiera puede ser juez, o al menos proclamarse como tal. Sin embargo, sólo los sabios reconocidos consiguen prosperar en esta actividad, ya que la gente los busca libremente. Así, la reputación de un juez es esencial para que la gente solicite sus servicios. Si yo me llamara juez, por ejemplo, probablemente nadie me buscaría. Aún soy joven y la gente suele creer que la sabiduría es fruto de los años. Tampoco tengo grandes logros que demuestren mi capacidad para tratar conflictos y disputas, ni un historial reconocido de decisiones sabias. Los jueces suelen ser personas mayores que han ocupado cargos importantes en su vida y a menudo han tenido que tomar decisiones complejas.

— Esto explica de dónde vienen los jueces, pero no de dónde viene su autoridad. — Emir dijo.

— Creo que la palabra autoridad tiene diferentes significados para nosotros, amigo mío. Por ejemplo, Johann. — Kassim señaló al hombre que dormía boca abajo en medio de la cueva. — Durante mucho tiempo fue la mayor autoridad en tapices de la gran ciudad. Esta autoridad le fue otorgada por sus clientes en reconocimiento a sus logros. Su autoridad proviene de años de tratar con tapices y de todas las decisiones acertadas que hacían felices a sus clientes. Estos mismos aspectos sustentan la autoridad de los demás profesionales de la ciudad, como carpinteros, herreros, herboristas e incluso jueces. Muy diferente del significado que le dan a "autoridad" en Marenia, al menos eso imagino. No quiero ofenderte, Emir, pero aunque eres querido y respetado por tu pueblo, creo que gran parte de lo que llamas autoridad proviene, como tú mismo has dicho, de tu espada. ¿No será que si no os temieran, vuestra autoridad sería la misma?

— Quizá sea un error dar a la misma palabra significados tan diferentes. — dijo Emir, disimulando su irritación. — Pero sigo teniendo curiosidad por saber cómo actúan estos jueces. Digamos que he sido agraviado por otra persona. ¿Cómo debo proceder?

— Bueno... En primer lugar debe buscar un juez de su confianza. Este juez se pondrá en

contacto con la otra parte para ver si aceptan su arbitraje en el litigio. Si no lo hacen, deberán designar a otro juez para que arbitre y usted podrá aceptar o no esta designación.

— Supongamos que no acepto al juez designado por el malhechor, ¿cómo acabará este callejón sin salida? — preguntó Emir.

— En este caso, los jueces designados por ambas partes se unen para nombrar a un tercer juez que debe dictar sentencia sobre el caso. Ni tú ni el infractor podéis estar en desacuerdo con este nombramiento.

— Eso suena un poco absurdo, Kassim. — protestó Emir. — ¿Y si los jueces eligen a un tercero en función de sus propios intereses? Entonces su juicio será parcial y perjudicará a una de las partes en detrimento de la otra. ¿Dónde está la justicia en este caso?

— No entiendo su desconfianza, Emir. Después de todo, usted elige a un juez porque confía en su sabiduría, así que ¿por qué debería desconfiar de su nombramiento? Además, recuerde que todos los jueces dependen de su reputación. ¿Por qué iban a hacer algo para empañar su propia imagen?

A Emir no le convenció de inmediato una explicación tan simple, aunque su mente astuta no pudo encontrar de inmediato ningún argumento para refutar las afirmaciones. Ante el silencio de su compañero, Kassim continuó.

— Una vez elegido el juez, las partes deben presentar sus versiones de lo sucedido. El juez analizará las declaraciones, las pruebas y escuchará a los testigos para tomar una decisión. La parte declarada culpable tendrá que pagar una indemnización a la otra parte, además de los honorarios del juez, por supuesto.

— ¿Compensación? ¿Un malhechor ataca a otro y todo se soluciona con dinero, sin cárcel ni latigazos? — volvió a protestar Emir. — ¿Cómo puede lavarse el honor de un hombre sin derramamiento de sangre?

— Los castigos y las penas corporales no son capaces de restaurar el daño, pero una fuerte compensación sí. — El joven respondió con calma. — La sangre que brota tras una decisión judicial no es justicia, es sólo venganza. No necesitamos jueces para vengarnos, aunque sin duda sería un nuevo delito.

— La indemnización puede reparar daños materiales y económicos, estoy de acuerdo. Sin embargo, ¿qué pasaría si alguien de mi familia muriera? El oro y la plata no pueden devolver una vida. — Emir dijo.

— Tampoco la ejecución del malhechor. — respondió Kassim. — En estos casos, los jueces suelen conceder indemnizaciones punitivas tan elevadas que resultan impagables. El malhechor perdería todo lo que tiene, y quizá incluso más. Probablemente tendría que involucrar a toda su familia para reunir el dinero suficiente para pagar. Tal vez se convirtiera en esclavo de sus acreedores, porque todo lo que consiguió producir durante su vida sería entregado a aquellos a quienes perjudicó.

— Kassim, no entiendo por qué alguien sometido a una sentencia así debe ser obligado a cumplirla. ¿Y si el perdedor no considera justa la decisión?

— Siempre puede apelar a un juez distinto de los que ya han intervenido en la decisión. Aunque es poco probable que alguno de ellos acepte revisar el caso. Como ya he dicho, la reputación lo es todo. Una decisión sólo se revisa si el nuevo juez encuentra un error capaz de hacer dudar al juez anterior de su decisión, u otro buen argumento. Cosas así son muy raras.

— Supongamos que yo soy el malhechor, acabo de ser condenado y me niego a indemnizar a mis víctimas. Sin el temor de la espada real, ¿quién me obligará a cumplir mi condena?

— En mi ciudad no hay reyes, pero desde luego no faltan espadas. Si rechazas la justicia, la justicia te rechazará a ti. Ningún juez o tribunal aceptará denuncias tuyas. En otras palabras, nada de lo que te ocurra se considerará delito hasta que saldes tus cuentas con la justicia. Tus acreedores podrían quitarte todas tus pertenencias, tus víctimas podrían hacerte daño o incluso matarte sin que se considere delito. Tu única opción sería huir de la ciudad. Muchos mercenarios viven entre las murallas, alquilando sus espadas a quienes buscan venganza, siempre dispuestos a dar caza a los renegados de la justicia. No encontrarás paz, aunque vivas en otros reinos.

La sorpresa silenció a Emir por un momento. Sabía que sus agitados pensamientos no le permitirían dormir. Sin embargo, su somnoliento amigo no compartiría su insomnio. Kassim había sido un buen compañero, mostrando a Emir su respeto al intentar responder a sus preguntas, a pesar de que luchaba contra el agotamiento. Finalmente, Emir se dio cuenta de que era hora de marcharse y dejar que su compañero durmiera en paz.

— Gracias por su paciencia al responder a mis preguntas, amigo mío. Que descanses. — Dijo Emir mientras se marchaba.

Entró en la cueva y el calor del aire calentado por las llamas de los fuegos le hizo darse cuenta de lo frío que era el aire del exterior. Sintió pena por el joven que prefería dormir fuera para observar mejor las estrellas en el cielo. Emir encontró las ropas de Kassim en el rincón donde el joven solía dormir y las juntó con las suyas. Pensó que el montón de paños polvorientos

era suficiente para improvisar una manta y se la llevó a su amigo.

— ¡Aquí, Kassim! — Dijo. — Si no quieres entrar, al menos protégete del frío. No podemos enfermarnos aquí.

— Gracias, Emir. Iba a entrar, pero me quedé dormido.

—Te dejaré descansar, pero antes, déjame hacerte una última pregunta... Le prometo que no le robaré más que un momento de su tiempo.

— ¡Anda! — ordenó el joven que tenía muchas ganas de dormir, pero no quería parecer desagradecido. — ¿Qué quieres saber esta vez?

— En ausencia de un gobernante, ¿quién hará las carreteras?

Capítulo VI

Un monstruo de tres caras

Con una antorcha hecha de trapos y madera en una mano y un afilado trozo de piedra en la otra, Kassim se dirigió a uno de los puntos más profundos de la cueva. En una pared húmeda junto al lago, el joven hacía marcas que le ayudaban a saber la hora. En el desierto, el año no estaba dividido en estaciones. El paso del tiempo no se notaba en los cambios del paisaje ni en las variaciones de temperatura. En el desierto, todos los días eran calurosos y todas las noches frías. El sol rara vez se escondía entre las nubes y la lluvia era aún más rara. Kassim se dio cuenta de lo fácil que sería perderse en la agotadora rutina del trabajo forzado, sin descansos ni tiempo libre. Por eso hizo marcas en la roca en un rincón olvidado por sus compañeros, lejos de cualquier interferencia. Un trazo representaba un día, grupos de siete trazos representaban una semana. Se sorprendió al darse cuenta de que el rincón que había elegido pronto ya no podría albergar nuevas marcas.

— Habían pasado dos años. — Pensó con tristeza.

Sin embargo, las líneas no indicaban toda la verdad, ya que sólo había comenzado su calendario rústico unos días después de su primer viaje a la cantera. Sólo servían como indicador de todo el tiempo que le habían robado. Sacudido por la triste constatación, Kassim se alejó lentamente, regresando a las partes menos profundas de la cueva, donde los prisioneros ya esperaban a los Silenciosos. Se entristeció aún más cuando pasó cerca del lago, donde la luz de la antorcha proyectaba su reflejo en el agua tranquila. Vio a un hombre muy delgado con músculos que parecían querer sobresalir de su piel quemada y ennegrecida. Sus ojos azules estaban ocultos en las profundidades de su rostro doliente y apenas podían verse. Su larga barba y su pelo se unían en largos rizos dorados que ocultaban su rostro. El joven capturado en la Ciudad de los Libres ya no existía. En su lugar yacía un tosco esclavo que sólo buscaba sobrevivir.

Se colocó junto a los prisioneros que contemplaban el amanecer en filas. Por un capricho del destino, Kassim se había librado de viajar a las minas en aquella ocasión, quedándose con los otros esclavos que trabajaban triturando rocas y atendiendo los hornos. Era un trabajo duro y difícil, pero mejor que empujar carros llenos de rocas por la arena hirviendo. Por desgracia, Johann y Emir no tuvieron tanta suerte. Habían partido hacia las minas hacía unos días y ya era hora de que se formara una nueva caravana para recogerlos.

Los Silenciosos llevaron a los prisioneros a la meseta, donde se apilaban rocas, minerales, carbón y madera. Allí liberaron a los esclavos de sus cadenas para que tomaran en sus manos

pesados mazos y afiladas hachas. La roca de marga y el mineral de hierro se reducían a trozos minúsculos, mientras que los grandes trozos de carbón se convertían en polvo. Otro grupo de esclavos se encargaba de mezclar los materiales con la ayuda de palas, formando una montaña uniforme junto a los hornos.

Kassim no llevaba ropa desde hacía mucho tiempo. Un trozo de tela atado a la cintura y que le cubría las rodillas era su única protección contra el árido entorno. El sol quemaba la piel de los esclavos a los que se impedía buscar protección, pero Kassim ya no era capaz de sentir el escozor. Las cicatrices de las quemaduras se acumulaban en su espalda desnuda e insensible. Eternos recordatorios de la tiranía de sus torturadores sobrenaturales.

En cierto modo, Kassim estaba agradecido por el trabajo recibido. Además de liberar sus pies del suelo caliente y darle la alegría de descansar en la cueva todos los días, reducir las rocas a grava calmaba su espíritu. Permanecía todo el día en el mismo lugar, sin ser interrumpido ni molestado, y con cada nuevo golpe alejaba sus pensamientos del lugar. Su cuerpo se había adaptado al manejo de herramientas pesadas, hasta el punto de que ya no se le formaban callosidades en las manos. Así podía volver a visitar a su familia en sueños, como si no existiera nada más que la herramienta en sus manos, las piedras frente a él y los recuerdos en su mente.

Entonces el sudor brotó de sus ojos, sacándole momentáneamente de su trance. Se secó el líquido de la frente y miró a su alrededor. Vio a muchos esclavos golpeando las rocas mientras otros utilizaban palas para amontonar la grava. Cogió una nueva piedra del montón y la colocó con cuidado frente a él. Levantó el mazo y golpeó la roca con todas sus fuerzas. La piedra se rompió en tres pedazos. Dos trozos redondeados y una astilla larga, plana y puntiaguda. Kassim se preparaba para el segundo golpe, que reduciría los trozos a astillas más pequeñas, cuando un esclavo le detuvo.

— Para, espera un momento —dijo mientras cogía para sí el puntiagudo trozo de piedra—. — Ahora sigue, o seremos castigados.

Kassim no conocía al esclavo que había escondido la afilada astilla entre el polvo acumulado en el suelo. Supuso que pertenecía al grupo de esclavos que descansaba en otra cueva del desfiladero, ya que los habitantes de las cuevas rara vez se mezclaban y pocos se conocían entre sí. Temeroso de atraer la atención de los Silenciosos que vigilaban a los trabajadores, Kassim siguió rompiendo rocas como si nada hubiera pasado. Más tarde, ese mismo día, vio cómo el esclavo desconocido cogía la piedra y se la ataba a la pierna con una tira de tela, ocultándola en la tela que llevaba puesta de forma similar a Kassim. Los Silenciosos no se dieron cuenta.

De vuelta en la cueva, Kassim se alimentó y charló brevemente con los otros hombres. Lejos de sus compañeros, con los que discutía casi todas las noches, sólo podía tumbarse fuera y observar las estrellas en silencio. Con el paso de los meses, se dio cuenta de que las ventanas de los dioses volvían a moverse, pero no de un modo que coincidiera con su movimiento natural. Poco a poco, las estrellas más brillantes del cielo eran atraídas hacia el centro del firmamento, algo inaudito e inimaginable.

Kassim esperaba ansioso el regreso de sus amigos para poder compartir su descubrimiento, porque las tardes eran extremadamente monótonas sin ellos. Le divertían las preguntas de Emir y su sorpresa ante cada nuevo descubrimiento sobre el modo de vida del pueblo sin gobernante. Johann siempre estaba cansado, pero aun así, su participación en los debates era pertinente y divertida.

A última hora de la noche, cuando los prisioneros enmudecieron, Kassim entró en la cueva e intentó dormir. Normalmente pensaba en su mujer y en su hija en los momentos previos al sueño, pero el misterio ocupaba el lugar de los reconfortantes recuerdos del hogar.

— ¿Qué quiere ese hombre? ¿Para qué necesita esa piedra? — Pensó

Concluyó que el esclavo desconocido intentaba convertir la puntiaguda astilla en un cuchillo. Trozos de roca como aquel podían afilarse para formar rudimentarios instrumentos cortantes. Así era como los esclavos se cortaban las uñas y el pelo cuando se descontrolaban. Pero, ¿para qué servía una hoja tan larga? Las piezas largas como ésa eran muy quebradizas, lo que las convertía en herramientas ineficaces. Sin duda, una hoja así se usaría como arma, porque aunque fuera frágil, sería capaz de atravesar la carne de un enemigo antes de romperse. Tal vez los prisioneros de la otra cueva estuvieran tramando una fuga o una rebelión.

La lejana posibilidad de que algunos esclavos se enfrentaran al ejército del mago le excitó al principio. Tal vez un pequeño brote de revuelta, si tenía éxito, podría encender en los hombres un deseo de libertad y una furia de venganza. Tal vez ésta fuera su única oportunidad de volver a casa con vida. Sin embargo, Kassim recordó su reflejo en el agua y la esperanza le abandonó tan repentinamente como había llegado. No era un guerrero, nunca supo luchar y no sabría blandir una espada aunque la tuviera. Todos los prisioneros se parecían a él en este aspecto. Khalamôrdo sólo elegía peones para formar su cuerpo de esclavos. ¿Cómo, pensó, podían amenazar a los Silenciosos hombres que eran mansos por naturaleza? Tales seres destruían fácilmente a los guerreros más hábiles allá donde fueran. Kassim llegó a la conclusión de que enfrentarse a ellos era como cometer la forma más dolorosa de suicidio y que la única forma de recuperar su libertad era a través de la supuesta misericordia del mago. ¿Estaba dispuesto Khalamôrdo a

cumplir las promesas que Ysnar había esparcido a los vientos?

Con cada nueva piedra destrozada por la fuerza del mazo, Kassim se hundía más en un trance. En su mente, innumerables sueños escapistas secuestraban su conciencia. Su imaginación le llevó a visitar a su hija, que en su sueño era una niña sana y parlanchina, aprendiendo a ayudar a su madre en las tareas del rancho. Más tarde, visitó la Ciudad de los Libres, que, pensó, se había recuperado totalmente de la violencia. Kassim se preguntó qué medidas estarían tomando los habitantes para evitar nuevas invasiones. Una duda le inquietó a primera hora de la tarde. ¿Podría Erick V haber aprovechado el caos dejado por los Silenciosos para hacer realidad su sueño de tomar para sí la gran ciudad?

— Ven aquí, jovencito. — ordenó Ysnar a Kassim. — Ya pasó la mitad del día y todavía hay hornos sin encender. Deja de romper esas piedras, ya tenemos más de las que necesitamos. Ayuda a esos hombres con los hornos restantes.

Cumpliendo la orden que había recibido, Kassim dejó caer el mazo al suelo y se dirigió a los hornos. Eran cúpulas mucho más altas que un hombre, ensambladas con piedras apiladas y unidas por arcilla arenosa hecha con una mezcla de agua y tierra del desierto. En la parte superior había un agujero por el que las llamas lamían el aire y se expulsaba el humo. Los hornos tenían una pequeña abertura arqueada en la base por la que se encendían. Los esclavos se balanceaban sobre plataformas para verter la mezcla de roca, mineral y carbón bajo el agujero del techo, mientras un solo hombre accionaba el gran fuelle que introducía aire a través de un tubo metálico, manteniendo así vivas las llamas. Transportaban la mezcla en palas y la arrojaban a los hornos desde lejos debido a las grandes llamas. Todo el entorno estaba muy caliente y acercarse a un horno en llamas era un reto en sí mismo.

— Ysnar me envió para ayudar. Soy Kassim. — Se presentó.

— Soy Simon, y ese es mi hermano Silas. No me acuerdo de ti. ¿Has trabajado en los hornos antes?

— No. — Me contestó.

Los hermanos habían formado parte de la primera oleada de esclavos y habían ayudado a cavar los cimientos de la gran torre. Simón sólo era dos años mayor que su hermano, aunque no lo aparentaba. La continua exposición al intenso calor había dañado la piel de aquellos hombres pelirrojos y con barba, haciéndoles parecer mucho mayores de lo que realmente eran.

Silas era el hombre grande. Uno de los esclavos más altos, inmune a las precarias

condiciones que hacían a los demás prisioneros cada vez más delgados. Simón era delgado y no mucho más bajo. No había recibido la misma bendición del dios niño, Yésta, que daba a su hermano una gran fuerza, pero su complexión delgada le garantizaba agilidad en sus tareas.

Eran herreros en Alvimor, profesión heredada de su difunto padre. Poseían un taller muy respetado en su región y juntos hicieron fortuna en su juventud. Quizá por eso eran los solteros más codiciados por las chicas de los pueblos vecinos. Silas soñaba con casarse y formar una familia, manteniendo encendida la fragua, que antaño había pertenecido a su padre, aunque Simão nunca había compartido el amor de su hermano por el oficio. Le quedaba poco por acumular antes de poder romper definitivamente la sociedad familiar. Simão quería a su hermano, pero en su corazón crecía cada día el deseo de visitar otras tierras y vivir aventuras. Sin embargo, una lluviosa mañana, los planes de ambos se vinieron abajo. Los Silenciosos invadieron su aldea, capturando esclavos y destruyendo a cualquiera que se les enfrentara. Desde entonces, los hermanos han permanecido unidos, ayudándose mutuamente en todos los esfuerzos y desafíos. El sufrimiento fortaleció su amor mutuo y destruyó sus diferencias.

Al conocer la experiencia de los hermanos en el manejo de metales, Ysnnar les asignó la tarea de forjar las herramientas que utilizarían los esclavos. Juntos, Simón y Silas construyeron un horno capaz de extraer el hierro del mineral y transformarlo en acero de buena calidad. Cada uno de los cientos de palas, hachas, mazos, picos y otras herramientas de metal que ayudaron a los prisioneros fueron fabricados por ellos en una fundición improvisada. En vista del innegable talento de los hermanos, Ysnnar les asignó la tarea de fabricar el cemento una vez perforados los cimientos.

— ¡Vaya! — continuó Simon. — Tenemos que llenar dos hornos más antes de que se ponga el sol, para que ardan durante la noche. Así estarán lo bastante fríos para desmontarlos por la mañana, cuando les saquemos el cemento. — explica.

— Dime lo que tengo que hacer. — Kassim dijo.

— Encenderé el siguiente horno. Coge una pala y ayúdanos a llenarlo con la mezcla. — dijo Silas mientras se acercaba.

Como se le había ordenado, Kassim esperó con una pala en las manos mientras Silas entraba en la cúpula de piedra por la pequeña abertura lateral. Traía consigo trapos empapados en aceite y un montón de leña. Dentro del horno había un agujero circular no muy profundo. Allí, el suelo se había vitrificado debido al intenso calor al que era sometido repetidamente. Como resultado, el fondo del horno reflejaba la poca luz que lograba entrar. En el centro, Silas amontonó palos y tocones de madera envueltos en los trapos aceitados. El aceite se encendió

fácilmente al entrar en contacto con las chispas de los golpes de los palos y nació un gran fuego. Silas se apresuró a salir del horno. Su corpulencia le dificultaba moverse por el estrecho interior y temía quemarse cuando el fuego estallara en todo su esplendor.

— Kassim, bombea ese fuelle unas cuantas veces para fortalecer las llamas. — Silas ordenó.

Los fuelles estaban montados verticalmente, por lo que Kassim tenía que estirar los brazos para sujetar la pala y utilizar su peso para moverla hacia el suelo. Este movimiento comprimió el acordeón de cuero, desplazando una gran bocanada de aire hacia el interior del horno. A la tercera bocanada, las llamas escaparon por la abertura de la parte superior y el calor pudo sentirse fuera, pues las paredes de piedra y arcilla ya no podían contenerlo.

Simón, que lo observaba todo, hizo una señal a Kassim para que se detuviera. Encima de la plataforma había un cajón ancho, del que los hermanos sacaron con sus palas la mezcla de piedras, mineral, carbón y astillas de madera y la arrojaron a la abertura de la parte superior del horno. Las astillas se calentaron hasta estallar en llamas al recorrer el interior. El polvo de carbón se convirtió en brasas incandescentes que cubrieron toda la superficie interior del horno. El absurdo calor acumulado unió los diminutos trozos de roca y mineral, formando un líquido uniforme e incandescente que se depositó en el fondo. Kassim ayudaba a los hermanos vertiendo la mezcla en la caja de la plataforma y bombeando el gran fuelle cada vez que uno de ellos se lo ordenaba.

— Kassim, no dejes que el horno se enfríe. Ve al fuelle. — Dijo Simon mientras las llamas se calmaban y salía humo.

Kassim se esforzó por mover el fuelle, mientras el intenso calor que escapaba a través de las piedras le golpeaba. Ni en sus peores pesadillas pensó que sentiría semejante temperatura proyectada sobre su piel. Ni siquiera el mediodía más caluroso del verano más caluroso podía compararse con el calor de aquel lugar.

— ¡Qué bien, Kassim! — Silas dijo.

Al oír esta orden, Kassim dejó alegremente el calor del fuelle y fue a buscar más mezcla para servir a los hermanos del andamio. Mientras vertía el contenido del cubo que le ayudaba junto con la caja en el andamio, pudo oír a los hermanos discutir.

— Silas, todavía hay espacio en este horno. — Mañana cuando lo desmontemos, Ysnnar se dará cuenta de que el fondo no está completo y nos castigará.

— Pero hermano, el sol se va a poner pronto, tenemos que empezar con el siguiente cuanto

antes", dijo Silas.

— Queda muy poco aquí. Tú y Kassim pueden rellenarlo con la mezcla mientras enciendo el siguiente. Eso nos dará algo de tiempo. — Simon concluyó.

Silas asintió a su hermano y siguió echando paladas de mezcla en el horno mientras Simon se alejaba. Kassim volvió a meter la mezcla en la caja hasta que estuvo llena. Silas ya estaba muy cansado y sin la fuerza de su hermano no podía ir tan rápido como antes. Kassim subió a la plataforma para ayudar a arrojar la mezcla sobre las llamas que escapaban por la abertura superior. Las llamas no mostraban signos de debilitamiento, ardían en lo alto, no emitían humo y no necesitaban que se inyectara más aire. En poco tiempo, el horno alcanzó su máxima capacidad, generando tanto calor que los trozos de madera de la mezcla prendieron en el aire exterior, creando un espectáculo de luces brillantes.

— Kassim, baja a ver si está lleno. — Silas ordenó.

Bajó de la plataforma y volvió a mirar por la abertura de la base. Ya no era posible acercarse sin que el aguijón que emanaba quemara la piel. El calor que se transmitía al suelo evitaba por los pelos quemar los pies del inexperto que se atreviera a acercarse. Incluso desde la distancia, Kassim pudo ver que toda la zanja interior estaba a punto de rebosar de la masa incandescente.

— ¡Silas, está lleno! — Me advirtió.

Silas bajó de la plataforma exhausto, cubierto de hollín y sudor, consciente de que aún quedaba mucho por hacer. El arte de fabricar cemento seguía ciclos de tres días, el primero dedicado a montar los hornos, donde se apilaban las piedras y se sellaban los huecos con arcilla. Un día para encender y llenar los hornos y otro para desmontar y retirar el producto acabado. Nada en el proceso era gratuito o irreflexivo. Sólo había tres hornos, montados y desmontados sobre zanjas excavadas en lugares donde el suelo pudiera soportar y retener el enorme calor. Las piedras se eligieron especialmente entre miles, ya que demostraron ser resistentes a las altas temperaturas y no se rompían tras enfriarse. Incluso la arcilla, que mantenía unidas las piedras y cubría los huecos, se reutilizaba en su mayor parte. Tantas variables impedían la creación de nuevos hornos y limitaban la producción de cemento, por lo que los hermanos trabajaban bajo una presión constante. A medida que se completaban los cimientos y se levantaban los primeros muros de la gran torre, se necesitaba más cemento, pero no se podía fabricar en mayores cantidades. Por esta razón, Ysnar supervisaba personalmente el trabajo en los hornos, ordenando castigar a los hermanos si no cumplían sus objetivos diarios.

— ¿Dónde está Simon? — preguntó Silas al ver que Kassim estaba solo.

Había pasado mucho tiempo desde que Simón fue al tercer horno, lo que preocupó a Silas. Se dieron cuenta de que no estaba cerca de la cúpula, que ya emanaba calor de sus paredes. Los gritos desesperados de Silas atrajeron a Kassim hacia la entrada del horno. Simón yacía inconsciente dentro de la cúpula, cerca de la entrada, con el fuego ardiendo a su lado.

— ¡Simon! ¡Despierta! — gritó Silas.

Sin pensarlo, arrojó su cuerpo al horno en un intento de salvar a su hermano. El calor de las llamas ya se estaba acumulando, por lo que sería imposible entrar sin quemarse. Silas también se desmayó poco después de meter la cabeza por el arco de piedra. Sin darse cuenta de lo que ocurría, Kassim agarró las piernas del hombretón y tiró de él. Silas yacía inmóvil en el suelo, inconsciente y respirando con dificultad.

— ¡Ayuda! ¡Que alguien nos ayude! ¡Que alguien nos ayude! — gritó Kassim al viento.

Su voz resonó con desesperación por todo el desierto. Varios esclavos escucharon su súplica, pero temieron el castigo que recibirían por abandonar sus puestos y no se movieron. Sólo los Silenciosos se acercaron, pero no vinieron a ofrecer ayuda. Los seres ocultos bajo sus oscuros mantos eran incapaces de comprender las razones por las que aquel esclavo gritaba. Kassim estaba encorvado por el dolor de los latigazos que le dejarían marcas eternas en el pecho y los hombros, pero los gritos de auxilio continuaron hasta que Ysnnar se acercó a ellos.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó el arquitecto.

— Maestro Ysnnar, Simon está inconsciente dentro de este horno. Necesitamos sacarlo antes de que el calor lo consuma. Por favor, ayúdame a apagar el fuego.

— Espera, muchacho, déjame ver. — Dijo Ysnnar con calma.

Se acercó al horno, que ya había alcanzado una temperatura elevada. Vio el cuerpo del hombre tendido en el suelo. Tenía ampollas en la piel, el pelo en llamas y el olor a carne quemada flotaba en el aire.

— No tiene sentido apagar las llamas, porque ese hombre ya está muerto. De hecho, debe llevar muerto mucho tiempo. Las llamas consumieron el aire del interior más rápido de lo que podía ser reemplazado, su compañero se desplomó y se asfixió. A juzgar por el tiempo que oí sus gritos... ningún hombre podría aguantar tanto tiempo sin aire.

— No, maestro, aún hay una oportunidad. Dame agua para apagar las llamas y déjame rescatarte.

— Ya no hay nada que hacer, está muerto. Aunque por intervención de algún dios sobreviviera, ningún hombre que pasa tanto tiempo sin respirar vuelve sin sufrir graves consecuencias. Un lisiado no sería de ninguna utilidad para el plan de nuestro amo. Termina de llenar el horno, necesitaremos mucho cemento en los próximos días. — ordenó Ysnnar, sorprendiendo a Kassim.

— Pero, maestro, su cuerpo sigue ahí.

— Sí, ya lo sé. El cuerpo será consumido por las llamas y las cenizas se mezclarán con el cemento. Al final, tu compañero recibirá un gran honor, ya que se convertirá en uno con la torre del mago. Ahora, termina tu trabajo.

Angustiado, Kassim se resistió a cumplir la orden. Por un momento, pensó en atacar al arquitecto, utilizando su pesada pala para golpearle el cráneo, como si estuviera sacrificando a uno de los cerdos de su rancho. Su mirada no podía contener la hostilidad de un depredador enfurecido, incluso en medio de las lágrimas que brotaban. Ante la amenaza que se cernía sobre su esclavo, los Silenciosos se acercaron. Se colocaron alrededor de Ysnnar, dejando que sus cadenas relucieran en el suelo. Ante la evidente disparidad de fuerzas, Kassim decidió tragarse su odio una vez más. Con la cabeza gacha, se levantó y cogió su pala y su cubo, que llenó de mezcla antes de subirse al andamio. Entonces empezó a verter los sólidos en la abertura superior del horno, avivando así las llamas. Las llamas disminuyeron de intensidad y el horno exhaló un humo que llevaba consigo el olor de la muerte. Ysnnar ordenó a otro esclavo que manipulara los fuelles, impidiendo que las llamas murieran, mientras Kassim echaba más y más material.

Silas se despertó de su desmayo a tiempo para ver los restos de su hermano envueltos en llamas. Se arrodilló frente a la pequeña abertura gritando por Simón mientras lloraba. Los Silenciosos no dudaron en castigarle con dolorosos golpes. Nada podía causar más dolor que la imagen que captaban sus ojos. Por lo tanto, los castigos no surtieron efecto. Silas permaneció de rodillas llorando, incluso cuando las cadenas empezaron a quemar su carne.

— Déjale llorar. Vayan y traigan a otro hombre para que ayude con el resto del trabajo. — ordenó Ysnnar a los Silenciosos, que rápidamente obedecieron.

Aquella noche apenas durmió. Tras ser conducido a la cueva y recibir su ración, Kassim se dirigió a la meseta de la entrada para contemplar el cielo nocturno, como hacía todas las noches. Sin embargo, cada vez que vislumbraba la inmensidad, veía los hornos ardiendo, como si la imagen estuviera impresa en su mente y no pudiera concentrarse. Así que volvió a su pequeño

espacio al fondo de la cueva, donde siempre dormía.

Cada prisionero tenía su propio lugar en la cueva y estos espacios eran respetados por todos. Era donde se tumbaban, donde comían, dormían y soñaban. Todo lo que quedaba de la idea de un hogar para ellos se limitaba a una zona apenas mayor que el espacio que ocupaban sus cuerpos al tumbarse. Era donde guardaban las pocas pertenencias que aún apreciaban. Kassim observó a un esclavo que, mientras trabajaba en las minas, encontró un cristal translúcido incrustado en el suelo. Cada noche, cuando creía que sus compañeros dormían, sacaba el cristal de su escondite y lo admiraba a la luz del fuego con ternura en los ojos. Quizá creía que era una gema preciosa, capaz de renovar su vida cuando todo hubiera terminado, o quizá la belleza de la piedra le traía un buen recuerdo del pasado. Sin embargo, todos los esclavos sabían dónde guardaba su amado cristal y esconderlo no tenía sentido. Piedras como esa no eran raras y no tenían más valor que el que el hombre les daba. Así que le dejaron vivir su sueño sin molestarle.

— Cuando no tenemos nada, las cosas sin valor se convierten en tesoros. — Kassim pensó.

Algunos hombres crearon un juego para pasar el tiempo, una versión de un popular juego de cartas traído por los hombres capturados en Mavilazar. En lugar de cartas, había piedras prácticamente idénticas. En ellas se tallaban diseños que simbolizaban animales, de modo que los más poderosos vencían a los más débiles. En general, el toro era el animal imbatible y la rata siempre era derrotada en la mayoría de las barajas de piedra. En cuanto a los demás, la interpretación era bastante subjetiva, ya que no había ninguna norma que determinara qué animales debían estar en una baraja, ni la relación de fuerza entre ellos. Para algunos jugadores, el águila vencería sin duda a la serpiente, pero sería derrotada por un lobo. Para otros no, porque un lobo nunca cazaría a un águila, lo que hacía que las partidas acabaran a menudo en largas discusiones.

Generalmente, cuatro hombres se enfrentaban en partidas de este juego. Cada hombre sacaba cuatro piedras de una bolsa de tela, sin permitir que sus oponentes vieran de qué se trataba. Después, las piedras restantes se colocaban en el suelo para que todos pudieran ver qué animales estarían presentes y cuáles no. Los animales tallados en las cartas de piedra se revelaban de uno en uno, de modo que el animal más fuerte ganaba la ronda. El primero en ganar dos rondas se proclamaba campeón. Se trataba sobre todo de un juego de estrategia, ya que se podía ganar teniendo animales más débiles que los rivales, o perder utilizando animales más fuertes en los momentos equivocados. A Kassim nunca le interesó jugar con sus compañeros. Tal vez se debiera a que, en sus primeros días en la cueva, vio a dos hombres pelearse entre sí porque los resultados eran diferentes. En aquel momento, el ruido atrajo la atención de los Silenciosos y fueron severamente castigados.

Con el paso del tiempo, los juegos y las conversaciones se fueron apagando, quedando sólo los hombres durmiendo en el suelo bajo la luz de la ya debilitada hoguera, aunque Kassim seguía despierto. Cuando ya no se oía nada más, los gritos de Silas llegaron a sus oídos. Temiendo que fuera infructuoso permanecer allí tumbado sin poder conciliar el sueño, se levantó y caminó con cuidado entre los esclavos tendidos en el suelo hasta regresar a su lugar en la entrada de la cueva. Esta vez, no llevó sus ojos al cielo y ni siquiera pensó en el movimiento atípico de las estrellas. Sus ojos y toda su atención se centraron en el acantilado del que surgían los primeros muros de la gran torre. Su mente repitió los tristes momentos en que un hombre desaparecía convertido en cenizas.

Al salir el sol, llegaron los Silenciosos, llevando a los esclavos de vuelta a sus puestos. Kassim se dirigió a los hornos, donde se encontró con Silas. El gran hombre de barba y pelo rojo parecía distante, como si su alma no estuviera allí y sólo su cuerpo repitiera las acciones automáticamente. Empezaron por el primer horno que se había encendido el día anterior, ya que era el más frío de todos. Desmontaron la cúpula y apilaron las piedras a su lado una a una. Con la ayuda de picos, rompieron el cemento recién cocido que se había acumulado en el fondo. Era un material muy blando y quebradizo, que con ligeros golpes se convertía en polvo. El cemento se almacenaba fuera de la zanja en grandes sacos de tela, para que el viento no esparciera el fino polvo por el desierto. Inmediatamente, otros esclavos llevaban los pesados sacos cerca de la torre en construcción, donde se almacenaría. Más tarde, se mezclaría con arena y agua para formar el mortero que uniría las piedras y daría forma al sueño del mago.

Aunque las llamas hacía tiempo que se habían apagado, el aire frío de la noche no era suficiente para enfriar las estructuras. Para sacar las piedras del segundo horno, tuvieron que utilizar los trapos que llevaban puestos para protegerse las manos, ya que las piedras aún estaban muy calientes y había que transportarlas con cuidado. El cemento fresco, al manipularlo, levantaba un polvo caliente que se pegaba a la piel, y había que improvisar máscaras con telas para no respirarlo. Los pies de Kassim permanecieron todo el tiempo sumergidos en el polvo caliente, secándose hasta el punto de que se formaron grietas en las plantas y los talones.

— No, Silas, esta la haré solo. Ayuda a los demás a subir los sacos a la torre. — dijo Kassim a su colega, cuando llegó el momento de abrir el horno donde Simón había perecido.

Silas dio las gracias a su compañero con un tímido abrazo y se dirigió hacia la torre con un saco de cemento a la espalda. Kassim se apresuró a desmontar la cúpula de piedra lo más rápidamente posible. Los Silenciosos eran tan fuertes como estúpidos, les bastaba con ver que todos los hombres estaban trabajando. Sin embargo, si Ysnnar acudía a su inspección y veía que Silas no estaba llevando a cabo la tarea que se le había asignado, sin duda exigiría explicaciones

y ordenaría castigos. Con la ayuda de otro esclavo, apiló las piedras en el menor tiempo posible, dejando la zanja al descubierto. Con trapos protegiéndole la nariz y la boca, empuñó una pala y un pico mientras se sumergía en el polvo.

— Si alguna parte de Simon resistió las llamas, debo encontrarla. — Pensó

Cuando parecía que allí no había más que polvo, Kassim encontró el primero de los restos de su compañero. Un fragmento de su mandíbula que aún conservaba muchos dientes. Al final del día, después de vaciar toda la zanja, Kassim juntó todo lo que encontró en un pequeño cubo. El trozo de mandíbula, algunos fragmentos de huesos más grandes que no se habían quemado del todo y algunos dientes más. Guardó el cubo con él para que nadie lo recogiera por error hasta el regreso de Silas, a quien se lo entregaría.

Desnudo y cubierto de polvo de pies a cabeza, Kassim vio acercarse, más allá del horizonte, las carretas tiradas por los prisioneros. Por fin regresaban sus amigos. La noche sería más feliz.

— ¡Vamos, hombre! Sólo falta un poco más. — Dijo Kassim mientras arrastraba a Johann colina arriba.

Se había desmayado en cuanto los Silenciosos lo liberaron del carro, e Ysnnar, que tradicionalmente inspeccionaba los resultados de las expediciones a las minas, lo relevó de la tarea de descargar el material debido a su estado. Kassim, que ya había terminado su trabajo en los hornos, se adelantó para ayudarle a llegar a la cueva.

— No puedo más... Kassim... No puedo más. — Johann suspiró.

El viaje había hecho mella en su cuerpo. Tanto que no podía levantarse por sí mismo. Kassim podía ver las nuevas ronchas y quemaduras que mostraban el castigo que había recibido. Se preguntaba cuántas veces Johann había perdido sus fuerzas en medio del desierto, sin que Ysnnar pudiera evitarlo.

Finalmente llegaron a la cueva y se dirigieron directamente al lago, donde Johann se arrojó al agua y bebió profundamente. Después de refrescarse, fue llevado por Kassim a su lugar en la cueva, donde le esperaban la suavidad de las telas y el frescor de las piedras. Johann dormía tan profundamente que Kassim a veces pensaba que había muerto. Observando a su amigo en la cueva aún vacía, iluminada sólo por los últimos rayos del sol, Kassim se dio cuenta de cuánto le afectaba la esclavitud. El pelo y la barba de Johann eran largos y grises, su piel había perdido firmeza y las arrugas se habían acumulado en su rostro. El vientre prominente que había

resaltado sus tiempos de opulencia había dado paso ahora a una delgadez total. Johann era piel, huesos y sufrimiento.

Con la puesta de sol llegaron los esclavos y luego los Silenciosos trajeron las raciones. Kassim tomó su parte, pero no se la comió. Su estómago rugía y su cuerpo le pedía comida, pero Johann estaba inconsciente y no podía obtener su parte. Como era imposible discutir con los Silenciosos para conseguir más comida y cualquier intento sería terriblemente recompensado, decidió guardar su único trozo de pan para su debilitado amigo.

— Johann, despierta. — Dijo Kassim mientras sacudía al esclavo inconsciente. — Debes alimentarte.

— Tienes un aspecto horrible. — dijo Johann al abrir los ojos y ver a Kassim con gran parte de su cuerpo aún cubierto de polvo gris.

— Toma, come tu ración. Tienes poco tiempo para recuperarte.

— Col y calabaza... — Johann susurró

— ¿Qué has dicho?

— Había una taberna cerca de mi tienda y solía ir allí a cenar cuando trabajaba hasta tarde por la noche. Me comía el plato principal y sólo bebía cerveza. Cuatro veces por semana servían como entrante un horrendo estofado de col y calabaza. Siempre odié la col, sobre todo la que hacían. No podía distinguir si era dulce o salada y estaba tan crujiente que a menudo pensaba que seguía cruda. Era horrible, Kassim. Pero hoy estoy tan harta de esta comida insípida que podría comer cualquier cosa. Incluso he estado soñando con ese estofado. Haría cualquier cosa por comer col y calabaza. Cualquier cosa.

— Lo siento, Johann, pero es todo lo que tenemos. Hace tiempo que no veo más animales nocturnos en los alrededores. O nos evitan, o ya hemos devorado a todas las ratas, serpientes y lagartos de este desierto, como dijiste que ocurriría. Aun así, es importante que comas y te recuperes. Necesitas estar fuerte de nuevo mañana.

— Nadie saldrá vivo de este lugar. Lo sabes tan bien como yo. — se lamentó Johann con tristeza en los ojos.

Kassim deseaba tener una respuesta apropiada que dar. Una que tal vez pudiera ahuyentar las oscuras nubes del miedo del corazón de su querido amigo. Por desgracia, su mente era incapaz de concebir tal cosa, ya que él mismo se había estado ahogando en la amargura desde la muerte de Simon. Así que decidió no decir nada. Se limitó a acariciar la cabeza de Johann y se

alejó, en dirección a la meseta fuera de la cueva.

Se sorprendió al darse cuenta de que Emir ya le esperaba allí, sentado en el suelo con la mirada fija en la oscuridad del horizonte. Para él también había pasado el tiempo. Tenía el pelo y la barba muy rizados y espesos, ya que crecían más deprisa que los de los prisioneros de otras etnias. Esto hacía que le hirvieran los sesos bajo el sol del desierto. Durante sus descansos, Emir utilizaba un afilado trozo de piedra para deshacerse del exceso de pelo. Sin embargo, en los últimos tiempos, la dura rutina había vencido su voluntad, y las hebras enmarañadas le llegaban ahora a los hombros.

— Johann no tolerará otra incursión en las minas. — Dijo Emir cuando sintió que Kassim se acercaba. — En cuanto partimos, se desmayó y los malditos lo castigaron terriblemente. Durante todo el viaje, empujé el carro por Johann, pues él ya no tenía fuerzas. Creo que sería una buena idea pedirle ayuda a Ysnar. Tal vez él podría encontrar un papel más adecuado para él.

— No busques compasión en Ysnar, porque no la tiene. — dijo Kassim mientras se sentaba.

— Ya sé lo que pasó ayer en los hornos.

— No, no lo sabes. Al menos no lo sabes todo. — Kassim dijo. — Ysnar no me dejaría salvarlo.

— Las llamas consumieron todo el aire y permaneció allí durante mucho tiempo. Ya estaba muerto cuando...

— Incluso si ese fuera el caso, no nos permitiría ni siquiera intentarlo. Ni siquiera podríamos recuperar el cuerpo. Silas vio cómo el fuego devoraba a su hermano y lo único que hizo el arquitecto fue dejar de azotar al hombre que lloraba su pérdida. — dijo Kassim mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

— Lo siento mucho, amigo. Pero necesitamos al arquitecto ahora mismo. Johann no podrá resistir las minas y sólo Ysnar puede evitar que ocurra lo peor.

— Dijiste que sentiste pena por Ysnar una vez. Dijiste que él no sabía ser tan esclavo como nosotros. Hoy, veo que estabas equivocado, Ysnar sabe muy bien lo que es. El arquitecto, los Silenciadores y el propio Khalamôrdo son tres caras del mismo monstruo. El monstruo que ha tomado nuestras almas, Emir.

— Te equivocas Kassim, hay algo de bondad en el arquitecto, puedo sentirlo. El mago lo ha hechizado con sus promesas. Creo que un día se liberará.

— El mago. — Kassim pensó en voz alta. — Construiremos una torre de piedra, con nuestra carne y nuestros huesos, para ver volar a un hombre y ni siquiera saber por qué.

Un coro de voces zumbonas los interrumpió. Las voces de los prisioneros entonando un himno en honor del mago, rogando por sus gracias.

— Es el culto al mago. — Emir explicó. — Cada día, más hombres se convierten a esta religión. Creen que el mago es un heredero de los dioses, destinado a traer la salvación al mundo a través de esta torre.

— Pobres esos hombres. — Kassim dijo. — Tratan de justificar todo su sufrimiento divinizando a quienes los condenaron. Son como Ysnar, ¿no crees? En el fondo, quieren recibir las mismas comodidades y favores, eso es todo. Los cerdos también deben pensar que el granjero es una especie de dios, aunque sepan que algunos de ellos serán descuartizados por él de vez en cuando.

— Kassim, después de conocerte y de todas nuestras conversaciones bajo las estrellas, desarrollé el hábito de cuestionarme, porque tu sabiduría chocaba a menudo con mis certezas. Hoy tengo muchas menos certezas que cuando llegué aquí. — Emir dijo. — A menudo me pregunto si nos equivocamos en nuestras conclusiones. Tal vez Khalamôrdo no sea un mago tan malvado como pensábamos. Tal vez sus intenciones sean buenas. Estos hombres que lo adoran son tontos, no me cabe duda. Sin embargo, tal vez estemos haciendo algo bueno con nuestro trabajo.

— Emir, no puede haber virtud sin libertad. — Kassim dijo. — Tu bondad sólo será verdadera si puedes negarte a hacerla. El amor sólo es amor si eres libre de no amar. La caridad sólo tiene valor cuando no somos castigados por nuestro egoísmo. Al igual que Simón pereció sin aire, todo lo que es bello y bueno perecerá instantáneamente en ausencia de libertad.

Una vez más, las palabras de Kassim hicieron que Emir volviera a rememorar momentos en su mente. Momentos en los que obligaba a la gente a hacer lo que creía que era bueno, o quitaba a unos para dar a otros, bajo la amenaza de sus mazmorras, simplemente porque creía que era lo virtuoso. Inmediatamente se dio cuenta de que todo había sido un gran error. Una vez más, el joven era más sabio en su sencillez que todos los pomposos consejeros de la corte de Marenia.

— Comprendo. — Dijo Emir. — Aunque las intenciones del mago sean buenas, estamos obligados a participar en su plan y se nos niega el poder de abstenernos. El resultado será inevitablemente malo.

Capítulo VII

El desertor

Después de tantos años de dolor y sufrimiento en el desierto, sin consuelo ni recompensa, Kassim volvía por fin a casa. Planeaba caminar por el interior de las murallas de la gran ciudad, ya que era el camino más rápido hacia el sendero de las montañas. Sin embargo, un soldado vestido con las ropas del ejército de Larx le impidió atravesar las puertas.

— ¿Adónde crees que vas, forastero? — preguntó el soldado.

— Tengo intención de cruzar la ciudad hasta la puerta norte. — Kassim respondió

— ¿Tiene permiso? ¿Por qué necesitas entrar y salir tan rápido? ¿A qué reino pertenece? Déjame ver tus papeles.

— No tengo documentos, porque no pertenezco a nadie. Esta es la Ciudad de los Libres, no pueden cobrarme por esas cosas.

— ¿Dónde has estado los últimos años? — preguntó el soldado con desdén. — Hace mucho tiempo que esta ciudad no pertenece a "los libres". Ahora pertenece al imperio de Larx y a nuestro amado emperador. Los ciudadanos que viven aquí ahora deben lealtad y tributo. Ten cuidado con tus palabras. Por mucho menos, hombres han sido desollados en la plaza central.

La sorpresa y la tristeza llenaron el corazón de Kassim como nubes tormentosas llenan el cielo de verano. Lo peor había ocurrido y la libertad ya no reinaba en las montañas. Finalmente, Erick V usurpó para sí la gran ciudad, mientras ésta se recuperaba de la invasión del ejército de Khalamondo. Kassim comprendió que no le quedaba más remedio que buscar a su familia. Así que dio media vuelta, decidido a tomar otra ruta.

— ¡Espera, forastero! No te vayas todavía. — Dijo el soldado. — Hay una manera de entrar. Una más fácil, si sabes a lo que me refiero. Demuestra tu lealtad pagando un pequeño tributo al ejército de Su Majestad, una moneda es suficiente. Entonces te dejaré caminar por las calles.

Kassim rebuscó en sus bolsillos y encontró una moneda acuñada con el busto del emperador. Se la entregó al soldado, que inmediatamente la guardó y levantó su lanza, permitiéndole el paso.

— En nombre del emperador, bienvenido", dijo el soldado. Una sonrisa apareció en su

rostro. Su boca se arqueó como si unas manos invisibles la abrieran de oreja a oreja, enmarcando sus numerosos dientes.

Caminó por las calles de la gran ciudad sin reconocerla. Nada quedaba de la prosperidad que le había sorprendido el fatídico día de su captura. Las calles estaban cubiertas de barro y excrementos, los muros de los edificios se desmoronaban y el desorden era evidente. Los mendigos se amontonaban en las plazas, los niños desnudos y hambrientos yacían en la suciedad y las prostitutas se insinuaban a los soldados a plena luz del día. Entre tanta podredumbre, le llamó la atención un puesto lleno de manzanas. Kassim sintió que el estómago le gruñía de hambre tras la larga caminata. Inmediatamente quiso saborear la hermosa fruta.

— ¿Cuál es el precio de estas manzanas, señora? — preguntó a una anciana sentada junto a los frutos rojos.

— No lo sé, joven. Dígamelo usted. — Ella respondió.

— No te entiendo. ¿Quieres que te haga una oferta?

— Veo que eres forastero, porque no conoces nuestras leyes. — Dijo la anciana. — El emperador se ha encargado de fijar los precios de las cosas. Sólo él puede fijar los precios de los servicios y las mercancías. Si los soldados sospechan que comerciamos sin la autorización de Su Majestad, nos arrestarán.

— ¿Y cómo debo saborear entonces estas manzanas?

— Tiene que ir al ayuntamiento y obtener un documento de autorización comercial. Este documento contendrá una lista de productos y sus precios.

— Pero eso no tiene ningún sentido. — El dijo.

— Si las leyes tuvieran sentido, no habría que obligar a nadie a obedecerlas, ¿no cree?

— ¿Cómo puede Erick V conocer todos los productos que existen hasta el punto de enumerarlos? ¿Cómo puede predecir el deseo de la gente por cada cosa hasta el punto de valorarlos? ¿Cómo puede alguien beneficiarse así? — protestó Kassim.

— Baja la voz, muchacho, o tendremos problemas. — Advirtió la mujer. — Está claro que el emperador no conoce ni la centésima parte de los productos que existen, aunque lo que no ha enumerado no se puede vender ni comprar. Por cierto, mi señor, ¿qué hay en nuestras vidas que no sea un producto? Pocas cosas en este mundo no tienen un precio, ¿verdad? Parece que Su Majestad aborrece el lucro y sus medidas van encaminadas a evitarlo. Mira a tu alrededor. Las tiendas han cerrado, la gente ya no tiene nada por lo que trabajar. Toda la riqueza que nos queda

proviene de servir a los soldados y esperar su caridad. Obviamente, soy demasiado vieja para ofrecerles mi cuerpo como hacen esas chicas de allí, así que lo único que me queda es ofrecerles las manzanas de mi patio antes de que se pudran también.

— Le deseo suerte, señora. — Dijo mientras se daba la vuelta y continuaba su camino.

— Buen viaje, joven. — Dijo la anciana. En su rostro se formó una extraña sonrisa, similar a la que adornaba la cara del soldado en la entrada.

En su viaje, Kassim sólo vio pobreza y hambre en las calles de la que antaño había sido la ciudad más rica del mundo. Los ahora ciudadanos del imperio contrastaban su abatimiento con la ostentación de los militares de Larx, que vivían rodeados de lujos. Aprovechando el poder que les había otorgado Erick V, tomaban para sí las mejores casas, comían y bebían lo mejor entre las murallas y yacían con muchachas y jóvenes, sin pudor y en cualquier lugar.

— ¡Espera, forastero! ¿Adónde crees que vas? — Dijo otro soldado que custodiaba la puerta norte.

— Sólo quiero abrirme paso a través de las montañas, señor. — Kassim respondió.

— Necesito ver su documentación. — Dijo el soldado

— ¿Un hombre ya no es libre de salir de la ciudad?

— Nadie entra o sale de la ciudad sin autorización de Su Majestad Imperial o de Su Excelencia el Alcalde. ¿Tiene permiso para salir o no?

Sintiendo en las palabras del soldado la existencia de un deseo discreto, Kassim buscó en el fondo de sus bolsillos y encontró otra moneda.

— Tome, milord. — Dijo mientras entregaba el dinero en manos del soldado. — Esta es mi humilde contribución al ejército de Su Majestad.

— Alguien con tanta generosidad siempre puede pasar. — Dijo el soldado mientras levantaba su lanza. En su rostro apareció la misma sonrisa grotesca e inhumana vista antes — Vuelva cuando quiera, caballero.

Kassim entró en el sendero del bosque inmensamente triste al ver que la ciudad que sus antepasados habían ayudado a construir había quedado reducida a la miseria y la corrupción. Pero aún le entristeció más darse cuenta de que los hermosos bosques circundantes se habían convertido en lugares oscuros. A lo lejos, divisó a unos bandidos que organizaban una emboscada, dispuestos a despojar a los viajeros de sus pertenencias. Sin que se dieran cuenta, se

escabulló en el bosque y tomó un atajo. El bosque era ahora el hogar de lobos grandes y voraces que le persiguieron hasta las partes más altas, que no podían escalar.

Entonces sus ojos se fijaron en el paisaje devastado. Las verdes colinas estaban secas y amarillentas, la maleza se apoderaba de los cultivos y a lo lejos podía ver el humo que salía de las ruinas de las casas de sus antiguos vecinos. Un hombre desnudo y muy sucio, con barba y pelo largo, yacía en el suelo. Llevaba una botella vacía en la mano y parecía borracho. El hombre le resultaba familiar, pues le recordaba a sus compañeros esclavos de la torre del mago.

— Mi señor, ¿qué pasó aquí? ¿Qué ha devastado este lugar? — preguntó Kassim perturbado.

— El emperador confiscó nuestras tierras y nos convirtió en sus vasallos. — El mendigo replicó: "Ahora estamos obligados a pagar más de la mitad de nuestra producción como tributo a él y a sus ejércitos. Muchos han huido, y los que quedan apenas ganan para comer". — Levantó la botella y sonrió del mismo modo grotesco en que sonreía la gente que Kassim conoció en la ciudad. — Larga vida al emperador, que nos liberó de la anarquía y nos trajo su justicia.

Kassim corrió por los campos secos, intentando llegar a su casa lo antes posible, pues el cielo había sido tomado por las nubes negras de una tormenta que se acercaba. Vio los muros en ruinas de lo que una vez había sido su hogar. Entró con cuidado en las ruinas entre truenos. Vio a Alissa, sentada en una silla con un bebé en brazos. Un niño muerto, con gusanos devorando su carne y moscas revoloteando alrededor de su cabeza. El olor a carroña invadió sus fosas nasales y le revolvió el estómago.

— ¿Por qué nos abandonaste, Kassim? — repetía una y otra vez.

Extrañamente, muchos Silenciosos salieron de las sombras y se situaron junto a la mujer. Extendieron sus cadenas por el suelo, haciéndolas tintinear.

— Confié en ti, Kassim. ¿Por qué nos abandonaste? — preguntó ella.

Entonces todo a su alrededor ardió en llamas. Llamas que consumieron lo que quedaba de los amores de Kassim en aquel mundo.

El joven abrió los ojos. Su cuerpo estaba bañado en sudor, como si hubiera estado trabajando en medio del desierto. Sin embargo, aún era de noche y estaba tumbado en su lugar de descanso dentro de la cueva. Lo primero que vio al darse la vuelta fue un par de ojos muy verdes que brillaban en la oscuridad, observándole.

— ¡Emir! ¿Qué hace usted aquí? — preguntó Kassim al hombre sentado a su lado.

— No podía dormir. Oí gritos y acudí en su ayuda. Al acercarme, me di cuenta de que estaba teniendo una pesadilla. — Me respondió.

— ¿Por qué no me despertaste? Me habría ahorrado un momento terrible.

— Mi pueblo cree que las pesadillas ocurren cuando nos visitan los demonios de los sueños. Sería deshonesto privar a un hombre de la oportunidad de enfrentarse a ellos.

— Desde luego, ya no podré dormir. — Kassim dijo. — ¿Quieres que hablemos fuera? Así no molestaremos a los demás.

Salieron de la cueva y se sentaron en la meseta exterior, el lugar donde Kassim solía terminar sus veladas contemplando las incontables estrellas del infinito.

— Cuando vi cómo mataban a mi hijo y me convertía en esclava, pensé que los demonios de los sueños no volverían a atormentarme. — Dijo Emir. — Después de todo, ¿qué ilusiones podrían crear en mi mente que fueran más aterradoras que ver a mi hijo cortado por la mitad? ¿Qué situación podría ser peor que la vida que este lugar me ha dado en los últimos siete años? Y sin embargo, una y otra vez, sueño con Marenia. Veo a toda mi gente esclavizada por el mago, sufriendo los mismos castigos que yo. En este sueño, he sido olvidado y todo por lo que he vivido se ha perdido. ¿Qué soñaste, Kassim?

— Soñé que me había liberado de este lugar y regresaba a mi patria, pero sólo encontré miseria y corrupción.

— Veo que nuestros miedos son muy similares. Nos preocupa lo que dejamos atrás.

— Ahora se me ha ocurrido algo, Emir. Todo este tiempo te he estado hablando del pueblo libre, de nuestras costumbres y de cómo nos organizamos. Sin embargo, me has hablado muy poco de tu vida y de tu reino. Cuéntame un poco sobre tu vida en Marenia.

— Vivía en un palacio con muchas habitaciones, salones y otras estancias. — Los suelos estaban cubiertos de mármol azul y lámparas doradas con búhos iluminaban el interior. Mi pueblo me demostró su confianza y amor. Los marenianos apoyaban todas mis decisiones y bendecían mi nombre en cada rincón.

— ¿Cómo se llama tu reina?

— ¿Cuál de ellas? Tengo siete esposas.

— ¿Tienes siete esposas? ¿Cómo es posible?

— En mi país, un hombre puede tener tantas esposas como pueda satisfacer. Mientras estén de acuerdo en compartir al marido, no hay delito. Históricamente, un rey debe tener al menos tres esposas o se cuestionará su virilidad.

— Pero, ¿cómo te las arreglas para satisfacer a tantas mujeres? — preguntó Kassim, y luego se encogió ante la indiscreción de su pregunta.

— Es muy sencillo: con amistad, compañía, diálogo e incluso algunos regalos. No toda la satisfacción de la que hablo procede de la carne, mi joven amigo.

Kassim rió discreta y avergonzadamente, mientras Emir soltaba una risita, divertido por la modestia de su joven amigo. Durante un momento se quedaron mirando en la oscuridad de la noche, hasta que Emir rompió el silencio con una de sus difíciles preguntas.

— Kassim, el demonio que vino a perturbar tu sueño... se llama Johann, ¿me equivoco?

Kassim y Johann habían tenido antes una acalorada discusión. Tras el fracaso de su última incursión a la cantera, en la que casi había perdido la vida por agotamiento, Johann había sido trasladado por Ysnnar a trabajar en la torre, ayudando a los albañiles que estaban tejiendo los muros. Su trabajo consistía en servirles piedras, argamasa o cualquier otro insumo necesario, ahorrándoles tiempo y permitiéndoles concentrarse únicamente en dar a los muros las formas adecuadas. Al principio, este cambio fue beneficioso, ya que permitió a Johann recuperarse y dedicarse a una actividad mucho menos impactante para su cuerpo, que había envejecido prematuramente debido a los malos tratos. Los albañiles y sus ayudantes dormían todas las noches en su alojamiento en la cueva. También tenían libre acceso al agua que brotaba justo en medio del pozo de construcción.

La torre se erigía sobre un pozo que se había excavado para captar el agua del subsuelo antes de que se abriera paso hasta las cuevas. Un dispositivo formado por cuerdas y poleas ayudaba a los esclavos a sacar a la superficie grandes cantidades de agua para utilizarla en la fabricación del mortero que mantenía unidas las piedras. El preciado líquido se añadía a una mezcla de cemento y arena del desierto, en proporciones predefinidas por Ysnnar. El resultado era una masa verdosa y uniforme que se secaba en unos instantes y volvía a convertirse en piedra, conservando para siempre la forma que se le había dado. Por eso los esclavos hacían esta mezcla varias veces al día en pequeñas cantidades, para no malgastar recursos. Los temibles Silenciosos vigilaban el trabajo muy de cerca, castigando inmediatamente a los esclavos más lentos o a los que desperdiciaban algo de cualquier manera.

A medida que se construían los muros, se podía tener una idea clara de la grandeza prevista

para la gran torre, aunque su gigantesca estructura era demasiado simple. Los muros de piedra se elevaban desde los cimientos excavados en el borde del abismo y se iban estrechando poco a poco a medida que el edificio ganaba altura. Los primeros muros eran muy gruesos y sostenían una escalera exterior que ascendía en espiral. En el interior de la torre crecía un vano circular lleno de escaleras, andamios y plataformas.

El flujo de materiales y esclavos que se desplazaban por la estructura aumentaba a medida que avanzaban las obras y, para evitar que los esclavos que subían cargados de materiales chocaran con los que bajaban, Ysnnar estableció una norma que todos debían cumplir.³ El laberinto vertical formado por innumerables plataformas de madera, cuerdas y *polipastos* debía utilizarse exclusivamente para subir, mientras que la escalera exterior debía utilizarse para bajar. También había puntos previstos por el arquitecto, a los que llamaba pisos. En estos lugares, túneles arqueados conectaban el vano interior con la escalera principal, haciéndose más cortos en los puntos más altos. En el momento en que Kassim y Emir hablaban, la torre ya tenía cuatro pisos y faltaban muchos más.

El cambio de trabajo había sido beneficioso para Johann al principio, ya que había obtenido el privilegio de descansar todas las noches al calor de la cueva y la posibilidad de beber agua a lo largo del día, aunque fuera a escondidas. Sin embargo, el reto de servir a los obreros llevándoles provisiones y preparando el mortero se hacía cada vez más grande y pesado a medida que la torre se elevaba del suelo. El cansancio constante combinado con la creciente desesperanza consumían a Johann, que se enfadaba con facilidad y por cualquier motivo. Esa misma tarde se había peleado con sus compañeros, había invadido el culto de los magos y había ofendido a todos los presentes. Kassim trató de contenerlo. Después de todo, pocas cosas pueden ser más peligrosas para un esclavo que crearse enemigos entre los que comparten su cautiverio. El hombre alterado dirigió su furia contra su amigo, que trató de calmarlo.

— Johann se ha puesto enfermo. — Kassim dijo. — Perdió la fe en algún lugar de este desierto. Para él, no nos espera otro destino que la muerte. Me temo que tiene razón cuando dice que nunca volveré con mi familia, después de todo, han pasado seis años. ¿Cómo puedo creer que Alissa aún me espera? ¿Cómo puedo esperar que mi hija siga viva?

— Te equivocas, amigo mío, porque no creo que las cosas hayan sucedido en ese orden. — Emir dijo. — Johann no se enfermó y perdió su fe. Perdió su fe, por eso cayó enfermo. Un hombre que no espera un mañana mejor, en cierto modo, ya está muerto. Debes cultivar en tu corazón la certeza de que volverás a ver a tu familia, de que tu hija está bien y sana y de que tu tierra sigue siendo libre. Estas certezas te darán la fuerza para seguir adelante cuando todo lo demás falle. Creo que volveré a Marenia y reanudaré mi reinado. Entonces haré cambios basados

en todo lo que he aprendido aquí.

— Nunca te he oído hablar así. ¿Cuáles serían esos cambios?

— Que desde el día de mi regreso, todos los marenianos busquen su propia felicidad sin interferencias de la corona. Que puedan liberarse de las ataduras de la ciudadanía, si así lo desean, sin sufrir ningún castigo. Que mi pueblo esté formado sólo por personas que deseen libremente pertenecer a él.

— Pero, ¿no podrían tales medidas debilitarle a los ojos de sus enemigos?

— Antes temía este efecto, pero hoy ya no. Si me equivoco y la caída de mi reinado surge de estas acciones, que así sea. Después de todo, es lo correcto.

Durante unos instantes guardaron silencio y Kassim aprovechó para observar el cielo nocturno. Las ventanas de los dioses le intrigaban como nunca. A lo largo de los años, se habían acercado cada vez más a la gran estrella roja y sus colores habían cambiado. Kassim predijo que, si este movimiento continuaba, en unos años se reunirían en un solo punto, formando una enorme estrella con un brillo muy intenso. Este movimiento nunca se había registrado y, a ojos de Kassim, era obviamente sobrenatural. No cabía duda de que Khalamôrdo y su torre de piedra habían influido en este fenómeno.

— Tiempo... Llevo aquí seis años. — Kassim dijo. — Cuando me dirigí a los adoradores del mago para pedirles que perdonaran a Johann por sus ofensas, un hombre dijo que había oído decir a Ysnar que Khalamôrdo recompensaría a los esclavos que resistieran hasta el final del trabajo. Estos supervivientes recibirán oro y piedras preciosas en proporción al tiempo que le hayan servido. Mirando las estrellas ahora mismo y reflexionando sobre todo lo que he perdido a lo largo de los años, esto suena como la más vacía de todas las promesas. Ni todas las joyas de este mundo tienen el poder de borrar la soledad que sintió Alissa cuando no volví con la medicina de nuestra hija. No puede devolverme las noches que soñé con Stella consumiéndose. Ninguna riqueza puede compensar todo el dolor que he sentido ni toda la desgracia que he vivido. Ningún dinero puede devolverme los años que no pude vivir ni los momentos de amor que me perdí.

— El tiempo es la mayor de las riquezas, joven amigo, porque es la única que no se puede recuperar. — Dijo Emir. — El oro y las posesiones pueden recuperarse, e incluso la salud puede restablecerse, sujeto a ciertos límites, por supuesto. Pero el tiempo nos es arrebatado cruelmente, poco a poco. El tiempo que perdemos nunca nos será devuelto. Lo que me consuela es que todo ese tiempo no se ha perdido del todo, al menos para mí. Aquí hice dos buenos amigos. Uno de

ellos me ha enriquecido con su gran sabiduría.

Kassim sonrió al oír las palabras de Emir, porque nunca se había visto así.

— Su amistad también es un activo para mí, Emir. — El dijo.

Unos gritos procedentes de las partes bajas del acantilado interrumpieron la conversación. Los amigos podían ver puntos brillantes que parecían antorchas, pero no entendían qué pasaba.

— ¿Qué es eso? — preguntó Kassim.

— Estoy seguro de haber oído los gritos de un hombre. — Emir respondió.

Los gritos de dolor se intensificaron, atrayendo la atención de los demás esclavos, que salieron al exterior para intentar comprender la causa del sufrimiento de la pobre criatura. No vieron más que luces en el horizonte. Pronto las luces se apagaron, pero los gritos siguieron perturbando a los prisioneros hasta el amanecer.

Los Silenciosos vinieron a encadenar a los esclavos como todas las mañanas, pero no los llevaron a las minas, los hornos o las trituradoras. Todas las filas de prisioneros fueron llevadas a la parte central más baja de la Media Luna de Laird, donde la torre se alzaba en lo alto. Allí había un hombre de pelo negro, largo y muy liso, desnudo y encadenado a un tronco por los antebrazos, las piernas y los pies. Tenía las manos levantadas por encima de la cabeza y las piernas atadas. Los eslabones de las cadenas penetraban en su piel hasta tocar su carne en horribles quemaduras. Ahora todos comprendían el origen de los gritos de gran dolor que se oyeron durante toda la noche. Cuando el hombre levantó la cara para mirar a los prisioneros que contemplaban su tormento, Kassim reconoció los rasgos tras la fina barba. Era el mismo hombre que en el pasado había escondido afilados trozos de piedra de la trituradora.

— He aquí al desertor. — Ysnar proclamó a los prisioneros. — Hermanos, ayer en las minas de hierro, algunos hombres intentaron traicionarnos a todos nosotros, servidores del gran hechicero en su santa causa. Estos indignos hombres actuaron como meros bandidos furtivos, atacando a los guardias con armas y herramientas talladas en piedra. Su malvada intención no era sólo escapar, sabían muy bien que nadie puede sobrevivir solo en el desierto. Su verdadera intención era incitar a la rebelión entre vosotros y desatar así su venganza contra nuestro amado maestro.

Se oían murmullos de incredulidad entre las filas. "Blasfemia", "Traidor infiel" gritaban los adoradores del mago.

— Afortunadamente, sus rústicas armas y picos no fueron rival para nuestros campeones, que sofocaron rápidamente la rebelión". — Ysnnar continuó. — Todos los traidores encontraron allí mismo su destrucción inmediata. El propio Khalamôrdo decidió, en su incomparable sabiduría, que este hombre, el líder de los rebeldes, debía ser perdonado. El gran mago ordenó que languideciera bajo el calor del sol y el frío de la noche, sin agua ni comida, hasta que el desierto lo consumiera. Que su sufrimiento deleite a los que creen y atemorice a los que odian al maestro. Cualquiera que intente aliviar el sufrimiento del desertor, o que intente hablar con él, compartirá su destino. Ahora volved al trabajo, hermanos. Recordad las bendiciones que recibiréis cuando la torre esté terminada.

Cuando terminó el discurso, los Silenciosos condujeron a las filas de esclavos a sus puestos. Kassim presenció cómo los hombres celebraban la captura y destrucción de los infieles que habían planeado dañar a Khalamôrdo. El mago que los había capturado y que desde entonces había ido destruyendo poco a poco su humanidad, ahora era adorado por ellos. Afortunadamente, la mayoría de los prisioneros lamentaron lo ocurrido y el desprecio por los adoradores del mago creció entre ellos.

Kassim iba a los hornos, ya que se había convertido en hornero tras la muerte de Simon. Silas le ayudaba siempre que podía. A medida que el trabajo avanzaba, surgió la necesidad de nuevas herramientas, lo que obligó a Silas a volver a la forja para fabricar mazos, hachas y cinceles. Así que Ysnnar designó esclavos para ayudar a Kassim a fabricar el cemento todos los días. Aunque tenía una capacidad de adaptación única, Kassim se degradó mucho por trabajar tanto durante tanto tiempo. Vivía con quemaduras en la piel por la exposición al intenso calor, le salían llagas en los pies y las manos porque estaban constantemente sumergidos en el cemento caliente y a veces le costaba respirar. Sin embargo, las llamas ya no le asustaban como al principio y lanzar la pesada mezcla de sólidos hasta la abertura superior de los hornos ya no le incapacitaba los brazos. Kassim siempre sentía escalofríos cuando entraba en las cúpulas de piedra para encender las primeras llamas. Para evitar correr la misma suerte que Simón, Kassim atrapaba una gran cantidad de aire en sus pulmones a la primera señal de ignición y abandonaba el interior del horno tan rápido como podía.

Los terribles gritos procedentes del hombre encadenado perturbaban a los prisioneros. Al principio, los gritos eran súplicas de clemencia, pero a medida que avanzaba el día se fueron encolerizando. "Cobardes", gritaban.

Por fin llegó la noche. Extrañamente, todos los esclavos compartían la impresión de que el día había durado más que cualquier otro. La comida, antes insípida, parecía amarga en sus bocas, mientras la terrible sinfonía de gritos se oía durante toda la comida y más allá. El pobre hombre,

abandonado al frío glacial, gritó hasta el amanecer. Suplicaba ayuda, maldecía a Ysnar y al mago, acusaba a los prisioneros de complicidad en el crimen que estaba sufriendo.

Llegó un nuevo día, acompañado de gruñidos que resonaban por todo el desierto, desgarrando los corazones de los hombres que asistían impotentes al dolor del hombre que se había atrevido a luchar por su alma. Los peores sentimientos provenían de las ahora incesantes acusaciones.

— ¡Cobardes! ¡Criminales! Al permanecer en silencio, se han convertido en cómplices. Luché por vosotros. Ustedes me abandonaron. Mi sangre correrá por vuestras manos. ¡Animales! ¡Sólo sois ganado para el mago!

Más tarde, cuando el sol se puso y la noche se instaló, sorprendentemente, el clamor se hizo aún más fuerte, oyéndose incluso desde los confines del desierto. En un oasis no muy lejano, en el interior de una acogedora tienda, a alguien le molestaba lo que estaba oyendo. Los gritos llegaron a oídos del mago, obligándole a replantearse uno de sus planes. Después de todo, las dolorosas pruebas del desierto habían hecho a este hombre lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a la tortura, a la fuerza del sol y al frío de la noche durante más tiempo del esperado. ¿Y si en lugar de sembrar el miedo y evitar revueltas, estaba creando un mártir y esparciendo aún más la semilla de nuevas rebeliones? No es que los esclavos sublevados supusieran un peligro para él. Los hombres hambrientos, cansados y desarmados serían para un elefante una amenaza similar a los mosquitos. Sin embargo, las revueltas podían suponer graves retrasos en su agenda y Khalamôrdo también conocía la naturaleza irrecuperable del tiempo. Así que se dio cuenta de que utilizar el sufrimiento de aquel hombre como herramienta de control era, en cierto modo, un error. Inmediatamente, supo qué hacer para corregir su error.

Las nubes cubrían el cielo matinal, algo muy raro de ver en el desierto. En siete años, Kassim había visto el cielo volverse gris muy pocas veces, culminando en lluvia sólo en tres ocasiones. Normalmente, tal capricho de la naturaleza sería visto por los esclavos como una bendición de los dioses, que se apiadaban del sufrimiento de estos hombres bloqueando el sol y haciendo que el aire fuera más fresco. Si las pesadas nubes les traían lluvia, la bendición sería completa. El agua que caía del cielo calmaba su sed, refrescaba su piel y sacaba a los pequeños animales de sus madrigueras y los llevaba a sus estómagos. Sin embargo, aquella mañana, nada de esto parecía poder traer esperanza ni alegría. Ni siquiera una bendición divina podía reconfortar los corazones de quienes habían pasado la noche oyendo gritos de espanto y revuelta desde el fondo del abismo. ¿Cómo podía el desertor tener aún fuerzas para esparcir su odio a los

vientos?

Los Silenciosos vinieron a recoger las filas de esclavos encadenados, llevándolos de vuelta al principio de la llanura, en el centro del acantilado. Los dispusieron en filas paralelas, de modo que incluso el esclavo más distante pudiera contemplar el castigo del hombre que se atrevía a rebelarse. Kassim estaba justo detrás de Johann, y Emir a su lado en otra fila. Todos permanecían encadenados y obligados a permanecer de pie y en silencio.

Ysnnar también estaba allí, junto al desertor y de cara a los esclavos, pero esta vez no empezó a hablar. Permaneció en silencio, tan quieto como todos los demás, disimulando una inusual incomodidad en su rostro. El arquitecto siempre parecía relajado, mantenía la cabeza alta y sonreía cínicamente. En aquel momento, algo le asustó ciertamente, aunque trató de disimular sus escalofríos. Permanecieron allí mucho tiempo, hasta que ocurrió algo insólito. Algo cuyo recuerdo haría estremecerse durante años incluso al más intrépido.

A lo lejos, en el horizonte, apareció un punto negro informe que fue cambiando gradualmente.⁴ Había cuatro Silenciosos guiando una *litera* de madera fina con detalles tallados y cortinas de seda púrpura. Cuando se acercaron, Ysnnar se arrodilló de inmediato.

Los Silenciosos bajaron con cuidado la litera, apoyando suavemente su base en el suelo. Un hombre de larga barba blanca salió por las cortinas abiertas. Vestía una larga y brillante capa negra. Un sombrero igualmente negro, de anchas alas y copa puntiaguda, le protegía la cabeza. Se quitó la capa y el sombrero y se los entregó a los Silenciosos. Su cabeza era calva en la parte superior, con largos mechones blancos en la nuca y a los lados. Vestía una elegante túnica púrpura, con detalles negros en la parte inferior y los puños. Tenía las uñas largas pintadas de negro y varios anillos adornaban sus dedos. Sus ojos eran tan azules como el cielo del mediodía. Su piel pálida y arrugada delataba su avanzada edad.

— ¡Maestro! — Ysnnar suspiró cuando el hechicero se le acercó y le tendió la mano. El arquitecto le besó la mano, pero no se levantó. Su miedo le impedía mirar directamente a su maestro.

— ¡Khalamôrdo! — susurró Johann.

Uno a uno, los esclavos se inclinaron ante el temido mago del desierto que por fin se presentaba ante ellos. Los primeros en arrodillarse fueron sus devotos. Hombres que sonreían, lloraban y se regocijaban en presencia del ser divino al que habían elegido como dios. A continuación, los demás prisioneros también se inclinaron, temerosos de ser identificados como subversivos y sufrir su ira.

— ¡No hay sol en la sombra del mago! — susurró Emir a Kassim, observando que en el suelo se proyectaba una sombra bien definida que reproducía la silueta de Khalamôrdo al caminar.

Kassim miró su propia sombra en el suelo pedregoso. Era difusa e inconstante, fruto de la suave luz que atravesaba las nubes del pesado cielo. Misteriosamente, la sombra de Khalamôrdo era firme y oscura, como si el poderoso sol del verano la iluminara directamente. Algo tan sobrenatural como el movimiento equivocado de las estrellas estaba teniendo lugar allí.

El mago se dirigió hacia el hombre encadenado, mirándolo con odio en el rostro. "¡Piedad!" susurraron las voces anónimas de quienes presagiaban lo que estaba a punto de suceder.

— ¡Libertad! — Gritó el desertor en su miserable agonía final.

No podía prever que, ante su valentía, Khalamôrdo se sorprendería lo suficiente como para volver a cambiar de plan. El mago estaba ahora decidido a causar al desertor el mayor sufrimiento posible, evitando así que semejante insolencia se extendiera entre sus esclavos.

El mago se detuvo a cinco metros del condenado, extendió las manos hacia él y pronunció palabras incomprensibles. Su sombra se movió independientemente del cuerpo que la proyectaba, extendiéndose contra cualquier fuente de luz hacia el hombre que, aterrorizado, gruñó como un animal. De la sombra surgió el cuerpo de un hombre hecho de oscuridad, sin ojos ni boca, sólo las sombras más profundas le daban forma. El ser oscuro forzó su mano contra el pecho desprotegido del prisionero, penetrando lentamente en su cuerpo. Un dolor atroz abrumó al desertor, que se mantenía consciente gracias al poder de un hechizo vengativo. Khalamôrdo deseó estar vivo y completamente despierto, mientras el demonio de las sombras tanteaba sus entrañas. Sintió el dolor indescriptible de tener el corazón envuelto por la gélida garra sobrenatural. Sintió el estallido de cada vena y tejido cuando la criatura arrancó de su cuerpo el órgano que aún latía. Sus gritos sólo cesaron cuando la sangre dejó de fluir por sus venas. Respiró, pero fue incapaz de aliviar la asfixia. El frío absoluto se apoderó de todo su cuerpo, a pesar de encontrarse en el calor del desierto. Temblaba y se retorcía, como quien acaba de sumergirse en un lago helado por el peor de los inviernos. Quería gritar, pero no podía. Quería llorar, pero tenía los ojos secos. Vio su propio corazón palpitante flotando en manos inmateriales y la sangre brotando abundantemente del agujero de su pecho. Poco a poco, su desesperación fue desapareciendo. Para él, el mundo se convirtió en una oscuridad total. Sus ojos permanecieron abiertos y el horror en su rostro permanecería hasta que su carne fuera consumida por el tiempo. El ser oscuro regresó junto a su amo sosteniendo el premio que el mago le había ordenado buscar. Luego se sumergió en la sombra del mago, dejando que su corazón cayera al suelo. La

sombra volvió a su lugar, obedeciendo de nuevo los movimientos de su amo, oscura y definida, como en un día soleado.

— ¡Todos me pertenecéis! — proclamó el mago a los prisioneros. — Vuestros cuerpos son míos, ¡vuestras voluntades son mías! No volváis a desafiar mi poder, porque sólo os queda una elección. Levantar la torre de piedra que me elevará a los cielos o sufrir el mismo dolor que sufrió este hombre.

Khalemôrdo regresó a su transporte. Se puso lentamente la capa y el sombrero antes de entrar.

— Ysnnar. — Dijo el mago. — El cuerpo debe permanecer donde está, hasta que sólo queden huesos. El desertor cumplirá el destino al que lo condené. Estoy seguro de que esta vez guardará silencio.

Las cortinas se cerraron y los Silenciosos levantaron con cuidado la litera. Inmediatamente emprendieron el camino de vuelta al oasis, donde el mago regresaría a la comodidad de sus aposentos. Durante el resto del día, el silencio reinó en la desolación.

El viento frío dispersó las nubes, lo que permitió a Kassim intentar borrar el horror de su mente con su tradicional contemplación del cielo nocturno. En el interior de la cueva no había juegos, historias del pasado ni conversaciones ruidosas. Sólo hombres desprovistos de espíritu, tratando infructuosamente de dormir. Hombres a los que se les extirparon las esperanzas del alma cuando le arrancaron el corazón al desertor. Incluso los adoradores del mago estaban confusos y guardaban silencio. Ni cantos ni adoración en honor de la terrible deidad que se había materializado ante ellos por la mañana. A pesar de todos los castigos, la violencia sufrida y los horrores presenciados, todos los adoradores seguían creyendo que, al final, el mundo traído por Khalemôrdo bastaría para darles la razón. Estas certezas se habían ido junto con el espíritu del hombre cruelmente asesinado. Confundidos, los adoradores del mago se preguntaban: "¿Qué paraíso bastaría para dar sentido a tanto sufrimiento? "

Kassim y Johann se sentaron en su lugar habitual cada noche después de recibir sus raciones. Estaban comiendo en silencio cuando Emir se les unió. Por alguna razón, parecía más agitado que sus compañeros. Tenía los ojos enrojecidos y la cara húmeda, como si acabara de derramar lágrimas.

— Hay una vieja leyenda en mi país sobre una bruja que vivía en los bosques. — dijo de repente Emir. — Según los ancianos, hizo un pacto con espíritus malignos para mantenerse joven

y bella. A cambio, estas entidades le exigían sacrificios. Entonces los campesinos acudieron al rey suplicando ayuda porque se llevaban a sus hijos por la noche y desaparecían. El rey ordenó a sus mejores guerreros que viajaran al bosque y trajeran la cabeza de la bruja. Días después, los valientes regresaron aterrorizados, afirmando que la mujer poseía un espejo oscuro capaz de reflejar a las personas de forma corrupta. Todos tenemos un lado iluminado y virtuoso, capaz de la bondad y la belleza. Pero también tenemos un lado oscuro y vil, capaz de terribles atrocidades. Somos el resultado del choque constante entre estos dos seres que habitan en nuestro interior. Cuando alguien miraba su propio reflejo en el espejo maldito de la bruja, sólo veía su yo malvado. Esta visión desequilibrada traía la locura a los guerreros. Así que el rey decidió adentrarse él mismo en el bosque para destruir a la bruja con su espada sagrada. Durante la batalla, ella le mostró el espejo, pero el rey no se paralizó al ver su oscuro reflejo. Había meditado toda su vida, llegando a conocerse tan bien que su imagen corrupta no le sorprendió. Destruyó a la bruja y entregó su cabeza a los aldeanos.

— Es una gran historia, Emir. — dijo Johann con abatimiento. — ¿Por qué no nos la contaste antes? Hemos tenido tantas noches aburridas a lo largo de los años, que este cuento de aventuras nos habría entretenido enormemente.

— Es un cuento infantil, utilizado por los ancianos para enseñar a los niños la importancia del autoconocimiento. — Emir respondió. — Ninguno de los hechos de este cuento es cierto. Quizá por eso acabé olvidándolo. Los acontecimientos de hoy me lo han recordado...

— Creo entender la similitud entre Khamôrdo y la bruja del bosque. Ambos son seres crueles que utilizan sangre inocente para sostener sus vanidades. — Kassim dijo.

— Sí, es verdad. — respondió Emir. — Sin embargo, no fue ésa la razón que me trajo a la mente semejante relato. ¿Recuerdas cuando me hablaste de cómo se aplica la justicia a los malhechores en tu ciudad?

— Sí, lo recuerdo. — Kassim dijo. — No te tomaste muy bien la existencia de tribunales independientes y en aquel momento estabas bastante asombrado.

— Confieso que a día de hoy no lo entiendo del todo. — Emir respondió. — Sin embargo, permíteme que te cuente cómo se aplica la justicia a los malhechores en Marenia. Los delitos menos graves, como el robo, se castigan con el encarcelamiento en mazmorras oscuras y frías. Lugares que podrían hacer que esta cueva pareciera un palacio. El asesinato y la violación se castigan con latigazos y la horca, de forma similar a lo que ocurre en otros reinos. Sin embargo, hay un tipo de delito que se considera aún más grave.

— ¿Qué puede haber más grave que el sufrimiento de un inocente? — preguntó Johann.

— Traición. — replicó Emir. — Los traidores a la corona reciben el mayor de los castigos. Una vez, una banda de malhechores fue capturada en una provincia. Más tarde se descubrió que eran soldados que habían abandonado sus puestos, planeando huir a un reino enemigo.

— ¡Desertores! — exclamó Kassim.

— Así es como los llamamos. — Emir continuó. — El juez provincial los condenó por traición en cuanto conoció su historia y los envió a mis calabozos para que fueran sentenciados. Un día soleado, se montó un estrado y se invitó a todo el pueblo a asistir. Cuando llegué, encontré a aquellos hombres llorando y suplicando mi perdón. Leí la sentencia y pronuncié un breve discurso. Palabras vacías para la multitud que no significaban nada para mí. Desenvainé mi espada mientras los verdugos ataban al primero de ellos, doblándole el cuello. — Emir empezó a llorar. — Como dicta la tradición, lo decapité de un solo golpe. Recuerdo la sangre brotando, el sonido de la cabeza rodando sobre la madera y el cuerpo dando espasmos en el suelo hasta quedar completamente paralizado. Luego vino otra y otra y... a la décima, mi espada no consiguió cortar el cuello del condenado de un solo golpe y se le clavó en la nuca mientras intentaba respirar. Un verdugo terminó el trabajo y me dio otra espada, aún más afilada, para que pudiera matar a otro hombre a continuación. En una tarde ejecuté a más de veinte hombres. Recuerdo especialmente al último. Todos gritaban y pedían perdón. Todos decían tener mujeres e hijos y juraban lealtad a la corona mientras pedían clemencia. No fue el último. Permaneció serio y en silencio todo el tiempo, inclinándose sin ayuda de los verdugos, entregándose al sacrificio. Vacilé ante esto, pero no había otro camino. La multitud, los verdugos, mis generales, el honor de la corona... todo y todos lo pedían... no había lugar para el perdón. Hoy, al contemplar el horrendo espectáculo montado por el mago, me he visto a mí mismo. En ese momento, Khalamôrdo era mi propio reflejo en el espejo oscuro, mi crueldad y mi vanidad. Tal visión me trae la locura.

— ¿Esta visión te vuelve loco? Vamos, hombre, ya estás loco. — Johann gritó mientras se levantaba. — Estoy cansado de esta conversación. ¿Así que eres el rey de una tierra lejana de la que nadie ha oído hablar? Ni uno solo de los miles de esclavos capturados en todos los rincones del mundo conoce este lugar que te has inventado. Basta de crear historias para aliviar tu corazón. ¡Es hora de afrontar la verdad, hombre! No eres un rey, no eres especial, nadie vendrá a rescatarte. Sólo eres otro... Sólo otro.

Con pasos rápidos y agresivos, Johann se abrió paso hacia el interior de la cueva entre las miradas curiosas de los hombres que no entendían los gritos.

— Perdónalo, Emir. Cualquier fe que le quedara a Johann se perdió hoy. Por favor, no le guardes rencor. — Kassim dijo

— Desde luego que no. Después de todo, hay verdad en tus palabras, al menos en parte. No soy especial. Solía creer que la corona sobre mi cabeza me hacía merecedor de privilegios y poderes. Creía que era digno de interferir en el destino de mis súbditos e imponer mi visión en sus vidas. Hoy me doy cuenta de que eso nunca fue cierto y mis lágrimas reflejan mi arrepentimiento. No soy tan especial, Kassim. Nadie lo es.

Capítulo VIII

Los buitres y el búho

Kassim y Emir ayudaron a Johann a arrastrarse hasta la cueva al final de otro día. Se apoyó en los brazos de sus compañeros mientras intentaba inútilmente dar unos pasos con extrema dificultad. No le quedaba grasa en todo el cuerpo, las costillas le sobresalían bajo la piel, las piernas eran muy delgadas y carecía de carne incluso para proteger los huesos. Un cuerpo tan frágil que podía ser levantado sin ninguna dificultad, tal era la degradación impuesta por años de encarcelamiento y esclavitud. Sin embargo, sus compañeros también sufrían hambre, sed y agotamiento, y sus fuerzas eran demasiado limitadas para atreverse a hacerlo.

Nueve años en el desierto habían envejecido a Kassim tanto como veinte años envejecerían a un hombre en condiciones normales. Su barba le llegaba hasta la mitad del vientre y los mechones dorados de su pelo se le enredaban en la espalda. Su piel estaba llena de quemaduras y grietas causadas por la constante exposición al sol. Emir también sufría las mismas dolencias. Hacía tiempo que había perdido la voluntad y la paciencia para recortarse el pelo encrespado, y vivía con mechones enmarañados cada vez más largos en la cabeza y la cara. Andaban completamente desnudos, como el resto de los esclavos, porque la aridez del desierto había consumido por completo su pudor.

— Kassim, ¡mira! — exclamó Emir, señalando a los pájaros que volaban por encima. Un pájaro de plumas marrones y forma peculiar revoloteaba bajo los buitres al atardecer.

— ¿Qué ves? — preguntó Kassim, agotado y confuso. Emir no respondió nada.

Finalmente, llegaron a la cueva, donde alojaron a su amigo moribundo. Esta escena se había repetido durante muchos días. La torre alcanzaba una gran altura, lo que obligaba a Johann a trabajar en puntos muy elevados. Se pasaba el día trepando por los numerosos andamios y plataformas que llenaban el vano central, siempre cargado con materiales muy pesados. Por lo general, quedaba exhausto antes del mediodía, y bajaba el ritmo para aguantar la noche. Un día, los Silenciosos descubrieron su estrategia, castigándole severamente y obligándole a trabajar aún más deprisa. Desde entonces, Johann ha llegado al final de su viaje sin fuerzas para caminar.

Más tarde esa noche, Kassim y Emir ayudaron a Johann a ponerse de pie una vez más para que pudiera reclamar su parte de las raciones de los Silenciosos. También compartieron su comida con él, con la esperanza de que más comida le diera fuerzas extra para el día siguiente. Después de asegurarse de que Johann estaba dormido y de que se había hecho todo lo posible

para ayudarlo, Kassim salió de la cueva, donde le esperaba Emir.

— Hoy, mientras traíamos aquí a Johann, he visto un búho entre los buitres. — Emir explicó.

— Había otro pájaro en el aire, es cierto, pero estaba muy lejos. ¿Cómo podías saber que era un búho?

— Conozco bien a estos animales. Los búhos son el símbolo de mi país, mis tropas los han entrenado durante mucho tiempo para diversos fines. Ese pájaro se parece mucho a los búhos típicos de Marenia.

— No te hagas ilusiones, Emir. Ciertamente es un animal callejero, eso es todo.

— En todos estos años, ¿cuántos pájaros has visto volar por los cielos de este lugar maldito? Incluso los buitres que hoy revolotean sobre nuestras cabezas sólo se acercaron después de que el cuerpo del desertor empezara a pudrirse. ¿Por qué vendría aquí un búho?

— No lo sé. Tal vez por la misma razón que traje a los buitres. — respondió Kassim. — Además, tenemos un problema más tangible para ocupar nuestros pensamientos.

— Johann. No sé qué más hacer para ayudarlo, porque nuestros esfuerzos han sido inútiles. Tal vez no hay nada más que hacer.

— Persistiré, Emir. Llevaré a Johann a través del desierto todos los días y le daré todas mis raciones si es necesario.

— ¿Pero hasta cuándo, Kassim? ¿Hasta cuándo soportaremos el cansancio y el hambre? No pretendo abandonarlo de ninguna manera, pero temo que si Johann no se recupera, pronto sucumbiremos nosotros también.

— Nunca te creyó. De hecho, Johann te ridiculizó muchas veces. No tienes que hacer eso. Esta no es tu pelea.

— Me enseñaste que las virtudes sólo prosperan en libertad, ¿no? Tengo la intención de utilizar lo que queda de mi libre albedrío y ayudar a Johann en todo lo que pueda. Elegí perdonar a Johann, Kassim. — dijo Emir, sonriendo. Kassim estrechó la mano de su amigo, vigorosamente y con emoción.

— No creo que tengamos que aguantar todo esto por mucho más tiempo. ¡Mirad! — dijo Kassim, señalando al cielo—. — Las ventanas de los dioses se acercan rápidamente a la estrella roja. En pocas noches serán un único punto de luz.

— ¿Qué puede significar esto para nosotros aquí en la Tierra? ¿En qué nos ayudará?

— La unión de estas estrellas será algo completamente nuevo. No tengo ni idea de lo que puede significar ni de las consecuencias que puede acarrear, pero estoy seguro de que el mago lo sabe y de que su plan depende en cierto modo de ello. Pronto la torre estará lista, elevándose hacia las estrellas. Entonces todo habrá terminado. Ya sea a través de la muerte o de la liberación. Los días de esclavitud han llegado a su fin.

El arquitecto repasaba sus cálculos en su acogedora tienda. Sobre una mesa de madera brillante, un candelabro reluciente sostenía seis velas que proporcionaban luz suficiente para leer. Sobre la mesa, una jarra de cobre mantenía fresca una gran cantidad de agua. La misma cantidad de agua que recibían tres esclavos a lo largo del día se tiraba a menudo por la mañana porque no se había consumido durante la noche. A la izquierda, una bandeja llena de fruta para devorar en breves momentos de distracción. Normalmente, Ysnnar hacía pocas pausas cuando revisaba sus notas. Sin embargo, esa noche en particular, un nuevo incentivo lo ayudó a concentrar su mente en los numerosos dibujos y cálculos estructurales.

Ysnnar sabía que su trabajo estaba llegando a su fin y que su maestro pronto le pediría un informe detallado. Por eso se dedicaba a estudiar sus notas todas las noches, tratando de estar listo para la próxima audiencia. El arquitecto veía a Khalamôrdo como un maestro bueno y justo. Cuando se le presentaban buenos resultados, el mago mostraba su satisfacción ordenando que le llevaran jarras de vino a su tienda. Cuando estaba insatisfecho, mostraba su frustración con palabras duras, pero nunca reprendía al hombre con el que compartía su visión. En su vasta experiencia, Ysnnar ya había tenido varios maestros, entre ellos nobles y reyes para los que había construido verdaderas maravillas. El mago resultó ser el maestro más grande y poderoso al que dedicó sus conocimientos.

Eligió un melocotón de entre las frutas para llevárselo a la cama, habiendo decidido que sus estudios eran suficientes. Muchas fantasías agitaban sus pensamientos, impidiéndole conciliar el sueño. Para el arquitecto, la gran torre lo era todo. Mucho antes de la llegada de los primeros esclavos, Ysnnar ya se había dedicado a hacer realidad el sueño de su amo. Buscó personalmente la ubicación ideal, con un acceso razonable a los recursos y lo suficientemente alejada de los intereses de monarcas y hechiceros. Su pueblo había temido durante mucho tiempo el gran desierto porque creían que era el hogar de espíritus malévolos. Espectros que no permitirían sobrevivir a ningún hombre que se atreviera a explorarlo. Una región tan inhóspita y distante que nunca había sido reclamada por ninguno de los reinos circundantes, lo que evitaría

cualquier percance. Antes, Ysnnar había temido al desierto, pero bajo la protección del gran Khalamôrdo, no había nada que temer.

Como vasallo del mago, Ysnnar fue testigo de absurdas demostraciones de poder, hasta el punto de que empezó a creer en la divinidad de su amo y llegó a adorarlo y temerle. Tenía fe en la bondad de las intenciones del mago, aunque era incapaz de comprender sus medios y desconocía la mayoría de sus fines. Todo lo que sabía se lo había dicho su maestro. Las mismas palabras que repetía a los jornaleros casi todos los días.

"Cuando llegue el momento, Khalamôrdo utilizará la torre para tocar las estrellas y absorber su poder. Entonces el mago sagrado esparcirá sus bendiciones por el mundo".

Aunque la forma en que esto sucedería nunca fue una de sus preocupaciones. Al fin y al cabo, sólo era un arquitecto. Su oficio era lo tangible, los materiales y los números. No sabía nada de la intangibilidad de la magia, los dioses o los demonios.

Sus ojos se cerraron lentamente y su mente se perdió en un mar de ideas inconexas. En sus sueños, Ysnnar regresó a su tierra natal, armado con las recompensas que le habían prometido. Su descanso duró poco. Con los ojos aún cerrados, sintió un profundo escalofrío, como si su cuerpo percibiera a un enemigo sigiloso. En cuanto abrió los ojos, vio a dos Silenciosos a los pies de su cama, y se asustó mucho. Enseguida comprendió el motivo de su inesperada visita a tan altas horas de la noche. Khalamôrdo quería verle.

Se levantó y se vistió adecuadamente. Se puso una de sus túnicas más pesadas para protegerse del frío y se colocó entre los Silenciosos que le escoltarían en el viaje. Su semblante era tranquilo, pero su corazón estaba temeroso. Intentó organizar sus conocimientos con la esperanza de predecir el deseo del mago, pero en el fondo sabía que era un esfuerzo inútil. Después de todo, nunca antes se había producido una llamada como aquella. Algo serio estaba en marcha.

Khalamôrdo siempre fue partidario del aislamiento, ya que dedicaba todo su tiempo al estudio de las artes ocultas y se enfadaba ante cualquier interrupción. Por eso ordenó que instalaran su tienda en un lugar remoto del oasis. No es que fuera una caminata difícil o que llevara mucho tiempo. Sin embargo, para Ysnnar, esos momentos parecían una eternidad. Su miedo crecía a cada paso, aunque su semblante sereno y su cabeza erguida demostraban lo contrario.

Llegaron a la entrada de la tienda de tela blanca, donde Ysnnar entró sola. Muchos libros estaban organizados en estantes laterales. Había una mesa grande, cubierta de objetos extraños en

el centro, como cristales, calaveras que servían de candelabros, estatuillas antiguas e incienso encendido. En el suelo, un círculo encerraba caracteres ilegibles, todos dibujados con pigmento rojo y bordeados por velas. El arquitecto cruzó el espacio con mucho cuidado, pues la mera idea de tocar o pisar algo le daba escalofríos. Unos pasos más adelante, vio otra abertura en la tienda. Un balcón donde el mago estaba sentado tranquilamente en una silla plateada. Frente a él había un telescopio dorado montado sobre un trípode de metal, a través del cual el mago observaba el cielo nocturno y sus numerosas estrellas.

— ¿En qué puedo servirlo, mi amo? — dijo Ysnnar mientras se inclinaba.

— Ysnnar, mi fiel amigo. Creo que tienes algo que decirme. — Dijo el mago. Tenía los ojos pegados al tubo ocular del telescopio. Sus largas y puntiagudas uñas negras golpeaban con impaciencia el metal del trípode.

El arquitecto abrió los ojos, sorprendido. "¿He hecho algo mal?" pensó. Luego recordó que sabía lo que tenía que decir. Al fin y al cabo, se había preparado durante mucho tiempo para este momento.

— Maestro, me complace informarle de que el proyecto pronto estará terminado. Pronto, la torre estará completamente erigida, como usted ordenó, y sólo quedará el montaje del altar en la parte superior. A partir de ahora, la estructura se irá estrechando aún más, reduciendo gradualmente la necesidad de materiales y mano de obra. Preveo que pronto tendremos un excedente de mano de obra, ya que necesitaremos menos hombres en las minas y la forma de la estructura permitirá que menos albañiles se sostengan arriba. Quizá sea el momento de empezar a liberarlos, como habíamos planeado en un principio.

— Ningún hombre abandonará mis dominios antes de que se complete el ritual. — Dijo enérgicamente el mago.

— Como desee, maestro. — Ysnnar accedió, temeroso. En su irritación, el hechicero estaba yendo en contra de la promesa que él mismo había hecho años atrás. Sin embargo, el arquitecto no creyó conveniente recordárselo.

— Algo sucedió en el firmamento, Ysnnar. Algo que no pude predecir. De algún modo, los acontecimientos cósmicos se han acelerado, y sólo podemos acompañarlos con nuestras acciones. — Dijo el mago con calma. Quitó el ojo del telescopio y se recostó en su silla. — La torre debería estar terminada en cuarenta días.

— Pero, maestro, ¡eso es imposible! — exclamó sorprendido Ysnnar.

— Mi voluntad nunca debe ser cuestionada. Ni siquiera por ti, Ysnnar.

— Perdóneme maestro, no pretendía cuestionarle. Sin embargo, le pido respetuosamente que reconsidere su orden. Los hombres se acumularán en las plataformas y en lo alto de la torre. Los hornos y las minas trabajarán por encima de su capacidad. Puedo asegurarle que tendremos muchas bajas.

— Si es así, creo que el hacinamiento ya no será un problema para nosotros. Ordenaré a los soldados que intensifiquen sus castigos. Así, sacaremos el máximo partido de mis hombres. Que trabajen desde antes del amanecer hasta mucho después del anochecer. Mi torre se levantará por completo, con el altar colocado en su cima, en cuarenta días. No hay otra manera. Bajo ninguna circunstancia aceptaré otro resultado. Ahora ve y descansa, amigo mío. Pronto llegará nuestra recompensa.

— Sí, mi amo. — Dijo el arquitecto mientras se iba.

Esa noche, Ysnnar no pudo dormir. Su mente estaba ocupada en encontrar la forma de cumplir la orden que había recibido, sacrificando el menor número posible de esclavos, pero la mañana llegó sin que concibiera una sola idea. Muchos ya habían muerto en ese momento y, para completar el trabajo en el tiempo impuesto por Khalamôrdo, tendrían que morir muchos más.

El estridente sonido de las cadenas resonó en las paredes de la cueva, despertando a todos. Los Silenciosos habían llegado mucho antes de que los primeros rayos de sol aparecieran en el horizonte, con una violencia sin precedentes. Las cadenas incandescentes golpeaban los cuerpos de los que aún no se habían despertado, obligando a los asustados esclavos a organizarse en filas a toda prisa. Kassim y Emir fueron hacia Johann, con la esperanza de ayudar al enfermo antes de que fuera castigado por no levantarse. Los tres permanecieron en la misma fila mientras esperaban a ser conducidos al mismo lugar de trabajo.

Las filas fueron conducidas a paso ligero a las partes más altas del acantilado, donde se dividieron, siguiendo las instrucciones de Ysnnar. Algunos fueron llevados a las minas, otros a los hornos, pero la fila en la que se encontraban fue conducida directamente a la torre. Kassim y Emir ayudaban a Johann a subir a los andamios y plataformas del vano interior cuando los primeros rayos de luz aparecieron en el horizonte. Johann llevaba un cubo de agua, Kassim cargaba arena sobre los hombros y Emir equilibraba unas cuantas piedras. El interior de la torre era oscuro, incluso de día, y requería mucha atención y paciencia para subir. Los Silenciosos vigilaban cada piso, listos para castigar a cualquiera que osara aminorar la marcha por cualquier motivo.

Kassim llegó a la cima, donde los albañiles estaban levantando un nuevo suelo apilando piedras y uniéndolas con mortero. Incluso a ellos se les estaba obligando a trabajar más deprisa, bajo amenaza de castigo por parte de los diversos Silenciosos que los supervisaban de cerca. Evidentemente, Johann no sería capaz de soportar semejante esfuerzo durante todo el día.

— Johann, quédate arriba y ayuda a este hombre a preparar el mortero. — ordenó Kassim, viendo a uno de los albañiles trabajando solo.

— Kassim, si me quedo aquí seré castigado todo el día. — Dijo Johann al darse cuenta de que los Silenciosos se acercaban.

— Tus piernas no aguantarán subir y bajar a este ritmo. Será mejor que te quedes aquí. — Kassim dijo.

— No te preocupes, no dejaremos que te quedes sin material. Los Silenciosos no te molestarán. — dijo Emir, tranquilizando a su amigo.

Con un movimiento de cabeza, Johann se despidió de sus compañeros, que bajaron inmediatamente las escaleras exteriores junto con una multitud de esclavos apresurados. En el suelo, llenaron sus cubos de cemento, arena y agua y recogieron piedras. Luego subían por el interior de la torre, haciendo equilibrios en tortuosos caminos verticales, y entregaban los materiales a Johann, que preparaba el mortero para servirlo al albañil. Este ciclo se repetía innumerables veces a lo largo del día.

"Subir siempre por dentro y bajar siempre por fuera" era la regla impuesta a los prisioneros para evitar accidentes causados por el gran flujo de hombres y materiales. Sin embargo, nada pudo evitar que se produjeran víctimas mortales en medio del caos provocado por la velocidad irreflexiva.

— Kassim, ¡cuidado! — gritó Emir al ver que una piedra se acercaba desde el punto más alto, descendiendo a toda velocidad por el vacío del interior de la torre. La advertencia hizo que Kassim se pusiera a cubierto en la plataforma inmediatamente superior. Un esclavo que bajaba no tuvo la misma agilidad y fue golpeado en la cabeza. La sangre caliente se derramó por el aire mientras el cuerpo sin vida caía al suelo. Kassim observó cómo algunos de los prisioneros se lamentaban de lo sucedido e intentaban apartar el cuerpo, pero fueron reprendidos por las cadenas incandescentes para que lo dejaran allí y continuaran con su trabajo. El cuerpo sin vida fue pisoteado por todos durante todo el día.

El calor se apoderó de Kassim. No había bebido ni un sorbo de agua desde que salió de la cueva. Le dolían las piernas y le ardían los brazos. Colgaba de las plataformas con mucho peso.

No podía parar ni un momento, pero tenía que ignorar el dolor y seguir adelante. El sudor le hacía resbalar las manos. Muchas veces pensó que iba a unirse al pobre cadáver del suelo.

Alcanzó de nuevo la cima y, al cruzar el arco de piedra que daba acceso al exterior, sus ojos contemplaron una escena insólita. Emir, que había estado guiando el camino durante todo el día, miraba fijamente a un búho posado en una de las rocas de la cima. El animal, de plumas marrones y grandes ojos amarillos, parecía no temer a los numerosos hombres que querían devorarlo, a diferencia de los pocos animales que vivían en la zona.

— Diles que estoy aquí. — dijo Emir al pájaro, clavando sus ojos en los de él. Inmediatamente, el búho echó a volar, desapareciendo en el árido paisaje. Emir entregó los materiales que llevaba a Johann, que ya parecía agotado. Volvió sus ojos verdes hacia Kassim y sonrió.

— Vamos, amigo, no podemos parar. — Dijo.

— El búho. Te escuchó. Parecía entender cada palabra que decías. — dijo Kassim, sorprendido.

— Todo terminará pronto. Ahora, volvamos al trabajo o seremos castigados.

Habían pasado varios días desde la intensificación de los trabajos y los castigos. Los esclavos estaban cansados y débiles. Ni siquiera las noches de observación de las estrellas y las largas conversaciones entre Kassim y Emir podían soportar el intenso desgaste de sus cuerpos. Todos los hombres intentaban dormir y recuperarse lo más posible en cuanto recibían sus raciones, porque se daban cuenta de que sus vidas dependían de ello. En los últimos días, Kassim ha visto morir a más hombres que en todos los nueve años que ha vivido allí y había rumores de más muertes en las minas. Al parecer, un accidente había matado a Fergus, entre otros hombres, dejando las actividades de extracción de rocas sin comandante. Muchos prisioneros se despertaban al amanecer para beber tanta agua como sus estómagos pudieran contener, porque no recibirían ni un sorbo durante el día y serían azotados si mendigaban. Con cada nueva mañana, los esclavos tenían la impresión de que sus verdugos llegaban antes y de que su descanso se hacía más corto.

— Kassim... Emir... déjame aquí. — suplicó Johann mientras era despertado por sus amigos. El intenso ritmo y el castigo constante le impedían recuperarse. Apenas podía mantenerse en pie.

— ¡Vamos, hombre! Nuestro tormento está a punto de terminar. Aguanta. — Dijo Emir.

— Emir, eres un buen hombre. Eres mucho mejor hombre que yo, de hecho. — Te he tratado con sarcasmo y desprecio muchas veces. ¿Puedes perdonarme? Sé que se acerca mi fin y no quiero irme sin tu perdón.

— Estás perdonado. Ahora, ¡levántate! — replicó Emir.

— Estoy enfermo y débil, ya no tengo fuerzas para trabajar. No malgastes tu energía en mí. Que vengan los Silenciosos y acaben conmigo. — dijo Johann con voz débil e inestable.

— Pronto estarán aquí para torturar a cualquiera que ya no esté en pie. — Kassim dijo. — Emir, ayúdame.

Levantaron a Johann y le dieron agua y algo de comida. También le ayudaron a ponerse en la cola que se había formado incluso antes de que llegaran los Silenciosos. Johann caminó con gran dificultad y se cayó varias veces por el camino. Emir y Kassim intercambiaron miradas preocupadas mientras se acercaban a la gran torre. Los cuerpos de los esclavos que no habían resistido la creciente severidad de su martirio estaban esparcidos por el suelo, donde estaban siendo devorados por los buitres. Temían que sus esfuerzos no fueran suficientes para evitar que Johann se uniera a los caídos.

Le quitaron las cadenas de las muñecas. Emir y Kassim agarraron a Johann y se apresuraron a subir por el laberinto vertical. Encontrar un lugar entre los ayudantes de los albañiles era crucial para su convaleciente amigo, un requisito indispensable para su supervivencia. Kassim sintió que le faltaba el aire cuando llegó arriba, aunque sus esfuerzos se vieron recompensados. Consiguieron colocar a Johann junto a un gran cajón de madera donde habitualmente se preparaba el mortero. Asistiría a un albañil conocido que estaba dispuesto a ayudar.

— Gracias, hermanos míos. Siempre os recordaré. — dijo Johann, sonriendo.

Se mantenía erguido, apoyando su peso en una pala, como quien apoya una muleta. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Kassim al oír aquellas palabras. El comerciante de éxito de la Ciudad de los Libres, que le había inspirado valor y resistencia, hacía tiempo que había desaparecido. En su lugar había un hombre de rostro arrugado, piel quemada por el sol, pelo gris y barba poblada. Un cuerpo tan enfermo que apenas podía contener el espíritu desesperanzado que lo habitaba. Johann estaba a punto de sucumbir.

— Vamos, Kassim, los Silenciosos llegarán pronto. — Dijo Emir, sacudiendo a su compañero por los hombros.

Descendieron por la escalera exterior hacia los materiales amontonados en la base. Desde

detrás del parapeto, Kassim se asombró del terrible espectáculo. Apenas había salido el sol, pero el humo procedente de los hornos ya ennegrecía el paisaje. Alrededor de la torre se amontonaban montones de piedras, mientras hombres tan pequeños como hormigas transportaban arena de las dunas lejanas en cubos colocados sobre sus hombros. Los cuerpos humanos eran inmóviles y numerosos puntos esparcidos por el suelo, para festín de los buitres, ahora desinhibidos. Incluso en las alturas, podía oler el olor a muerte que arrastraba el frío viento de la mañana.

— ¿Cómo puede ser esto cierto? ¿Por qué ocurre semejante desgracia? — Kassim buscó respuestas.

— No es momento para preguntas, hermano. Debemos traer materiales para que Johann pueda trabajar, o lo perderemos. — Emir nos recordó.

Comenzó la carrera desesperada escaleras abajo, donde la multitud de esclavos desnudos aumentaba a cada piso que bajaban. Sus pies descalzos intentaban agarrarse a las piedras lisas, cubiertas de las heces y la orina de los hombres a los que se prohibía dejar de trabajar por cualquier motivo. Llegaron al suelo mucho más cansados que de costumbre. Sus delgados cuerpos se volvían más y más frágiles con cada nuevo día, lo que les obligaba a ignorar su dolor y sus limitaciones.

Kassim llenó un cubo de cemento y otro de arena, mientras Emir buscaba agua. Se encontraron de nuevo dentro de la torre. A toda prisa, hacían equilibrios sobre las plataformas y las escaleras que se balanceaban y eran irregulares. Emir había ahorrado fuerzas y tomó la delantera. Kassim le seguía de cerca, empapado en sudor y agarrado a la estructura como podía.

Una vez más, llegaron a la cima, jadeantes, pero aún dispuestos a evitarle a Johann lo que sería un final doloroso. Sin embargo, la triste imagen del hombre que yacía inconsciente en el suelo dejó claro que ya era demasiado tarde para ayudarlo.

— ¡Johann! ¡Levántate! — gritó Emir al hombre con los ojos entrecerrados.

Un fuerte crujido resonó en el aire, haciendo que Emir se retorciera en el suelo. Un Silencioso, que lo observaba todo, azotó sin piedad la espalda de Emir con sus cadenas ardientes, haciendo que de la piel quemada saliera humo blanco. Con Emir muy dolorido en el suelo, la criatura volcó toda su malicia sobre el moribundo. Lo levantó del suelo con una de sus heladas manos aferrándole el cuello. Johann trató inútilmente de liberarse, forzando los puños contra el estrangulamiento que sufría y agitando los pies en el aire. Sus fuerzas menguaban a medida que los fríos dedos de la criatura le impedían respirar.

— ¡Al menos déjale morir en paz! — ordenó Emir al sobrio ser, que se quedó paralizado

por un momento ante la insolencia del insignificante esclavo.

Con su fuerza sobrehumana, el Silencioso arrojó el cuerpo de Johann por el horizonte hacia el abismo, haciéndole caer por el vacío hasta la llanura más baja. Siguieron interminables momentos de silencio, hasta que la horrenda mezcla de sonidos provino del cuerpo golpeando el suelo y los frágiles huesos rompiéndose.

Kassim observaba todo con impotente agonía, al igual que los demás hombres que le rodeaban. Ya no podía contener sus emociones y lloraba la pérdida de su amigo, a quien debía su supervivencia en muchos sentidos. Incapaz de cualquier compasión, el ser sin rostro levantó el brazo, manteniendo el dedo apuntando hacia la escalera. Un gesto que todos fueron capaces de comprender.

"Vuelve al trabajo".

Kassim lloraba lágrimas de inconmensurable tristeza, mientras Emir intentaba apresurarlo y consolarlo al mismo tiempo. Los Silenciosos se amontonaban en el suelo, vigilando a los hombres para evitar que aminoraran sus esfuerzos. Emir temía que castigaran a Kassim por su melancolía. La quemadura de su espalda seguía ardiendo, animándole a acelerar sus pasos por las sucias escaleras. Cuando llegó a la base de la gran torre, Kassim se apartó de la multitud y cayó de rodillas entre lágrimas desesperadas.

— ¡Levántate, Kassim! — Ordenó Emir. — Los Silenciosos llegarán pronto.

— No podemos dejárselo a los buitres. Le dije que no permitiría que pasara algo así.

— No tenemos elección. O seguimos trabajando, o nos unimos a él.

Kassim se secó las lágrimas del rostro con los brazos y se puso de pie. Vio a Ysnar un poco más adelante. El arquitecto vestía una túnica blanca y llevaba un pañuelo sobre el rostro para protegerse de los olores que emanaban de los cadáveres. Entonces, una idea audaz vino a la mente del joven esclavo. Una forma de dar a su gran amigo un entierro mínimamente digno.

— ¡Maestro Ysnar! — gritó Kassim mientras corría hacia el pomposo arquitecto. La idea que pasó por su confusa cabeza le dio fuerzas para dejar atrás a Emir. Inmediatamente se inclinó en señal de reverencia, despertando las sospechas de los Silenciosos que escoltaban al protegido del mago.

— No te acerques más, hueles terrible. — Ordenó Ysnar.

— ¡Maestro Ysnnar! El olor de los muertos en descomposición atrae a los buitres que infestan este lugar. Semejante espectáculo nos perturba y nos hace trabajar con miedo de ser los siguientes. Permítanos tomar uno de los carros para llevar los cuerpos de nuestros compañeros a las dunas. Allí podremos enterrarlos en la arena. Esto aliviará nuestros corazones y eliminará el olor que os molesta.

Ysnnar miró a los buitres que revoloteaban alrededor de la torre, esperando la carne fresca de la próxima matanza. Recordó que, al final de la jornada, se vería obligado a caminar entre cadáveres y excrementos, porque tenía que inspeccionar el trabajo para instruir a los albañiles al día siguiente.

— Sí, creo que es una buena idea. Adelante. Tal vez eso nos traiga algo de alivio. Pero lleva los cuerpos a las dunas más lejos, al oeste del acantilado. De esa forma, el viento no podrá traer el hedor hasta aquí. Vosotros. — Dijo a uno de los Silenciosos. — Ve con ellos y vigílalos.

— Gracias, maestro. — Kassim me dio las gracias mientras se iba.

— ¿Qué está haciendo Kassim? ¿Te has vuelto loco? Hay demasiados cuerpos para que sólo dos hombres los carguen. — Emir gritó.

— Es la única manera de darle sepultura. — Kassim explicó. — No veré cómo se pudre bajo tierra.

— Las dunas cubrirán los cuerpos durante unos días, quizá semanas. Después, el viento volverá a sacarlos a la superficie. Nuestros esfuerzos serán en vano.

— Pero no estaré allí para verlo. — Kassim respondió llorando. — ¿No lo entiendes? Salvar a Johann era nuestra motivación. Ahora que se ha ido, ¿cuánto más podemos soportar? Pronto será mi turno de pudrirme, lo sé. Me alivia saber que alguien se llevará mi cuerpo a las dunas cuando llegue mi hora.

Emir guardó silencio ante la emoción de su amigo. Bajaron a la zona baja, donde solían dejar los carros vacíos. Durante el resto de la mañana recogieron cadáveres de los alrededores, siempre acompañados por el ser sombrío al que habían ordenado vigilarlos. Algunos estaban ya en avanzado estado de descomposición, con insectos alimentándose de su carne. A muchos les faltaban la lengua, los ojos y algunas vísceras, ya que eran las partes preferidas de los buitres. A excepción del esqueleto del desertor, que nadie se atrevió a tocar, recogieron todos los cadáveres. Con gran dificultad, descubrieron que sólo podían llevarse algo menos de dos docenas de cuerpos a la vez, lo que les obligaba a hacer al menos tres viajes a las dunas.

En su primer viaje, encontraron una zona de arena más firme. En este punto, el suelo era

más compacto, lo que les hizo pensar que, si se cavaba allí, la tumba estaría mejor protegida de los vientos. Tal vez allí los esclavos caídos podrían descansar en paz, sin riesgo de salir a la superficie con el movimiento de las dunas. Emir y Kassim cavaron una gran fosa común, donde depositaron suavemente los restos de sus compañeros. Johann fue enterrado aparte por ellos. Su cráneo se había abierto en la caída, haciendo que sus sesos se mezclaran con la arena. Los huesos fracturados atravesaban la carne de sus piernas y brazos. La tumba individual y poco profunda era el único honor que podían conceder a su querido amigo. Después regresaron a la torre en busca de más cadáveres que enterrar.

La tarde ya tocaba a su fin cuando llevaron el último lote de muertos a la lejana tumba en las dunas. Como había predicho Ysnar, el viento que anunciaba el final del día se encargó de disipar los olores lejos de la torre. Emir y Kassim estaban sacando los últimos cadáveres del interior del carro cuando un pájaro de plumas marrones y grandes ojos amarillos se posó sobre la madera, posándose cómodamente sobre las manchas de sangre. Emir sabía de corazón que era el mismo búho que le había visitado en lo alto de la torre hacía unos días. "¿Has venido a traerme esperanza?", se preguntó.

Los compañeros se quedaron atónitos e inmóviles ante el hermoso animal. Esta parálisis despertó la furia del Silencioso destinado a vigilarlos. Levantó su cadena, que inmediatamente se encendió, mostrando el intenso calor con el que golpearía a los insolentes esclavos. Se oyó un zumbido agudo, presagio de la larga flecha que penetró en el hueco de la capucha del monstruo, justo entre sus pequeños cuernos. La misteriosa criatura se agachó y se retorció, intentando quitarse con las manos la flecha clavada en la cabeza. Un silbido procedente de las dunas más profundas hizo que el búho despegara por la arena en dirección a la puesta de sol.

— Vinieron a rescatarme. ¡Corre, Kassim! — ordenó Emir al hombre, paralizado por las imágenes que veía. Emir tiró de su compañero por los brazos, obligándole a seguirle hacia las dunas.

Lanzaron sus cuerpos por la arena siguiendo el vuelo del pájaro rojizo. Corrieron hasta el final de sus fuerzas sin alcanzar la supuesta ayuda y luego miraron hacia atrás. Vieron que a lo lejos el Silencioso ya se había recuperado del ataque sufrido y les seguía velozmente. Las cadenas brillaban al arrastrarse por el suelo, esmaltando la arena que tocaban. La horrenda criatura flotaba sin dejar rastro, como un espejismo que los persiguiera. Corrieron deprisa, aunque la arena blanda se tragaba sus pies descalzos a cada paso. Por sus vidas, ignoraron el dolor de sus cuerpos y el ardor de sus pulmones, aunque el Silencioso flotaba aún más rápido, cada vez más cerca.

La persecución abandonó las dunas y alcanzó arenas menos escarpadas, donde perdieron de vista al búho. El pavor inundó sus almas cuando se dieron cuenta de que era inútil seguir corriendo hacia la inmensidad del desierto. Sin las irregularidades de las dunas para frenarlo, el monstruo que los perseguía era capaz de alcanzar grandes velocidades, mientras que ellos ya no tenían fuerzas para continuar.

— Emir, ¿qué vamos a hacer? — preguntó Kassim desesperado.

Ya no corrían, porque no sabían adónde ir. Pronto fueron alcanzados por la criatura, que se detuvo sospechosamente a veinte pasos de su presa. Al no ver más que a dos frágiles esclavos perdidos en el desierto, se dispuso a cumplir su propósito de exterminio. Fue entonces cuando unos guerreros emergieron de la arena donde habían estado escondidos, esperando el momento oportuno para tender una emboscada a su poderoso enemigo. Vestían uniformes amarillentos que se confundían con el entorno, turbantes y máscaras de tela en el rostro para protegerse de los granos esparcidos por el aire. Blandían largos sables y afiladas lanzas.

— ¡Proteged a nuestro rey! — Gritó su líder cuando comenzó el ataque.

Un guerrero distante disparó sus flechas en vano, ya que el enemigo, consciente ahora del peligro, esquivó y se defendió de las flechas con facilidad. Los enmascarados intentaron golpearle con sus sables, pero las cadenas ardientes eran capaces de destruir el acero de las armas con un solo toque. Para el Silencioso, la batalla estaba ganada. Aunque estaba siendo atacado por guerreros valientes y experimentados, sus fuerzas sobrenaturales eran muy superiores. Aniquilar a sus enemigos sólo sería cuestión de tiempo. Así que se concentró en cumplir su verdadero objetivo y hacer honor a las órdenes que había recibido de su amo: eliminar a cualquier esclavo que intentara escapar.

— Su Majestad debe huir. — Dijo el líder de los guerreros mientras se quitaba la máscara. Tenía una barba fina, la piel bronceada y los ojos marrones.

— ¡Baruk! — Exclamó Emir al reconocer al fiel capitán de la guardia real.

El Silencioso lo observaba todo mientras se defendía de los numerosos ataques de sus enemigos. Al darse cuenta de que los esclavos intentaban aprovechar la lucha para distanciarse, comprendió que destruir a los fugitivos debía ser su máxima prioridad. Entre los enemigos que lo rodeaban, divisó a un joven que blandía un sable aún intacto y afilado. Lanzó sus cadenas, envolviéndolas alrededor de la muñeca del pobre muchacho. Las cadenas se calentaron, quemando la carne y los huesos del soldado. Con un fuerte tirón, su mano fue arrancada del brazo, llevándose consigo el arma puntiaguda que viajó por el aire, golpeando la espalda de

Emir. El cuerpo del rey fue atravesado a la altura del pecho por el frío acero. La herida le rompió la columna vertebral y seccionó importantes venas. Emir cayó al suelo incapaz de controlar sus movimientos mientras su sangre brotaba en abundancia.

Al ver lo que había ocurrido, los guerreros se llenaron del odio más puro, abandonando cualquier estrategia o sentido de la autoconservación. Destruir a la criatura que había herido de muerte a su amado rey era su único deseo, y nada más importaba. Uno de ellos agarró una lanza y corrió gritando hacia el Silencioso, que no pudo verlo venir en medio del furioso estruendo. La lanza atravesó la espalda del monstruo, atravesándolo y dificultando sus movimientos. Reaccionó levantando su cadena, pero un sable dañado pero aún afilado le cortó la mano, dejándole indefenso. El Silencioso recibió varios ataques punzantes desde todos los flancos. Los guerreros podían sentir la resistencia de la carne al ser atravesada con cada estocada. Sin embargo, ni una sola gota de sangre manchó sus armas, y la criatura no emitió ni un solo grito, gemido o susurro, incluso mientras se retorcía de dolor por sus heridas. En unos instantes, el Silencioso esperaba su fin de rodillas en la arena.

— ¡La venganza me pertenece! — gritó el joven que acababa de perder la mano derecha. Su muñeca había sido cauterizada por el intenso calor, que había detenido la hemorragia pero causado un terrible dolor. Esta herida no bastó para aplacar la ira en el corazón del guerrero. Uno de sus compañeros le dio una larga daga, que empuñó con fuerza en su temblorosa mano izquierda. Se acercó a la criatura que, aunque empalada y desarmada en el suelo, evocaba temor. Miró dentro de la capucha, buscando los ojos de su víctima entre los pequeños cuernos que le atravesaban. Pronto se dio cuenta de que allí no encontraría más que oscuridad.

— ¡Muere! — gritó mientras atravesaba la capucha con su afilada daga, haciendo que la criatura se retorciera como de dolor. Entonces la capa se vació y los cuernos se convirtieron en arena, como si nunca hubiera habido nada allí.

Con su enemigo profundamente derrotado, los guerreros volvieron su atención al rey, que yacía moribundo en brazos de un esclavo desconocido para ellos. Emir temblaba y se desangraba. Mientras la batalla se recrudecía, Kassim trató de retirar la espada que había salido del pecho de su amigo, pero fue detenido por Baruk. El experimentado capitán sabía que una herida tan grave no podía tratarse. Retirar la hoja sólo aceleraría la muerte de su rey, quitándole el derecho a las últimas palabras. Sus ojos se llenaron de lágrimas al presenciar el sufrimiento del amado monarca al que había jurado proteger.

— Baruk. — Susurró Emir. — Este hombre fue mi mejor amigo. Honradle, pues es un hombre sabio. Haz que escuchen lo que tiene que decir.

— Sí, mi rey. — El capitán respondió entre lágrimas.

— "Kassim...", dijo Emir, agarrando con fuerza las manos de su amigo. Sus brillantes ojos verdes miraban a los soldados que le rodeaban, mientras temblores y espasmos sacudían su cuerpo— Kassim... Kassim...

Los temblores cesaron. Kassim sintió que el cuerpo entre sus brazos se enfriaba rápidamente. Baruk cerró los ojos del rey, anunciando a su escuadrón que la misión había fracasado. Kassim se inclinó sobre el cuerpo de su amigo con gritos y lágrimas de un dolor que no podía contenerse. Su libertad había sido manchada por la sangre de aquellos que le habían ayudado a sobrevivir a muchos años de castigo y servidumbre. En ese momento, Kassim se convirtió en el más miserable de los hombres.

Capítulo IX

El sacrificio de las serpientes

Los guerreros borraron cuidadosamente todas las huellas y señales de lo ocurrido sobre la arena. Sabían que, aunque no habían logrado rescatar con vida al rey Emir, su trabajo en el desierto no había terminado. Los valientes aún soñaban con la dulzura de la venganza para lavar el amargo sabor de la derrota que acababan de saborear. Para ello, harían todo lo posible por mantener la única ventaja que tenían sobre su desconocido enemigo. Su invisibilidad.

Instruidos por Kassim, terminaron de enterrar al último de los esclavos en la arena y recogieron el carro, utilizándolo para transportar el cuerpo de Emir al lejano campamento. Kassim fue transportado con el cuerpo de su amigo en el carro de madera, que esta vez era tirado por un caballo. Los marenianos le dieron una túnica larga y sencilla para protegerle del frío de la noche que se avecinaba. También cubrieron al rey muerto para evitar a sus compatriotas la impactante imagen de su desnudez. La comitiva recorrió el desierto durante largo rato, iluminada por la suave luz de la luna. A lo lejos, podían ver cómo la gran torre se alejaba cada vez más.

Al borde del desierto había un campamento, donde muchas tiendas se mezclaban con los arbustos espinosos. Allí, mucha gente esperaba el regreso de Baruk y sus hombres, creyendo que traerían de vuelta a su amado rey, desaparecido desde hacía tanto tiempo. Poco sabían que el capitán había cumplido su promesa, pero de la peor manera posible.

— ¿Ha muerto nuestro rey? — gritó alguien entre la multitud. Por todas partes se oían llantos y lamentos.

El emir fue retirado cuidadosamente por sus súbditos. El dolor de los soldados por su rey muerto hizo llorar de nuevo a Kassim. Los marenianos, incrédulos, se agolparon para ver por sí mismos lo que años de esclavitud y maltrato habían hecho a supreciado monarca. "Venganza", gritaban.

Fue entonces cuando se acercó un joven de piel negra y ojos tan verdes como los del difunto rey. Iba vestido de negro y dorado, llevaba el pelo pulcramente recortado y una barba bien cuidada. A su lado había una mujer de piel blanca y ojos marrones. Su pelo negro, recogido con un pañuelo rojo, le llegaba hasta la cintura. Llevaba un vestido largo de color verde oscuro y grandes pendientes y collares de oro adornaban su semblante. Todas las voces excitadas callaron al acercarse a la mesa donde descansaba el difunto rey.

— ¡Padre mío! — Dijo el joven, inclinándose sobre el cuerpo lloroso.

— Descansa en paz, mi buen amigo. — Dijo la mujer mientras tocaba la fría frente de Emir. Se acercó a Baruk con lágrimas en sus grandes ojos.

— ¿Cómo ha ocurrido? — preguntó con seriedad.

— Lady Anya — dijo mientras se inclinaba. — Encontramos resistencia en uno de los demonios del desierto. La criatura era extremadamente fuerte, varios hombres resultaron heridos en la lucha. Atacó al rey Emir antes de que pudiéramos protegerlo. Asumo toda la responsabilidad por lo ocurrido.

Tocó amistosamente el pecho del capitán, tranquilizándolo.

— ¿Y quién es este hombre? — preguntó mirando a Kassim.

— Era muy cercano a nuestro rey. Antes de morir, Su Majestad dijo que era su mejor amigo y me ordenó que cuidara de él. También dijo que debíamos escuchar lo que tenía que decir.

— Si ese era el último deseo de Emir, que así sea. — Anya dijo. — Dale un baño, sírvele una buena comida y déjalo descansar. Luego llévenlo a mis aposentos para que podamos escuchar lo que tiene que decir.

Aún era de noche cuando los soldados condujeron a Kassim a través de sus tiendas. El campamento militar se había instalado en las afueras de una falla en el terreno, donde se había instalado un pozo improvisado del que sacaban agua con cuerdas y cubos. Allí descansaba un gran regimiento de unas quinientas personas. Sin duda era un contingente numeroso, pero teniendo en cuenta la diferencia de fuerzas entre los marenianos y los silenciadores, resultaba ciertamente insuficiente.

Las veces que oyó a Emir hablar de su pueblo, Kassim imaginó que vería a cientos de personas que se parecían a su amigo, de piel muy oscura y ojos verdes. Sin embargo, aparte del hombre que lloró sobre el cadáver del rey a su llegada, ningún otro mareniano se parecía a su difunto amigo. El pueblo de Marenia tenía diferentes etnias bajo un mismo escudo de armas: el búho dorado con las alas desplegadas bajo una rama de roble. Kassim recordó las relajadas palabras de su amigo cuando le preguntó por la peculiaridad de su raza: "Soy un hombre raro, incluso en mi país", repitió.

En su corto paseo, Kassim se dio cuenta de que cada soldado tenía su propia tienda, hecha de lo que parecían pieles de animales sostenidas por estacas, formando algo parecido a una

pirámide. Seguía siendo una región árida, pero estaba menos castigada por la sequedad, tanto que allí se podía sustentar más vida. Pequeños lagartos corrían veloces por el suelo oscuro, los arbustos lucían tímidas flores y los árboles bajos y torcidos ofrecían sus pequeños frutos. En el centro del campamento había tiendas rectangulares más grandes para los comandantes de las incursiones.

Llevaron a Kassim a una tienda sencilla, más grande que las utilizadas por los soldados, donde entró. Dentro había una pequeña mesa, una hamaca apoyada en estacas y una gran bañera de madera llena de agua limpia.

— Siéntase como en casa, mi señor. Volveré pronto con su comida. — Dijo el soldado que había conducido a Kassim hasta allí.

En la protección de la tienda, Kassim redescubrió sentimientos y sensaciones que había olvidado hacía tiempo. Se sentía seguro cuando le protegían los amables marenianos, que le trataban con gran respeto. Se sintió reconfortado cuando se sumergió en la bañera de agua caliente que limpiaba su cuerpo y relajaba su alma. Sintió paz cuando se durmió sumergido en el agua.

Algún tiempo después, el soldado regresó con ropa y una bandeja, colocándolo todo sobre la mesa. El olor de la comida despertó al agotado hombre, que se levantó apresuradamente. El soldado se sorprendió ante el desvergonzado huésped, que avanzó sobre la comida con el cuerpo húmedo, devorando un pollo entero en segundos, como un animal a punto de morir de inanición. Tras años alimentándose mínimamente con comida insípida, devorando lagartos e insectos aún crudos, Kassim estaba redescubriendo sabores que había olvidado.

— Creo que esta ropa te quedará bien. — Dijo el soldado asustado mientras se iba.

Después de devorar todas las aves y la fruta, se sentía terriblemente cansado. Más cansado que al final de un día de trabajo en los hornos o cuando había subido varias veces a la gran torre. Era su cuerpo adaptándose a ser alimentado de nuevo. Su sangre se concentraba ahora en su vientre lleno de combustible y toda su energía se empleaba en volver a aprender a digerir. Necesitaba tumbarse y dormir, de lo contrario se desmayaría allí mismo. Se subió a la mullida hamaca e intentó relajarse. Algo le molestaba y no podía ni echar una cabezada. Era demasiado blanda para un hombre adaptado a dormir sobre piedras frías y húmedas. Decidió acurrucarse en el suelo, aún desnudo, donde experimentó su mejor sueño en nueve años.

La puesta de sol en el desierto hizo que todo se volviera ligeramente rojizo cuando por fin despertó. Nuevas sensaciones se apoderaron de él, cosas que no se había permitido sentir en

cautiverio. Sentía dolor en la espalda y las piernas. Sintió cansancio. Sintió hambre.

Se acercó a la mesa, donde encontró algo de ropa. También encontró un pequeño espejo y se sobresaltó al ver su propia imagen, como un pájaro que se sobresalta al verse reflejado en el cristal de una ventana. Las arrugas se acumulaban bajo sus ojos, su pelo dorado estaba enmarañado en largos mechones y su larga barba brillaba con la grasa del pollo que había comido.

— ¿Quién es este hombre? — Pensó.

Junto al espejo encontró unas tijeras con las que se recortó el pelo y la barba, como quien busca los restos de sí mismo. Poco a poco vio surgir un hombre nuevo en el espejo. Era más viejo de lo que había imaginado, los daños causados por el potente sol del desierto eran evidentes. Sin embargo, ahora podía ver en el azul de sus ojos que aún tenía fuerzas para disfrutar de la libertad que había recuperado.

Se vistió con la ropa que había sobre la mesa. Su cuerpo, acostumbrado a una miserable desnudez, se sorprendió mucho por la suavidad de las telas en contacto con su piel. Los marenianos le obsequiaron con unos pantalones marrones aterciopelados y una fresca camisa blanca. Debajo de la mesa había un par de zapatos, que le alegraron enormemente. Sus pies secos y agrietados encontraron consuelo en el suave interior. Kassim estaba seguro de que sentiría lo mismo si pudiera pisar las nubes.

Oyó pasos fuera y se dio cuenta de que unos puntos brillantes se movían en la noche que acababa de empezar. Asomó la cabeza, curioso por ver qué ocurría. Hombres y mujeres con velas caminaban hacia el centro del campamento. Inmediatamente, Kassim comenzó a seguirlos. Se trataba de un homenaje al monarca Emir—Alef—Musur, rey de Marenia, que estaba siendo velado por sus súbditos en una sencilla mesa de madera. Le habían limpiado el cuerpo, recortado el pelo y afeitado la barba. Kassim casi no reconoció a su gran amigo, que vestía ropas negras con la tradicional imagen de un búho bordada con hilos dorados. Los marenianos se acercaron de uno en uno. Besaron la frente de su rey y colocaron la vela que llevaban a su alrededor. Cientos de velas encendidas iluminaron intensamente el cuerpo del Emir y, por un momento, Kassim imaginó que aquella luz era emitida por el propio rey.

— ¿Señor Kassim? — preguntó Baruk al acercarse, sin reconocer ya al hombre que había rescatado en el desierto.

— Sí, Capitán. — Él respondió. — Permítame agradecerle su hospitalidad.

— Un amigo de nuestro rey es un amigo de todo nuestro pueblo.

— ¿Qué harán con el cadáver? — preguntó Kassim.

— Aún no lo sabemos. Nuestra tradición exige su regreso a Marenia, pero no creo que sea posible, dada la duración del viaje. Su Majestad Murat, el Príncipe Regente, desea incinerarlo y llevar sus cenizas con nosotros. Desafortunadamente, eso sería demasiado arriesgado, considerando nuestra distancia del enemigo. Las luces de las llamas en el horizonte y el humo lanzado por los vientos podrían delatar nuestra ubicación. Por ahora, nos limitaremos a velarlo y a llorar nuestra gran pérdida.

— Los esclavos nunca le creyeron. — dijo Kassim con pesar en los ojos. — Hacían bromas cuando hablaba de su reino, su pueblo o su corona. Yo mismo lo dudé muchas veces.

— No deberías culparte. Después de todo, has vivido varios años de sufrimiento y locura. — Consoló el capitán. — Por cierto, aún no me he presentado. Soy Baruk—Maharib—Alsharaf, capitán de la guardia y protector de la familia real del reino de Marenia. — Kassim sonrió brevemente, ya que aquella inusual forma de presentarse le resultaba familiar.

— Soy Kassim, de las afueras de la Ciudad de los Libres. Es un placer conocerle.

— Señor Kassim, si se ha recompuesto, creo que es hora de presentarle a mis superiores, porque están ansiosos por saber de usted.

Kassim volvió a mirar el cuerpo velado del centro. Emir tenía serenidad en su semblante final. Recordaba todas las conversaciones que habían mantenido en tantas noches estrelladas, todas las veces que le había ayudado y lo agradecido que estaba por haberle conocido.

— Sí, vamos. — Kassim dijo.

— Por favor, venid conmigo. — dijo Baruk mientras se dirigía a la tienda más grande del campamento.

Dentro de la gran tienda había una mesa rectangular con diez sillas alrededor. Al fondo, en un banco cubierto de libros, una mujer vestida de verde y con el pelo largo y negro estaba inclinada sobre sus apuntes con una pluma en una mano. Cuando los vio pasar a través de las cortinas, que hacían las veces de puertas, sonrió y se levantó para saludarlos. Kassim notó que era un poco mayor que él, seguramente viviendo los últimos años de su juventud. Su piel era muy blanca, incompatible con alguien que vagaba en una incursión militar por el desierto.

— Me alegro de volver a verte, sobre todo con tan buen aspecto. — Dijo con una amplia y cálida sonrisa.

— Sí, realmente me siento mejor. Te estaré eternamente agradecido. — respondió Kassim

tímidamente.

— Capitán, háganos un favor. — Anya pidió. — Dígale al Príncipe Murat que nuestra reunión debe comenzar.

Baruk asintió positivamente y se marchó.

— No pareces una militar. ¿También eres natural de Marenia? — preguntó.

— No, desgraciadamente no tuve tanta suerte. Los marenianos son las personas más honorables y cultas que he conocido. Aman y conservan sus tradiciones, pero al mismo tiempo siempre están abiertos a lo nuevo del mundo. Sería una alegría para mí formar parte de un país tan hermoso. En realidad soy natural de Alvimor, pero me marché de allí muy joven para dedicarme a mis estudios. Permítame que me presente. Me llamo Anya y trabajo como consultora real para asuntos metafísicos y sobrenaturales.

— ¿Eres bruja? — preguntó sorprendido.

— Prefiero usar la palabra hechicera. — replicó, algo irritada. — Sí, ésa sería una forma de definir parte de mi trabajo. Emir y yo éramos amigos. Vivimos algunas aventuras juntos. Seguramente te habrá contado algo sobre mí.

— Creo que no. — Me contestó. — En todos estos años, no recuerdo que mencionara tu nombre. De hecho, lo sobrenatural rara vez formaba parte de nuestro diálogo. Emir prefería hablar de política, o escuchar curiosidades sobre mi pueblo. Sólo recuerdo una vez que nos habló de una bruja que vivía en un bosque y secuestraba niños. Pero nos dijo que se trataba de un cuento popular sin conexión con la realidad.

— ¿Él dijo eso? — preguntó después de reírse. — Sin duda, el rey era un caballero. Confieso que nuestra caza de la bruja del Bosque Azul no fue uno de mis mejores momentos. Tal vez debería olvidarla.

Kassim estaba confuso y un poco asustado. Después de todo, ¿era real o no la historia que le había contado Emir? ¿Quién era aquella misteriosa mujer? Se disponía a interrogarla, organizando las diversas preguntas en su mente, cuando regresó el capitán, trayendo consigo al príncipe regente.

— Os presento al príncipe Murat—Alef—Musur, regente y protector del reino de Marenia. — dijo Baruk. Kassim inclinó la cabeza en señal de reverencia, pues desconocía las normas de comportamiento que debían observarse ante un príncipe.

— No te agaches, amigo de mi padre. — dijo Murat. Ofreció su mano derecha a Kassim,

que se la estrechó firmemente a cambio. — Es un honor para nosotros tenerte con nosotros.

— Ven y siéntate, por favor. — Anya dijo.

El príncipe Murat y Anya se sentaron a la cabecera de la mesa, mientras que Kassim y Baruk se sentaron a ambos lados. Las velas de la mesa iluminaban sus semblantes serios.

— Kassim, hace unos cinco años Su Majestad el Príncipe Regente vino a pedirme ayuda para encontrar a su padre desaparecido. — dijo Anya. — Poderosas fuerzas sobrenaturales bloquearon mis intentos de localizar al rey mediante la magia, para nuestro desconcierto. Decidimos volver sobre sus pasos en este continente, buscando pistas que nos dijeran más sobre su paradero. Fue entonces cuando oímos hablar de seres sin rostro que habían vagado por las tierras años atrás, capturando a hombres pacíficos y sanos. Así que decidimos seguir las huellas dejadas por estos seres, y eso nos trajo hasta aquí. Durante semanas hemos estado observando desde la distancia los movimientos de Emir entre los esclavos, esperando una oportunidad para salvarlo. Por desgracia, nuestra búsqueda fue infructuosa porque, como bien sabes, no pudimos rescatar con vida a nuestro amado rey. Aun así, creo que nuestra misión aquí sólo estará completa cuando tengamos respuestas.

— ¿Qué son los demonios sin rostro que vigilan el desierto? — preguntó Murat.

— ¿Quién está detrás de la construcción de la torre? ¿Y por qué la desean tanto? — preguntó Baruk.

— No tendré respuestas a todas sus preguntas, pero prometo hacer todo lo posible para ayudarles a entender todo lo que ha ocurrido. — Kassim dijo. — ¿Qué quieres saber primero?

— Cuéntanos todo lo que recuerdes. — Anya dijo. — Desde el día en que fuiste capturada hasta hoy. Cada detalle es importante.

Kassim revivió sus años de esclavitud relatando todo lo que había sufrido bajo el dominio del mago y, como le habían pedido, no ahorró ninguno de los detalles que le vinieron a la mente. Les habló de la invasión de la Ciudad de los Libres y de los muchos días de marcha por el desierto. Les habló de los castigos que había recibido, de las minas y de la cueva que había aprendido a llamar hogar. Al final, respondió a las muchas preguntas de sus anfitriones. Empezando por Anya, que no veía nada de cierto en lo que había oído sobre las razones para construir la torre.

— Perdóname, Kassim, porque no quiero dar a entender que no dices la verdad. Sin

embargo, no le veo sentido a lo que dices.

— Anya, tú misma hiciste hincapié en la importancia de los detalles. — Él respondió. — Eso es todo lo que nos dijeron. Que el mago usaría la torre para tocar las estrellas, volar sobre el mundo y esparcir bendiciones.

— ¿Qué importancia tiene? — preguntó Murat. — Está claro que el mago es nuestro enemigo, porque declaró la guerra a Marenia el día en que sus comandantes asesinaron a mi hermano y capturaron a mi padre. No abandonaremos este desierto sin su cabeza, es la única forma de recuperar nuestro honor. Recomendando que atacemos la torre al amanecer del día siguiente.

— Un solo demonio silencioso bastó para herir a muchos de mis hombres y matar a nuestro rey. — Dijo el capitán. — Kassim acaba de decirnos que hay cientos de ellos custodiando al mago y su torre. No permitiré que sacrifiques a mis hombres.

— ¿Planea desobedecer las órdenes de su futuro rey, capitán? — gritó Murat.

— ¡Cálmense, caballeros! — ordenó Anya. El respeto de todos hacia ella fue suficiente para calmar los ánimos. — Vuestro dolor por el destino del rey Emir os impide ver que aquí está ocurriendo algo aún mayor. Khalamôrdo fue capaz de terribles atrocidades, sin duda es nuestro enemigo. Sin embargo, eso no disminuye en nada su inmensa inteligencia. Él no arriesgaría tanto, no dedicaría tanto tiempo y recursos para alcanzar un fin tan subjetivo. Seguramente, esta historia no es más que un señuelo juguetón, algo para incentivar a los esclavos. Khalamôrdo quiere algo más grande e importante. Si queremos vengar a nuestro rey, debemos conocer a nuestro enemigo.

— Comparto tus pensamientos, Anya, pero no del todo. — Kassim dijo. — Siempre he creído que estas palabras son vacías, pero muchos esclavos las creen. Tanto es así que muchos adoran al mago como si fuera un ser divino, un dios. Sin embargo, lo que ha estado ocurriendo en el cielo da veracidad a lo que nos han contado, como una profecía a punto de hacerse realidad.

— ¿De qué estás hablando, Kassim? ¿Qué pasa en el cielo? — preguntó Anya.

— ¿No has notado el movimiento de las estrellas? — preguntó Kassim, recibiendo como respuesta sólo caras de sorpresa. Había olvidado que el arte de mirar ya estaba desacreditado cuando lo capturaron y, tanto tiempo después, probablemente había caído en el olvido.

— ¿Adónde vais? — preguntó Baruk cuando Kassim se levantó.

— Ven conmigo, te lo enseñaré. — Dijo mientras salía de la tienda.

Le siguieron hasta un punto alejado de la luz de las velas, donde ya no había tiendas. Entre los arbustos miró al cielo lleno de puntos brillantes.

— Anya, debes saber que las cuatro estrellas más brillantes del firmamento llevan el nombre de los dioses guardianes, ¿verdad? — Dijo Kassim.

— Sí, se bautizaban así en este continente.

— ¿Puede decirme dónde están? ¿Puede señalármelos?

La hechicera buscó las estrellas en sus lugares tradicionales y no encontró nada. Pensó que se debía al movimiento de las estrellas, pues ya había caído la noche. Se asombró al darse cuenta de que, incluso teniendo en cuenta el movimiento de las estrellas, ninguna de las ventanas de los dioses brillaba esa noche.

— ¿Se han ido las estrellas? — preguntó frunciendo el ceño.

— ¡Mirad! — dijo Kassim, señalando la gran estrella roja.

— No veo nada raro. — Ella dijo.

— Es difícil verlo a simple vista, sobre todo con las luces cerca. Aun así, hay que mirar con atención. — Kassim dijo.

— Ahora puedo ver. Hay puntos brillantes junto a la estrella roja.

— ¡Son ellas! Son las ventanas de los dioses. Llevo años siguiendo su movimiento. Noche tras noche, se han acercado más y más a la gran estrella roja. Creo que en unos días se unirán, haciendo que la estrella roja sea tan brillante que pueda verse incluso de día.

— ¡Oh, no! ¡No puede ser! — dijo Anya asombrada. Su rostro se transformó por el miedo. Sus ojos se abrieron de par en par y su rostro palideció. Anya corrió de vuelta al campamento, acompañada por los hombres que no entendían nada.

Se apresuró a entrar en su tienda y empezó a hojear sus numerosos libros.

— ¡Por los dioses, Anya! Dinos qué está pasando. — Murat preguntó.

— Khalamôrdo... El viejo mago se ha vuelto loco, va a destruirlo todo. — Dijo, muy asustada. Finalmente, encontró lo que buscaba en un viejo libro polvoriento. Entonces se acercó a Kassim, mostrándole páginas que contenían imágenes incomprensibles para él. — ¿Has visto estas inscripciones en algún lugar de la torre? En lo alto, probablemente.

— No participé en el acabado de la parte superior, señora. — Dijo al ver el diseño de

círculos con inscripciones incomprensibles. — Pero no tardó mucho en estar terminada. Al ritmo que se impone el trabajo a los esclavos, ya debería estar terminada.

— Cálmate, hechicera. — Baruk gritó. — Dinos lo que has descubierto.

— No es una torre. Es un altar. — Anya respondió. — Un altar gigantesco donde el sufrimiento de los inocentes es la ofrenda principal. Khalamôrdo está construyendo un altar de invocación.

— ¿Un altar? ¿Un altar dedicado a qué deidad? — preguntó el príncipe.

— No una deidad, sino la entidad más oscura del limbo, un espíritu tan antiguo como la existencia misma. *El Espíritu Hambriento*.

Anya volvió a sentarse a la mesa. Abrió el *Gran Libro de las Almas*, quizá la reliquia más importante de su vasta colección. El viejo libro había sido escrito por los primeros hombres del mundo, en un lenguaje utilizado sólo por los practicantes y estudiosos de la magia. Sus páginas contenían conocimientos sobre los orígenes de la propia realidad, los hechizos más poderosos y las respuestas a muchos de los misterios del universo. Anya recibió el encargo de cuidar el que, por lo que se sabía, era el último ejemplar existente. Una tarea que le asignaron sus antiguos maestros. Tradicionalmente, el libro se transmitía del maestro a su alumno con más talento, pues creían que así el conocimiento contenido en las amarillentas páginas permanecería alejado de las manos equivocadas. Anya había fracasado una vez en tal misión y las consecuencias fueron terribles. Desde entonces, lleva el libro consigo a todas partes.

Comenzó a leer un pasaje en voz alta. Esperaba que, al final de la lectura, todos compartieran su miedo.

— "Al principio de todo, sólo había fuerzas primordiales vagando por el vacío. *Luz y oscuridad, orden y caos, creación y destrucción*. De las innumerables mezclas de estas fuerzas surgieron seres conscientes. Seres que, al vagar por el tiempo y el espacio infinito, adquirieron sabiduría en sí mismos, llamándose a sí mismos "Los Primeros Espíritus". Entonces, los *Antiguos Espíritus* se entristecieron por la nada que les rodeaba y decidieron llenar el vacío de la realidad con muchos mundos. Al final, se sintieron realizados y cansados. Se dieron cuenta de que no les quedaba nada más que la muerte. Antes de ir a su descanso final, confiaron su creación al cuidado de sus hijos, los dioses. "

"Uno de los *Espíritus Antiguos* no estaba cansado, pues no había sido capaz de crear nada. Hijo del *Caos, la Oscuridad* y la *Destrucción*, sentía envidia de la creación de sus hermanos y su

hambre eterna e insaciable le condenaba a devorar incluso a sus propios hijos. *El Hambriento* vaga por el limbo en busca de mundos olvidados por sus dioses para ser devorado por él. Una vez convocado a un mundo, consumirá todo lo que viva en él. La tierra será infértil, la guerra constante, la envidia reinará entre los hombres, las madres se alegrarán de la muerte de sus hijos, toda belleza terminará, toda abundancia se convertirá en miseria. "

— ¡Qué cosa más horrible! — dijo Murat, sorprendido—. — Pero, ¿por qué iba el mago a traer una cosa así a nuestro mundo? ¿Qué espera ganar con semejante desgracia?

El rostro de Anya mostró su disgusto por haber sido interrumpida. Volvió a la lectura, unas frases más adelante, para responder rápidamente a la pregunta del príncipe y evitar más interrupciones.

— "El Hambriento puede ser invocado mediante rituales y ofrendas. Sin embargo, los dioses que custodian el mundo que se le ofrece deben ser despojados de sus tronos, perdiendo así su poder..."

— ¡Las estrellas! — exclamó Kassim—. — Representan a los dioses guardianes. Están sucumbiendo.

— "Al invocador, *El Hambriento* le ofrecerá toda su gratitud. — Continuó. — Enviará a sus heraldos para que sean fieles al invocador, protegiendo y obedeciendo sus designios con total lealtad. Al final, cuando el *Espíritu Hambriento* se sacie y se marche, el invocador recibirá los poderes de los dioses caídos. Recibirá omnipotencia y omnisciencia sobre los restos de su mundo, se le dará todo el poder para la nueva creación. El invocador será el nuevo y único dios de las ruinas".

Anya terminó de leer. No es que no hubiera más información relevante en el *Gran Libro de las Almas*, pero pensó que era mejor ahorrarles a todos los horripilantes detalles sobre los horrendos sacrificios necesarios para alcanzar la etapa actual. Al fin y al cabo, todos estaban ya bastante asustados y confusos. Kassim miró el libro y vio varios dibujos en las páginas abiertas. Vio una ilustración de un ser completamente negro con grandes ojos rojos y pequeños cuernos puntiagudos en la cabeza. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y los puños aserrados sostenían los dedos meñique e índice.

— Los Silenciosos. Así que eso es lo que son, heraldos de este... Hambriento. — dijo Kassim, señalando a la figura.

— ¿Por qué ustedes los magos no lo detuvieron? ¿Cómo no os disteis cuenta de los movimientos de este mago? — Baruk dijo.

— El Hambriento no era más que una historia horrible, ya que los rituales y sacrificios necesarios para invocarlo son imposibles... o lo eran, hasta ahora. — Anya dijo. — Me estremezco al imaginar el precio que pagó Khalamôrdo para llegar hasta aquí.

— Parece que, después de todo, nada es imposible. — Murat dijo. — Pero eso no importa ahora. Debemos detener al mago a cualquier precio.

— ¿Cómo lo hacemos? — preguntó el capitán. — Aunque enviemos a nuestros soldados a una misión suicida, no podremos acercarnos a Khalamôrdo. ¿Cómo podemos interrumpir sus planes?

— Khalamôrdo debe ser destruido, de eso no hay duda. — Dijo la hechicera. — Pero más muertes no nos ayudarán. Debemos planear nuestras próximas acciones con cuidado, porque no se nos ofrecerá otra oportunidad.

— Tal vez el mago ya sabe que estamos aquí. Después de todo, derribamos a uno de sus heraldos. — Baruk dijo.

— No lo creo. — replicó Kassim. — Cientos de ellos obedecieron al mago, todos prácticamente idénticos. Capas grises y pequeños cuernos puntiagudos atravesando sus capuchas. ¿Cómo podían pasar por alto a uno solo?

— Aún así, faltan dos esclavos. Tal vez eso podría delatarnos. — Dijo el capitán.

— Tras la avalancha de trabajo, mueren varios esclavos al día. — dice Kassim. — Algunos por accidente, otros simplemente sucumben a la fatiga y la enfermedad. Sólo nos faltan dos esclavos. Dos hombres debilitados que desaparecieron cuando obedecieron la orden de deshacerse de los cuerpos de sus hermanos caídos. Nada podría ser más natural. Creo que es muy probable que nadie se haya dado cuenta de nuestra desaparición.

— Esto podría convertirse en una importante ventaja estratégica. — Murat dijo. — Puedo intentar convencer a los monarcas más cercanos y pedirles ayuda. Con suerte, podríamos sorprender al mago con miles de soldados llamando a su puerta.

— Con el debido respeto, caballeros, pero esas especulaciones no servirán de nada si no somos capaces de comprender lo avanzado que está el ritual. — Anya dijo. — Kassim, tengo un viejo telescopio en mis aposentos. Sería de gran ayuda contar con tus conocimientos para analizar las estrellas.

— Será un honor, señora. — Me contestó.

— En cuanto a ustedes, caballeros, presenten sus respetos a nuestro rey y descansen.

Mañana convocaré una nueva reunión, debidamente pertrechados con toda la información posible. Entonces decidiremos qué camino tomar.

El instrumento que Anya llamaba telescopio era en realidad un telescopio con lentes un poco más potentes de lo habitual. Sin embargo, para alguien que durante años se había contentado con contemplar las estrellas a simple vista, utilizar semejante equipo era una delicia. Colocaron el trípode metálico en un punto alejado del campamento, porque además de asegurar la mayor oscuridad, imprescindible para visualizar mejor las estrellas, temían molestar a los soldados que ya se habían retirado.

Kassim hojeó el libro que llevaba Anya, aunque no entendía lo que ponía. Quizá por eso ella se lo permitía. Por curiosidad, se quedó mirando las ilustraciones, especialmente el círculo que contenía la imagen del Espíritu Hambriento y las numerosas inscripciones delimitadas en su interior. Kassim no podía explicar la extraña atracción que sentía por aquella imagen, pero ya estaba grabada en su memoria, tal era su fascinación.

Anya atacó a Kassim con varias preguntas, desde el momento en que sus ojos pudieron ver las estrellas con claridad a través de las lentes. Quería saber cuánto tiempo hacía que las estrellas habían iniciado su movimiento y a qué velocidad lo hacían. Qué acontecimientos tenían lugar entre los esclavos cuando las estrellas alcanzaban determinados puntos. Todo lo anotaba en un papel, iluminado sólo por una suave vela protegida de los fríos vientos del desierto en una lámpara.

— Sin duda es ese. — Dijo mientras concluía una de sus muchas deducciones — El hombre que el mago ejecutó arrancándole el corazón. Tal acto era visto por los espíritus fieles al Hambriento como un nuevo sacrificio que se les ofrecía. El sufrimiento del pobre hombre los fortaleció y todo el hechizo se aceleró. De ahí la repentina prisa por terminar su obra. Así, el gran Khamamôrdo también comete errores.

— La forma en que te refieres al mago muestra cierta admiración. Da la impresión de que lo conoces. — dijo Kassim, desconfiado.

— Sí, lo conozco —respondió ella—. De hecho, todos los iniciados en la magia lo conocen en cierta medida. Khamamôrdo, el magnífico. Una leyenda entre los hechiceros. Dicen que era un niño muy pobre que servía a un poderoso mago como limpiador, aprendiendo los principios de la magia por su cuenta leyendo los libros de su patrón sin que éste se diera cuenta. Cuando el hechicero se dio cuenta de que su empleado se entrometía en sus apuntes, decidió despedirlo,

pero fue derrotado por el joven, que ocupó su lugar.

— No puedo imaginar cómo un pobre e inteligente muchacho se convirtió en un viejo tan cruel.

— Tengo mis apuestas. En todos los textos que he leído sobre él y en todas las historias que he oído hablar de él, un punto es común. Khalamôrdo pretende establecer la plena igualdad entre los hombres. Quizá culpa a los de mejor fortuna de la pobreza y el sufrimiento de su infancia, o no acepta la naturaleza insaciable del ser humano. El caso es que la búsqueda de la igualdad es su faro.

— ¿Cómo puede un fin tan noble convertir a alguien en un monstruo? — preguntó confundido Kassim.

— ¿Final noble? — Ella lo dijo. — La plena igualdad es inalcanzable. Un señuelo tan seductor como un espejismo para un sediento perdido en el desierto. Todos somos diferentes, ésa es nuestra naturaleza. Con cada elección que hacemos, incluso las más simples y mundanas, nos volvemos aún más diferentes unos de otros. Nuestras elecciones nos hacen únicos y definen nuestro destino. Algunos serán agraciados con oro, otros sólo alcanzarán la pobreza. Algunos tendrán amor, otros indiferencia. Unos se alegrarán, otros llorarán. ¿Qué sería la belleza si sólo fuera el estándar gratuito presente en todas las cosas? Somos el fruto de nuestras elecciones. Diferentes elecciones darán diferentes frutos. Ciertamente, Khalamôrdo vio la única conclusión lógica posible. Que para lograr la plena igualdad entre los humanos, sería necesario quitarles el libre albedrío. Sólo un nuevo dios, dotado de plenos poderes sobre nuestra realidad, podría lograrlo.

Kassim se sintió pequeño ante una respuesta tan hermosa. Nunca había sentido la necesidad de pensar tan profundamente sobre el tema. Siempre había creído inconscientemente que el mundo sería un lugar mejor si todos los hombres tuvieran las mismas oportunidades y resultados. Sin embargo, no se le ocurría nada para rebatir las palabras de Anya, un fuerte indicio de que eran ciertas. Sin embargo, el vacío dejado por las ideas que acababa de abandonar tomó la forma de una nueva pregunta.

— Anya, si la igualdad no es más que una ilusión, ¿hacia dónde debemos ir? — Preguntó.
— La injusticia sigue existiendo. Hay algunos entre los poderosos que desean aprovecharse de los débiles. Si no es por la igualdad, ¿por qué luchar?

— Tal vez deberíamos unir fuerzas con otros que también anhelan la justicia y luchan contra los tiranos. Quizá deberíamos alimentar a los hambrientos o dar nuevas oportunidades a

los más pobres. Seguro que podemos, con nuestros ejemplos, enseñar a la gente a amarse, incluso con sus muchas diferencias. En realidad, no sé qué lucha sería más relevante. Sólo sé que unirse a cualquiera de ellas es mejor que dedicarse a entregar el mundo al sacrificio más doloroso, para recrearlo en ausencia de voluntades o deseos, ¿no crees?

— Sí, tiene razón. Nuestro mundo no es perfecto, y quizá nunca lo sea. Mientras tengamos libre albedrío, nuestros destinos no estarán determinados. Podemos ser lo que realmente queramos ser. — dijo Kassim con una leve sonrisa. — Hay otra cosa que no puedo entender. ¿Por qué nos necesitaba Khalamôrdo? ¿Por qué capturar esclavos? Si sus heraldos son fieles y totalmente obedientes, ¿por qué no hacer que construyan la torre? Son absolutamente más fuertes, no necesitan comer ni beber, ni descansar ni dormir. Si ese fuera el caso, la torre se habría levantado hace mucho tiempo.

— Porque la magia nunca es gratis. — replicó ella, sorprendida por la perspicacia de su interlocutor. — Nuestro universo se rige por leyes. Si tiras una piedra hacia arriba, tiene que caer. Si quieres viajar de allí a aquí, tendrás que pasar algún tiempo recorriendo el camino. El arte de la magia consiste en burlar estas leyes, de modo que puedas lanzar la piedra hacia arriba y que flote, o que puedas viajar de allí a aquí instantáneamente. Sin embargo, burlar las leyes universales tiene su precio, que debe pagarse en energía vital. El mago que hizo flotar la piedra primero la empapó de su propia fuerza y probablemente se sintió muy cansado al final. El mago que se transportó instantáneamente puede haber sacrificado un poco de su vida para recorrer semejante distancia. ¿Te imaginas el precio que hay que pagar para abrir un enorme agujero en el tejido de la realidad y atraer a un poderoso espíritu ancestral?

— Dolor, sufrimiento y la sangre de miles de hombres durante años y años. — dijo Kassim con pesar. Anya se limitó a asentir y volvió a sus notas. Tras muchos momentos de silencio, se levantó suspirando.

— He recalculado varias veces. No me queda ninguna duda. Las estrellas se superpondrán completamente en dos días.

— ¿Y qué ocurrirá cuando se junten las estrellas? — preguntó Kassim

— Los dioses guardianes ya no tendrán el poder de protegernos. Khalamôrdo puede finalizar su ritual.

— ¿Dos días? — preguntó Murat sorprendido. — Es muy poco tiempo y nuestra capacidad de reacción es muy limitada.

— Un ataque directo es todo lo que nos queda. — Dijo el capitán Baruk, acostumbrado a la idea de arriesgar su propia vida en nombre de su país.

— Robar al mago y a sus heraldos equivale a suicidarse, capitán. — Dijo el príncipe. — La muerte de nuestros hombres no impedirá el éxito del mago. Nuestras posibilidades son escasas.

Kassim podía oír las voces excitadas procedentes de la gran tienda, ya que había sido excusado de la reunión que se estaba celebrando. Anya creía que el antiguo esclavo ya les había dado todo lo que podía, y que su presencia en una reunión estrictamente militar era innecesaria. Así que Kassim se dirigió al centro del campamento, donde aún se velaba el cuerpo del difunto rey de Marenia. Observó cómo los soldados, incapaces de continuar con los ritos funerarios tradicionales, desvestían a Emir y lo envolvían en vendas empapadas en infusiones de hierbas. Este procedimiento preservaría el cuerpo durante un tiempo más, incluso con el terrible calor. Kassim observaba todo en silencio cuando vio a una mujer de largos cabellos negros, vestida como los demás soldados. Tenía rasgos fuertes y piel bronceada, y llevaba un arco y un carcaj lleno de flechas a la espalda. Para su asombro, el búho de plumas rojas que había guiado su huida descansaba sobre el brazo derecho de la mujer.

— ¿Fuiste tú quien disparó la flecha que me liberó? — dijo mientras se acercaba a la mujer que descansaba a la sombra. — ¿Fue esta lechuza la que nos visitó en la torre?

— Sí, señor. Fue Bu quien encontró a nuestro rey. Lady Anya nos concedió un encantamiento. Desde entonces, puedo ver lo que Bu ve y oír lo que ella oye. — Ella respondió.

Kassim acarició la cabeza del animal y éste cerró los ojos y erizó las plumas, como agradeciéndole su afecto. Las voces excitadas procedentes de la tienda se hicieron más fuertes y despertaron la curiosidad del arquero.

— Está pasando algo muy grave, ¿verdad? — preguntó. — Nuestro rey ha sido asesinado y nuestras tropas aún no se han movido. Los soldados quieren venganza, pero el capitán nos impide clamar por ella.

Anya le había pedido a Kassim que mantuviera en secreto las revelaciones que habían descubierto juntos la noche anterior. Temía que algunos de los soldados más intrépidos e impulsivos empeoraran aún más la situación si se enteraban. Así que eligió sus palabras con cuidado.

— Nuestro enemigo es mayor en número y fuerza. Temen por sus vidas, eso es todo. — Él respondió.

— Creía que el miedo de nuestros líderes venía de ahí. — Dijo señalando al cielo. En

medio del azul infinito, destacaba un punto de luz roja. La gran estrella ya podía verse a plena luz del día.

— ¡Por todos los dioses! — pensó, sorprendido.

— Lo siento, señor, pero tengo que irme. — Dijo el arquero. — Bu necesita descansar en su jaula ahora, porque cazamos durante la noche. Pocos animales viven en este desierto. Es por eso que la caza es siempre difícil.

— ¿Prefieres cazar de noche? — preguntó, disimulando su nerviosismo.

— Los búhos son animales nocturnos. En la oscuridad sus sentidos se agudizan y su vuelo es tan suave que sus presas sólo se dan cuenta de su presencia cuando ya es demasiado tarde.

Con una cortés reverencia, se despidió, dejando a Kassim solo con sus temores. Un ruido atrajo su atención hacia el centro del campo, donde un soldado dejaba caer al suelo un cubo lleno de agua. De un pozo improvisado en una grieta natural del suelo, sacaban agua clara que se había acumulado muy por debajo. Agua fresca y translúcida que se utilizaría en la preparación del cuerpo del rey.

Poco a poco, una nueva idea surgió en su mente. Pensó en compartir su deducción con los líderes que estaban discutiéndola en el interior de la mayor de las tiendas, pero temió que fuera un error. Después de todo, ¿qué podían pensar un príncipe, un guerrero experimentado y una hechicera sabia del plan formulado por un simple granjero?

Prefirió quedarse allí y observar desde la distancia cómo los marenianos preparaban el cuerpo de su amado rey. Se le ocurrió que ésa podría ser su última oportunidad de admirar la naturaleza en el peor de los casos. Según Anya, la llegada del Espíritu Hambriento traería una destrucción nunca vista. Todo lo que conocía se corrompería hasta que la tierra entera se volviera como el desierto.

Sus pensamientos viajaron a las montañas, donde estaba todo lo que más amaba. Se dio cuenta de que no tenía sentido ser libre si el mago lograba su objetivo.

El debate en la tienda se convirtió rápidamente en un jaleo que sorprendió a todo el que pudo oírlo. Los comandantes eran incapaces de encontrar una solución al problema, que cada vez iba a más. Ni siquiera Anya, con su gran inteligencia, podía señalar el camino.

Kassim vio el rostro de su noble amigo por última vez, cuando los marenianos estaban a punto de cubrirlo con vendas. En su mente revivió la imagen de Emir en sus muchos momentos de sabiduría. Recordó cuando le había animado, diciéndole que creyera que volvería con su

familia. Este recuerdo bastó para encender una chispa de esperanza en su corazón.

— ¡No puede ganar! — dijo Kassim mientras caminaba hacia la gran tienda donde entró bruscamente, interrumpiendo la ferviente discusión.

— Hay un río subterráneo que corre por las profundidades de este desierto. — Los esclavos extraen el agua de un pozo situado en el interior de la gran torre, la misma agua que se utiliza en este campamento. ¿Y si fueras guiado de algún modo por el caudal subterráneo para llegar a la torre sin que nadie te viera?

Siguieron unos instantes de profundo silencio mientras los tres líderes se miraban sorprendidos. Después de todo, el consejo de guerra había sido interrumpido bruscamente por un hombre sin experiencia bélica alguna, y se le acababa de ocurrir una idea inesperadamente pertinente.

— Me temo que eso es imposible. — Murat dijo. — ¿Cómo podemos enviar hombres bajo el agua a través de kilómetros de oscuridad?

— Eso lo puede proporcionar la magia. — Anya respondió. — Capitán, ordene a sus hombres que busquen serpientes en el desierto. Necesitaré dos de ellas, de cualquier tipo, pero aún vivas.

— Sí... Señora. — respondió Baruk, algo sorprendido por la inusual petición.

— Kassim, enséñame ese pozo. — Anya dijo.

Se dirigieron al centro del campamento, a la grieta en el suelo rocoso. Anya ordenó a algunos soldados que ensancharan el agujero rompiendo el suelo con herramientas pesadas. La cuerda utilizada para transportar cubos hasta el fondo se tensó y reforzó, lo que les permitió descender por ella.

Kassim fue el primero. Los años de esclavitud le habían dado una gran agilidad y equilibrio, lo que le permitía descender por las cuerdas con facilidad. Atravesó la densa roca que formaba el techo de una gran sala subterránea. La luz que entraba abundantemente por el agujero le permitió ver el lago de agua translúcida y la pequeña playa de arena y guijarros de la parte superior. Sus pies tocaron el centro del lago, donde el agua le llegaba a las rodillas. Kassim sintió una ligera corriente en el cuerpo que, a pesar de la aparente calma, demostraba que aquellas aguas formaban parte del curso subterráneo que discurría por las entrañas del desierto.

Murat bajó poco después. Se maravilló ante la belleza del lugar que había permanecido oculto bajo sus pies durante tanto tiempo. Anya forcejeó con las cuerdas y se salvó por poco de

caer al agua. A diferencia de Kassim, Anya había dedicado toda su vida a la búsqueda del conocimiento en los libros y la investigación. Sus habilidades físicas nunca habían estado tan solicitadas. Al tocar el agua, una sonrisa llena de esperanza apareció en su delicado rostro.

Al cabo de un rato, Baruk regresó. En su rostro se mezclaban el miedo y la inquietud. Sus compañeros comprendieron por qué cuando se metió en el agua. En sus manos, un saco de cuero se movía y siseaba agitadamente.

— Aquí tiene, señora. Como pidió. — Dijo Baruk, ansioso por deshacerse de las serpientes que llevaba.

— ¿Qué pretendes hacer con él, hechicera? — preguntó Murat.

— Khalamôrdo está ansioso, estoy segura —respondió Anya—. — La estrella roja ya puede verse durante el día, tan grande es su brillo. Está muy cerca de lograr su objetivo, pero sus cálculos han fallado y probablemente su altar aún no esté terminado.

— En estos momentos, hombres inocentes están siendo azotados hasta la extenuación. — Kassim dijo. — Todo para que la torre esté lista lo antes posible.

— Las estrellas se superpondrán completamente mañana. — Ella continuó. — Khalamôrdo no se arriesgará a cometer otro error, porque sabe que nunca tendrá otra oportunidad. Hoy exigirá a sus esclavos que terminen su trabajo, aunque cueste la vida del último de ellos. Mañana, de madrugada, subirá las escaleras hasta la cima y comenzará el ritual. Entonces el mago será vulnerable.

— ¿Estás seguro? — Preguntó Murat.

— Sí, totalmente. — Anya dijo. — Puedo sentir la confusión en la mente de nuestro enemigo. El sueño al que ha dedicado toda su vida está tan cerca que casi puede tocarlo. No esperará ni un segundo más para empezar la invocación.

— Si estas aguas pueden llevarnos al interior de la torre, como dijo Kassim, podremos acercarnos sigilosamente y matarlo antes de que termine su hechizo. — Baruk concluyó.

La hechicera se agachó. De una bolsa que llevaba sacó un plato de cerámica y una daga afilada. Tocó el paquete traído por Baruk y pronunció palabras en la antigua e incomprensible lengua de los magos. Estas palabras bastaron para calmar a las serpientes, que se arrastraron pacíficamente fuera de su prisión hasta las rocas. Eran dos serpientes con escamas de color gris verdoso que formaban complejos diseños. Baruk, Kassim y Murat tenían miedo de las serpientes porque no las conocían. No sabían si estos animales eran venenosos, así que intentaron

mantenerse alejados. Anya tendió las manos a las serpientes, que se acurrucaron amistosamente en sus brazos.

— El encantamiento que voy a realizar me dejará en un profundo trance. — Dijo a sus compañeros. — Bajo ningún concepto me despertéis ni me interrumpáis. Aunque grite o llore. Aunque diga palabras inconexas, aunque os pida algo. ¿Lo habéis entendido?

Sorprendidos, los hombres se limitaron a asentir con la cabeza.

— Es el precio de la magia. — Dijo mirando fijamente a Kassim con una leve sonrisa en los labios.

Anya atravesó al animal que tenía enredado en el brazo izquierdo, haciendo que toda su sangre brotara sobre el plato. Dejó que el cuerpo sin vida del animal cayera al suelo y luego hizo un pequeño corte en su propia piel, haciendo que unas gotas de su sangre se mezclaran con la de la serpiente. El otro animal se desenrolló de su brazo derecho y fue a bañarse en la mezcla sanguinolenta. En ese momento, la hechicera cayó de espaldas al suelo, gimiendo y retorciéndose. Murat, movido sólo por sus instintos, corrió en su ayuda, pero fue contenido a tiempo por Baruk y Kassim, que le recordaron la recomendación de la propia Anya de no interferir.

Lentamente, la serpiente entró en el agua, dejándose llevar por la corriente. Los hombres que observaban temerosos no lo sabían, pero el pequeño hechizo que habían presenciado dio a Anya el poder de ver con claridad a través de los ojos del animal, que se desplazaba por túneles subterráneos. Mientras su cuerpo se debatía en el suelo, con gruñidos animalescos y ojos entrecerrados, su espíritu presenciaba los numerosos caminos labrados por el agua en la oscuridad. Vio cómo el agua llenaba por completo los túneles en apenas unos instantes, lo que demostraba que el curso había tenido caudales más abundantes en el pasado. Anya recordaba perfectamente cada parte del viaje. Su intención con este inusual viaje era guiar a los soldados en su misión. Entonces, en cierto punto, el agua ocupó todo el espacio y el camino por el que fluía la corriente. Poco después, la fuerza del agua disminuyó y una tenue luz guió a la serpiente hasta la orilla. Anya se encontró en un pozo tallado en piedra arenisca, iluminado por la abertura redonda del techo. La luz del sol no entraba directamente en la habitación, lo que sugería que algo por encima de la abertura bloqueaba el cielo. A través de los ojos del animal vio un complejo sistema de cuerdas y poleas que transportaban cubos desde el espejo de agua. La serpiente entró en un cubo parcialmente sumergido en el agua, donde se acurrucó y esperó. Pronto las cuerdas se movieron, elevando el cubo a la superficie, donde un esclavo asustado derramó todo su contenido en el suelo.

Anya se topó con los interiores de la gran torre, tal como los había descrito Kassim. Hombres desnudos subían a toda prisa por las plataformas de madera. Esclavos delgados y débiles, con pelo y barba largos y rostros demacrados. Tenían viejas cicatrices y quemaduras recientes por todo el cuerpo. Registros de la crueldad a la que fueron sometidos por los Heraldos del Hambre. Los seres de capa gris con pequeños cuernos en la cabeza caminaban entre los esclavos, vigilándolos y castigándolos por cualquier motivo.

La serpiente se arrastró entre los cuerpos de los hombres muertos que se amontonaban en el suelo, siendo capturada por los prisioneros que, al parecer, se encargaban de recoger a los muertos. Uno de ellos no se dejó intimidar por el peligro potencial que representaba el animal y la mató inmediatamente, probablemente para devorarla y saciar así su hambre. Inmediatamente, el espíritu de la hechicera fue enviado de vuelta al cuerpo que había abandonado, haciendo que se despertara de repente. Se aferró a los hombros de Baruk, que esperaba ansioso el final del trance a su lado. Anya rompió a sudar frío, sus ojos se abrieron de par en par y su cuerpo seguía temblando.

La hechicera garabateó sus visiones en una gran hoja de papel con pluma y tinta. Había permanecido en silencio desde que regresó de su viaje espiritual, necesitando la ayuda de algunos soldados para volver a la superficie. Su mirada estaba perdida, como si su mente aún no hubiera regresado del todo de su trance mágico. En un instante se levantó, llevándose consigo el papel en el que había estado trabajando. Lo extendió sobre la mesa, mostrando lo que parecía un mapa.

— Ya hemos llegado. — dijo, señalando con sus manos temblorosas el punto superior de un tortuoso conjunto de líneas sobre el papel—. — Los dioses están con nosotros, pues el río subterráneo atraviesa un período de sequía. Gran parte del camino son pasillos parcialmente inundados, todavía llenos de aire. En muchos puntos nuestros soldados podrán incluso caminar. ¡Por aquí! — Dijo señalando otro punto. — En este punto las rocas se estrechan, permitiendo pasar sólo a los más esbeltos. Aquí el peligro es grande, porque los soldados quedarán completamente sumergidos y no habrá forma de volver. Luego no hay más que calma hasta llegar al pozo interior de la torre. Todo está allí, exactamente como Kassim nos lo describió.

— ¡Gracias a los dioses! — exclamó Murat agradecido. — Tendremos nuestra oportunidad.

— No esperes facilidad, mi príncipe. — Dijo Anya. — La torre es enorme y la vista desde dentro es sencillamente horrible. Plataformas de madera recorren las paredes, como un inmenso

laberinto vertical. Un incauto podría perderse fácilmente, sin saber qué escalera subir ni qué camino tomar.

— Perdóneme, señora, pero creo que deberíamos animarnos. — Dijo Baruk. — El mago no podrá predecir nuestra presencia. Así, las posibilidades de éxito de una incursión sigilosa serán mucho mayores. En cuanto a la posibilidad de perdernos en las entrañas de la torre, sugiero que Kassim nos acompañe en la misión. Conoce muy bien el entorno y podría guiarnos fácilmente por las rutas más seguras y discretas hasta la cima.

Kassim, que escuchaba en silencio, se levantó de la silla con los ojos muy abiertos por la sorpresa. El corazón le latía con fuerza y jadeaba ante la mera posibilidad de volver a los dominios del mago.

— ¡No!", gritó. — Nunca volveré a ese lugar. — Dijo mientras salía de la tienda con paso firme.

Kassim se dirigió a la tímida colina donde la noche anterior había contemplado las estrellas con Anya. Allí se quedó contemplando el cielo mientras el sol se ponía. Pronto las estrellas vinieron a hacerle compañía. Por un momento sintió la familiar comodidad que sentía cuando, en las cuevas, contemplaba las estrellas con sus amigos Johann y Emir. Recordó que estaba solo, que sus amigos habían abandonado este mundo y que todo a su alrededor corría un gran peligro. El brillo de la gran estrella era tan intenso que competía con la luna llena, dando al cielo nocturno una tonalidad ligeramente rojiza. Un preludio de la destrucción que se abatiría sobre la tierra.

Kassim divisó dos siluetas en la difusa luz de la lejanía y reconoció rápidamente a sus legítimos dueños. Anya y Baruk venían hacia él. Se acercaron al hombre acurrucado entre los arbustos con sonrisas fraternales en los rostros.

— Elaboré un discurso en mi mente mientras te buscábamos. — Anya dijo. — Algo sobre la importancia de nuestra misión y el mal que Khalamôrdó traerá al mundo si sale victorioso. Pero veo que no hace falta decir nada. Eres un observador de estrellas, sabes leer las señales. El cielo rojizo de esta noche muestra lo que está por venir.

— Te necesitamos con nosotros mañana, Kassim. — Baruk dijo.

— No puedo ayudarlo, Capitán. No soy un guerrero. Nunca he ganado una pelea, nunca he estado en batalla y no tengo ni idea de cómo manejar una espada.

— No necesitamos un guerrero, sino un guía. — Respondió Baruk. — Alguien que nos enseñe el camino hacia la cima. Nos enfrentaremos al mago, no a ti.

— Haré un mapa y te advertiré de los peligros, como hizo Anya cuando divisó los caminos subterráneos a través de los ojos de la serpiente.

— Sabes tan bien como yo que esto no funcionaría. Las plataformas no son tan inmutables como los caminos labrados por las aguas, y son mucho más complejas. — Dijo la hechicera. — En el poco tiempo que he podido ver el interior de la torre, he observado que los hombres modificaban los andamios para alcanzar nuevos espacios. Así que concluyo que las plataformas actuales no son las mismas que había cuando os rescatamos. Sólo alguien que ha vivido allí tanto tiempo puede comprender inmediatamente los caminos del laberinto.

— Fui el único que escapó. El único que salió de las garras del mago y se mantuvo con vida. — dijo Kassim con lágrimas en los ojos. — Allí aprendí lo que era pasar hambre y sed. Durante años trabajé bajo el calor y la lluvia, atado con cadenas y atormentado por los azotes. No me hagas volver, te lo ruego.

Anya se inclinó hacia Kassim con la ternura de quien se acerca a un niño asustado. Le cogió las manos ásperas y callosas y le miró a los ojos.

— Vi los cuerpos de sus hermanos abandonados en el suelo, descuartizados como insectos. Vi esclavos castigados sin motivo. Fui testigo de una porción del infierno durante el breve tiempo que estuve en la torre. Así que comprendo tus temores y me solidarizo con tu dolor. — Ella dijo. — Pero todos los terrores que has experimentado no serán nada comparados con la destrucción que Khalamôrdo planea traer a nuestro plano. Todo lo que admiras, todo lo que has amado, se convertirá en alimento para El Hambriento. Eres libre de elegir: puedes quedarte y esperar o puedes abandonar este campamento si lo deseas. No te lo impediremos.

— Yo, Baruk—Maharib—Alsharaf, capitán de la guardia real del ejército de Marenia, prometo que tu seguridad será una prioridad en nuestra misión. Protegeré vuestra integridad con mi propia vida si es necesario. — Dijo el capitán. — Todo lo que tienes que hacer es mostrarnos el camino. Luego podrás esconderte o huir mientras completamos nuestro trabajo.

Anya tocó suavemente el hombro del capitán y éste se dio cuenta de que era suficiente.

— Nos reuniremos mañana al amanecer en el centro del campamento. Espero que tú también estés allí. — Dijo el capitán mientras se alejaba con Anya.

Muchas cosas pasaban por la mente de Kassim en ese momento. Su corazón anhelaba escapar. Incluso con el fin de todo acercándose, sentía que era un privilegio poder disfrutar de su libertad. Mientras tanto, su mente se entristecía. Pensó en lo que Emir pensaría de él si se acobardaba. Pensó en Alissa y en la pequeña Stella y en cómo les afectaría su decisión. En medio

del conflicto que se desarrollaba en su cabeza, se produjo un instante de claridad. Kassim se dio cuenta de que algo no iba bien, de que todo el diálogo que acababa de mantener era innecesario dada la gravedad de la situación.

— ¡Anyá! — Gritó, atrayendo la atención de la hechicera, que ya se encontraba a cierta distancia. — ¿Por qué no usaste tu magia para convencerme? Podrías hechizarme y obligarme a ir con Baruk, incluso en contra de mi voluntad. Si la lucha es tan urgente y el propósito tan importante, ¿por qué me dejas elegir?

La hechicera sonrió y su bello rostro iluminado por la luz rojiza del cielo alegró la noche.

— Yo no soy como Khamôrdo. Quiero amigos, no esclavos. — Ella respondió.

Capítulo X

La Cima del Mundo

Su corazón rebosaba de alegría. En la llanura de verdes campos, Alissa esperaba sonriente la llegada de su marido tras años de separación. Incapaz de contenerse, Kassim corrió hacia su amada en cuanto reconoció su imagen en el horizonte azul. Se abrazaron sobre la hierba con lágrimas de emoción por su ansiado reencuentro. Kassim sintió el calor del cuerpo de su mujer abrazando el suyo. Podía oler el agradable aroma de su pelo en la refrescante brisa de la tarde. Por último, sintió el añorado sabor de los labios de Alissa y deseó que el tiempo se detuviera allí para siempre.

— ¡Alissa, mi amada! Durante nueve años soñé con este momento. Incluso cuando todo parecía perdido, cuando el sufrimiento parecía interminable, mi corazón y mis pensamientos estaban contigo. Finalmente, mi voluntad me ha sido devuelta, y mi único deseo es estar contigo, mi amor, para siempre.

— Kassim, yo también he soñado con volver a verte durante todos estos años, pero la alegría que me ha proporcionado tu regreso durará poco. — dijo Alissa con expresión preocupada. — Has permitido que el mago ganara. Khalamôrdo es ahora un dios. En su mundo no hay amor, ni deseo, ni más voluntad que la suya.

— No entiendo lo que dices, Alissa. Estoy aquí contigo, por ti.

— Mira Kassim, ¡ya viene! — Señaló las nubes tormentosas que se acercaban, esparciendo relámpagos y truenos, acabando con el cielo azul.

— ¿Qué quieres de mí?

— Ve con ellos, Kassim. No tendrán éxito sin ti. Debes enfrentarte al mago. No hay otra manera.

Kassim se despertó en el suelo de la tienda donde había pasado la noche. Jadeaba y estaba cubierto de sudor. La pesadilla que acababa de tener parecía tan real que a su mente confusa le costaba entender dónde estaba y qué había ocurrido realmente.

Se levantó y vio que alguien había entrado en la tienda mientras dormía. Sobre la mesa había ropas oscuras que no se parecían a nada de lo que había visto hasta entonces. Sobre ellas había una nota con letras cuidadosamente dibujadas que decían:

Sólo los dueños de su propia voluntad pueden cambiar su destino.

Ponte esto y reúnete con nosotros junto al pozo.

Anya.

En la mañana gris, tan rara en el desierto, el brillo de la gran estrella roja ya no podía ser contenido por las nubes que cubrían el cielo. Las estrellas más brillantes le habían cedido su fuerza. Una señal visible de que los dioses guardianes de aquella realidad se habían doblegado a la voluntad del mayor de los magos: Khalamôrdo el Magnífico.

Llegar hasta allí requirió muchos sacrificios por parte del mago. Era un hombre joven cuando dio su propia sangre como holocausto, iniciando así el mayor hechizo jamás realizado. Algo considerado por muchos como imposible. No tuvo miedo de enfrentarse a fuerzas que atemorizaban a los hechiceros más poderosos. Demostró una gran inteligencia al permanecer de incógnito, impidiendo la aparición de héroes dispuestos a detenerle.

Su único error en más de un siglo de esfuerzo ininterrumpido y dedicación exclusiva había sido sacrificar al desertor utilizando los poderes recibidos por los espíritus leales al Hambriento. Tanto dolor, miedo y desesperación alimentaban a los seres de las tinieblas, fortaleciéndolos en la guerra espiritual librada entre ellos y los guardianes. Pensó que era la forma más eficaz de llenar de miedo los corazones de los esclavos, eliminando de un plumazo cualquier posibilidad de una nueva insurgencia. En ningún momento imaginó que el sufrimiento de un solo hombre sería capaz de acelerar su hechizo de forma tan abrupta. Sin embargo, Ysnnar, su más fiel servidor, había sorteado todas las dificultades, cumpliendo al detalle el deseo de su amo. Mientras el hechicero se preparaba para partir y comenzar el ritual final, regocijándose en su inevitable victoria, Ysnnar ordenó a sus más hábiles artesanos que tallaran los últimos detalles en las piedras que formaban el altar.

Se puso su túnica púrpura y se mesó las suaves hebras de su larga barba blanca. Se puso su capa negra y su sombrero puntiagudo. El poderoso mago salió de su acogedora tienda, protegido por el demonio que se ocultaba a su sombra. Era un espíritu fiel al Hambriento, dotado de una fuerza sobrehumana y capaz de una gran violencia, encargado de proteger al invocador de sus enemigos más cercanos. Luego subió a la litera, donde se sentó cómodamente mientras los *Heraldos Silenciosos* iniciaban la caminata que le llevaría hasta su torre.

Por el camino, Khalamôrdo veía pasar lentamente el paisaje desértico y se alegraba al imaginar que el mundo que tanto despreciaba pronto sería completamente así. Su odio por la realidad que le rodeaba nació cuando aún era un niño y no hizo más que crecer con los años. El

destartalado joven no podía entender por qué algunos nacían para sufrir, mientras que muy pocos disfrutaban de lo mejor que la vida podía ofrecer. Intentaba comprender por qué los dioses concedían sus bendiciones sólo a unos pocos, por qué los afortunados se negaban a tender la mano a los desfavorecidos, viviendo sus vidas como si la injusticia no existiera. Su sed de respuestas le llevó a convertirse en siervo de Khala, el cuervo. Un notorio hechicero, conocido y respetado por su gigantesca sabiduría. Khala le daba comida y algo de dinero a cambio de sus servicios y, entre tarea y tarea, respondía a sus muchas preguntas.

— Maestro, ¿por qué unos tienen tanto y otros viven con tan poco? — Preguntó el joven una fría noche

El viejo mago interrumpió su lectura nocturna, quitándose las gafas para lanzar una mirada furiosa al insolente muchacho.

— El sufrimiento es el fruto del árbol del conocimiento, niña. Fruto que los humanos hemos elegido saborear. Ahora ponte a trabajar y conténtate con tu destino.

La respuesta era demasiado vaga para una mente tan inmadura. Convencido de que no obtendría nada más de su impaciente maestro, el chico decidió saciar su sed por su cuenta. Siempre que su maestro no estaba cerca, rebuscaba en sus numerosos libros en busca de respuestas. Era extremadamente cuidadoso y no dejaba rastro de sus investigaciones, pues era consciente del peligro que correría si el viejo mago se enteraba. Pasaron los años y el joven fue adquiriendo cada vez más conocimientos. Comenzó a espiar los ritos y hechizos que su maestro realizaba sin que éste se diera cuenta, imitándole en su ausencia y consiguiendo resultados similares. Hasta que Khala se dio cuenta de que su sirviente le estaba espiando y decidió castigarle. No podía imaginar que subestimar la fuerza de voluntad de un joven dedicado a buscar respuestas sería el error que le costaría la vida.

El insólito alumno ocupó el lugar de su maestro, heredando sus numerosos libros, pergaminos y notas. También tomó el nombre de su maestro. El nombre que conllevaba fama e infundía temor se unió al suyo, y nació Khalamôrdo, una leyenda entre los magos. Los conocimientos ancestrales acumulados por una larga estirpe de magos pasaron a manos de un aprendiz sin mentor. Khalamôrdo no aprendió ética ni reglas, nada sobre compasión o empatía. Para él, nada estaba prohibido y la verdad era algo que había que elegir.

Sin embargo, todo lo que había hecho, todos sus logros y poderes no bastaban para satisfacerle, porque su primera pregunta aún necesitaba respuesta. Recordaba haber visto al viejo mago invocar espíritus oscuros. Seres muy antiguos llenos de conocimiento.

— Si ni los hombres ni los libros tienen la respuesta, quizá sí la tengan. — Pensó.

Fue en una noche iluminada por la luna llena cuando le llamó. Un temido ser de las tinieblas, conocido por su sabiduría, deseoso de enseñar por un módico precio.

— Dime lo que hace tiempo que quiero saber. — Dijo mientras sacrificaba un conejo y ofrecía su sangre. — ¿Por qué prevalece la injusticia en el mundo? ¿Por qué algunos disfrutan de abundancia y poder, mientras otros pasan hambre y sólo obedecen?

— Los hombres deben recorrer caminos labrados por sus propias decisiones. — Respondió una voz gutural desde las sombras. — El pez en el mar y el pájaro en el aire no son libres de elegir sus caminos. Sólo repiten los designios de sus creadores y, desde su punto de vista, todos son iguales. La desigualdad proviene de la libertad.

Por fin, después de tantos años de búsqueda, le habían dado la respuesta. Khalamôrdo sabía qué hacer. Ahora sólo tenía que aprender a hacerlo. Las noches de invocación en luna llena se repitieron muchas, muchas veces, porque el mago tenía mucho que aprender.

La proximidad de la torre le sacó de sus recuerdos. Ahora podía verla frente a él. Más que eso, podía sentir el poder que emanaba de ella. Sabía que el precio a pagar sería extremadamente alto, pero hacía tiempo que se había comprometido a utilizar cualquier medio que le condujera al gran fin. El Hambriento traería una destrucción inimaginable, incluso a Khalamôrdo. Sin embargo, cuando su festín terminara, los plenos poderes sobre la realidad le serían entregados al mago. Khalamôrdo soñaba con traer de vuelta el mundo destruido, recreándolo en ausencia total del veneno del libre albedrío. Daría designios a los nuevos hombres que, como los peces y los pájaros, se contentarían con cumplirlos sin considerar otros caminos. Sería un mundo libre de deseos, necesidades y carencias. Un mundo de abundancia y plenitud, nacido de las cenizas de la injusticia y la desigualdad.

Llegaron. Khalamôrdo aterrizó al pie de la torre que se alzaba hasta las nubes. El ritual requería que el invocador ascendiera por las escaleras. Subir la escalera de caracol que lo llevaría a la cima del mundo sería un ejercicio muy pesado para un hombre tan viejo, pero no significaba nada para el hombre comprometido con su causa.

La torre estaba vacía porque, a excepción del arquitecto y su artesano que daban los últimos retoques, todos los esclavos esperaban en sus cuevas. Habían estado trabajando toda la noche, limpiando las escaleras y colocando los últimos detalles. Creían que estaban a punto de ser liberados, porque la torre estaba terminada y el mago ya no los necesitaría. Pobres hombres. No se daban cuenta de que, en lugar de recibir su recompensa y recuperar su libertad, serían

entregados como ofrenda al malévolos visitante.

Subió al escalón de piedra para iniciar el último paseo. Miró hacia arriba y vio que su sueño se elevaba hacia el cielo y tocaba las nubes. Miró a su alrededor y disfrutó de la calma del desierto.

A lo lejos, un pájaro hacía equilibrios sobre unas herramientas abandonadas. Un gran búho de plumas marrones y grandes ojos amarillos lo observaba atentamente. Un animal poco común en un terreno tan árido, más aún a la luz del día. El ave batió las alas y levantó el vuelo, desapareciendo poco después en el horizonte. Para Khalamôndo, este acontecimiento no era más que una curiosa coincidencia, incapaz de perturbar su glorioso momento. Comenzó el ascenso que le llevaría gran parte de sus fuerzas y buena parte del día. El mago subió cada peldaño lentamente, porque no tenía prisa. Quería disfrutar de cada breve instante de su victoria.

Baruk reclutó a ocho de sus hombres para la misión. Eligió entre los más hábiles a los más delgados y mejores nadadores, por recomendación de Anya. La hechicera temía que los hombres más corpulentos no fueran capaces de escabullirse por los estrechos pasillos submarinos. Vestían ropas más ajustadas, de color gris oscuro. Esperaban que esto les ayudara a mimetizarse con las paredes de piedra que escalarían. Sólo llevaban armas ligeras, como sables y dagas. Uno de ellos llevaba un arco atado al cuerpo y unas cuantas flechas. Anya les dio a cada uno una piedra del tamaño de la mitad de un puño cerrado, contenida en redes hechas de cuerda. Parecían piedras normales, lisas y sólidas como las pequeñas rocas que bordean los lechos de los arroyos. Anya aseguró a los guerreros que se encenderían en la oscuridad total, garantizando un mínimo de luz durante el tiempo suficiente para que pudieran escapar bajo tierra. Algunos se mostraron recelosos al recibir semejante regalo, pues temían las artes mágicas y sus consecuencias, pero se calmaron cuando Anya les aseguró que no se trataba de hechicería.

— Son sólo caprichos de la naturaleza, no hay ningún encanto en las piedras. Su sustancia absorbe la luz del día y la devuelve cuando oscurece, eso es todo. — Dijo mientras observaba cómo los guerreros se ataban los artefactos al cuerpo, como collares y brazaletes. Sin embargo, era temprano por la mañana. ¿Cómo podían brillar esas piedras sin haber estado expuestas al sol el tiempo suficiente? En ningún momento los astutos guerreros se preguntaron por el origen místico de la luz que había preparado estos artefactos durante toda la noche.

Bu, el búho, apareció en el horizonte, acercándose rápidamente. Su vuelo terminó en el cuero del guante que protegía las manos de su entrenador, el arquero de larga melena negra.

— El mago sube a la cima del mundo. — Ella dijo.

— Así que ha llegado el momento de marcharnos. — Baruk dijo.

— Te envidio, Capitán. Mi corazón anhela venganza. — Murat se lamentó.

— Marenia necesitará un rey. Ahora más que nunca. — El capitán respondió. — Sé que vuestro deseo es cierto, Majestad, pero no podemos arriesgarnos a perderos.

— ¡Esperad! — gritó un hombre delgado con el pelo dorado. Iba vestido como los guerreros, pero no llevaba armas.

— ¡Kassim! — exclamó Anya.

— No tiene sentido volver a ser libre si el mago gana. Si realmente crees que puedo serte útil, aquí estoy. Listo para pagar mi parte del precio de la libertad.

Murat dio a Kassim un largo y fuerte abrazo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

— Mi padre siempre elegía sabiamente a sus amigos. — Decía.

— Gracias. — dijo Anya mientras le entregaba una de las piedras a Kassim. — Esto te iluminará el camino.

Kassim se ató el artefacto al cuello, dejando que la piedra colgara sobre su pecho. Los guerreros se acercaron a él y le felicitaron por su valor.

— Ha llegado el momento y vuestro viaje debe comenzar. — Dijo el príncipe. — Recuerda lo que te han dicho y todo lo que está en juego. Debéis ganar o morir en el intento, no hay otra opción. Esta vez no luchamos por Marenia, sino por todo nuestro mundo.

Con las manos derechas apretadas contra el pecho y los pies firmemente plantados en el suelo, los guerreros acogieron con satisfacción las palabras de su príncipe. Se disponían a descender al pozo para revisar sus armas cuando la hechicera hizo su última recomendación.

— Khalamôrdo debe morir.

Los soldados comenzaron a descender por las cuerdas hacia la sala subterránea, cuando Baruk se dio cuenta de que Anya le dirigía una mirada triste y temerosa. Fue a su encuentro. Sus brazos rodearon suavemente el cuerpo de la hechicera, gesto que culminó con un suave beso de despedida. Kassim apenas podía creer lo que acababa de presenciar, pero enseguida se dio cuenta de que era el único sorprendido entre los presentes.

— Vuelve conmigo. — Susurró mientras el capitán se alejaba.

Kassim bajó por las cuerdas tras el capitán. La sala estaba iluminada por la luz matinal que entraba por la abertura de las rocas del techo y llegaba hasta el agua cristalina.

— Siempre supe que vendrías. — Baruk le dijo a Kassim.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro cuando yo mismo lo dudaba?

— Eres un hombre valiente, Kassim. Acobardarse no está en tu naturaleza. — Dijo el capitán.

Uno a uno fueron entrando en el agua por su parte más profunda. Kassim nunca había sido un nadador experto y tuvo que ser ayudado por los soldados para llegar a la parte más profunda. Una vez pasado este punto, el río se abría en estrechos pasillos donde bolsas de aire, de un metro y medio de altura, separaban el agua del techo, permitiendo a los hombres respirar tranquilamente. Como Anya había predicho, las piedras que había dado a los soldados adquirían un fuerte brillo verdoso cuando se encontraban en la oscuridad de las profundidades, lo que permitía cruzar los corredores. Baruk encabezaba la marcha con dos sables en vainas atadas al cuerpo, uno de ellos apenas mayor que una daga. Llevaba un pequeño mapa de cuero crudo, con trazos y anotaciones hechos en agua caliente, de modo que seguía siendo legible incluso empapado. El capitán consultaba el mapa cada vez que se presentaba una bifurcación en el camino, obedeciendo al detalle las instrucciones dadas por la hechicera.

Kassim se maravillaba con cada paso y cada trazo bajo tierra. A lo largo de miles de años, el agua había esculpido maravillas tan bellas como inaccesibles. En el techo de los pasillos había cristales que reflejaban la luz, formando insólitos diseños en las paredes. Majestuosos salones, tranquilos lagos de agua cristalina y numerosas playas de suave arena se ocultaban sobre la poca profundidad de la aridez del desierto. Eran los primeros hombres que pisaban aquellos espacios, los primeros ojos que presenciaban tanta belleza y probablemente serían los únicos.

— ¡Atención, caballeros! — advirtió Baruk. — Debemos sumergirnos de nuevo. Será la última y más larga inmersión. Emergeremos tras cruzar una fisura en el fondo, bajo la gran torre. Traten de no hacer ruido. Nuestra venganza está cerca.

Caminaron de uno en uno por el estrecho pasillo, donde el agua se hinchaba en una corriente más fuerte. Baruk fue el primero en aventurarse. Su cuerpo se hundía más y más con cada nuevo paso, hasta que desapareció definitivamente, absorbido por el agua. Poco después le llegó el turno a Kassim. Caminó temeroso entre el agua espumosa que chocaba contra las rocas y, de repente, fue engullido por una fuerza muchas veces superior a la suya. Pronto quedó sumergido entre las rocas. La fuerza del agua dificultaba sus movimientos, impidiéndole

liberarse. Poco a poco sintió que sus pulmones se quedaban sin aire. Cuando consiguió alinear los hombros con la estrecha abertura, la fuerza del agua que se acumulaba encima bastó para impulsarle el resto del camino. De repente, se vio libre en medio de un gran volumen de líquido. Guiado por la luz y desesperado por respirar, agitó los brazos y las piernas en busca de la superficie. Kassim salió forcejeando violentamente, respirando furiosamente y aullando de alivio. Esta reacción preocupó mucho a Baruk, que temía que sus enemigos se sintieran atraídos por el ruido. El capitán acudió rápidamente en ayuda de Kassim y lo calmó.

— ¿Así que este es el lugar? — preguntó Baruk.

— Sí. — Kassim respondió con dificultad. — La torre se eleva sobre este pozo.

— Esas rocas parecen buenas para escalar. Vamos. — ordenó Baruk a los hombres, que no tardaron en obedecer.

En silencio, treparon por las rocas, aprovechando sus imperfecciones para apoyar pies y manos. Cuando se recuperó, Kassim no tuvo problemas para alcanzar a los marenianos agrupados más arriba.

— Por los dioses, ¿qué es esta cosa? — se preguntó el sorprendido capitán. La visión de una maraña de andamios, cuerdas, escaleras y plataformas que parecían elevarse hasta el infinito desafiaba la comprensión. — ¿Cómo han escalado esta cosa sin caerse?

— No lo sé, nunca he tenido tiempo de preguntármelo. — respondió Kassim. — Normalmente pasaba la mayor parte del tiempo evitando castigos. Es la primera vez que veo este lugar vacío.

— ¡Subir a la cima nos costará el resto del día! — exclamó un soldado.

— Kassim, te necesitamos ahora. — dijo Baruk, mirando a los ojos del antiguo esclavo. Sus manos agarraron con fuerza los hombros de Kassim. — Guíanos por el camino más rápido hacia la cima, cada momento importa.

— ¡Seguidme! — El dijo.

Kassim subió la primera escalera que encontró, con la esperanza de reconocer mejor el lugar viéndolo desde más arriba. Acostumbrado a subir instintivamente por los innumerables caminos siempre llenos de esclavos, Kassim no fue capaz de reconocer el lugar de inmediato. Así que buscó en sus recuerdos y se dio cuenta de que no conocía los caminos con la mente, sino con el cuerpo. Siempre se había dejado llevar por la corriente de la multitud asustada, concentrándose en mantener el equilibrio. Cerró los ojos, ya que le impedían conectar con el

pasado. Con los ojos cerrados, su cuerpo sabía qué hacer y adónde ir. Avanzó sin miedo por los andenes estrechos y desprotegidos y subió las escaleras, seguido por soldados que envidiaban su vigor. En caso de duda, sólo tenía que cerrar los ojos para revivir el calor, el dolor de los castigos, el peso de las piedras sobre su espalda, la sed que no podía saciar, los olores de los hombres privados de todo cuidado. Entonces, de inmediato, supo qué hacer.

A medida que pasaba el tiempo, Kassim tenía que detenerse y esperar a los guerreros que tenían dificultades para seguirle. Su ingenio en las numerosas trampas del laberinto vertical no podía ser igualado por sus compañeros. Trepaba por las plataformas con la velocidad de un gato que huye por paredes y tejados. No sólo las plataformas eran estrechas y las escaleras inestables, sino que el interior de la torre ofrecía la oscuridad como un peligro adicional. La abertura de la parte superior que Kassim aún recordaba había sido cerrada. En su lugar había una losa de cemento y piedras, sostenida por troncos de madera. Toda la luz que penetraba en el interior procedía de las aberturas laterales. Pasillos por los que pasaban los esclavos cargados de materiales.

Tras muchos desafíos y casi caídas, llegaron a la plataforma más alta. Allí se detuvieron unos instantes, para que los guerreros pudieran recuperar fuerzas.

— ¡Mira, Capitán! No parece cansado en absoluto. — Advirtió un soldado sorprendido.

— Habrías sido un gran soldado, Sr. Kassim. — dijo Baruk. Abrazó a Kassim con gratitud y ternura. — Nunca lo habríamos logrado sin ti. Tu gesto no será olvidado. Ahora vete, vuelve a tierra y escóndete. Pronto te encontraremos.

Baruk adoptó una posición de vanguardia, proyectándose hacia el pequeño pasillo que conducía a la escalera exterior. Desenvainó los dos sables que portaba, empuñando la hoja más larga con la mano derecha.

— La muerte espera en la cima. Hagámoslo lo mejor posible, para que elija a nuestro enemigo antes que a nosotros. — Dijo el capitán, sonriendo.

Los guerreros bajaron las escaleras hacia su destino, mientras Kassim descendía las plataformas lentamente y con vacilación. Al principio pensó que sus sentimientos eran el resultado de su miedo a bajar. Después de todo, siempre había utilizado esta ruta para subir, como todos los esclavos, y bajar era como entregarse a lo desconocido. Entonces oyó los ruidos de la batalla justo arriba y su corazón se confundió. Temía por su vida más que nunca, pues ahora era un hombre recién liberado que redescubría sus sueños. Quería volver a su patria, volver a ver su amada ciudad y, sobre todo, quería estar de nuevo con su familia. Sin embargo, la idea

de que hombres tan valientes lucharan por su existencia le hizo recapacitar.

— ¿Había puesto realmente mi granito de arena? — pensó inmóvil, mirando distraídamente a la nada.

Se oían gritos y temblores por encima de su cabeza mientras la tenue luz que entraba por los portales y pasillos se volvía roja como la sangre. ¿Habían fracasado sus amigos tan rápidamente? ¿Había conseguido el mago su malvado objetivo?

Una mezcla de curiosidad y miedo se apoderó de su corazón. En un rincón encontró un viejo pico. No era más que un viejo trozo de metal oxidado con un mango de madera desgastado, pero seguía siendo lo bastante afilado y resistente como para infligir daño a un enemigo. Kassim cogió la única "arma" que sabía manejar y se dirigió a la escalera exterior para ver qué pasaba.

Fuera, le invadió el pavor. Toda la inmensidad del paisaje era escarlata, incluso las nubes reflejaban el rojo procedente de la gran estrella. En el horizonte, una figura de proporciones titánicas se formaba lentamente. Algo parecido a la horrible ilustración que había visto en el libro de Anya. Kassim se apresuró a subir las escaleras, aterrorizado pero decidido. Vencería al mago o moriría en el intento.

El mago subió las alturas, paso a paso, con pesar. Estaba impresionado con el resultado de sus esfuerzos, notando que la torre había sido terminada mucho mejor de lo esperado. Ysnar había ordenado a los hombres que seleccionaran las mejores rocas, de textura regular y forma uniforme, para cubrir las paredes, los escalones y los parapetos. Su amo estaba positivamente asombrado por la calidad del trabajo.

A pesar de sus grandes poderes y de todos los conocimientos que había acumulado a lo largo de tantos años, Khamôrdo seguía sin ser superior al tiempo. Era un anciano cuya existencia se había prolongado mágicamente gracias a muchas ayudas místicas. Las piernas le dolían cada vez más a cada paso. Su espalda le mantenía erguido con dificultad y, de no ser por su bastón, pronto sería incapaz de mantenerse en pie.

Su frágil composición física hizo que subir a la torre fuera una tarea de todo un día, lo que le obligó a detenerse varias veces y recuperar fuerzas. El mago aprovechaba cada parada para fortalecer también su mente, con la visión de su conquista. La visión del horizonte gris y sus llanuras interminables, la torre que se extendía hasta las nubes e incluso los numerosos pasos que aún estaban por llegar, llenaban su corazón de alegría, pues anunciaban su inevitable revolución. Con su intervención, toda el hambre, el sufrimiento y el desprecio que había sentido en su

juventud cobrarían sentido. Todo el dolor, los sacrificios y las renunciaciones inherentes al camino que había decidido seguir estarían justificados. Pronto recibiría todo el poder, toda la sabiduría y el control total sobre el tiempo, el espacio y la realidad. Se sentaría en el trono destinado a la más poderosa de las deidades: Khalamôrdo, el único dios.

El sabio mago disfrutaba de una gran tranquilidad. Al fin y al cabo, todos sus designios se habían cumplido, su plan se había realizado plenamente y, hasta donde alcanzaban sus conocimientos, nada ni nadie podía detenerle en ese momento. Sin embargo, prefirió adoptar una postura cautelosa, porque sabía que la escalada y el ritual de invocación le convertirían en un anciano indefenso. Así que, además de su sombra, que se extendía sobrenaturalmente por los escalones tras él, Khalamôrdo iba acompañado desde la distancia por seis de sus Heraldos Silenciosos, encargados de escoltarle en su último y más importante viaje. Fieles servidores del Espíritu Hambriento, dispuestos a todo para asegurar su llegada, le protegerían en la cima del mundo. Además de estos guardaespaldas más cercanos, cientos de Heraldos Silenciosos estaban repartidos por la torre, tan inmóviles y aterradores como los espantapájaros a los pájaros pequeños. Aún más criaturas sin rostro custodiaban a los esclavos en sus cuevas. Hombres carentes de voluntad y esperanzados en una liberación que nunca llegaría.

Finalmente, los escalones terminaron y el mago fue recompensado una vez más por la exactitud de sus cálculos. En el gran patio de la cima encontró a Ysnnar y a uno de sus artesanos. Estaban dando los toques finales al trabajo que él había encargado. Un gran círculo de invocación tallado en las piedras lisas que revestían el suelo, con surcos profundos e inscripciones antiguas. Caracteres que se extendían uniformemente a lo largo de los bordes interiores y que eran ilegibles excepto para el mago. Había instruido personalmente a Ysnnar y a sus hombres más hábiles para que se aseguraran de que todo estuviera perfecto.

El círculo que se abría a diez metros de diámetro en el centro del patio de piedra pulida era una parte esencial del hechizo, responsable de canalizar toda la energía acumulada en la torre hacia su maléfico propósito. Khalamôrdo ordenó limpiar y pulir todo aquella mañana. También ordenó a los hombres a su cargo que esperasen su llegada. Su plan era muy sencillo: asegurarse de que el círculo quedara perfecto, pues el pavor causado por su presencia impediría cualquier error, por pequeño que fuera. También quería tener al menos un esclavo en lo alto de la torre con él, ya que le serviría por última vez.

Ysnnar se arrodilló en presencia de su amo, al igual que el esclavo que lo acompañaba. Al principio, el hechicero los ignoró, limitándose a contemplar el círculo perfecto tallado en el granito del suelo. Todo se ajustaba plenamente a sus órdenes, incluso mejor de lo que había imaginado en muchos aspectos. El granito gris azulado reflejaba su imagen como un espejo, las

inscripciones estaban perfectamente talladas en los lugares adecuados y los surcos tenían la profundidad justa, cerrando el gran círculo con maestría.

— Levantaos, amigos míos, porque ha llegado nuestra hora. — Ordenó el mago a Ysnnar y al esclavo, que obedecieron de inmediato.

— ¿Le gusta nuestro trabajo, mi maestro? — preguntó Ysnnar, sonriendo, porque había notado una satisfacción contagiosa en el rostro del hechicero.

— Tu trabajo me llena de alegría, arquitecto. Has superado mis expectativas. — Dijo el mago. Su mano derecha rodeó amorosamente la nuca de Ysnnar. Sus ojos se iluminaron de alegría. — Ahora vete, fiel amigo. Ha llegado el momento de cumplir mi propósito, y debo estar solo.

Ysnnar se sintió más orgulloso que nunca. Aquella había sido la mayor muestra de afecto que jamás había recibido de su amado maestro. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón latió feliz. Se dirigía hacia las escaleras con el esclavo que lo había ayudado con los últimos detalles cuando la profunda voz del hechicero dio una última orden.

— Ysnnar, permite que este muchacho me haga compañía por un tiempo más. Necesitaré ayuda con los preparativos.

El prisionero miró al arquitecto, que pudo sentir todo su pavor. En un instante, Ysnnar abandonó las nubes de la satisfacción para caer en la confusión.

— ¿Por qué eliges a este joven y no a mí, tu más fiel servidor? Ayudarle sería un honor para mí, un honor que he hecho mucho para merecer. ¿Por qué has elegido el espanto de este hombre en lugar de mi alegría? — preguntó el arquitecto en sus pensamientos. De mala gana, lleno de envidia y pena, Ysnnar hizo lo que era su costumbre. Incluyó la cabeza en reverencia al gran mago del desierto y dijo:

— Sí, mi amo.

El arquitecto se retiró escaleras abajo. Su corazón rebotaba resentimiento hacia su maestro.

— ¡Acércate! — ordenó Khalamôrdo al delgado y muy asustado esclavo, que se dirigió hacia él con la cabeza gacha, entrando en el gran círculo tallado en el suelo.

La parte superior de la torre era como una amplia terraza circular. Las escaleras terminaban en la parte inferior, donde se alzaba un tétrico monumento. Piedras rectangulares, pulidas y macizas, sostenidas horizontalmente por columnas de piedra de las mismas proporciones. Se balanceaban cerca del borde del patio revestido de granito brillante y pulido, formando un

extraño y amplio corredor que se extendía hasta el círculo del suelo. Más allá, había un púlpito y, frente a él, el patio se deformaba en una plataforma hacia el vacío del abismo. Una plataforma que se estrechaba a medida que se alejaba del resto de la estructura. No había nada más. Ni barandillas ni parapetos. Sólo la inmensidad del paisaje y el aullido de los vientos.

Khalamôrdo se quitó el sombrero, dejando que el viento se lo llevara, abrió su gran libro en el púlpito de piedra reluciente, desdeñando al temeroso hombre que le seguía tímidamente. El papel contenía un antiguo texto, escrito en una lengua muerta hacía mucho tiempo, que el mago se disponía a recitar. Palabras de maldición que sellarían el fin de los tiempos y entregarían el mundo a la destrucción. El demonio que se ocultaba en la sombra del mago se levantó de nuevo, agarrando al joven esclavo. Muchas manos hechas de pura oscuridad lo envolvieron, apretando con fuerza sus brazos y piernas, como si una fría turba lo inmovilizara desde atrás y le impidiera luchar. Una fuerza desconocida lo levantó del suelo, haciéndolo levitar hasta el borde del círculo de invocación, sobre una de las inscripciones.

— ¡Piedad, amo! — suplicó el esclavo que preveía su destino.

El recuerdo del pobre hombre sacrificado por el mago y su sombra volvió a él, haciéndole temer por su vida. Entonces una mano fría, negra como la noche, le agarró la frente, estirándole el cuello. Vio que el mago se acercaba, sacando de su negra capa una daga adornada con piedras preciosas.

— Maldito seas, mago. No puedes hacer esto. — Gritó el esclavo, seguro de su fin. — Nos prometiste la libertad cuando todo terminara. Dijiste que recibiríamos tus bendiciones.

— Nunca hice tal promesa. — Dijo el mago con calma, antes de asestar el golpe que atravesó el cuello del esclavo, que gritó y se estremeció durante largos instantes hasta derramar toda su sangre. El cuerpo sin vida fue arrojado hacia la escalera, donde permaneció mientras la sangre llenaba lentamente los surcos del círculo y sus inscripciones.

El viento arreciaba y las nubes del cielo se oscurecían. Se oyeron truenos, como si se aproximara una gran tormenta. Era la naturaleza reaccionando ante la horrible profanación que se avecinaba. Khalamôrdo volvió al púlpito, donde colocó la daga ensangrentada sobre el libro que lo guiaría. Miró hacia atrás y vio al público de Heraldos Silenciosos alineado en su honor. Vio cómo el círculo de sangre se volvía rojo, emanando la energía acumulada por años de dolor y sufrimiento de los esclavos. Sonrió al ver el final de su arduo viaje. Se quitó la capa, entregándola a los fuertes vientos. Se volvió hacia su libro y comenzó a recitar blasfemias. Comenzaba el ritual.

Sin embargo, algo importante se le había vuelto a escapar de las manos, un simple detalle que había pasado desapercibido en medio de la emoción de hacer realidad su sueño. Ysnnar no había asimilado la elección de su maestro. Estaba dolido, porque creía que era el único digno de ayudar al mago en el momento final. Cuando se le ordenó partir, Ysnnar sólo había bajado unas escaleras y regresado. Había sido un siervo fiel y devoto y había prestado su completa obediencia a su amo durante muchísimos años, pero aquel día decidió quebrantar su última orden. Movido por una exótica mezcla de envidia y curiosidad, se escondió entre las piedras apiladas que formaban el monumento en la parte inferior, donde permaneció invisible.

El arquitecto fue testigo de todo. Asustado por la ejecución del joven esclavo, Ysnnar huyó a la escalera exterior, donde se refugió dos pisos más abajo. Se sentó en los escalones y observó la transformación del tiempo, lamentando todas las decisiones que lo habían llevado hasta allí.

— No liberaré a nadie, ni siquiera a mí. Sus intenciones eran malas, siempre lo fueron. — Pensó el arquitecto, sofocado por terribles remordimientos. Después de tantos años, Ysnnar por fin tenía la mente liberada del hechizo e inundada de dudas. — ¿He entregado mi amor a un dios falso?

Baruk fue el primero en llegar a la cima. Lo primero que vio fue el cuerpo sin vida de un esclavo tendido en el suelo. Hizo una señal a sus hombres para que se mantuvieran discretos y empezó a arrastrarse por el frío suelo de granito. Los Heraldos Silenciosos, que estaban alineados justo delante, no les permitieron ver a su objetivo. Sin embargo, la profunda voz que se mezclaba con los truenos, proclamando frases en un idioma desconocido para ellos, les indicó que el hechicero se encontraba a pocos metros y que el temido ritual ya había comenzado.

Entre los soldados elegidos por Baruk para la misión más importante de la historia había un hombre llamado Abbas. Era esbelto y altivo, de piel clara y pelo corto y gris. Era uno de los mejores arqueros del ejército marenio, ampliamente conocido por la precisión de sus disparos. Cuando recibió la noticia de su capitán, que le explicó la importancia de detener al responsable de la muerte de su rey, Abbas se preparó sabiamente. Eligió un arco recurvo corto, capaz de una gran precisión a corta distancia y lo bastante pequeño para poder transportarlo por los estrechos túneles subterráneos. Llevó consigo seis flechas que diferían en peso y flexibilidad, porque creía que era necesario un único disparo perfecto para acabar con la locura del mago.

Abbas tocó el hombro de su capitán, señalando su intención sólo con gestos. Quería subir a la derecha del monumento de piedras apiladas y alcanzar así una posición más favorable para el disparo fatal. Al recibir la señal positiva de Baruk, Abbas escaló las piedras silenciosa y

rápidamente, pasando desapercibido. Desde arriba, pudo ver al mago con su túnica púrpura, los brazos levantados frente al púlpito, recitando su conjuro. Se agachó para mantener el equilibrio mientras el viento arreciaba. Podía ver la luz roja que emanaba del círculo en el suelo, veía rayos que se acercaban cada vez más. Cogió una de las flechas que llevaba atada a los muslos. Una flecha flexible, de punta afilada, algo más pesada y con plumas de águila en la culata. Un instrumento de fina precisión, ideal para la distancia a la que se encontraba el objetivo. Tiró de la cuerda y apuntó a su objetivo. Utilizó toda su experiencia para compensar el viento constante, desplazando ligeramente el arco hacia el lado opuesto del vendaval. Esperó el momento adecuado, cuando el viento no fuera demasiado fuerte. Previó que su flecha daría en la nuca del mago, matándolo al instante. Finalmente, Abbas soltó la flecha en su vuelo fatal. El zumbido del aire al ser cortado fue como música para él y sus compañeros. Quedó atónito al ver surgir de la sombra proyectada por el cuerpo del mago en el suelo un ser con aspecto de hombre esculpido en la oscuridad. Esta aparición fue capaz de agarrar la flecha con sus propias manos y romperla fácilmente antes de que pudiera suponer ningún peligro para el mago.

— ¿Quiénes sois? — preguntó Khalamôrdo a los guerreros que aparecieron.

Abbas se quedó atónito ante semejante maldad, sin darse cuenta a tiempo de que uno de los Heraldos Silenciosos le atacaba con su cadena de fuego. El golpe le seccionó el brazo izquierdo y le atravesó profundamente el pecho. Abbas, el brillante arquero, fue el primer mareniano en caer.

Khalamôrdo abandonó su púlpito, mirando con odio y desprecio a los guerreros que invadían su torre. Sin dejar de maldecir, se acercó al círculo y extendió bruscamente la mano derecha hacia el cielo. Su gesto hizo que el brillo de la estrella roja creciera hasta apoderarse de todo el firmamento. En cuestión de segundos, todo el paisaje se tiñó de rojo y la luz de la estrella se apoderó del mundo entero al tiempo que comenzaba la batalla.

Los Silenciosos atacaron a los soldados con sus cadenas llameantes, dejando que los guerreros esquivaran y contraatacaran como pudieran. La fuerza de los enemigos era desproporcionada, impidiendo que los ataques supusieran peligro alguno para el mago, que continuó recitando su conjuro.

Una figura gigantesca apareció en el horizonte. Tenía dos cuernos rectos y puntiagudos en la parte superior de la cabeza, sus grandes ojos eran tan rojos como la luz de las estrellas y su rostro se asemejaba al de un animal feroz. Su cuerpo tenía forma masculina, fuerte y delgado. En sus antebrazos llevaba cadenas gigantes, como las que llevaban los Heraldos Silenciosos. Sus puños dentados estaban cruzados sobre el pecho con los dedos meñique e índice levantados,

reflejando la forma de los cuernos que adornaban su cabeza. Todo su cuerpo estaba hecho de oscuridad, oscuro como el vacío, lúgubre como la peor de las pesadillas. El tejido de la realidad se debilitaba lentamente bajo el hechizo. Pronto, El Hambriento podría entrar en aquel plano para reclamar lo que se le ofrecía.

Mientras la feroz batalla se libraba en las alturas, Khalamôrdo apreciaba la imagen que había buscado toda su vida para formarse entre los rayos del paisaje desértico. El viento frío golpeaba su rostro, haciendo ondear su barba blanca y despertando sus sonrisas. No podía contener su alegría porque, a pesar de los ataques sorpresa que estaba recibiendo de enemigos desconocidos, su objetivo estaba tan cerca que ya podía sentir el poder fluyendo por su carne.

Baruk vio confirmado su miedo desde lejos y supo que se le acababa el tiempo. Ya no podía enfrentarse a los poderosos Heraldos del mago, había que detener el hechizo urgentemente. En una arriesgada maniobra, consiguió deslizarse su sable largo dentro de la capucha de su oponente, derribándolo. Por un momento, esperó poder avanzar contra Khalamôrdo en su púlpito, pero otro Heraldo apareció para hacerle frente. Este nuevo oponente parecía haber aprendido de la caída de su hermano, mostrando incluso mayor destreza y fuerza. Aunque superara este desafío, aún tendría que enfrentarse al demonio que vivía a la sombra del mago y a su desmedida brutalidad. Baruk observó cómo otros dos de sus hombres caían ante sus oponentes. Vio al mago celebrando su victoria en un mundo lleno de enrojecimiento.

— No hay forma de ganar. — Se lamentaba. Sus fuerzas le abandonaban, al igual que su fe.

La imagen del Hambriento llamando a las puertas del mundo le liberó de cualquier duda. Desde la escalera exterior, con sus anchos peldaños, Kassim vislumbró al terrible espíritu maligno materializándose en su mundo. Quizá aún estaba a tiempo de actuar a la desesperada. Después de todo, la titánica entidad aún aparecía en el paisaje como un fantasma translúcido o una sombra lejana e intangible. Vio a más Heraldos Silenciosos dirigiéndose hacia la torre en el desierto y supuso que el asalto mareniano había tenido cierto éxito.

Subió las escaleras sólo con el viejo pico en las manos. Llegó arriba un poco sin aliento y se sobresaltó ante las imágenes que captaron sus ojos. En la rojez, cinco valientes guerreros luchaban contra *los Silenciadores*, entre los cuerpos destrozados de sus compatriotas. Khalamôrdo seguía cantando su maldición a los vientos, acompañado de relámpagos y truenos.

Kassim intentó esconderse entre los restos de lo que parecía haber sido un monumento de

piedra destruido por la furia de la batalla. Sabía lo que había que hacer y se dio cuenta de la urgencia de su acción. Aun así, temía por su vida, como un animal acorralado teme a su depredador. Pensó en acercarse sigilosamente al púlpito y golpear con furia al mago, pero sabía que no llegaría tan lejos sin ser visto. Tanto tiempo y castigo le habían enseñado a predecir las acciones de los crueles Silenciadores. Sabía que sería despedazado por las cadenas ardientes al acercarse al mago. Kassim miró por encima de la roca que le daba cobertura en busca de nuevas posibilidades.

Le llamó la atención el círculo ornamentado con inscripciones talladas en el suelo de piedra. Era, sin duda, el mismo círculo representado en el extraño libro de Anya, pero emanaba luz escarlata como si estuviera hecho de carbones encendidos. Recordó las palabras de la hechicera, que había insistido en la importancia de esas inscripciones para el ritual. Imaginó que alcanzar el círculo podría ser una acción útil en la lucha, de algún modo. Después de todo, si conseguía llamar la atención de los Heraldos Silenciosos, o incluso de Khalamôrdo, durante un solo instante, daría a los soldados una breve y preciosa oportunidad de completar su misión.

Respiró hondo y acalló todo el miedo que sentía. Se escabulló entre los escombros hasta llegar al gran círculo. Sus pies se colocaron junto a los surcos y las inscripciones luminosas. Levantó la pesada herramienta por encima de su cabeza y golpeó el suelo con todas sus fuerzas, arrancando algunas astillas de la piedra y dañando una de las inscripciones. Khalamôrdo sintió el impacto como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, se agachó e interrumpió un momento el ritual. Sus ojos asustados buscaron el origen del ataque que había sufrido. Vio que sus heraldos también habían sentido el golpe, pues todos retrocedieron un momento. Luego, su mirada incrédula se cruzó con la del hombre esbelto de cabellos dorados que se disponía a asestar el segundo golpe contra el círculo de invocación.

El poderoso hechizo que Khalamôrdo proclamó en las alturas hizo que él y sus heraldos se unieran momentáneamente al poder que emanaba de la torre. Así, los ataques al círculo fueron sentidos por ellos como heridas en sus cuerpos. Cuando Kassim asestó un segundo golpe, que dañó aún más el círculo, Khalamôrdo se dobló por el dolor que parecía provenir de sus entrañas.

— El círculo se romperá, detenlo. — ordenó el mago.

El demonio surgió una vez más de las sombras, lleno de furia y sediento de la sangre del hombre que se atrevía a enfrentarse a su amo. Se deslizó velozmente hacia Kassim, que se sobresaltó, dejando caer el pico de sus manos mientras intentaba inútilmente protegerse. Sin embargo, cuando el demonio de las sombras se acercó, se detuvo frente a él sin hacerle daño. Se agachó dolorido, intentando alcanzar algo a su espalda. El hombre de las sombras repitió los

movimientos del mago, al que acababa de atravesar la espalda la daga ornamentada que descansaba sobre su púlpito.

— ¡Mentiroso! ¡Asesino! ¡Demonio! — Ysnnar, el arquitecto, gritó con total furia. — ¡Tenía fe en ti, maté por ti! Y me pagaste con mentiras. ¡Muere traidor!

El monstruo de las sombras renunció a atacar a Kassim y se apresuró a defender a su amo de la amenaza más urgente. Con singular violencia, atacó a Ysnnar, atravesando su cuerpo en innumerables lugares. El arquitecto intentó esquivar a su atacante con inútiles estocadas de la daga que llevaba en la mano, pero la oscuridad intangible no podía ser dañada.

Kassim se recuperó del shock. Ahora se daba cuenta de que el círculo era el único punto débil de su oponente y veía una oportunidad única para causar un gran daño. Volvió a bajar su pico y golpeó el círculo de invocación varias veces con todas sus fuerzas. Cada nuevo golpe debilitaba a los heraldos, que eran castigados por las espadas de los guerreros. Una grieta se abrió cuando la sombra del hechicero acabó por fin con el desafío del arquitecto. Su furia se dirigía ahora contra Kassim. Le asestó un nuevo golpe de pico, clavando el extremo puntiagudo en el mortero que sujetaba el granito al suelo. Bastó un fuerte tirón de Kassim en el último momento para que el granito se desprendiera, rompiendo el círculo mágico. La luz emitida por las inscripciones se extinguió por completo. El demonio que habitaba la sombra del mago desapareció entre oscuros gritos. Los Heraldos Silenciosos cayeron al suelo, heridos sin que los guerreros les hubieran golpeado. Las capas grises volaron, arrastradas por el viento. Lentamente, la luz roja que llenaba el mundo se disipó y el brillo de la estrella se atenuó. Los ojos de la figura titánica que se formaba en el paisaje brillaron con intensidad. Se oyó un rugido aterrador y ensordecedor mientras abría los brazos y desaparecía entre las nubes. Aquel mundo ya no le separaría del hambre.

Los vientos se calmaron, los truenos cesaron y una suave lluvia cayó de las nubes mientras los supervivientes se reagrupaban junto a Kassim.

— ¿Es este el final, Capitán? — preguntó uno de ellos.

— Todavía no. — respondió Baruk. Señaló al mago herido en el suelo. Su sangre salpicaba el granito mientras se arrastraba hasta el borde de la terraza, más allá del púlpito y de cara al abismo. Khamôrdo sangraba de rodillas en el lugar donde había planeado realizar su victoria. El lugar donde había soñado presentarse ante el temible Espíritu Hambriento se había convertido en el escenario de su dolor.

Uno de los guerreros desenvainó su espada, pero fue detenido por su capitán.

— Guarda tu arma, porque ese honor no te pertenece. — Baruk ordenó. — Kassim, la venganza es tuya.

Cuando Kassim recibió la invitación para participar en la misión que estaba a punto de terminar, sintió miedo y dudas. Pero ahora no había lugar para la vacilación en su mente. El malvado mago tenía que morir por su propia mano.

— Señor Kassim, ¡tómela! — dijo un soldado ofreciéndole su espada, pero Kassim la rechazó de inmediato.

Se dirigió hacia el mago, que había caído de rodillas. Herido, contemplaba el paisaje y lloraba como un niño que experimenta el dolor por primera vez. Khalamôrdo sintió que su asesino se acercaba. Aún tenía fuerzas para escapar, si así lo deseaba. Con unas pocas palabras mágicas, podría aniquilar a sus atacantes e incluso curarse a sí mismo. Pero la melancolía le invadía por completo. Todos sus esfuerzos e incontables sacrificios habían sido en vano. Toda una vida de dedicación y estudio había perdido su sentido. Sabía que ni los hechizos más poderosos le darían la vida que necesitaba para volver a intentarlo. Sabía que ni siquiera los seres más terribles del inframundo le ayudarían a alcanzar su sueño. Después de varios siglos, Khalamôrdo, el magnífico mago del desierto, saboreaba la derrota. Un sabor tan amargo que ni siquiera la venganza podría suavizarlo.

— ¡Tontos! ¡Perros estúpidos! — Maldijo el mago. — Traería un mundo nuevo. Un mundo lleno de amor y buena voluntad. Un mundo de hombres iguales.

— Mientes. — Kassim dijo. — El mundo de tus sueños es un mundo de esclavos, una realidad sin libre albedrío. El amor y la buena voluntad son elecciones. Son bendiciones disponibles sólo para aquellos que son libres de negarlas. ¿Quién te creías que eras? ¿Qué derecho te creías con derecho a elegir lo mejor para todos?

— ¡Soy Khalamôrdo! — Gritó el mago a los vientos. — Mi sabiduría no puede medirse, ningún otro me igualará jamás. Conozco los secretos del cielo, la tierra y la oscuridad. He visto otras realidades, visitado otros mundos. He desentrañado los secretos de los dioses, los misterios de la existencia y del tiempo mismo. ¿Y tú quién eres? ¿Un soldado, tal vez? No importa. No eres más que un hombre insignificante, como todos los demás. Uno más condenado al olvido. Podría ser un dios.

— No eres más que un viejo. Un viejo que mira al pasado y se llena de remordimientos. Un viejo que ha malgastado su vida en orgullo y delirio. ¡Alégrate, mago! Por fin has alcanzado la verdadera igualdad. La muerte se acerca y tú, como cualquier otro hombre, la esperas con

pavor.

El agua que cayó sobre el mago se mezcló con su sangre. Khalamôrdo contempló el paisaje y se despidió del mundo que tanto odiaba en un raro momento. La suave lluvia suavizaba el desierto. El olor de la tierra árida mojándose era como un perfume raramente apreciado. Pero el dolor que sentía en su ennegrecido espíritu no podía aliviarse. Las palabras de su verdugo hicieron que sus lágrimas fueran aún más ácidas.

— Haz lo que has venido a hacer. — ordenó el mago, mientras se rendía con los brazos abiertos.

Kassim levantó su pico una vez más. Con un golpe seco atravesó el cráneo de Khalamôrdo, que se debatió un instante antes de desplomarse y caer al vacío.

Tras la desaparición de los Silenciosos, los esclavos se acurrucaron bajo la lluvia para ver cómo se cumplía su antigua profecía. Se emocionaron al ver que lo que creían que era el mago saltaba de la torre para alzar por fin el vuelo.

— Tocó las estrellas, ahora nos dará sus bendiciones. — Dijeron.

Permanecieron en silencio cuando se dieron cuenta de que caía en lugar de levantarse, y para ellos el tiempo se detuvo cuando la sangre se derramó sobre la arena.

Desde lo alto de la gran torre, Kassim y los valientes marenianos saborearon su victoria, saludados por una naturaleza que volvía a alegrarse. Las nubes se disiparon y el arco iris más hermoso apareció en el horizonte.

Capítulo XI

Una luz en la oscuridad

Kassim caminaba entre los soldados que desmontaban las tiendas. La misión mareniana en el desierto llegaba a su fin y era hora de despedirse de sus nuevos amigos. La noche anterior, el cuerpo del Emir había sido entregado a las llamas en una hermosa ceremonia. Sus fieles súbditos pudieron por fin honrarle sin miedo. Las llamas de la pira surcaban el aire al son de las canciones que recordaban sus hazañas. Réquiems al rey justamente amado que había desaparecido y había sido trágicamente rescatado. Las cenizas fueron depositadas en una urna y entregadas al príncipe Murat. Armado con los restos de su padre y la más fantástica historia de venganza, el príncipe pretendía ser coronado rey y protector de Marenia a su regreso.

Los esclavos fueron liberados. La mayoría de los prisioneros sucumbieron a la violencia, el hambre, la sed o la enfermedad durante la construcción de la torre, y ahora quedan pocos supervivientes. Los virtuosos soldados marenianos renunciaron a sus víveres para alimentar a unos extraños próximos a la inanición total. La falta de suministros creó la urgencia de partir. Murat ordenó a sus tropas que se dividieran en cinco grupos, que escoltarían a los esclavos liberados de vuelta a sus hogares. Les dio algo de oro para que pudieran conseguir recursos por el camino, ordenándoles partir más tarde ese mismo día. Su plan era reagruparse con sus hombres en el puerto del lejano reino de Alvimor, para iniciar el viaje de regreso en no más de cien días. Baruk creía necesario dar más tiempo a los soldados, ya que llegarían a los confines del continente a un ritmo muy lento, dado que los libertos viajarían a pie. Sin embargo, el príncipe tenía prisa por recibir su corona de una vez por todas. Temía que la presión de sus adversarios y enemigos externos se uniera, tratando de ocupar la vacante en el trono que persistía desde la desaparición del Emir. Sin embargo, reconociendo las dificultades a las que podrían enfrentarse sus hombres, Murat se comprometió a enviar barcos al reino de Alvimor tras su regreso. De este modo, rescataría a los que se habían quedado atrás y promovería la integración de su reino con el nuevo continente, cumpliendo uno de los deseos de su padre.

Kassim vio a Anya sentada sola en una roca a la sombra de un arbusto. Observaba la lejana torre con ojos vidriosos y pensamientos distantes.

— ¿Puedo acompañarte? — preguntó.

— Sería un honor. — respondió sonriendo.

Al sentarse, Kassim pudo verla de cerca y se dio cuenta de que su aspecto había cambiado

un poco. Su piel era aún más blanca y se le habían acumulado algunas arrugas alrededor de los ojos. Un mechón de su pelo era ahora tan blanco como la nieve de las cumbres más altas.

— Veo que has notado la diferencia. — Dijo sonriendo.

— ¿Qué te ha pasado en el pelo? — preguntó Kassim.

— Bueno... mi deseo era acompañarte a la batalla contra Khalamôrdo, pero sabía que me sería imposible. El mago sentiría mi presencia y descubriría nuestro plan en cuanto me acercara. No podría perdonarme si esperaba pasivamente. Tenía que hacer algo. Así que cuando el cielo se tiñó de rojo y la figura del Hambriento se divisó en el horizonte, no pude contenerme más. Lancé un hechizo para alejarle y ganar todo el tiempo que pude. Por desgracia, tuve que usar mi propia fuerza vital en el proceso. He envejecido rápidamente desde entonces. Creo que sacrifiqué algunos años de mi vida en este incidente.

— Lo siento mucho, Anya. — Dijo apenado. — ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

— Hice un nuevo amuleto con el objetivo de detener el envejecimiento acelerado. Por desgracia, lo que ya se ha perdido ya no se puede recuperar. Que así sea, mi mente no se perturbará por ello. Viviré un poco menos, es cierto, pero seguiré teniendo un mundo en el que vivir.

— Entiendo cómo te sientes, porque en gran medida yo siento lo mismo. — Kassim dijo. — Todos los años que fui esclavo fueron como un sueño loco. Me siento como si acabara de despertar. Años perdidos en el sueño del mago, cuando buscaba la estrella de otro. Anya, ¿qué harás ahora?

— Me quedaré aquí, creo. Esta torre está impregnada de gigantescas cantidades de sufrimiento. Las energías tardarán años en disiparse. Hasta entonces, no puedo permitir que este monumento caiga en las manos equivocadas.

— ¿Te quedas aquí? ¿Sola en este desierto? No te hagas algo así, Anya. No te conviertas en otra prisionera de este lugar. Murat puede darnos hombres y recursos para derribar esta torre maligna.

— Me temo que eso no es posible, porque todas las energías impregnadas en la torre han atraído a sus alrededores a espíritus y entidades oscuras. Seres invisibles que devoran esas energías como las hienas la carroña y que estarán más que dispuestos a defender su alimento si amenazamos con destruirlo. Derribar esta torre costará más sangre de la que se derramó al erigirla. Por otro lado, puedo sustituir lentamente las malas energías por buenos fluidos a medida que se disipen. Llevará muchos años, pero al final esta torre se convertirá en un monumento que

celebrar. Un faro para guiar a todos los que buscan la libertad. Y no te preocupes, no estaré solo. Algunos de los libertos han decidido quedarse aquí porque temen volver a casa. Me ayudarán a hacer este lugar habitable. Algunos de los marenianos también se han ofrecido voluntarios.

— Baruk, supongo", dijo Kassim insinuantemente.

— Sí, por supuesto. Todos tenemos derecho a un poco de felicidad, ¿no crees? — dijo entre risas. — Estoy feliz de tener la oportunidad de convertir este lugar en algo bueno. Me inicié en la magia cuando aún era una niña. Durante años, todo lo que vi fueron hechiceras y magos en una loca búsqueda de poder y conocimiento. Hasta que conocí a Emir. El rey utilizó su poder para crear un país mejor para su pueblo, esforzándose por ser mejor persona cada día. Me mostró nuevos caminos cuando me honró con su amistad. Estaré encantado de hacer el bien a tanta gente como pueda. Creo que así honraré la confianza que el rey depositó en mí.

— Seguro que a él también le alegrará oírlo.

— Kassim. — Dijo la hechicera, mirando hacia otro lado. — Quédate aquí con nosotros. Tu presencia será muy útil, ya que conoces cada parte de la torre y puedes ayudarnos con las modificaciones que necesitamos hacer. Después de todo, hay mucho de ti en esas paredes.

— Gracias por invitarme, señora, pero tengo que seguir mi camino. Quiero volver a ver a mi mujer y a mi hija.

— Odio hacer esto, pero creo que es mi deber advertirte. Después de todo, a veces nuestros mejores amigos tienen que decir cosas que no queremos oír. — Dijo con severidad. — Ha pasado casi una década desde que te fuiste de casa en una noche fría. Quizá quede muy poco de lo que allí conociste. Puede que tu pueblo no sea el mismo, que tu mujer se haya cansado de esperar tu regreso y que tu hija...

— Entiendo lo que dices y sé que puede ser verdad. Aun así, tengo que volver, aunque sólo sea para arrepentirme. Algo me llama a volver, como una luz en la oscuridad. Estoy dispuesto a responder a esa llamada. Volveré a mi hogar.

— ¡Kassim! Gracias a los dioses que lo encontré. — Dijo Baruk, jadeando. — La caravana está lista para partir, esperando sólo tu presencia.

Kassim y Anya abandonaron la sombra de los arbustos y se apresuraron a atravesar lo que quedaba del campamento. Se encontraron con muchos libertos que se preparaban para partir. Viajarían todos juntos como una tropa, protegidos por los soldados de Marenia, que les ayudarían a encontrar comida y les proporcionarían cobijo. Kassim se disponía a mezclarse con los libertos cuando una voz procedente del pomposo carruaje que conduciría la caravana le

llamó.

— ¡Kassim, ven! ¡Este es tu sitio! — Dijo el príncipe Murat, de pie a la entrada de su cómodo carruaje.

— ¿Está seguro, mi príncipe? — Dijo, feliz ante la perspectiva de viajar en la comodidad del transporte real. — Debo recordaros que soy un simple plebeyo, un indigno forastero.

— Ahórrame tu falsa modestia. Ahora eres uno de los héroes de Marenia. — Dijo bajando del carruaje para reunirse con sus compañeros. — Como bien sabes, fue el último deseo de mi padre que escucháramos lo que tienes que decir. Viajaremos juntos durante varios días. Será suficiente para escuchar vuestras historias.

— Será una ardua tarea condensar nueve años de acontecimientos en unos pocos días. — Kassim respondió.

— Vamos, deja de darme cuerda, tenemos un largo camino por delante. Despídete de tus amigos y mete tu blanco culo en el carruaje para que podamos partir. — ordenó Murat, provocando las risas de todos. Se volvió hacia Anya y Baruk, que esperaban cogidos de la mano. — Marenia te debe mucho. Yo te debo mucho. Si alguna vez necesitas ayuda, ya sabes qué hacer.

Kassim se despidió de sus nuevos amigos con cálidos y largos abrazos. Cuando subió al carruaje con el príncipe, éste se puso inmediatamente en marcha, tirado por dos elegantes caballos marrones. Desde la ventanilla, Kassim vio cómo Anya y Baruk desaparecían en el polvo del desierto.

— Dígame, Majestad, ¿desde cuándo Anya y Baruk son... novio y novia, por así decirlo? Lo pregunto porque se conocen desde hace años. Parecía un poco agresiva al principio, dando órdenes al capitán con tanta superioridad.

— No tenía ni idea de que fueran amantes. — Murat respondió. — Como tú mismo has dicho, nos conocemos desde hace mucho tiempo y Anya siempre le ha tratado como a un perro. Estoy tan sorprendido como usted. Quizá la proximidad del desastre haga aflorar los sentimientos más ocultos de la gente.

— Sí, Majestad. — Kassim aceptó riendo. — Espero que seáis felices juntos.

— Llámame Murat. — Ordenó el príncipe. — Las formalidades son innecesarias mientras estemos los dos solos en este carruaje. Ahora, ¿podría decirme algo sobre mi padre?

— Por supuesto, ¡con mucho gusto! ¿Qué le gustaría saber?

— Todo lo que puedas recordar. Sólo tenía once años cuando desapareció. Probablemente pasaste más tiempo con él en cautiverio que yo en toda mi vida.

Kassim no sabía por dónde empezar, pues había mucho que contar. Decidió empezar por el día en que se conocieron. Habló de los esclavos que se burlaban de él cuando decía que era un rey. Contó la insaciable curiosidad de Emir por la Ciudad de los Libres y las costumbres de sus habitantes.

Por la noche, lejos de las zonas más áridas del desierto, acampaban con tiendas y hogueras. Kassim prefería dormir en el suelo, al aire libre, para ver cómo las estrellas más brillantes volvían poco a poco al lugar que les correspondía en un cielo libre de la gran estrella roja.

Así pasaron los días en el camino. Entre comidas y paradas, Kassim le contó al príncipe sus desventuras en el cautiverio. Le habló de los castigos, las incomodidades en las cuevas, el trabajo en las minas y los debates nocturnos entre Emir y Johann. En cada nueva aldea, algunos de los libertos se despedían del convoy, encantados de volver a sus hogares después de tanto tiempo y tantos horrores.

Con el paso de los días, Murat adquirió la misma curiosidad que su padre, deseoso de saber más y más sobre el pueblo que vivía en armonía, libre de los mandatos de un monarca. Pensaba que esa posibilidad era imposible y se asustaba con cada nuevo descubrimiento, sorprendiéndose de las conclusiones un tanto duras de Kassim, al igual que le había ocurrido a su padre. Sin embargo, su mente se fue abriendo poco a poco a estas nuevas posibilidades, hasta el punto de aceptar algunas de ellas como verdades, porque no podía negar la lógica. Sin embargo, la experiencia de Kassim garantizaba la eficacia de estos preceptos más allá del mundo de las ideas. Le bastaron unos pocos días para empezar a imaginar formas de aplicar ciertos cambios en su país, con el fin de resolver problemas persistentes con los que la gente llevaba conviviendo décadas.

A pesar de todos los cambios de ruta y todos los imprevistos del viaje, el cuadragésimo sexto día la caravana recorrió los tortuosos caminos que conducían a la Ciudad de los Libres. Quedaban pocos libertos en el convoy, pues muchos habían encontrado el camino. Presintiendo que pronto perdería la agradable compañía con la que tanto había aprendido durante el viaje, Murat repitió enfáticamente la invitación que había hecho a Kassim todos los días desde que salieron del desierto.

— Ríndete con este regreso. Probablemente no te guste lo que veas. Entiendo tus sentimientos, pero ha pasado una década y eso es mucho tiempo. Todavía puedes cambiar de opinión. Ven con nosotros a Marenia y empieza una nueva vida.

— Sé que probablemente Alissa me ha dado por muerto durante mucho tiempo. No compartía mi aprecio por la vida en el rancho y debió de mudarse a la ciudad, sobre todo si Stella no lo consiguió. Si lo hizo, me alegrará saber que ha seguido adelante y ha rehecho su vida, aunque sea con otra persona. Siempre fue una mujer hermosa, inteligente, fuerte y dulce como nadie. Debía de tener muchos pretendientes.

— Si esto ha sucedido, como usted dice, ¿no sería mejor dejar a los muertos simplemente... muertos? ¿Qué alegría daría la reaparición de un muerto que pereció hace una década y ahora quiere reclamar su lugar entre sus seres queridos? Deja que los vivos descansen en paz, Kassim.

— No puedo, tengo que saberlo. Sé que la realidad no me es favorable, sé que el mundo ha seguido su curso en mi ausencia, pero aun así necesito saberlo. Todo el tiempo que estuve en el desierto, la idea de reencontrarme con ellos fue lo que me mantuvo en pie. Ahora, tan cerca de hacerlo realidad, no puedo dar marcha atrás. Tengo que saberlo, Murat. Más que eso, necesito que sepan que nunca los abandoné.

— Que los dioses te concedan sus bendiciones y que la buena fortuna te acompañe en tu camino.

El carruaje real se detuvo en una encrucijada, ya que era el punto más cercano a la Ciudad de los Libres al que podían llegar. El camino hacia abajo terminaría en la puerta sur de la gran ciudad, a tres millas de distancia. Irónicamente, la misma puerta por la que Kassim abandonó la ciudad como esclavo le daría la bienvenida como hombre libre. Las puertas del carruaje se abrieron y Kassim pudo ver que los soldados se preparaban para rendirle honores. Un pasillo de guerreros se inclinó sobre sus armas en reverencia al hombre de coraje que les había inspirado. Kassim y Murat bajaron y caminaron entre los guerreros hacia la carretera.

— En cualquier caso, mantendré mi oferta. Encuentra a tu mujer y a tu hija y reanuda tu vida. Luego ve al puerto de Alvimor y embarca hacia Marenia. Una vez allí, búscame. Serás uno de mis consejeros. Haremos de Marenia un país libre y próspero. La nación más próspera que jamás haya existido. — Murat se acercó al oído de Kassim y le susurró. — En Marenia puedes tener varias esposas, si lo deseas.

Murat se despidió de Kassim con un abrazo fraternal. El hombre que había sido amigo de su padre en sus momentos más difíciles, por el que sentía ya el afecto de un hermano.

— Os estaré eternamente agradecido, amigos míos. ¡Hasta la vista! — Dijo mientras se alejaba.

Murat, que estaba impaciente por todo, esperó tranquilamente a que el hombre de cabellos

dorados desapareciera entre los demás libertos que abandonaban la caravana rumbo a la ciudad.

Kassim estaba contento de volver, aunque era consciente de las probables decepciones que le esperaban. Estaba comprometido con sus sentimientos, que exigían poner fin al viaje que había iniciado hacía tiempo. Sólo entonces encontraría la paz en su espíritu.

Murat le había ofrecido uno de sus caballos, pero Kassim lo rechazó. Nunca había aprendido a montar correctamente. Temía no ser capaz de dominar un animal tan imponente, sobre todo en el difícil camino de las montañas. Así que Murat le regaló unas botas excelentes para que disfrutara más del camino. También le dio una buena cantidad de monedas de oro y plata, que llevaba discretamente en una sencilla bolsa de viajero.

Caminaba con pasos largos y postura altiva. Después de todo, el día era aún muy joven. Si podía mantener un buen ritmo, llegaría a casa antes de la puesta de sol. Finalmente divisó las murallas de la gran ciudad y se sorprendió al ver sus puertas completamente abiertas. Pensó que tras la invasión que lo había apresado, la ciudad se volvería menos permisiva con los visitantes. Su predicción no se cumplió. Había patrullas vigilando el barrio, más guardias y mejor armados y gruesas puertas de acero reforzado. Sin embargo, no se imponía ninguna restricción a la gente que venía pacíficamente.

Kassim fue testigo de que la ciudad estaba completamente curada de la herida abierta aquel día. Mientras caminaba por las calles, no vio señales de la destrucción causada por los Heraldos Silenciosos de Khalamôrdo. Las casas y las fachadas ostentaban finas hechuras, todas las tiendas estaban abiertas, ofreciendo los más diversos productos, los comerciantes del mercado estaban deseosos de comerciar con los forasteros y los niños jugaban en las plazas y los jardines sin miedo. La alegría y el entusiasmo llenaron su corazón. Hasta entonces, sus pesadillas sólo habían sido sueños sin sentido.

Llegó a la puerta norte y emprendió el camino por el bosque. Poco a poco, la satisfacción que sentía se convirtió en miedo, al darse cuenta de que aún quedaba una parte de su pesadilla a la que tendría que enfrentarse inevitablemente. Pensó en la infinidad de situaciones a las que Alissa se había enfrentado en tanto tiempo sola. Pensó en todos los cambios que se habían producido en su ausencia. Cambios evidentes en el camino que él apenas era capaz de reconocer. Por miedo, estuvo a punto de renunciar a continuar, pero sabía que nunca recuperaría su mente y su corazón si no lo hacía. Así que reanudó la marcha con pasos firmes y decididos.

Como estaba previsto, Kassim llegó al final del sendero y vislumbró los campos de gran altitud en su máximo esplendor. Su corazón se aceleraba a cada paso que daba. Pudo ver que su casa había cambiado poco. Vio a una niña jugando en el porche con una rústica muñeca de trapo,

algunas piedras y tocones de madera. Tenía el pelo dorado como el suyo y los grandes ojos marrones de Alissa.

— ¡Mamá, ven aquí! — Ella gritó.

— ¿Qué pasa esta vez, Stella? — Dijo una voz femenina desde el interior de la casa.

— Hay un extraño en nuestra puerta.

Alissa no esperaba visitas esa tarde, así que se apresuró a ver qué pasaba. No reconoció de inmediato al hombre delgado que estaba a cinco metros de su casa. Temió que fuera algún tipo de malhechor y acercó a Stella a ella. Pero cuando vio los ojos azules llenos de lágrimas del silencioso visitante, reconoció de inmediato el amor que creía perdido desde hacía tiempo. Le temblaron las piernas y los brazos, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Kassim permaneció en silencio, aunque tenía mucho que decir. Toda la razón y todo el sentido de su vida estaban justo delante de él, y todo lo que necesitaba eran unos pocos pasos para comenzar la parte más importante de su viaje. El nuevo comienzo.

Fin de la historia

Epílogo

Las desventuras de un escritor independiente

En 2017, cuando tuve las primeras ideas que me llevaron a escribir este libro, nunca podría haber imaginado lo desafiante que sería llevar mi visión a la realidad.

Después de escuchar las canciones del álbum *Rising* de *Rainbow*, especialmente *Stargazer* y *A Light in Black*, docenas de veces (y no es una exageración), por fin terminé mi primer manuscrito, sintiéndome enormemente feliz al terminar la primera lectura de mi propia obra. Después de todo, había conseguido desarrollar una trama buena, atractiva y original. Sin embargo, mi alegría duró poco, ya que pronto me asaltó la duda: "*¿Y ahora qué? ¿Qué hago con esto?*".

Por absurdo que parezca, no era una pregunta fácil de responder. En el lejano año de 2018, el mercado editorial brasileño ya mostraba fuertes señales de la disfuncionalidad que se convertiría en la norma. Básicamente, el trabajo de cualquiera que no fuera capaz de atraer a su público era inmediatamente descartado por la *corriente principal*. No es que quiera culpar a editores y agentes literarios por su obsesión con youtubers, influencers y filósofos de la moda. Cuando recuerdo que vivo en un mundo con cada vez menos lectores, y que su atención se la disputan infinitas formas de entretenimiento, tiendo a abandonar cualquier prejuicio. Sin embargo, como total desconocido, buscar formas tradicionales de publicación habría sido una pérdida de tiempo. Me quedaba la autopublicación, cada vez más popular.

Plataformas como KDP, Google Books, Kobo, entre muchas otras, ofrecen grandes ventajas para un autor. Libertad editorial casi ilimitada, flexibilidad para fijar precios, plataformas de comercialización, promociones, etc. Por otro lado, a diferencia de la edición tradicional, todos los costes deben ser asumidos por el autor. Estos costes siguen siendo muy relevantes hoy en día. Diagramadores, correctores, ilustradores y diseñadores de cubiertas son profesionales muy especializados, difíciles de encontrar y sustancialmente caros, inasequibles para mí en aquel momento. La gran crisis económica que atravesaba mi país se había tragado mi trabajo y estaba acabando poco a poco con mis ahorros. Sólo me quedaba una opción: abandonar o dedicarme *al bricolaje*.

Durante varias semanas me aventuré en los confines de Internet en busca de todo el conocimiento gratuito que pudiera absorber. No puedo contar cuántos vídeos, libros electrónicos,

artículos y lecciones sobre producción de libros consumí. Al final, tenía el texto en mis manos, listo para convertirlo en libro electrónico o imprimirlo, así como mi propio logotipo. No tenía portada porque era, y sigo siendo, incapaz de dibujar, y en aquel momento las herramientas de inteligencia artificial eran todavía una idea embrionaria.⁵ Por suerte, encontré a un buen amigo que hizo una preciosa ilustración, *Pro Bono*, para la portada de la primera edición.

Sin embargo, el mayor reto estaba aún por llegar. Descubrí por las malas que es casi imposible que un autor corrija eficazmente su propio texto en términos de ortografía y gramática. Después de estar varias horas en contacto con un texto, el cerebro humano se acostumbra a él, crea una imagen monolítica y se vuelve incapaz de reconocer muchos errores. Tendría que contratar a un corrector, aunque sea el más caro de los profesionales de la escritura.

Después de muchos presupuestos inviables, justo cuando estaba a punto de darme por vencida, apareció un rayo de esperanza. A través de una amiga común, conocí a una profesora de portugués que también pasaba apuros económicos, y accedió a corregir mi texto por el precio que yo podía pagar. Aproximadamente sesenta días después, y tras mucha insistencia por mi parte, me entregó el texto supuestamente revisado. Me invadió una euforia singular y me apresuré a poner en marcha la publicación largamente soñada.⁶ Introduje el texto en la maqueta existente, añadí la portada y cambié mi nombre por un seudónimo (siguiendo las críticas de un hater, una mala idea). No sabía que había caído en una estafa.

Pocos días después, llegaron las primeras quejas de lectores y amigos que habían honrado mi trabajo desde el principio. Extrañas faltas de ortografía, deslices gramaticales elementales y comas mal colocadas que cambiaban el sentido de las frases y hacían pesado el texto. La profesora desapareció pronto, llevándose mi dinero, por supuesto. Más tarde descubrí que militaba en movimientos "*colectivistas*", por así decirlo, lo que me lleva a pensar que sabotó el texto a propósito. Durante semanas intenté hacer yo mismo las correcciones, sin mucho éxito, porque la imagen mental que tenía del texto no me permitía ver muchos de los errores. Por desgracia, a finales de 2018 tuve que retirar *La sombra del mago* de todas las plataformas, lo que me sumió en una gran tristeza.

La historia daba un nuevo giro. Otro amigo había leído la primera edición (en portugués) y se había enamorado de la historia, a pesar de todos los problemas. Cuando se enteró, organizó un grupo de lectores que, sólo por buena voluntad, señalaron todos los problemas tachando las páginas de un ejemplar. Con esta información, pude reparar el daño causado por aquel profesor.

En junio de 2019 publiqué la segunda edición (en portugués) de *La sombra del mago*, abandonando el seudónimo (que nunca debí adoptar) y cambiando la ilustración de la portada en

un intento de distanciarme del desastre anterior. Y hoy, me enorgullece presentarles la edición española, en la que he introducido pequeños cambios para que el texto sea más fluido y he añadido algunos detalles. También he añadido esta nota en forma de epílogo.

Querido lector, debes saber que escribir no es fácil, y hacerlo de forma independiente es aún peor. No es una actividad económicamente viable para mí y me absorbe una enorme cantidad de tiempo y energía. No me malinterprete, escribir es una gran alegría para mí. Vibro de felicidad con cada valoración positiva que recibo en las plataformas, cada comentario amable y cada cumplido de los lectores. Sin embargo, es innegable que la existencia de este libro se debe a mi inquebrantable obstinación.

En mi cabeza hay muchas semillas para nuevas historias. Semillas que he ido guardando para plantar en momentos más propicios. Por mucho que me apasione contar historias, me siento demasiado cansado para iniciar otro viaje como el que ahora llega a su fin. Por eso me atrevo a pedirte ayuda.

Si el libro que acabas de leer te ha resultado de algún modo positivamente relevante, ayúdame a difundirlo. Escribe una reseña en la plataforma donde lo compraste, compártelo en tus redes sociales, recomiéndalo a tus amigos.

Si lo prefiere, puede hacer una donación a este desafortunado autor por los medios que se describen a continuación. Al fin y al cabo, como escribió el gran Isaac Asimov, "el dinero es el cumplido más sincero".

En cualquier caso, sepa que le estoy agradecido por haberme prestado su atención hasta ahora. Acepte mi cariño y mi agradecimiento.

Atentamente,



Ademir F. Silva

Escritor, rockero, jugador, friki y narrador.

Hable conmigo directamente por correo electrónico:

georgiuskowalski@yahoo.com

(Sí, sigo utilizando la antigua dirección de correo electrónico de mi seudónimo).



Estimado lector,

El libro que acaba de leer ha sido traducido del portugués al español utilizando algoritmos de inteligencia artificial.

Estas herramientas son muy precisas, capaces de generar traducciones increíblemente naturales. Sin embargo, distan mucho de ser perfectas y los fallos y errores siguen siendo frecuentes.

Si ha observado algún problema o tiene alguna sugerencia de mejora, por favor, hágaselo saber al autor en georgiuskowski@yahoo.com.

Sus sugerencias ayudarán a mejorar futuras ediciones.

Muchas gracias.

Gracias

Doy las gracias a mi querido San Jorge, cuyo ejemplo de perseverancia ha guiado mis acciones.

Quiero dar las gracias a mi gran amigo Diego Emerique, responsable de la portada de la primera edición, entre otras increíbles ilustraciones.



Me gustaría dar las gracias a mi querida hermana, Aline, por leer el primer manuscrito y compartir sus impresiones.

Quiero dar las gracias a mi gran amigo Thiago Branquinho por no permitirme abandonar este libro.

Mi agradecimiento a mis amigos Cássio, César, David, Flávio, Ivan, Pablo y Rafael, que hicieron posible la versión inglesa.

Me gustaría dar las gracias a la autora Julie Martin, que me regaló la reseña cuyo resumen alegra maravillosamente la contraportada.

Quiero dar las gracias a todos los lectores que han dejado sus comentarios en las distintas plataformas en las que está disponible este libro.

Notas

[← 1]

Arco de flecha montado en un extremo de un asta y accionado por un gatillo.

[← 2]

La marga es un tipo de piedra caliza que contiene entre un 35% y un 60% de arcilla, utilizada habitualmente en la producción de cemento.

[← 3]

Aparato formado por un conjunto de poleas de diferentes diámetros diseñado para levantar grandes pesos.

[← 4]

Silla cubierta conducida por hombres o animales de carga mediante dos pértigas.

[← 5]

Pro bono es la forma abreviada de la expresión latina pro bono publico, que significa "por el bien público" o "en beneficio del público". Es una forma de trabajo voluntario

[← 6]

Hater[es un término utilizado en Internet para describir a las personas que publican comentarios de odio o críticos sin mucho criterio